ERIC HOBSBAWM

Revolucionarios

Ensayos contemporáneos

Traducción de
Joaquim Sempere

CRÍTICA
Barcelona

Primera edición en BIBLIOTECA DE BOLSILLO: octubre de 2010

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Título original:
Revolutionaries. Contemporany Essays
Weidenfeld and Nicolson, Londres

Publicado por acuerdo con Editorial Ariel, S. A.

Diseño de la cubierta: Jaime Fernández
Imagen de la cubierta: © Corbis
Fotocomposición: Víctor Igual

© 1973: Eric Hobsbawm
© 2000 de la traducción: Joaquim Sempere
© 2010 de la presente edición para España y América:
CRÍTICA, S. L., Diagonal 662-664, 08034, Barcelona
e-mail: editorial@ed-critica.es
http: //www.ed-critica.es
ISBN: 978-84-9892-136-6
Depósito legal: B. 31.615-2010
2010. Impreso y encuadernado en España por Litografía Rosés

PREFACIO

Este libro comprende varios ensayos sobre diversos temas relacionados. La primera parte trata de la historia del comunismo y de algunos partidos comunistas, principalmente en la época de la Internacional Comunista. La segunda trata del anarquismo, movimiento que ha suscitado últimamente un renovado interés. La tercera parte trata de varios aspectos del debate internacional en torno a Marx y el marxismo, que ha adquirido cierta vivacidad desde mediados de la década de los años cincuenta. Contiene algunas notas marginales a Marx y Lenin, pero en lo esencial recoge comentarios sobre algunos viejos autores marxistas hoy redescubiertos y sobre otros nuevos, así como sobre los debates a que han dado lugar. Finalmente, contiene algunas reflexiones sobre temas que, con cierta laxitud, podrían agruparse bajo la rúbrica de "formas violentas de acción política": revolución, insurrección, guerrillas, golpes de estado, etc.

Hay veces en que es el autor quien elige el tema, y otras en que le viene elegido. La gran mayoría de los temas tratados en este volumen me vinieron ya elegidos: unos, por las personas que me invitaron a dar una conferencia; otros, los más, por el director editorial que me entregaba un libro para que hiciera su crítica. Sin duda pensaron que un marxista de la "vieja izquierda" sabría algo sobre esos temas y tal vez le interesara expresar sus puntos de vista al respecto. La segunda suposición es, por supuesto, exacta, pero la primera no puede darse por válida sin algunas matizaciones substanciales. A lo largo de los años he adquirido ciertos conocimientos

tanto de las ideas marxistas como de la historia de las revoluciones y de los movimientos revolucionarios modernos, pero, hablando como historiador, son campos en los que no puedo pretender una cualificación profesional específica. Mucho de lo que sé proviene de los propios autores aquí reseñados. Muy poco se basa en investigaciones de primera mano. Como mucho, puedo decir que en estos últimos decenios he mantenido mis ojos abiertos como un modesto partícipe, o lo que los antropólogos llaman un "observador partícipe"; que he escuchado a amigos de numerosos países que saben muchísimo más que yo y que he tenido una visión por lo menos "de turista" de algunas de las actividades a las que se refieren estos ensayos.

Con todo, la observación de primera mano debiera servir para algo. Si se consigue comunicar los resultados de la reflexión en torno a ella, tal vez ayude a comprender una parte importante de la historia del siglo XX a quienes no han vivido la época durante la cual se ha formado mi generación, la época en que las esperanzas y los temores de los revolucionarios eran inseparables de los destinos de la revolución rusa. Por eso he tratado de ser lo más lúcido posible. Por lo que atañe a los episodios más recientes aquí examinados, he procurado escribir sobre ellos de una manera realista, aunque no desprovista de pasión. Es improbable que se aprendan las lecciones deducibles de tal análisis, pero lo menos que puede hacer un historiador es aportar material educativo.

Estos ensayos no están guiados por el propósito de sumarse a una literatura ya muy abundante de polémicas y contrapolémicas, de acusaciones y justificaciones. Ni siquiera es seguro que las cuestiones que obsesionan a los hombres y mujeres de edad madura que se entregaron a su causa, impresionen hoy con la misma importancia a sus coetáneos menos comprometidos o a los jóvenes. Lo que pretenden es ayudar al esclarecimiento y a la comprensión. Se mostrará con claridad lo que el autor piensa sobre las cuestiones polémicas aquí examinadas. No obstante, sería lamentable que estos trabajos interesaran sólo a quienes estén de acuerdo con él.

Las fechas en que han sido escritos los ensayos van indicadas al final de cada uno. Tres de ellos no habían sido publicados anteriormente: el 5, el 18 y el 25. Una pequeña parte del primero apareció en la crítica literaria del Times Literary Supplement*; los otros dos corresponden a conferencias pronunciadas, respectivamente, en Montreal y Londres. Los restantes capítulos aparecieron por vez primera en inglés en el* Times Literary Supplement, *la* New York Review of Books, *el* Nation *de Nueva York y en* New Society, New Statesman, New Left Review, Marxism Today, The Spokesman, Monthly Review, History and Theory *y* Architectural Design. *El capítulo 7 apareció en* Anarchici e Anarchia nel Mondo Contemporaneo *(Fondazione Luigi Einaudi, Turín, 1971). En casi todos se han introducido pequeños cambios, pero algunos han sido reescritos con mayor o menor extensión. Agradezco a los editores su autorización para volver a publicar estos textos.*

E. J. HOBSBAWM

I

COMUNISTAS

1

PROBLEMAS DE LA HISTORIA COMUNISTA

Estamos hoy al final de la época histórica del desarrollo del socialismo que empezó con el colapso de la Segunda Internacional en 1914 y la victoria de los bolcheviques en octubre de 1917. Es, pues, momento oportuno para hacer un repaso de la historia de los partidos comunistas, que han sido la forma característica y dominante del movimiento revolucionario de la época. La tarea es difícil no sólo porque la historiografía de los partidos comunistas tiene unas complicaciones especiales, sino también por razones más generales.

Cada partido comunista fue el producto del matrimonio de dos consortes de difícil avenencia, una izquierda nacional y la Revolución de Octubre. Este matrimonio se fundaba a la vez en el amor y en el interés. Quienes no pueden remontar sus recuerdos políticos más allá de la denuncia de Stalin por Jruschov o de la ruptura sino-soviética, apenas imaginarán lo que significó la Revolución de Octubre para quienes están en la edad madura. Fue la primera revolución proletaria, el primer régimen de la historia que emprendió la construcción del orden socialista, la prueba tanto de la profundidad de las contradicciones del capitalismo, engendradoras de guerras y crisis, como de la posibilidad –y la *certeza*– de que la revolución socia-

lista iba a triunfar. Fue el comienzo de la revolución mundial. El comienzo del nuevo mundo. Sólo los ingenuos creían que Rusia era el paraíso de los obreros, pero incluso entre los más avezados gozaba de la indulgencia general que la izquierda de los años sesenta concede hoy sólo a regímenes revolucionarios de algunos pequeños países, como Cuba y Vietnam. Por otro lado, la determinación de los revolucionarios de otros países de adoptar el modelo bolchevique de organización, de subordinarse a una Internacional bolchevique (y en última instancia al PCUS y a Stalin), se debió no sólo a un explicable entusiasmo, sino también al fracaso evidente de todas las formas alternativas de organización, estrategia y táctica. La socialdemocracia y el anarcosindicalismo habían fracasado; Lenin había tenido éxito. Parecía razonable adoptar la fórmula del éxito.

El factor de cálculo racional fue imponiéndose paulatinamente tras el retroceso de lo que en los años posteriores a 1917 podría calificarse como la marea de la revolución mundial. Naturalmente, ese factor es casi imposible separarlo en la práctica de la apasionada y total lealtad que cada comunista sentía por su causa; una causa que se identificaba con su partido, por lo que significaba, a su vez, lealtad a la Internacional Comunista y a la URSS (esto es, a Stalin). Pero cualesquiera que fueran sus sentimientos íntimos, pronto quedó claro que la separación del partido comunista, ya fuera por expulsión o por iniciativa propia, suponía poner punto final a la actividad revolucionaria efectiva. En el período de la Komintern, el bolchevismo no dio lugar a cismas y herejías de importancia práctica, salvo en unos pocos y remotos países de escasa significación global, como Ceilán. Quienes abandonaban el partido quedaban olvidados o privados de toda acción efectiva, a menos que se unieran a los "reformistas" o a algún grupo abiertamente "burgués", en cuyo caso dejaban de interesar a los revolucionarios, o que escribieran libros que pudieran tener o no influencia sobre la izquierda unas tres décadas

más tarde. La historia real del trotskismo como corriente política del movimiento comunista internacional es una historia póstuma. De estos tránsfugas marxistas, los más fuertes se ponían a trabajar calladamente y en el aislamiento hasta que los tiempos cambiaran; los más débiles no resistían la tensión y se convertían en fervorosos anticomunistas, dispuestos a aportar militantes a la acción ideológica de la CIA de los años cincuenta; la mayoría se parapetaba tras un duro caparazón de sectarismo. El movimiento comunista nunca llegó a escindirse de una manera efectiva. Pagó, no obstante, un precio por su cohesión: la renovación constante de sus miembros, que alcanzó un volumen importante y a veces gigantesco. El dicho de que el mayor de los partidos existentes es el de los ex comunistas tiene un fundamento real.

El descubrimiento de que los comunistas tenían muy escaso margen de elección con respecto a su lealtad a Stalin y a la URSS se produjo —aunque tal vez sólo en la cúspide de los partidos— a mediados de la década de los veinte. Algunos dirigentes comunistas clarividentes y de insólita capacidad intelectual, como Palmiro Togliatti, pronto se dieron cuenta de que, *en interés de su movimiento nacional*, no podían permitirse tomar una actitud de oposición frente a quien estuviera a la cabeza del PCUS, y trataron de explicar esta realidad a los que tenían menos contacto con el escenario moscovita, como Gramsci. (Por supuesto, en la década de los treinta, ni siquiera una completa predisposición a seguir a Stalin representaba una auténtica garantía de supervivencia política —o física, en el caso de los residentes en la URSS.) Bajo aquellas circunstancias, la lealtad a Moscú dejó de depender de la aprobación de su línea, así que se convirtió en una necesidad operativa. Cuestión distinta es que la mayoría de los comunistas tratara de racionalizar esto probándose a sí misma que Moscú tenía siempre razón, aunque tiene que ver con el asunto, puesto que reafirmaba a la minoría clarividente en su convicción de

que nunca podría arrastrar a sus partidos contra Moscú. Un comunista británico que asistía a la reunión de la dirección del partido en septiembre de 1939, y a quien se explicó que la guerra no se consideraba, al fin y al cabo, como una guerra popular antifascista, sino sólo como una guerra imperialista, recuerda haber pensado para sí: "Esto es. No hay que hacer nada. Es una guerra imperialista". Tenía razón en aquel momento. Nadie opuso resistencia con éxito a Moscú hasta que Tito enfrentó a su partido con Stalin en 1948, ante la sorpresa de éste y de muchos dirigentes de otros partidos. Pero en aquel entonces no era sólo el dirigente de un partido, sino también de una nación y un estado.

Existía, por supuesto, otro factor: el internacionalismo. Hoy, cuando el movimiento comunista internacional ha dejado en gran parte de existir como tal, es difícil imaginar la fuerza inmensa que sus miembros obtenían del conocimiento de su calidad de soldados de un singular ejército internacional que, por muy vario y flexible que fuera en la táctica, operaba en el marco de una única y amplia estrategia de la revolución mundial. De ahí la imposibilidad de que surgiera ningún conflicto básico o de largo alcance entre los intereses de cada uno de los destacamentos nacionales y la Internacional, que era el *verdadero* partido, y del que las unidades nacionales no eran sino secciones disciplinadas. Esa fuerza se basaba tanto en razones realistas como en la convicción moral. Lo convincente de Lenin no era su análisis socioeconómico —al fin y al cabo, los anteriores escritos marxistas habían insinuado algo parecido a su teoría del imperialismo—, sino su indudable genio para organizar un partido revolucionario y dominar la táctica y la estrategia de la revolución. Al mismo tiempo, la Komintern se propuso inmunizar el movimiento contra el terrible colapso de sus ideales, y en gran parte lo logró.

Los comunistas —ésta era una convicción general— nunca iban a comportarse como hizo la socialdemocracia

internacional de 1914, abandonando su bandera para seguir las del nacionalismo y sucumbir en medio de una matanza recíproca. Y no lo hicieron, justo es reconocerlo. Hubo algo heroico en la actitud de los partidos comunistas británico y francés en septiembre de 1939. El nacionalismo, el cálculo político e incluso el sentido común empujaban en una dirección, pero ellos optaron sin vacilaciones por poner en primer plano los intereses del movimiento internacional. Como a veces ocurre, estaban en un trágico y absurdo error. Pero éste, o más bien el de la línea soviética del momento, junto a la suposición políticamente absurda de Moscú por la que una situación internacional dada implicaba una idéntica reacción en partidos situados en contextos muy diferentes, no debería llevarnos a ridiculizar el espíritu de su acción. Así fue cómo los socialistas de Europa debieron actuar en 1914 y no lo hicieron: cumpliendo las decisiones de su Internacional. Así fue cómo los comunistas actuaron cuando estalló la otra guerra mundial. No fue su culpa que la Internacional no les hubiera enseñado a actuar de otra manera.

Por esto, los problemas con que se enfrentan quienes escriben la historia de los partidos comunistas son de difícil solución. Hay que recuperar el *temple* único y sin precedentes de los movimientos no religiosos del bolchevismo, tan distante del liberalismo de la mayoría de los historiadores como del activismo permisivo y poco exigente de la mayor parte de los ultraizquierdistas contemporáneos. No se puede comprender, sin percibir este sentido de entrega total, que en Auschwitz el partido hiciera pagar las cotizaciones de sus miembros en cigarrillos (sumamente preciosos y casi imposibles de conseguir en un campo de exterminio), o que los cuadros aceptaran la orden no sólo de matar alemanes en el París ocupado, sino de adquirir previa e individualmente las armas necesarias para llevarla a cabo, y que les hacía prácticamente inconcebible la idea de negarse a regresar a Moscú, aun bajo la

certeza de su encarcelamiento o de su muerte. No se pueden comprender los logros ni las perversiones del bolchevismo sin tener esto en cuenta, aunque unos y otras han sido monumentales; como, sin duda, tampoco se puede comprender el extraordinario éxito del comunismo como sistema educativo para el trabajo político.

Pero los historiadores deben también hacer la distinción entre los elementos nacionales de los partidos comunistas y los internacionales, incluyendo aquellas corrientes de los movimientos nacionales que llevaron a la práctica la línea internacional no porque estuvieran obligados a hacerlo, sino por estar realmente de acuerdo con ella. Deben distinguir entre los elementos genuinamente internacionales de la política de la Komintern y aquellos que reflejaban sólo los intereses estatales de la URSS y las preocupaciones tácticas o de otra índole de la política interna soviética. Tanto en el ámbito nacional como en el internacional, deben distinguir entre las decisiones políticas basadas en el conocimiento, la ignorancia o la corazonada; en el análisis marxista (acertado o no), la tradición local, la imitación de ejemplos extranjeros apropiados o no, la simple prueba y error, la percepción táctica de lo concreto o la fórmula ideológica. Y por encima de todo deben determinar qué medidas políticas han tenido éxito y han sido sensatas y cuáles no, evitando caer en la tentación de condenar a la Komintern en bloque como un fracaso o como una simple marioneta del régimen de Rusia.

Estos problemas son particularmente difíciles para el historiador del PC británico, ya que en este país parecen tener muy escasa importancia, salvo en algunos breves períodos. El partido reunía simultáneamente los rasgos siguientes: era leal a Moscú, se negaba resueltamente a verse envuelto en las controversias rusas e internacionales y era un legítimo vástago de la clase obrera nativa. Su camino no se llenó de dirigentes perdidos o expulsados, de herejías ni de desviaciones. Gozaba de la ventaja de su reducido ta-

maño, lo que significaba que la Internacional no esperaba de él los resultados espectaculares generadores de relaciones tensas, como ocurría, por ejemplo, con el partido alemán, y también de la ventaja de actuar en un país muy distinto a la mayoría de las demás naciones europeas y de otros continentes, como ponía de manifiesto el más somero de los exámenes. Por ser fruto no de una escisión política de la socialdemocracia, sino de la unificación de los diversos grupos de la extrema izquierda que siempre habían actuado en cierta medida fuera del partido laborista, no podía considerarse exactamente como un partido de masas capaz de ofrecer una alternativa al laborista, por lo menos en lo inmediato. Por esto se le dejó en libertad —e incluso se le estimuló— para que llevase a cabo las tareas a que, en cualquier caso, se hubieran dedicado los militantes británicos de izquierdas, y para que las realizara con inusitada abnegación y eficacia por el mero hecho de ser comunista. La verdad es que, en un principio, Lenin se ocupó primordialmente de desaprobar el sectarismo y la hostilidad hacia el laborismo, que eran las tendencias espontáneas de la ultraizquierda del país. Las etapas en que la línea de la Internacional iba contra el espíritu de la estrategia y de la táctica de la izquierda nacional (como en 1928-1934 y en 1939-1941) destacan como anomalías en la historia del comunismo británico, precisamente porque existía de manera evidente tal estrategia, cosa que no ocurría en los demás países. Mientras no existiese ninguna perspectiva realista de revolución, mientras hubiera sólo una central sindical —el TUC— y el partido laborista fuera el único, aunque en estado de crecimiento, capaz de ganarse el apoyo de los trabajadores políticamente conscientes en una escala nacional, en la práctica sólo existía una posible vía real de avance socialista. La actual confusión de la izquierda (dentro y fuera del partido laborista) se debe en gran parte a que esto no puede ya presuponerse y a que no existen estrategias alternativas de gran consenso.

Sin embargo, esta aparente simplicidad de la situación de los comunistas británicos oculta una serie de interrogantes. En primer lugar, ¿qué esperaba exactamente la Internacional de los británicos, aparte de que se convirtiesen en un partido comunista genuino y ayudaran —esto a partir de una fecha todavía incierta— a los movimientos comunistas de las colonias? ¿Cuál era exactamente el papel de Gran Bretaña en su estrategia general y cómo cambió? Esto no queda aclarado por los trabajos históricos existentes, que, salvo raras excepciones, son de baja calidad.

En segundo lugar, incluso medido con criterios poco exigentes, ¿por qué el impacto del PC en la década de los veinte fue tan pobre? El número de sus miembros era escaso y sometido a alzas y bajas, sus éxitos eran en parte reflejo de la actitud radical y militante del movimiento obrero y del hecho de que los comunistas seguían actuando en una gran medida dentro del partido laborista o por lo menos con su apoyo a nivel local. Debido al reducido número, aunque creciente, de sus afiliados, a su debilidad electoral y a la sistemática hostilidad de los directivos laboristas, el PC no llegó a constituirse en una izquierda nacional efectiva hasta los años treinta.

En tercer lugar, ¿cuál era la base del apoyo comunista? ¿Por qué fue incapaz, antes de la década de los treinta, de atraer a los intelectuales, alejando en seguida a los pocos que había conseguido y que procedían sobre todo de la izquierda ex fabiana y del "socialismo gremial"? ¿Cuál fue el carácter de su insólita influencia —que no afiliación— en Escocia y Gales? ¿Qué ocurrió en los años treinta, que convirtió el partido en algo que no había sido antes, esto es, en una organización de militantes fabriles?

Y, por supuesto, ahí están todas las cuestiones que inevitablemente serán planteadas sobre el acierto o el error en los cambios de la línea política del partido y, más fundamentalmente, de su particular forma de organización en el

contexto de la Gran Bretaña de entreguerras y posterior a 1945.

James Klugmann [1] no ha abordado seriamente ninguna de estas cuestiones. Este hombre tan competente y lúcido es sin duda capaz de escribir una historia satisfactoria del partido comunista, y, en los casos en que se siente libre de ataduras, así lo hace. Por ejemplo, ha escrito la mejor y más completa relación que hoy existe sobre la génesis del partido. Por desgracia, se encuentra paralizado por la imposibilidad de simultanear su condición de buen historiador con la de funcionario leal. La única manera existente hasta ahora de que un organismo público escriba la historia "oficial" de una organización consiste en entregar los materiales a uno o varios historiadores profesionales que tengan la suficiente simpatía hacia ella como para no entrar a saco en la misma; con el suficiente distanciamiento como para no temer husmear en todas partes con temor a descubrimientos inesperados y desagradables, y que en el peor de los casos puedan ser desautorizados oficialmente. Esto fue en esencia lo que hizo el gobierno británico con la historia oficial de la segunda guerra mundial, y el resultado fue que Webster y Frankland fueron capaces de escribir una historia de la guerra aérea que destruye muchos mitos familiares y levanta muchas ampollas en los medios oficiales y políticos, pero que es a la vez erudita y útil, incluso para quienes quieran emitir juicios o elaborar sobre una u otra estrategia. El PC italiano es el único que ha elegido esta vía tan sensata, aunque casi inimaginable para la mayoría de los políticos. Así, Paolo Spriano ha escrito una obra discutible, pero seria y documentada.[2] James Klugmann no ha sido capaz de hacer una cosa ni otra.

1. James Klugmann, *History of the Communist Party of Great Britain: Formation and Early Years*, Londres, 1966.
2. Paolo Spriano, *Storia del Partito Comunista Italiano*, vol. I: *Da Bordiga a Gramsci*, Turín, 1967.

Tan sólo ha empleado sus notables dotes para evitar escribir algo deshonroso.

Me temo que, al actuar así, haya dilapidado gran parte de su tiempo. ¿De qué sirve, en definitiva, emplear diez años en busca de fuentes —incluyendo las de Moscú— si las *únicas* referencias precisas a fuentes contemporáneas no publicadas del PC se elevan a siete y las *únicas* referencias incluso a fuentes impresas de la Internacional Comunista (incluida la Inprecorr) suman menos de una docena en un volumen de 370 páginas? El resto está formado en su mayor parte por referencias a informes publicados, folletos y especialmente periódicos comunistas de este período. En 1921-1922 el Presidium de la Komintern debatió en torno a Gran Bretaña trece veces, es decir, más veces que sobre cualquier otro país, a excepción de Francia, Italia, Hungría y Alemania. Éste es un dato que no contiene el libro de Klugmann, cuyo índice carece de toda referencia a Zinoviev (salvo en relación con la carta falsificada que lleva su nombre), Borodin, Petrovsky-Bennet, o a un campo de la actividad del partido tan genuinamente británico como el del *Labour Research Department*.

Una historia adecuada del PC no puede escribirse evitando o falseando por sistema cuestiones genuinamente polémicas y asuntos que puedan ser considerados en el interior de la organización como indiscretos o poco diplomáticos. Tampoco puede efectuarse describiendo y documentando, más detalladamente que en ninguna ocasión anterior, las actividades de sus militantes. Es interesante tener unas 160 páginas sobre la actividad del partido entre 1920 y 1923, aunque lo básico de este período está recogido en el informe de Zinoviev al Cuarto Congreso mundial de finales de 1922, que dice: "tal vez en ningún otro país el movimiento comunista hace progresos tan lentos". Sin embargo, este hecho no es efectivamente abordado. Ni siquiera la explicación del momento, según la cual esto se debía al desempleo masivo, es examinada con seriedad. En

resumen, Klugmann ha hecho cierta justicia a los militantes entregados y a menudo ignorados que sirvieron a la clase obrera británica como mejor supieron. Ha escrito un libro de texto para sus sucesores en las escuelas del partido con toda la claridad y capacidad de su gran reputación como profesor en dichos cursos. Ha reunido una gran cantidad de información nueva, de la que sólo una parte será asimilada por los especialistas en descifrar formulaciones hechas con gran cautela; muy poca de esa información sobre asuntos importantes está documentada. Pero no ha escrito una historia satisfactoria del PC ni del papel del PC en la vida política británica.

(1969)

2

RADICALISMO Y REVOLUCIÓN EN GRAN BRETAÑA [1]

El estudio erudito de los movimientos comunistas, industria académica cuya producción es abundante pero decepcionante en conjunto, ha sido practicado habitualmente por miembros de dos escuelas: los sectarios y los cazadores de brujas. Unos y otros han coincidido en algunos puntos gracias a la inclinación de muchos ex comunistas a pasar del desacuerdo al rechazo total. En términos generales, los historiadores sectarios han sido revolucionarios, o por lo menos gente de izquierda y en su mayoría disidentes comunistas. (La contribución de los partidos comunistas a su propia historia ha sido pobre y, hasta hace pocos años, insignificante.) El principal propósito de su investigación ha sido descubrir por qué los partidos comunistas han fracasado en organizar revoluciones o han logrado resultados tan desconcertantes cuando las han hecho. Su principal debilidad profesional ha sido la incapacidad para distanciarse suficientemente de las polémicas y cismas en el seno del movimiento.

1. Se han conservado, en este caso y en otros, los términos "radical" y "radicalismo" para designar lo que corresponde también a los términos "extremista" y "extremismo". [*N. del T.*]

Los cazadores de brujas eruditos, cuya ortodoxia no llegó a formularse del todo hasta los años de la guerra fría, veían los partidos comunistas como organismos siniestros, irrazonables y potencialmente omnipresentes, mitad religión y mitad complot, imposibles de explicar racionalmente por no existir razón sensata alguna para desear la caída de la sociedad pluralista-liberal. Por consiguiente, debían analizarse bajo el aspecto de la psicología social de las desviaciones de sus individuos y de una teoría conspirativa de la historia. El principal punto débil de esta escuela consiste en que ha contribuido con muy poco a su tema. Su estereotipo fundamental se parece bastante al victoriano sobre "los sindicatos", por lo que ofrece más luz sobre quienes la defienden que sobre el comunismo en sí.

La obra, bastante ambiciosa, de Newton titulada *The Sociology of British Communism* [2] demuestra, para satisfacción de quien esté dispuesto a dejarse convencer, que la escuela de cazadores de brujas no tiene relación aparente con el partido comunista británico. Este PC no se compone, ni se ha compuesto jamás en medida substancial, de minorías anormales o enajenadas. En la medida en que puede conocerse su composición social —y el señor Newton ha compulsado toda la información disponible al respecto—, comprende primordialmente trabajadores especializados y semiespecializados, en su mayoría maquinistas, albañiles y mineros y maestros de escuela procedentes en gran parte del mismo medio social. Como en el caso del llamado "radicalismo tradicional", no se basa "en individuos desarraigados o carentes de vínculos, sino por el contrario en individuos estrechamente vinculados a su comunidad y al radicalismo presente en ella". No comprende "personalidades autoritarias" similares a las fascistas, y el mito convencio-

2. Kenneth Newton, *The Sociology of British Communism*, Londres, 1969.

nal según el cual los "extremos" se tocan tiene poca base en la realidad.

Sus actividades no correspondían ni corresponden a las del esquema sociológico de los "movimientos de masas" ("modos de respuesta directa y activista" en que "el centro de atención está lejos de la experiencia personal y de la vida cotidiana"). Cualesquiera que fueran los objetivos finales del partido, sus militantes, en los sindicatos o en los movimientos de parados de entreguerras, se encontraban totalmente entregados a temas prácticos, como la mejora de las condiciones laborales del momento y localidad. Ni siquiera existen pruebas de que el PC británico sea más oligárquico que otros partidos del país, que sus miembros presten menos atención a la democracia interna de la organización o tengan una actitud claramente distinta hacia sus dirigentes.

En una palabra, Newton establece con una cierta prolijidad lo que cualquiera que tenga un conocimiento directo de los comunistas británicos puede saber. Sociológicamente hablando, responden bastante a lo que uno espera de una élite activista de la clase obrera, que comparte en particular "la tenaz aspiración a la propia mejora a través de la autoeducación", fenómeno muy conocido de cualquier estudioso de los dirigentes de la clase obrera en cualquier período de la historia británica. Se trata del tipo de personas que han dotado al movimiento obrero con un sobrio —en la mayoría de los casos— cuadro dirigente. Newton arguye que en esto son muy parecidos a los activistas del partido laborista, y que la principal razón de la insólita pequeñez del PC británico es que, hasta tiempos recientes, el partido laborista expresaba de manera totalmente satisfactoria los puntos de vista de la mayoría de los trabajadores británicos conscientes. En esto tiene sin duda casi toda la razón, aunque siempre ha habido una izquierda obrera que no lo ha considerado suficiente. Esta ultraizquierda es el tema de la obra de Kendall.

La cuestión de fondo estriba en si ha constituido o constituye un movimiento "revolucionario". En lo que atañe al PC, lo que se discute no es su compromiso subjetivo para la realización de un cambio social fundamental, sino el carácter de la sociedad en cuyo seno ha perseguido y sigue persiguiendo sus objetivos así como el contexto político de sus actividades. Para los jóvenes ultraizquierdistas de 1969, cuya idea de la revolución consiste, si no en colocarse tras una barricada, por lo menos en hacer el mismo ruido que si se estuviera en ella, el PC no es, lisa y llanamente, revolucionario y dejó de serlo hace tiempo. Pero la cuestión es más seria. ¿Hasta qué punto puede un partido ser funcionalmente revolucionario en un país en el que una revolución de tipo clásico no está en el orden del día y cuyo pasado carece incluso de una tradición viva revolucionaria?

La investigación de Walter Kendall sobre la izquierda de los años 1900-1921 plantea esta cuestión de una manera aguda.[3] El propio autor parece a menudo perderse en los laberintos de la historia sectaria y dedica demasiado espacio a la idea de que el PC no surgió del pasado de la izquierda radical británica sino de las exigencias internacionales de los bolcheviques rusos. Esta idea puede ser brevemente refutada. Si algo está claro en el período 1917-1921, es lo siguiente: (*a*) que la ultraizquierda se identificó apasionadamente con los bolcheviques, (*b*) que se componía de pequeños grupos enfrentados unos con otros, (*c*) que la mayoría de éstos no quería sino convertirse en el partido comunista, fuera cual fuera la voluntad de los rusos, y (*d*) que la posición natural y sensata de éstos consistía en procurar que surgiera un solo partido unificado. De hecho, lo que ocurrió fue en gran medida lo que cabía esperar. La más numerosa y duradera de las organizaciones marxistas

3. Walter Kendall, *The Revolutionary Movement in Britain 1900-1921*, Londres, 1969.

independientes de la izquierda británica, el partido socialista británico, fue el principal núcleo del PC y absorbió otros grupos izquierdistas, políticamente importantes, pero numéricamente reducidos. Los rusos emplearon su prestigio en limpiarlo parcialmente de su extremo sectarismo antipolítico, aunque su proceso de conversión en un partido "bolchevique" no empezó seriamente hasta que terminó el período estudiado por Kendall.

Pero ¿hasta qué punto era revolucionaria esta izquierda radical? ¿Hasta dónde podía llegar? Resulta evidente, a la luz del muy completo y erudito estudio de Kendall, que sólo una reducidísima fracción de la minúscula izquierda radical anterior a 1914 consistía en revolucionarios en el sentido ruso o irlandés: radicaba principalmente en Escocia, el East End de Londres (con sus contactos rusos) y tal vez el sur de Gales. Estos pocos militantes, que en el mejor de los casos ascendían a unos centenares, desempeñaron un papel desproporcionadamente grande en los años 1911-1920, en que el movimiento obrero británico, probablemente por vez primera desde los cartistas, dio muestras de auténtico repudio del "sistema", incluyendo en él la "política", el partido laborista y los dirigentes de los sindicatos. Sin embargo, decir que eran revolucionarios se prestaría a confusión.

La razón inmediata de su fracaso fue que la izquierda británica no tenía ni sentido del poder ni organizaciones capaces de pensar en términos del mismo. Los rebeldes se enfrentaban simplemente con la alternativa más modesta de arrebatar las tradicionales organizaciones de masas a los dirigentes reformistas o negarse a tener trato alguno con ellos. Pero la primera alternativa, aunque más fecunda a largo plazo, hacía descender la temperatura de la militancia en la crisis inmediata; y la segunda la mantenía a costa de la efectividad.

Los mineros del sur de Gales —cuyo sindicato era esencialmente el producto de una rebelión desde abajo— optaron por lo primero, con el resultado de que tras la gran huelga de 1915 no hubo en las minas ningún movimiento extraoficial de importancia que pudiera enlazar con el de la industria. Pero los mineros se mantuvieron unidos, se radicalizaron en bloque (la Federación del Sur de Gales se planteó incluso en cierta ocasión la posibilidad de afiliarse a la Komintern), eligieron a A. J. Cook en 1924 y empujaron a todos los trabajadores a la huelga general en un momento en que ésta había dejado de tener demasiada significación política. Como señala acertadamente Kendall, su éxito "evitó la acción radical durante la guerra sólo para hacerla estallar una vez terminada la conflagración".

Por otra parte, los *shop stewards*,[4] debido a las hondas raíces de su sindicalismo, a su desconfianza hacia toda clase de política y de burocracia, dilapidaron sus esfuerzos y no dieron lugar más que a un mero suplemento del sindicalismo oficial, como destaca también Kendall. Más que encabezar una rebelión genuina, lo que hicieron fue darle expresión, aunque no fueron capaces de comunicarle efectividad ni permanencia. De ahí que su movimiento se extinguiera, dejando en su estela tan sólo unos pocos reclutas valiosos para el nuevo PC. "En 1918", escribió Gallacher, "nos habíamos manifestado en Glasgow más de cien mil personas. El Primero de Mayo de 1924 yo mismo encabecé una manifestación por las calles. Éramos un centenar".

La dificultad de la izquierda revolucionaria en las sociedades industriales estables no es que sus oportunidades no lleguen jamás, sino que las condiciones normales en que debe actuar le impiden desarrollar los movimientos susceptibles de aprovechar los raros momentos en que es llamada a comportarse como revolucionaria. La desalentadora conclusión del libro de Kendall es que no hay salida sencilla a este dilema nacido de la realidad. Un sectarismo cerrado sobre sí mismo no es ninguna solución. Tampoco

4. *Shop stewards*, delegados obreros de taller. [*N. del T.*]

lo es la reacción rebelde de simple rechazo de toda política y "burocracia". Resulta difícil ser revolucionario en países como los nuestros. No hay razón alguna para pensar que en el futuro lo será menos.

(1969)

3

EL COMUNISMO FRANCÉS

La historia del comunismo en las economías desarrolladas de occidente ha sido la de unos partidos revolucionarios en países sin perspectivas insurreccionales. Tales países pueden verse envueltos en actividades revolucionarias que derivan de las contradicciones internacionales del capitalismo, como de hecho lo han estado en varias ocasiones durante este siglo (por ejemplo, durante la ocupación nazi), o que reflejan el resplandor de los incendios de otros países (por ejemplo, en la Europa del Este), pero sus propias evoluciones políticas no los han llevado –o no los han parecido llevar más que por un momento– hacia las barricadas. Ni las dos guerras mundiales ni la gran crisis acaecida entre ambas han afectado seriamente la base social de ningún régimen situado en el espacio que limitan los Pirineos, el límite meridional de los Alpes y el cabo Norte: y no es fácil imaginar impactos más vigorosos sobre una región como ésta en el período relativamente breve de medio siglo. En la Europa oriental –por tomar el ejemplo más próximo– la situación ha sido muy distinta. Ahí tenemos, en el mismo período, por lo menos cuatro –y tal vez cinco– casos de revoluciones sociales endógenas (Rusia, Yugoslavia, Albania, Grecia,[1] y quizás Bulgaria), generadoras de cambios no transitorios, sino muy serios.

1. En Grecia la revolución habría triunfado de no haber sido por la intervención militar británica y la inhibición diplomática soviética.

Espontánea o deliberadamente, los movimientos obreros de occidente han tenido que asimilar esta situación y, al hacerlo, han tenido que correr el grave riesgo de adaptarse a una existencia permanentemente subordinada en el seno del capitalismo. En el período anterior a 1914 esta dificultad quedaba hasta cierto punto encubierta por la negativa de los regímenes burgueses a admitirlos oficial o completamente en su sistema de relaciones políticas y económicas, por las condiciones miserables de existencia en que vivían la mayoría de los trabajadores y el universo social cerrado de un proletariado fuera de la ley, y por la fuerza de las tradiciones revolucionarias —principalmente marxistas, aunque también anarquistas— que habían configurado a la mayoría de los movimientos obreros y que aún influían poderosamente. En la generación posterior a 1917 quedó también parcialmente encubierta por el colapso del capitalismo en una ola de matanzas, crisis y barbarie, y más concretamente por la revolución bolchevique, que fue considerada (acertadamente) como el heraldo de la revolución mundial. En nuestra generación se ha mostrado con mucho mayor claridad gracias a la combinación de tres factores: la notable y hasta ahora desconocida prosperidad económica de "occidente" (que ha afectado también a la gran masa de sus clases trabajadoras), la desintegración de la Tercera Internacional —tanto en sus versiones oficiales como en las oficiosas— y el carácter remoto —tanto en lo geográfico como en lo social y político— de la fase de la revolución mundial posterior a 1945 respecto a los problemas de los países occidentales desarrollados.[2]

El período anterior a 1914 ha pasado a la historia. La Segunda Internacional se hundió completamente, más allá

2. No pretendo decir que su carácter remoto era algo inevitable. Sólo quiero decir que, de hecho, la revolución china y las revoluciones de liberación nacional no han impregnado a los movimientos socialistas y comunistas de Occidente de un modo ni lejanamente comparable a como lo hizo la Revolución de Octubre.

de toda posibilidad de resurgimiento, y lo mismo ocurrió con el movimiento, en parte rival y en parte complementario, del sindicalismo revolucionario anarquizante ("anarcosindicalismo"). Si estudiamos este período por alguna razón más profunda que la simple curiosidad académica, es sólo para ayudar a comprender lo que ocurrió después, y quizás para buscar ciertas claves que nos hagan comprender lo que entonces era usual, pero ahora infrecuente: la existencia de movimientos socialistas nacionales unidos desde el punto de vista organizativo, aunque ideológicamente pluralistas. El período de la Tercera Internacional llega hasta nuestros días, por lo menos en la forma del cisma permanente entre los partidos comunistas y socialdemócratas, ninguna de cuyas normas de conducta o tradiciones puede entenderse sin una referencia constante a la Revolución de Octubre. De ahí la importancia de estudios como la voluminosa obra de Annie Kriegel, *Aux Origines du Communisme Français, 1914-1920*.[3]

El partido comunista francés es, en muchos aspectos, un fenómeno único. Es uno de los pocos partidos comunistas de masas en las economías "avanzadas" de occidente, y, con la excepción del PC italiano (que actúa en un país que llegó tarde y de manera incompleta al sector "avanzado" de la economía mundial), el único en haberse convertido en partido mayoritario dentro del movimiento obrero nacional. A primera vista esto no plantea grandes problemas. Francia es el país clásico de la revolución europea occidental, y si las tradiciones de 1789-1794, 1830, 1848 y 1871 no son capaces de empujar a una nación hacia partidos revolucionarios, nada será capaz de hacerlo. Pero, si se miran las cosas más de cerca, el progreso del PC es bastante más desconcertante. Las tradiciones clásicas del revolucionarismo francés —incluso del de la clase obrera—

3. A. Kriegel, *Aux origines du communisme français, 1914-1920*, 2 vols., París y La Haya, 1964.

no eran marxistas y menos aún leninistas, sino jacobinas, blanquistas y proudhonianas. El movimiento socialista anterior a 1914 era ya un injerto alemán en el árbol francés, que sólo se afianzó a medias en la vida política y menos aún en el sindicalismo. El guesdismo, que fue lo más próximo a la ortodoxia socialdemocrática, aunque algo distante de ella, se redujo a un fenómeno regional o minoritario. El PC francés supuso una "bolchevización" o rusificación del movimiento nativo mucho más radical, y para la que tenía pocos fundamentos. Sin embargo, esta vez el injerto agarró bien. El partido comunista francés se convirtió, y ha seguido así, no sólo en el partido de masas de la mayoría de los trabajadores franceses, fuerza principal de la izquierda francesa, sino también en un partido "bolchevique" clásico. Esto plantea el principal problema de su historia. La Kriegel no se propone contestar a este interrogante directamente —sus dos volúmenes terminan con el Congreso de Tours, donde se fundó el partido—, pero responde a él indirectamente, por así decir, por un proceso de eliminación de posibilidades alternativas. La historia de los años que ha tomado como tema no permitía completar esta eliminación. Con todo, uno de los eslabones principales de su razonamiento es que en 1920 no se podía predecir en absoluto el desarrollo posterior del PC. No obstante, la guerra y la postguerra despejaron una muy amplia zona de la vida francesa de tradiciones políticas históricamente arraigadas, pero obsoletas o impracticables.

El impacto de la guerra y de la Revolución rusa debe determinarse mediante investigaciones paralelas sobre la evolución de la clase obrera y de la minoría poco organizada y a veces no representativa que puso en pie el movimiento obrero francés. La distinción es importante, porque la misma fragilidad, inestabilidad o estrechez del movimiento francés puede haber tenido como consecuencia, según afirma la autora, que la capacidad de atracción de los partidos revolucionarios de la postguerra haya sido

mayor que en los países en que el movimiento obrero fuera más representativo de las masas. El libro de Kriegel nos dice relativamente poco acerca de tal evolución, aunque ésta atravesó claramente cuatro fases principales: una vigorosa reversión hacia el nacionalismo en 1914; un cansancio por la guerra que crece rápidamente a partir de finales de 1916, culminando en las huelgas fracasadas y los amotinamientos en el ejército de la primavera de 1917; una recaída en la inactividad tras su fracaso (aunque combinada con una creciente afluencia de trabajadores hacia las organizaciones obreras); y, tras el final de la guerra, una radicalización rápida y acumulativa, que casi con toda certeza se *adelantó* a las organizaciones sindicales oficiales. Sus principales protagonistas eran los soldados desmovilizados —el ritmo gradual de la desmovilización mantuvo el ímpetu de la radicalización— y las industrias (metal y ferrocarriles) en las que confluían la importancia del papel desempeñado por las mismas durante la guerra y el retorno de trabajadores desmovilizados a sus antiguas ocupaciones. Sin embargo, hasta el final de la guerra el arraigado nacionalismo que constituye la tradición más antigua y vigorosa de la izquierda francesa mantuvo a las masas alejadas de una revolución (incluida la Revolución rusa) que parecía presuponer una victoria alemana. Comparándolo con el de Gran Bretaña, por ejemplo, el movimiento de simpatía hacia los soviets en 1917 fue notablemente débil. Sólo una vez que el armisticio hubo eliminado la alternativa entre patriotismo y revolución, la radicalización política de los trabajadores franceses pudo progresar sin obstáculos. Y, cuando lo hizo, fue disipada por el fracaso de su movimiento sindical.

Para el movimiento sindical los años que van de 1914 al 1920 fueron una sucesión de derrotas históricamente decisivas. El año 1914 supuso el total fracaso de todas las secciones y todas las fórmulas del movimiento anterior, tanto socialista como anarcosindicalista. Desde comienzos

de 1915 surgió una modesta oposición pacífico-internacionalista (pero no revolucionaria), aunque –y este dato es muy significativo– no sobre las bases de la izquierda radical de antes de la guerra. Fracasó en 1917, y lentamente surgió después del armisticio una izquierda revolucionaria pro bolchevique, aunque –de nuevo vuelve a ser significativo– sólo muy parcialmente basada en la corriente pacífico-internacionalista de "Zimmerwald" de 1915-1917, muchos de cuyos dirigentes se negaron a unirse a ella. En aquel momento no había ninguna división en el movimiento sindical francés, o por lo menos no mayores divergencias que las que había habido siempre en él, ya que la fórmula de unidad laxa había sido adoptada a comienzos de 1900; tampoco había ninguna perspectiva seria de una división consolidada. Al contrario, en 1918-1919 tanto el partido socialista como la Confederación General del Trabajo parecían haber hallado una vez más una base para la unidad en un viraje a la izquierda –pero no a la izquierda bolchevique– que criticaba pero no condenaba los excesos nacionalistas y de colaboración de clases de 1914. A diferencia de Alemania, la guerra no había dividido el partido. A diferencia de la Gran Bretaña, los líderes de la colaboración de clases en 1914 (como Arthur Henderson) no arrastraron por la senda de la oposición a la guerra y de un socialismo moderado a un partido unido. Ocurrió como en Austria, donde la anterior minoría pacifista se convirtió en una mayoría, sin dividir el partido.

Desde luego, en la tempestuosa atmósfera de revolución mundial, todas las secciones del movimiento, salvo la minoritaria y desacreditada extrema derecha nacionalista, tenían su mirada puesta en la "revolución" y el "socialismo", aunque es discutible si las batallas libradas en 1919-1920 apuntaban hacia tal finalidad. Con independencia de sus objetivos, todos ellos fracasaron. La reducida ultraizquierda que soñaba con una revolución proletaria de estilo occidental basada en "consejos" y hostil tanto al

Parlamento como a los partidos y a los sindicatos, fracasó en las huelgas de la primavera de 1919, ya que nunca llegó a la masas.[4] La solución del comunismo libertario o descentralizado quedó descartada. Los socialistas políticos siempre habían apostado por gobiernos socialistas elegidos, y habían bosquejado ambiciosos programas sobre sus realizaciones. Fracasaron en el otoño de 1919, porque la adhesión política del electorado a los socialistas fue desalentadoramente reducida; sólo de aproximadamente un 14 por ciento, mucho menos que en otros países. A no ser por la tibieza de los dirigentes reformistas, los resultados habrían sido considerablemente superiores, según prueba de manera convincente la Kriegel, pero aun así la mayoría electoral nunca estuvo al alcance de los socialistas y esto ahorró a los dirigentes del partido la probable demostración de que no habrían sabido qué hacer con ella. En cualquier caso, el camino reformista quedó temporalmente cerrado.

Por último, y a un nivel de mayor seriedad, los sindicalistas revolucionarios –tal vez la tradición revolucionaria puramente proletaria más fuerte de Francia– hicieron su prueba y falló en 1920, con el fracaso de la gran huelga ferroviaria. El mito tradicional de la clase obrera francesa, la huelga general revolucionaria, recibía un golpe de muerte. Lo mismo le ocurría –y esto tiene mucha más significación– al sindicalismo revolucionario como tendencia de peso en el movimiento francés.

Fue en estas circunstancias –y sólo en ellas– cuando el grueso del partido socialista francés se dispuso a seguir a Moscú, e incluso entonces lo hizo sólo con ciertas salveda-

4. A. Kriegel señala que hubo una alternativa genuinamente revolucionaria al bolchevismo, alternativa que trató de combinar el socialismo con los valores liberales o libertarios; pero también señala que su fracaso, cualquiera que fuese la etiqueta bajo la cual se organizó, fue completo. En realidad, fue simplemente desde su comienzo un movimiento carente de toda posibilidad de triunfo.

des tácitas; "sin reservas, pero sin clarificaciones inoportunas", según la interpretación que hace Kriegel. Para sentar las bases de un partido bolchevique auténtico, hizo falta que la mayoría de los socialistas retornasen poco tiempo después al viejo partido y que el primer grupo dirigente del PC fuese eliminado algunos años más tarde con el fin de sentar los cimientos de un auténtico partido bolchevique. Esto sin duda es verdad, aunque cabe dudar todavía de si el surgimiento de un PC de masas como fenómeno permanente y duradero fue tan "accidental" como la autora sugiere.

En primer lugar, la bancarrota de las primitivas corrientes y fórmulas del socialismo francés era irreversible. Además quebrantó el tradicional orgullo francés de constituir el país "clásico" de la revolución europea y de tomar las revoluciones francesas como modelos internacionales; orgullo que, por otra parte, había mantenido al movimiento francés ampliamente inmunizado frente al marxismo. Los franceses habían fracasado —lamentablemente y por vez primera en una época revolucionaria europea— mientras que los bolcheviques habían triunfado. En cualquier futura extrema izquierda, Lenin tendría que suplir el desfalleciente vigor de Robespierre, Blanqui o Proudhon. Por primera vez quedaba abierta la vía para la transformación de los revolucionarios franceses. Pero en la época de la Tercera Internacional una transformación de esta clase excluía cualquier mantenimiento de las fórmulas de la unidad socialista anteriores a la guerra. Una izquierda comunista había de ser bolchevique o no debía existir.

En segundo lugar, como señala acertadamente la Kriegel, desapareció toda la base social anterior a 1914 del movimiento obrero francés. La guerra hizo que la economía francesa entrase por vez primera en el siglo XX; esto es, hizo imposible (o marginal) no sólo el inestable gremialismo minoritario de artesanos preindustriales que había constituido la base del sindicalismo revolucionario, sino también

la ilusión de una clase obrera fuera de la ley, no ligada al sistema capitalista por nada salvo el odio y la esperanza de su total derrocamiento. De una u otra manera tanto el reformismo como el revolucionarismo anteriores a 1914 debían cambiar, debían redefinirse o definirse con una mayor precisión. También en este sentido quedaba cerrada toda posibilidad de retroceso hacia 1914.

Pero este mismo cambio en la economía francesa y en las relaciones entre empresarios, trabajadores y estado planteó problemas que ni los socialistas ni los comunistas afrontaron y que ni siquiera supieron reconocer, y en esta incapacidad precisamente reside gran parte de la tragedia del socialismo occidental. El partido socialista de Léon Blum no llegó a ser ni el partido fabiano ideal, capaz de irse aproximando al socialismo a través de elecciones y de reformas parciales, ni un simple partido reformista en el seno del capitalismo. Degeneró en algo parecido al partido radical de la Tercera República, y asumió realmente este papel político durante la Cuarta: la de garante del inmovilismo social y económico, endulzado por la participación de sus dirigentes en responsabilidades ministeriales. El partido comunista siguió siendo el partido de la revolución proletaria internacional y, cada vez más, el eficaz organizador de los trabajadores. La bolchevización lo convirtió, casi con certeza, en la organización revolucionaria más efectiva de la historia de Francia. Pero inevitablemente, puesto que la revolución mundial se redujo simplemente a la Revolución rusa, la esperanza de su extensión residía en la URSS y allí había de quedar acantonada mientras ésta "siguiera considerándose a sí misma como la revolución en marcha".[5] Y como no había en Francia ninguna situa-

5. Bajo las condiciones del stalinismo esto suponía una identificación total con todos y cada uno de los actos del PCUS, ya que cualquier vacilación equivalía a la expulsión y a la pérdida de contacto con la realidad de la revolución mundial; pero Kriegel tal vez defiende su propio

ción ni perspectiva revolucionarias, "el PCF necesariamente había de convertirse en nudo de todas las contradicciones y antinomias del socialismo revolucionario francés anterior a 1914: reformista en su práctica cotidiana, aunque revolucionario; patriótico, aunque internacionalista". Y, como acertadamente señala la Kriegel, descubrió una pseudosolución a esas contradicciones "convirtiéndose en una especie de sociedad global imaginaria, según el modelo del universo ruso soviético" y apartándose cada vez más –cabría añadir– de toda participación efectiva en la política. Una sola cosa le ha impedido firmemente convertirse en una reencarnación del socialismo. A diferencia de éste, en las crisis decisivas que le obligaron a elegir entre nacionalismo e internacionalismo, optó por el internacionalismo (en la única forma que podía: la lealtad hacia la Revolución de Octubre, materializada en la URSS).

¿Acaso no había –ni hay– solución a este dilema del partido revolucionario en un contexto no revolucionario? Plantearse esta pregunta no equivale a negar la justeza del curso internacional indicado al movimiento comunista por Lenin, cuyo descollante genio político emerge del libro de Kriegel como de todos los restantes estudios serios de su actividad. Al fin y al cabo entre los años 1917 y 1921 existía una situación revolucionaria en medio mundo, aunque esto no significara –y Lenin jamás lo hizo– que en Londres y en París se planteara en el orden del día la cuestión de las repúblicas soviéticas. Un examen retrospectivo puede mostrar que los países de capitalismo desarrollado, incluida Alemania, se mantuvieron en lo fundamental incólumes, aunque fue acertado, por no decir natural, que el estado mayor político de la época considerase a Europa –o por lo menos a Europa central– como un campo de batalla en que la victoria era posible, y no como un territorio a evacuar apresuradamente. Además, el no dividir el movimiento sindical, aun allí donde esto fuera posible, no resolvía nada. Las hojas de servicios de los movimientos que se mantuvieron en lo esencial unidos, como el británico y el austríaco, muestran que los fracasos de entreguerras no pueden imputarse simplemente al cisma entre socialistas y comunistas. Por último, la creación de partidos revolucionarios auténticos, principal resultado de la Komintern, tuvo consecuencias francamente positivas, como quedó probado en los años treinta y cuarenta, especialmente en los movimientos de resistencia contra el fascismo, el cual debe a los partidos comunistas mucho más de lo que éstos estaban dispuestos a reconocer en la época o de lo que sus enemigos estuvieron dispuestos a reconocer en tiempos posteriores.

Esto no significa aceptar acríticamente la Komintern. Se cometieron graves faltas de apreciación política, que la rigidez militar de su organización trasladaba a los partidos comunistas nacionales. Su dominación inevitable por parte del PCUS tuvo consecuencias sumamente perjudiciales que, llegado el momento, la hicieron naufragar. Pero los que piensan que el movimiento sindical internacional, especialmente en la Europa occidental, no hubiera jamás debido tomar el camino que tomó en 1917-1921, expresan meramente el deseo de que la historia hubiera sido distinta de lo que ha sido. Es más, subvaloran los logros positivos, aunque limitados, que hacen del período de la Tercera Internacional uno mucho menos desalentador para los partidarios del socialismo que el de la Segunda. Estos logros son fáciles de subvalorar, sobre todo en el actual período de reacción contra el stalinismo y de cisma comunista internacional y en un momento en que la Komintern, lógicamente, ya no ofrece un modelo válido de organización socialista internacional. Sin embargo, la tarea del historiador no consiste en alabar y condenar, sino en analizar.

pasado cuando sostiene que "cualquier intento de establecer alguna distinción entre el estado soviético y [...] el PC francés habría sido radicalmente absurdo tanto en la teoría como en la práctica".

Un análisis de esta clase revelaría el hecho curioso de que en el seno de la Komintern no se ignoró el problema fundamental del partido revolucionario en un contexto no revolucionario. De hecho, se esbozó una solución posible, aunque la extrema susceptibilidad de los antirrevolucionarios respecto a esta solución hace pensar que se trataba de una salida viable: los "frentes populares" y los frentes nacionales antifascistas de resistencia y liberación (hasta que estos últimos se convirtieron en una mera cobertura del PC a partir de 1946 o hasta que el PC fue expulsado de ellos hacia la misma época). En aquellos momentos la naturaleza y las posibilidades de movimientos y gobiernos de este tipo resultaron obscurecidas por una serie de circunstancias históricas irrelevantes: la repugnancia de los partidos comunistas a admitir que tales frentes fueran pasos hacia el socialismo; su insistencia en que sólo tendrían este carácter si eran asimilados al PC; la brevedad de su existencia y las excepcionales circunstancias en que actuaron, y varios otros factores. Sin embargo, hasta aquí, esta fase del pensamiento comunista ha sido la única en que se han tomado de alguna manera en consideración y de manera realista a escala internacional los problemas específicos de la marcha al socialismo. Merece recordarse que fue el partido comunista francés el que la inició. Queda abierta al debate la cuestión de si las experiencias de los años treinta y cuarenta conservan relevancia y hasta qué punto. En cualquier caso, caen fuera del alcance del libro de Kriegel.

(1965)

4

INTELECTUALES Y COMUNISMO

La historia de amor entre intelectuales y marxismo tan característica de nuestro tiempo tuvo lugar relativamente tarde en la Europa occidental, aunque en Rusia empezó en vida de Marx. Antes de 1914 el intelectual marxista era un bicho raro al oeste de Viena, aunque en un momento determinado de comienzos de la década de 1890 pareció que iba a convertirse en una especie permanente y numerosa. Esto se debía en parte a que en algunos países (como Alemania) no había muchos intelectuales de izquierda, fuera cual fuera su tendencia, mientras que en otros (como Francia) predominaban viejas ideologías de izquierda anteriores al marxismo, pero, sobre todo, a que la sociedad burguesa a que pertenecían los intelectuales —aceptándola o rechazándola— era todavía una empresa próspera. El intelectual de izquierda característico de la Gran Bretaña eduardiana era un liberal radical, el de la Francia del caso Dreyfus, un revolucionario de 1789, pero un revolucionario destinado casi con certeza a ocupar un prestigioso puesto de profesor en el estado. Hasta que la primera guerra mundial y la crisis de 1929 quebraron estas viejas tradiciones y certezas, la masa de intelectuales no se volvió hacia Marx. Y lo hizo a través de Lenin. La historia del marxismo entre los intelectuales de occidente es, pues, en gran parte

la historia de sus relaciones con los partidos comunistas que sustituyeron a la socialdemocracia como principales representantes del marxismo.

En los últimos años esta relaciones han sido tema de una abundante literatura –obra principalmente de ex comunistas, marxistas disidentes y estudiosos norteamericanos– que consiste principalmente en autobiografías o biografías comentadas de destacados intelectuales miembros de varios partidos comunistas y que, en su mayoría, han abandonado éstos. La obra de David Caute, *El comunismo y los intelectuales franceses*,[1] es uno de los ejemplos más satisfactorios del segundo tipo, porque acepta con sólidos argumentos que las razones que llevaron a los intelectuales a las filas de los partidos comunistas y los mantuvieron en ellas fueron a menudo racionales y convincentes, en contra de la opinión generalizada de los años cincuenta de que tales partidos sólo podían atraer a gente anormal, psicológicamente aberrante o deseosa de abrazar alguna religión secular, el "opio de los intelectuales". Por consiguiente, la mayor parte de su libro trata no tanto de comunismo e intelectuales como de intelectuales y comunismo.

Las relaciones entre intelectuales y partidos comunistas han sido turbulentas, aunque tal vez menos de lo que se ha escrito en torno a las mismas, ya que los más destacados, y de quienes más se ha escrito, no son necesariamente una muestra representativa del término medio. En países como Francia e Italia, donde el partido ha sido durante mucho tiempo y sigue siendo la mayor fuerza de la izquierda, es probable que el comportamiento político (por ejemplo, el voto) sea mucho más estable que lo que pueda deducirse de la intensa renovación de sus miembros. Sabemos que ocurre así entre trabajadores. Por desgracia, las dificultades en hallar una práctica definición sociológica de "intelectual" nos han privado hasta ahora de estadísticas dignas de crédito sobre los mismos, aunque las pocas con que contamos hacen pensar que también entre ellos ocurre de manera similar. Así, la afiliación al partido en la École Normale Supérieure descendió al término de la guerra del 25 al 5 por ciento en 1956, pero los comunistas obtuvieron en la Ciudad Universitaria el 21 por ciento de los votos en 1951 y el 26 por ciento en 1956.

1. David Caute, *Communism and the French Intellectuals*, Londres, 1969.

Pero, con independencia de las corrientes generales de simpatía política entre los intelectuales, no cabe duda del tormentoso discurrir de quienes ingresaron en las filas de los partidos comunistas. Esto se suele atribuir a la creciente transformación de dichos partidos, que siguen la pauta soviética formando cuerpos rígidamente dogmáticos y sin permitir ninguna desviación respecto a una ortodoxia que acabó abarcando todo aspecto imaginable del pensamiento humano y que dejó muy poco campo a la actividad de la que los intelectuales reciben su nombre. Es más, a diferencia de la iglesia católica romana, que prefería mantener invariable su ortodoxia, el comunismo la cambiaba frecuente, profunda e inesperadamente en el curso de su actividad política diaria. La constantemente modificada *Gran Enciclopedia Soviética* no era más que el ejemplo extremo de un proceso que inevitablemente imponía a los intelectuales comunistas fuertes y a menudo intolerables tensiones. Se dice también que los aspectos desagradables de la vida en la URSS apartaron a muchos de ellos.

Esto es sólo parte de la verdad. Muchas de las dificultades de los intelectuales procedían del carácter de la moderna política de masas, ya que el partido comunista era tan sólo la expresión más lógica –y, en Francia, la primera– de una tendencia general del siglo XX. El miembro activo de un moderno partido de masas, como el moderno miembro del Parlamento, prescinde prácticamente de su juicio, sin tener en cuenta sus reservas teóricas ni los mecanismos nominales que permitan disidencias indoloras.

O, mejor dicho, la opción política de los tiempos modernos no consiste en un proceso constante de selección de hombres o medidas, sino en elecciones aisladas o infrecuentes de paquetes, de tal manera que nos vemos obligados a comprar la parte desagradable del contenido porque no hay otra manera de conseguir el resto, y, en cualquier caso, porque no hay otra manera de obtener una eficacia política. Esto vale para todos los partidos, si bien los no comunistas han solido facilitar hasta ahora las cosas a sus miembros intelectuales absteniéndose de imponer compromisos oficiales en asuntos como la genética o la composición de sinfonías.

Como Caute destaca razonablemente, el intelectual francés, al aceptar en términos generales la Tercera o la Cuarta Repúblicas, ha tenido que hacerlo a pesar de Versalles, la política interior del Bloque Nacional, Marruecos, Siria, Indochina, el régimen de Chiappe, el paro forzoso, la corrupción parlamentaria, el abandono de la España republicana, Munich, el maccarthismo, Suez y Argelia.

De modo análogo, el intelectual comunista, al escoger la URSS y su partido, lo hizo porque le parecía que sus ventajas superaban a sus inconvenientes. Uno de los méritos de Caute es mostrar cómo, por ejemplo, en los años treinta, no sólo los militantes más inflexibles del partido, sino también sus simples simpatizantes, evitaban, en aras de la causa superior del antifascismo, las críticas contra las purgas soviéticas o las faltas de los republicanos españoles. Los comunistas no solían hablar en público de esta elección. Podía ser claro en el caso de no militantes que habían optado por el bando comunista o contra el adversario común, como Sartre. Podía ser que no sólo la proverbial lógica gala, sino también el trasfondo de catolicismo romano (compartidos, de distintas maneras, tanto por creyentes como por no creyentes), hicieran que la idea de unirse a un partido amplio con reservas mentales resultara más fácil de aceptar en Francia que en la Gran Bretaña de las cien religiones y un solo guiso.

Sin embargo, aun hechas todas las concesiones, el camino del intelectual del partido era duro, y la mayoría de los activamente comprometidos llegó a la ruptura, incluyendo los que se unieron al partido en la época stalinista y precisamente por esta circunstancia; es decir, porque deseaban la formación de un ejército revolucionario totalmente entregado, disciplinado, realista y antirromántico. Incluso esa generación brechtiana, que se preparó deliberadamente para aceptar las más rigurosas decisiones en su lucha por la liberación del hombre, llegó —como el propio Brecht— a un punto en que dudaba no tanto de los sacrificios como de su utilidad y justificación. Los militantes irreflexivos podían refugiarse en el autoengaño de los que abrazan una fe pensando que toda orientación o línea es "correcta" y debe defenderse por el mero hecho de provenir del partido, quien, por definición, tiene razón. Los inteligentes, aun siendo capaces de grandes dosis de autoengaño, tendían más bien a adoptar la postura del abogado o funcionario cuyas opiniones privadas no son relevantes para el caso que defiende, o la del policía que quebranta la ley para mantenerla mejor. Ésta fue la actitud que floreció alimentada por el duro estilo político del partido y que produjo una progenie de matones profesionales del debate intelectual.

Caute es comprensiblemente duro contra esos *apparatchiks* intelectuales, dispuestos en todo momento a encontrar en el aliado potencial el tono de sinceridad que conviene o a tratarle de "intelectual-policía", aunque nunca a buscar la verdad. La versión francesa de este fenómeno es particularmente desagradable, y el libro está ampliamente dominado por la aversión que el autor les manifiesta. Es fácil simpatizar con él. Las dotes literarias de Aragon son eminentes, aunque ajenas a los sentimientos que inspira su periodismo de cloaca; pero hay muchos otros escritores cuyos talentos personales no inspiran ningún respeto y que

tampoco pueden ser excusados por el hecho de que dicho tipo de periodismo sea también habitual entre los intelectuales franceses de otras tendencias políticas. Sin embargo, hay dos cuestiones importantes que no deben quedar ocultas por dicha aversión.

La primera es la finalidad de tal ejercicio. Si se trataba de obtener entre los intelectuales apoyo para el partido, como supone Caute, las actividades públicas de los Stil, Kanapa, Wurmser *et alii* durante los años cincuenta eran la peor manera de conseguirlo, puesto que sólo conseguían aislar el partido y sus militantes inteligentes se daban cuenta de ello. La verdad, más bien, es que había dos motivos conflictivos: el de ampliar la influencia del partido y el de erigir murallas protectoras en torno a un amplio y a la vez aislado movimiento, a un mundo particular en el seno del mundo general de Francia, protegiéndolo de los ataques e infiltraciones del exterior. En épocas de expansión política, como las del Frente Popular y la Resistencia, los dos objetivos no eran contradictorios; en épocas de estancamiento político, sí. Lo interesante es que en tales períodos el partido francés escogió el segundo camino (cosa que el partido italiano nunca terminó de hacer), consistente en convencer a sus correligionarios de que no necesitaban escuchar a los de fuera, todos enemigos de clase y embusteros. Esto requería a la vez una reafirmación constante de las propias certidumbres y un suministro adecuado de cultura ortodoxa para el consumo interior, y Caute no ha dedicado tal vez suficiente atención a esta tentativa de autarquía cultural sistemática, si bien ha advertido algunos de sus síntomas. Esto implicaba el intento de convertir al artista o escritor del partido en persona económicamente independiente del mundo exterior. También implicaba que en tales momentos la fama exterior de un Aragon, como la de Belloc para los católicos ingleses de antes de la guerra, se podía valorar como un activo en el interior del movimiento más que como un medio para

convertir a la gente de fuera.

La segunda es la cuestión crucial de cómo cambiar una determinada política comunista. De nuevo viene a cuento el paralelismo con la iglesia católica romana (del que los comunistas franceses han sido más conscientes de lo que admite Caute). Quienes modificaron la orientación del partido no eran hombres con un historial de críticas y disidencia, sino de una indudable lealtad stalinista, desde Jruschov y Mikoyan hasta Tito, Gomulka y Togliatti. La razón no es sólo que, en los años veinte y treinta, estos hombres creyeran que el stalinismo era preferible a las restantes alternativas comunistas, ni que a partir de la década de 1930 la actitud crítica tendiese a acortar la vida de quienes residían en la URSS. La razón estriba también en que los comunistas que se separaban del partido –y esto fue durante mucho tiempo consecuencia casi automática de la disidencia– perdían toda posibilidad de ejercer influencia alguna sobre él. En países como Francia, donde el partido y el movimiento socialista se iban identificando cada vez más, abandonar aquél equivalía a quedar reducido a la impotencia política o a la traición a la causa, y para los intelectuales comunistas la posibilidad de situarse como destacados personajes académicos o culturales no suponía ninguna compensación. El destino de quienes se iban o eran expulsados era bien el anticomunismo o el olvido político, salvo en el caso de los lectores de revistas minoritarias. Por el contrario, la lealtad concedía por lo menos la posibilidad de ser influyente. Desde los años sesenta, en que termina la etapa estudiada por Caute en su libro, ha quedado claro que incluso funcionarios intelectuales muy rígidos, como Aragon y Garaudy, tenían más ganas que lo que él suponía de iniciar cambios políticos. Sus razonamientos y vacilantes iniciativas no deben juzgarse según las pautas de los debates liberales con más motivo que el comportamiento de los prelados reformadores antes y durante el Concilio Vaticano.

No obstante, analizar el problema del comunismo y los intelectuales franceses como un problema de relaciones entre partido e intelectuales, bien desde el punto de vista del partido o desde el de cada intelectual como individuo, es enfocar la cuestión sólo marginalmente. Porque, en el fondo, lo que se trata es la cuestión de la naturaleza general de la vida política francesa, de las divisiones seculares que atraviesan su sociedad, incluyendo las que se dan entre los intelectuales y el resto de ella. Puede argüirse que la política del partido en general, y respecto a los intelectuales en particular, hubiera podido ser más efectiva, sobre todo en períodos como los años veinte y cincuenta. Pero tales razonamientos sólo pueden fundarse, para tener valor, en el reconocimiento de los límites impuestos al partido por una situación sobre la que éste tenía escaso control.

No podemos comprender, por ejemplo, el "dilema" del intelectual comunista en un partido proletario a menos que reconozcamos que las causas que han movilizado con más intensidad a los intelectuales franceses han sido raramente, desde 1870, populares. Una de las dificultades más auténticas del partido comunista durante la guerra de Argelia y de los dirigentes socialistas favorables a Dreyfus durante la década de 1890, fue que en sus filas había muy poca simpatía por éste o el FLN. Las razones de ello exigirían un estudio. Y, en un contexto más general, también lo exigiría la incapacidad de toda la izquierda francesa desde 1870 –y quizás desde antes de 1848– por lograr una hegemonía política en la nación similar a la creada durante la gran Revolución. En el período de entreguerras, los gobiernos de izquierda fueron tan infrecuentes en la Francia jacobina (1924, 1936-1938) como en la conservadora Gran Bretaña, aunque a mediados de los años treinta pareciera por unos momentos que la izquierda podía recuperar su tanto tiempo perdido liderazgo. Una de las diferencias cruciales entre los partidos comunistas francés e italiano es que tanto la resistencia italiana como la yugoslava fueron

movimientos nacionales dirigidos por la izquierda, mientras que la resistencia francesa fue sencillamente la honorable rebelión de una parte de los franceses. El problema del paso de una oposición minoritaria a la hegemonía nacional no ha sido sólo un problema de los comunistas.

La Semaine Sainte de Aragon, menospreciada en Gran Bretaña y omitida por Caute, es esencialmente la novela de esas seculares divisiones entre franceses, incluso entre los que "debieran" estar en el mismo bando. Ésta es probablemente una razón por la que los críticos franceses de todos los partidos que se sienten afectados por ella en su nervio político han exagerado su valor. La finalidad de la izquierda francesa ha sido siempre la de convertirse en un movimiento de obreros e intelectuales capaz de encabezar a la nación. Los problemas del partido comunista han surgido en gran medida de la extrema dificultad por lograr en medio del siglo xx este viejo objetivo jacobino.

(1964)

5

LOS OSCUROS AÑOS DEL COMUNISMO ITALIANO

El partido comunista italiano constituye el capítulo brillante de la historia del comunismo en el mundo occidental, o en la parte del mundo en que estos partidos no están en el poder. La fortuna de todos los partidos comunistas ha fluctuado, pero, en el curso del más o menos medio siglo transcurrido desde su fundación, pocos de ellos han aumentado sustancialmente su nivel de prestigio internacional o han transformado la naturaleza de su influencia política en su propio país, lo cual va muy ligado a lo anterior. Ha habido algunos raros casos de "promoción" de una división inferior a otra superior de la liga política, como en el caso –presumiblemente– del partido comunista español, que era relativamente insignificante antes de la guerra civil española.[1] Existen también algunos casos obvios de relegación, como el partido comunista en la Alemania occidental, que nunca se ha recuperado de los golpes recibidos bajo el dominio de Hitler. Pero de una manera general, aunque su fuerza e influencia hayan sufrido

1. La ilegalidad bajo la que han actuado varios partidos comunistas durante la mayor parte de su existencia –algunos de los cuales se encuentran aún en esta situación– convierte en algo especulativo cualquier evaluación de su fuerza política.

variaciones, la mayoría de los partidos comunistas, por lo menos en la Europa capitalista, nunca ha jugado en las primeras divisiones del juego político de sus países, aunque hayan alcanzado al término de la última guerra todo el prestigio que les dio su participación sin igual en los movimientos de resistencia. Por otra parte, algunos de ellos, como el francés y el finlandés, siempre han constituido fuerzas políticas importantes incluso en los momentos más bajos de su historia. Es más difícil saber hasta qué punto estas afirmaciones son válidas para el conjunto de los partidos comunistas del mundo, pero esto no concierne a las presentes reflexiones.

El partido comunista italiano es uno de los pocos ejemplos de "promoción" indudable. Antes del fascismo nunca llegó a ser más que un partido minoritario en el interior de un movimiento socialista considerado, por lo general, como bastante izquierdista: representaba algo más de un tercio en el Congreso de Livorno (1921). En cuanto se serenaron las aguas agitadas por la escisión, resultó evidente que representaba una minoría comparativamente modesta, con independencia de las simpatías y posibilidades revolucionarias del resto del movimiento socialista. En 1921 reunió menos de un quinto del total de votos socialistas, y en 1924, a pesar del declive socialista, la proporción era aún de tres a uno en contra suya. Su porcentaje en la masa electoral no alcanzó nunca el 5 por ciento. Desde el final de la guerra ha ido subiendo cada vez más como la fuerza fundamental de la izquierda, como la "oposición" real en una estructura *de facto* políticamente bipartidista, y, lo que es aún más significativo, ha ido ganando fuerza constantemente y casi sin interrupción.[2]

2. Porcentaje del voto comunista en las elecciones para la Cámara de Diputados:

1946	18,9
1948	31,0 (lista única con los socialistas)

La cuestión de los cambios que esto haya supuesto en su papel y perspectiva revolucionarios puede ser objeto de vivas polémicas. Pero no puede caber la menor duda de que la importancia del partido en la política nacional ha sido mucho mayor después de la guerra que en cualquier momento anterior, y que no sólo ha mantenido sus posiciones, sino que en el transcurso de una generación las ha reforzado.

Los que escriben historia por extrapolación pueden sentirse tentados en proyectar hacia atrás esta curva ascendente de la influencia comunista, pero errarán el blanco. Lo realmente interesante en la historia del partido comunista italiano es el contraste sorprendente entre su extrema debilidad durante la mayor parte del período fascista y su extraordinaria expansión durante y después de la Resistencia; o, alternativamente, entre la notable continuidad de una dirección de partido insólitamente capacitada, cuya aptitud era internacionalmente reconocida, y la enorme diferencia entre un partido considerado por la Komintern como notoriamente débil y decepcionante, y aquel otro que, en 1947, fue uno de los dos únicos partidos no gubernamentales invitados a participar en la Kominform.

La medida de esa diferencia puede hoy establecerse a partir de la *Storia del Partito Comunista Italiano* de Paolo Spriano, escrita sobre la base del acceso sin restricciones a los archivos del estado y a los del PC, aunque no a los de la Internacional Comunista, que sólo muy lentamente se van haciendo accesibles a investigadores oficiales de mucha

1953	22,6
1958	22,7
1963	25,3
1968	26,9

Las elecciones de 1948 señalaron seguramente un retroceso momentáneo.

confianza.[3] En mayo de 1934, poco antes de la reorientación de la línea política comunista internacional, el partido italiano tenía, según la Komintern, un total de 2.400 miembros, menos que el PC británico en su peor momento de este período. La mayoría de sus principales dirigentes estaba en prisión, destino aparentemente inevitable de los sucesivos relevos de valerosos y abnegados militantes enviados a Italia durante los siete años anteriores. Sus actividades en el país eran mínimas. El régimen fascista tenía la suficiente confianza en sí mismo como para incluir varios centenares de presos comunistas en la amnistía con que Mussolini celebró el décimo aniversario de la Marcha sobre Roma.

Esta situación catastrófica podía sin duda atribuirse en cierta medida a los delirios de la política de la Komintern durante la famosa etapa conocida como "tercer período" (1927-1934), en que el movimiento comunista europeo descendió a su más bajo nivel. Son suficientemente conocidos: la obligatoriedad de ver en la socialdemocracia al *principal* enemigo ("socialfascismo") y en el ala izquierda de la socialdemocracia al sector más peligroso de la misma; la testaruda ceguera no sólo ante el ascenso de Hitler sino incluso ante su triunfo, y así sucesivamente. La falta de realismo alcanzó su cenit en los dieciocho meses que siguieron a la subida del nazismo al poder. La línea del partido (esto es, de la Komintern) no cambió hasta julio de 1934. No debe de haber sido fácil para un historiador comunista encontrar elementos documentales sobre los esfuerzos desesperados de los dirigentes del partido italiano

3. Hasta ahora se han publicado tres volúmenes de la historia de Spriano, que cubren el período hasta 1941 (Turín 1967, 1969, 1970). Hay que lamentar muchísimo que los archivos de la Komintern sean inaccesibles, tanto si han sido cerrados por razones técnicas —hasta la muerte de Stalin no habían sido clasificados ni siquiera someramente, y aún cabe esperar hacer descubrimientos inesperados, según afirman fuentes autorizadas— como si lo han sido por motivos políticos.

por retener algún vestigio de realismo en sus análisis ("No podemos decir que en Italia la socialdemocracia sea el principal apoyo de la burguesía"), viéndose obligados al día siguiente a retractarse públicamente; y esto diez años después de la Marcha sobre Roma.

No obstante, incluso después de que la Komintern hubiese adoptado la línea de unidad antifascista (con el apoyo entusiasta de Togliatti, que entró a formar parte junto con Dimitrov de la dirección de la Internacional), el partido italiano no lograba progresar. Esto era tanto más sorprendente cuanto que la nueva línea era a la vez sumamente sensata y particularmente ideada para aumentar la influencia de los partidos comunistas, que, casi en su totalidad, ganaron mucho terreno en este período. También lo hicieron, por supuesto, los italianos, aunque en proporciones más modestas. Además, siguieron siendo con mucho la más numerosa, activa y seria de todas las organizaciones antifascistas ilegales o en el exilio. En 1936, entre los emigrantes italianos en Francia, se contaban de cuatro a cinco mil comunistas organizados, cerca de seiscientos miembros del partido socialista y un centenar aproximadamente de anarquistas. Con todo, vale la pena recordar que, según las propias estimaciones del PC, había en aquel tiempo en Francia casi medio millón de trabajadores italianos, de los que la organización de masas más numerosa y amplia del PC no abarcaba más de quince mil.

La realización más genuina y conocida del partido pone también de manifiesto su debilidad: su intervención en la guerra civil española. Comunistas italianos, como Togliatti, Longo y Vidali, ocuparon puestos de la más alta responsabilidad en esta guerra, que fue la última y tal vez mayor empresa de un movimiento comunista genuinamente internacional. Las Brigadas Garibaldi tuvieron una participación señaladamente heroica y eficaz no sólo en defensa de España, sino también en la tarea de restablecer en la izquierda italiana la confianza en sí misma, hecho que

Giustizia e Libertà, periódico no comunista, percibió antes —justo es reconocerlo— que el PC.[4] Sin embargo, ahora sabemos que el esfuerzo de movilizar las primeras fuerzas voluntarias italianas agotó las reservas de la emigración antifascista. Se conocen las fechas de llegada de unos dos mil de entre los 3.354 italianos miembros de las Brigadas Internacionales. Aproximadamente un millar llegó en la segunda mitad de 1936, cuatrocientos en la primera mitad de 1937, algo más de trescientos en la segunda mitad del mismo año y bastante menos de trescientos en 1938. (Dicho sea de paso, de los 2.600 cuyo origen inmediato puede determinarse, 2.000 venían de la emigración francesa y sólo 223 directamente de Italia.)[5] Como las bajas fueron abundantes, resultó imposible reponerlas a pesar de los esfuerzos del partido en intensificar el reclutamiento: hacia noviembre de 1937, sólo el 20 por ciento de la Brigada Garibaldi se componía de italianos. En suma, la emigración antifascista se movilizó y, después de haberlo hecho, no le quedó nadie por movilizar.

Éstos son los antecedentes de otro fenómeno poco conocido hasta la aparición de la obra de Paolo Spriano: la campaña aparentemente ininterrumpida de la Internacional contra el PC italiano a lo largo de los años treinta. Igual que tantas otras cosas en las postrimerías de la Komintern, ésta es una cuestión muy oscura porque, en la medida en que la Internacional fue colocada bajo la super-

4. El siguiente fragmento de Lussu (*Giustizia e Libertà* 28 agosto 1936) merece ser citado: "La necesidad que tenemos de ir a España es mayor que la necesidad que la República española tiene de nosotros. Al movimiento antifascista italiano le falta una epopeya revolucionaria [...]. Hemos de reconocer que no hemos sabido cómo librar la batalla contra el fascismo. La pequeña vanguardia política de la emigración italiana debe sacrificarse generosamente en esta empresa. Adquirirá experiencia en los campos de batalla. Se ganará renombre en el combate. Se convertirá en el núcleo que aglutinará en torno a sí a la vanguardia más amplia del mañana".

5. Spriano, vol. 3, pp. 226-227.

visión directa del aparato de la policía secreta soviética —el propio Yezhov, responsable de las purgas, se integró en la Ejecutiva del Séptimo Congreso y Trilisser-Moskvin, otro policía, en el secretariado—,[6] sus actividades fueron penetrando en una penumbra cada vez más espesa, cuando no se atrofiaron del todo. (Después de 1936 resulta imposible hasta identificar a los miembros y comités dirigentes de la Internacional basándose en las fuentes hechas públicas.) El destacado papel de Togliatti en la Internacional y el de Longo en las Brigadas Internacionales han desviado la atención del hecho de que las críticas de la Komintern se hicieron cada vez más severas, hasta culminar en la disolución por Moscú del Comité Central del partido en 1938, la supresión drástica de la ayuda financiera de que, a comienzos de 1939, dependía casi completamente y los rumores de que se procedería aún a más reorganizaciones de los organismos dirigentes hasta bien entrada la guerra.

No cabe duda de que las animosidades personales y las bizantinas intrigas palaciegas desempeñaron un papel en todo ello, aunque la principal razón del descontento de la Komintern era muy lógica: el completo fracaso del partido italiano en establecer contactos eficaces con el interior del país, por no mencionar su incapacidad en realizar algún progreso perceptible. Siguió siendo lo que había sido durante mucho tiempo: un grupo de unos pocos centenares de exiliados políticos enteramente dependientes de la ayuda material de Moscú y un gran número de confinados o de presos en las cárceles de Mussolini. En algunos aspectos, la situación en el primer año de participación de Italia en la guerra fue incluso más desastrosa que en 1929-1935, puesto que entonces había habido un cuerpo coherente de dirigentes, mientras que la guerra de España, la caída de Francia y otros acontecimientos habían dispersado incluso

6. G. Berti, "Problemi di storia del PCI e dell'Internazionale Comunista", *Riv. Stor. Italiana*, LXXXII (marzo 1970).

aquel "centro exterior".

Este fracaso no puede atribuirse literalmente a las "órdenes de Moscú", por muy plausible que esa explicación pueda parecer para el período de 1927-1934. (Aun así, subestima el apoyo real que el ultrasectarismo tenía en el interior del partido italiano, especialmente entre los jóvenes, cuyo portavoz era Luigi Longo.) Y tampoco puede culparse enteramente a los errores del partido italiano, tanto si eran propios como si participaban de una tendencia generalizada entre los comunistas. Ellos mismos no supieron ver en el fascismo un fenómeno general, y aun tendieron a analizarlo (cuando no se veían obligados por las fórmulas oficiales de Moscú) como un problema especial de un capitalismo particular bastante atrasado. Y, naturalmente, pese a los intentos de Gramsci en interpretar este hecho, compartieron con todos los comunistas la dificultad de ajustarse a una situación muy distinta a la crisis revolucionaria mundial en la que se habían formado. No obstante, las principales razones del fracaso del PCI fueron probablemente objetivas, y la Komintern las subestimó, porque, a pesar de su prolongada experiencia de ilegalidad, el fascismo no tenía ningún precedente real.

Los poderes de un estado moderno decidido a suprimir la oposición sin tener en cuenta la ley y la constitución son enormes, y los modernos movimientos de masas laborales que no pueden funcionar sin alguna clase de legalidad son particularmente vulnerables a ellos. El propio PCI fue tomado por sorpresa: ¿cómo explicar, si no, que las redadas fascistas de finales de 1926 capturaran a no menos de un tercio de sus miembros efectivos, incluido su dirigente Gramsci? Cualquiera que fuera la cobertura ideológica y propagandística, la esencia de la política fascista, y más tarde de la nazi, hacia los movimientos de trabajadores no era transformarlos sino destruirlos. Sus organizaciones habían de ser disueltas, sus dirigentes y cuadros, desde los niveles superiores hasta los de localidad y empresa, eli-

minados; estos movimientos, en suma, debían quedar reducidos –según expresión usada posteriormente por Trotski–, a un "estado amorfo". Puesto que se trataba de impedir "toda cristalización independiente del proletariado" (o de cualquier otra clase social), no importaba demasiado lo que pensaran los obreros.

Pero, ¿qué podía hacer un movimiento ilegal una vez consumada su decapitación y su destrucción? Podía mantener contacto –o, mejor, restablecerlo– con los grupos simpatizantes existentes y, con suerte, constituir algunos nuevos. Esto se hizo cada vez más difícil. La Komintern tenía razón en instar a los partidos ilegales a constituir un "centro en el interior" como base esencial de una eficaz actividad nacional, aunque el mero intento de tomar contacto con miembros supervivientes, fácilmente amenazados y vigilados, permitía a la policía descubrir casi automáticamente a los emisarios del "centro en el exterior". Y ¿qué podía hacer, en cualquier caso, la organización ilegal? Prácticamente todas las actividades de un movimiento obrero implican una u otra forma de presencia pública, que era precisamente lo que no podían permitirse. Donde mejor se mantenían era en las franjas marginales de la sociedad moderna o allí donde el poder del estado no ejerce o no puede ejercer un control intenso: en el universo oral y secreto de las aldeas y en las pequeñas comunidades aisladas donde los forasteros, incluidos los agentes del estado, podían ser localizados con mayor facilidad.

Probablemente no sea casual que, cuando la organización se derrumbó en el norte industrial, el centro del partido ilegal a finales de la década de los veinte y principios de los treinta pasara a la Italia central, donde entonces existía doble número de militantes que en el norte. Pero a corto plazo, ¿qué diferencia suponía esto? Cuando cayó el fascismo, se conocieron casos emotivos de personas y grupos que habían perdido durante años contacto con el partido y que pagaron sus cotizaciones, cuya suma habían

ahorrado cuidadosamente a lo largo del prolongado exilio interior del fascismo. Sabemos que los militantes del pueblo siciliano de Piana degli Albanesi se enorgullecían de no haber dejado ni una sola vez de mandar el Primero de Mayo por lo menos una manifestación simbólica al pequeño valle remoto, perdido entre las montañas, donde el fundador del socialismo en la región, el noble Nicola Barbato, les había dirigido la palabra en 1893 y donde el bandido Giuliano había de exterminarlos en 1947. Pero tales ejemplos, por muy emotivos que sean, prueban la eficacia de la policía fascista. Aisló al partido incluso de sus partidarios más acérrimos e impidió la eficaz manifestación de su lealtad.

¿Qué podía hacer un movimiento ilegal en tales circunstancias? El refugio entonces habitual en las oposiciones ilegales débiles, el terrorismo individual, era inaceptable para los marxistas, tras haber probado hasta la saciedad su ineficacia en la Rusia zarista.[7] Las formas más suaves y espectaculares de propaganda activa, como las octavillas lanzadas desde aviones sobre Milán y estimuladas por el grupo liberal de *Giustizia e Libertà* tampoco parecían demasiado eficaces. En aquellos tiempos la insurrección guerrillera de tipo maoísta o guevarista no estaba todavía en boga. En cualquier caso, la historia de esta forma de lucha en el siglo XIX, por obra de los seguidores de Mazzini y de los anarquistas, no la hacía demasiado recomendable para los comunistas. Esperar pasivamente a que se produjera un proceso de desintegración interna o alguna crisis –ya fuera económica o, en última instancia, militar– que proporcionara nuevos medios de conducir las masas a la acción, era igualmente inaceptable. Los comunistas podían esperar alguna crisis de esta clase y equivocadamente pensaron que

7. Recordemos que los terroristas rusos, en el momento culminante de su actividad, probablemente no eran más de quinientos individuos.

el *crack* de 1929 o la guerra de Abisinia iban a desencadenarla, aunque no podían hacer gran cosa para precipitar el acontecimiento. A la Internacional no le quedaba más opción que la de instar al PCI a que regresara a Italia y que a cualquier costo se infiltrara en las masas; el propio PCI tampoco podía imaginar muchas otras salidas. Pero esta tarea parecía imposible.

Hoy podemos ver retrospectivamente que, sin embargo, la base de sus subsiguientes éxitos existía ya o estaba en vías de establecerse. En primer lugar, la masa de los antifascistas italianos seguía irreconciliable respecto al régimen. La base de masas del fascismo italiano seguía siendo más estrecha que la del nazismo. En segundo lugar, el colapso del anarquismo y la pasividad del partido socialista transfirieron al comunismo, potencialmente al menos, una parte importante del apoyo obrero y campesino. En esta medida, la presencia persistente del partido y la propia actitud fascista hacia el comunismo lo convirtieron en el principal núcleo de la oposición antifascista. El que hubiera tales transferencias de lealtades en Italia, a diferencia de Alemania, se debió probablemente a la muy distinta estructura de los movimientos de izquierda de uno y otro país. En Italia no había la fatal polarización del movimiento obrero en dos partidos hostiles entre sí y de estructuras sociales muy diferentes. El movimiento "rojo" italiano de comienzos de la década de los veinte era todavía un abanico de tendencias y grupos parcialmente superpuestos. Entre los unitarios reformistas en un extremo y los comunistas y anarquistas en el otro, estaban los maximalistas, cuyo deseo frustrado de afiliarse a la Komintern y los serios proyectos de los comunistas de fundirse con ellos muestran la base común existente entre unos y otros. Y así como lo más fácil para los socialistas y comunistas de 1934 fue establecer un frente unido y eficaz, también lo fue que, tras el fascismo, los antiguos socialistas se hicieran comunistas.

En tercer lugar, puede advertirse un cierto resurgir de la oposición en el interior de Italia durante la década de los treinta, concretamente entre 1935 y 1938. Esto puede documentarse con mucha facilidad en el caso de los jóvenes intelectuales que posteriormente cobraron fama simultánea como dirigentes del partido (Ingrao, Alicata) y como figuras determinantes de la hegemonía comunista de la postguerra en la cultura italiana. España desempeñó sin duda un papel importante en esa cristalización de la vieja generación y en el esfuerzo de la misma mediante una nueva generación de antifascistas, nueva generación, que probablemente también comprendía obreros, aunque esto es difícil de probar documentalmente. En todo caso, los activistas de las reducidas e inestables células del partido parecen haber sido principalmente jóvenes.[8] El impacto inmediato de la guerra civil española viene atestiguado tanto por fuentes policiales como por informadores antifascistas, y esto —cosa significativa— en unos momentos en que la propaganda comunista exterior no había empezado todavía a dedicar demasiada atención a España.[9] (Mientras que *Giustizia e Libertà* había percibido inmediatamente la plena significación de España, es curioso que, *en fecha tan avanzada como fines de septiembre de 1936*, el Comité Central del PCI —tal vez por sus deficientes contactos con la Internacional, aunque sin duda en su descrédito— puso muy poca atención en España.)[10] La victoria inicial de la República sobre el alzamiento militar inspiró no sólo a los antifascistas de siempre, sino —según un informador de la policía de Milán— "incluso a algunos sectores que parecían firmemente identificados con el fascismo". Demostró que éste no era todopoderoso, suscitando así esperanzas —según advertía otro informador en Génova— "de que unos u

8. Spriano, vol. 3, p. 194.
9. Ibid., pp. 81-84.
10. Ibid., p. 99.

otros cambios políticos acarrearían antes o después la capitulación del espíritu autoritario del fascismo".

Pero España no fue el único factor. ¿Hasta qué punto el nuevo antifascismo entre jóvenes intelectuales, así como entre los no estudiantes de Sicilia, Calabria o Cerdeña implantados en la capital, se debía al deseo de huir del pesado provincianismo de la cultura fascista y de acceder a un mundo intelectual más amplio cuyas lumbreras, en el extranjero, prestaban tan visiblemente su apoyo al antifascismo? ¿Hasta qué punto se debía al fracaso del fascismo italiano por implantar una hegemonía cultural y una genuina base de masas? (El complejo de *inferioridad* internacional, tanto en lo cultural como en otros aspectos, era mucho mayor en Italia que en Alemania; el sentimiento de aislamiento cultural, más opresivo.) Fueran cuales fueran sus razones, a fines de la década de 1930 el antifascismo italiano no se basaba sólo en las generaciones que habían alcanzado su madurez política antes de 1924. Había empezado a generar entre los jóvenes su propia disidencia.

Curiosamente —y ésta fue una de sus mayores debilidades— el PCI parece haber interpretado mal la situación, debido quizás a lo que en aquel entonces había constituido una sobreestimación de la fuerza popular del fascismo. Su política, a partir de 1935, fue la de una amplia alianza; pero parece haber estado pensando insistentemente (y en concordancia con las consignas internacionales) en la perspectiva de separar del régimen a una parte supuestamente amplia de fascistas "sinceros" decepcionados por la traición del ideal fascista primitivo, y, por encima de todo, en no herir las susceptibilidades del nacionalismo italiano que había aparecido como una fuerza poderosa a raíz de la guerra de Abisinia.[11] Pero de hecho, como señalaron tanto

11. He aquí un ejemplo curioso: en 1939 el PCI destacó a uno de sus mejores mandos militares, Ilio Barontini, para impulsar una acción guerrillera en Etiopía en conjunción con las fuerzas leales al emperador.

los exiliados antifascistas no comunistas como algunos de los nuevos antifascistas del interior, no era éste el mayor problema. El principal efecto del fascismo en Italia fue el de no convertir los italianos al fascismo, según observó el joven Eugenio Curiel, que finalmente se unió a los comunistas tras haber mantenido contactos con socialistas y con *Giustizia e Libertà*. Era

> un escepticismo infinito [...] que mata toda fe posible en cualquier ideal, que escarnece el sacrificio del individuo en aras del bienestar de la comunidad. Ésta es, en el fondo, la más visible conquista del fascismo y seguirá siendo su herencia más amarga.[12]

Como confirmaron los hechos, este mismo escepticismo, que aisló a las reducidas minorías de los antifascistas activos y mantuvo en la pasividad a los sectores mucho más amplios de los inactivos, había de volverse contra el régimen fascista cuando Mussolini arrastró a un pueblo italiano reacio y falto de entusiamo a la segunda guerra mundial. La derrota iba a dar a los antifascistas la oportunidad de hacer revivir la esperanza y la dignidad humana a través de la acción. Pero las masas entonces movilizadas no iban a comprender en ninguna proporción significativa a los fascistas "sinceros" ni a los inevitables y numerosos tránsfugas del régimen condenado. Iban a formarse con los viejos y jóvenes antifascistas y, sobre todo, con los simples obreros y campesinos de Italia, cuyo paso a una resistencia activa y militante resultaría dramático.

No cabe la menor duda de que fue la oposición a la

Esta operación fue llevada a cabo con la habitual eficacia y heroísmo de los buenos comunistas y se sostuvo hasta mayo-junio de 1940. Esta iniciativa debe ser registrada en el haber del partido, pero hasta la publicación de la historia de Spriano (pp. 298-299) en 1970, no se hizo prácticamente ninguna referencia a ella en las publicaciones del partido.

12. Spriano, vol. 3, p. 273.

guerra lo que devolvió al antifascismo su base de masas. Lo significativo no es que en julio de 1941 se llevara a cabo otro intento de restablecer un "centro en el interior", sino que se logró. A partir del otoño de 1941, el PCI funcionó en Italia como no lo había hecho desde la primavera de 1932, en que la última cabeza operativa de un "centro en el interior" había sido detenida en Milán. Hacia la primavera de 1943 pudieron organizarse en el norte huelgas masivas por el pan y la paz. La invasión de Italia y el armisticio reforzaron el nuevo movimiento de masas con el núcleo fundamental de los dirigentes comunistas que regresaban de las cárceles, el exilio o la resistencia antifascista en otros países, o que salían a la luz pública. Sus tres componentes —la vieja guardia de los dirigentes del partido, los experimentados cuadros militares de la guerra española y los jóvenes antifascistas de los años treinta— formaron un equipo de dirección sin equivalente en ningún otro grupo antifascista. No sólo tomó la iniciativa, sino que proporcionó el grueso de las unidades guerrilleras armadas de la Italia central y septentrional. Probablemente más del 80 por ciento de las mismas estaba más o menos bajo mando comunista. Lograron movilizar no sólo una gran masa de antifascistas inactivos y de comunistas que habían abandonado la lucha,[13] sino importantes grupos de nuevos militantes de la clase obrera y del campesinado, como los famosos siete hermanos Cervi, en Emilia, hijos de un agricultor próspero, de mentalidad moderna y buen católico. Los resultados fueron espectaculares. No es probable que los miembros del PCI de 1940 llegaran a tres mil, y la mayoría dispersos por el mundo entero o en prisión. En el invierno de 1944-1945 eran cuatrocientos mil y el partido

13. Sin embargo, los dirigentes guerrilleros eran hombres de la izquierda, con algunas excepciones como Arrigo Boldrini, oficial del ejército que no parece haber tenido ningún contacto con el partido antes del verano de 1943.

seguía creciendo rápidamente. Había conquistado su posición, que ya nunca perdería, como principal partido de la izquierda.

¿Habría podido lograr lo mismo de no ser por la guerra? La pregunta: "¿Qué habría ocurrido si...?" es de las que no pueden contestarse nunca con certeza ni con un alto grado de probabilidad. Es seguro que el fascismo italiano era una estructura mucho más frágil que el nacionalsocialismo alemán, que la economía italiana era más atrasada y vulnerable que la alemana y que los italianos eran más pobres y estaban más descontentos. Muy posiblemente el partido habría empezado a descomponerse lentamente desde dentro, como hizo visiblemente el régimen de Franco en España a mediados de los años cincuenta tras quince años de control bastante estable. Es seguro que la debilidad del antifascismo organizado en el interior de Italia no guardaba la menor proporción con el potencial del viejo y nuevo antifascismo. Es también probable que el partido comunista italiano no perdiera nunca su conexión orgánica con el movimiento popular organizado ya entre los obreros industriales sindicados o los campesinos "rojos", tan ausentes del KPD. En aquellas circunstancias, su heroica e incansable actividad ilegal había de conferirle en cualquier caso, tras el fascismo, una mayor fuerza que la que había tenido anteriormente. También es cierto que poseía un coherente núcleo directivo de gran calidad, que logró evitar lo peor de las escisiones y purgas que tantos estragos causaron entre los dirigentes del KPD. Pero, más allá de esto, todo es inútil especulación. La historia es lo que ha ocurrido, no lo que podría ocurrir, y lo que ocurrió fue que Mussolini creó las condiciones que permitieron al partido comunista tomar la dirección de un masivo movimiento de liberación nacional, por lo menos en la Italia central y septentrional, y surgir de él como el principal partido de la izquierda.

(1972)

6

CONFRONTACIÓN CON LA DERROTA: EL PARTIDO COMUNISTA ALEMÁN

Hermann Weber ha añadido con su voluminosa obra *Die Wandlung des deutschen Kommunismus* [1] unas novecientas páginas a la ya muy extensa bibliografía de la historia comunista alemana. La primera pregunta que un posible lector puede hacer es: ¿Era necesario? La respuesta, en términos generales, es afirmativa. Los dos volúmenes de esta obra constituyen un monumento de erudición y de paciente investigación exhaustiva —para ella han sido consultados diecisiete archivos públicos sólo en la Alemania Federal—, aunque queda pendiente bastante más investigación. Las principales fuentes para la historia del KPD durante la República de Weimar están en Moscú, por lo que serán inaccesibles durante mucho tiempo, y en Berlín Oriental; por consiguiente, también inaccesibles a investigadores que carezcan del respaldo del Comité Central del SED, entre los que puede incluirse el Dr. Weber. Ha tenido que basarse esencialmente en documentos públicos, especialmente archivos de la policía (¿cuándo tendrán nuestros

1. Hermann Weber, *Die Wandlung des deutschen Kommunismus*, 2 vols., Frankfurt, 1970.

estudiosos de la izquierda británica de los años veinte el mismo acceso al material pertinente de nuestros archivos públicos que tienen los historiadores de otros países?), unos pocos archivos privados, un gran número de entrevistas y apuntes de supervivientes de la época, fuentes impresas y las obras publicadas sobre el tema. Probablemente no haya dejado de lado demasiadas cosas, pero una monografía de tal envergadura sobre la historia de seis años del KPD ha de resentirse inevitablemente mucho más de la imposibilidad de consultar documentación básica que lo haría un libro menos detallado.

Con todo, demos gracias por lo que tenemos y hasta que poseamos algo mejor. El Dr. Weber ha escrito, en el peor de los casos, una inapreciable obra de consulta. Los datos estadísticos sobre la distribución por distritos del KPD en el volumen I y las 300 páginas de la lista individual de sus funcionarios en el volumen II bastan para hacer de la obra algo indispensable. Pero el libro contiene más que una simple colección de hechos y datos, e incluso es una de las historias relativamente escasas del comunismo alemán que se ve libre de acerbas implicaciones personales en las pasadas luchas intestinas entre el partido y la Komintern, de las que es imposible escapar en otros escritores más veteranos. Weber ha escrito un libro bastante inteligente, que arroja luz sobre problemas de mucho más alcance que el interés de los estudiosos del KPD.

El problema del que se ocupa esencialmente es el de qué le ocurre a un partido revolucionario en una situación que no lo es. El KPD se fundó y desarrolló como partido revolucionario, o por lo menos como partido de negación radical y activa del *status quo* y más bien —por usar el término correcto de la jerga política— de "confrontación" con él. Fue fundado cuando acababa de hundirse el Imperio y cuando cabía esperar, no sin motivos, que pronto se implantaría una República alemana de Consejos, de modo semejante al Octubre ruso que había seguido al Febrero y

que de esta manera inauguraría la revolución mundial. 1919 fue un año apocalíptico. Incluso Lenin el más perspicaz de los revolucionarios, pensó que podía traer el gran cambio. El joven PC alemán aportó para sus grandiosas tareas un pequeño, aunque capacitado, equipo de dirigentes marxistas que fue inmediatamente diezmado por los asesinatos de Luxemburg, Liebknecht y Jogisches. Aportó también una tropa compuesta en gran parte por utopistas radicales, cuasi-anarquistas o los elementos socialmente marginados que suelen sedimentarse en pequeños núcleos de oposición extremista y de estructura flexible en épocas de efervescencia revolucionaria. La mayoría de estos ultraizquierdistas abandonaron el KPD en el curso de los dos años siguientes, dejando tras de sí una tendencia hacia las "ilusiones heroicas" de las posibilidades de la situación, un cierto putschismo y residuos de ultraizquierdismo.

El "Octubre" germano no tuvo lugar. Por el contrario, se restauró el antiguo régimen, sin emperador, pero con el elemento adicional de una socialdemocracia apasionada y visceralmente antirrevolucionaria y gubernamental. Lo que llegó a ser el KPD, tras la fusión con el ala izquierda de los socialistas independientes, expresaba en lo esencial el profundo desencanto de amplios sectores de la clase obrera alemana por el fracaso de la revolución social y el acentuado malestar económico. Representaba a todas las fuerzas —proletarias e intelectuales— que rechazaban y odiaban una república con poquísimos republicanos y atiborrada de generales, policías, burócratas, magnates y jueces, cuyas inclinaciones reaccionarias eran flagrantes e incendiarias y que habían reinstaurado las injusticias económicas, sociales, políticas y jurídicas.

En términos sociales, el nuevo KPD atraía a la juventud. En 1926, el 80 por ciento de sus directivos tenían menos de cuarenta años, el 30 por ciento menos de treinta y

su edad media era de 34 años;[2] atraía también a los trabajadores no especializados, de entre los que se extraía el 13,5 por ciento de los altos funcionarios de la organización, y a los parados: en 1927, cenit de la estabilización económica, el 27 por ciento de los miembros de la organización de Berlín carecía de empleo. No obstante, igual que todas las organizaciones de la clase obrera, basaba el reclutamiento de sus cuadros en los sólidos cimientos de los obreros especializados y, de manera particular, de los metalúrgicos. Tres cuartas partes de sus dirigentes no habían sobrepasado el nivel de la escuela elemental, aunque en un 10 por ciento eran graduados universitarios; entre los simples miembros, el 95 por ciento había asistido sólo a la escuela primaria, y el uno por ciento a universidades. Históricamente, la mitad de sus dirigentes había empezado sus actividades políticas a partir de 1917, y en el mismo caso se hallaba el 70 por ciento de los miembros en general. El número relativamente elevado de funcionarios que habían sido socialdemócratas antes de 1917 ingresó en el partido en la época de su fusión con los socialistas independientes. Sólo alrededor de un 20 por ciento de los funcionarios de los años veinte había pertenecido durante la guerra a la Liga Espartaquista o a la izquierda radical, de modo que las tradiciones directas de Rosa Luxemburg eran muy débiles; por otra parte, sólo treinta y seis de los casi cuatro mil empleados de jornada completa de la burocracia del partido socialdemócrata de 1914 seguían siéndolo en el KPD de los años veinte.

El KPD era un partido nuevo, joven, subprivilegiado, radicalmente hostil al sistema y dispuesto a una revolución que pudo ser posible, si no probable, hasta su gran derrota del otoño de 1923. Esto explica la fuerza que en su seno tenía la izquierda, enemiga de todo compromiso, de menta-

2. En esa época, la edad media de los dirigentes del SPD era de cincuenta y seis años.

lidad ofensiva, activista y frecuentemente sectaria. No hay duda de que, entre las diversas fracciones y corrientes de opinión que, en su interior, debatían sus diferencias con la libertad y el vigor habituales de la época prestalinista (eran días en que no hacía falta un comunicado para decir que las discusiones habían sido "completas y francas"), la izquierda gozaba de mucho más apoyo: en 1924, tal vez del 75 por ciento. La derecha, en la mayoría ex espartaquistas que constituyeron su núcleo básico de dirigentes hasta 1923, era débil, no entre los trabajadores especializados, sino entre los intelectuales. El grupo intermedio de los "conciliadores" que se separó de la derecha después de 1923, al hacerse la izquierda con la dirección, representaba principalmente a titulados medios o superiores del partido, aunque contaba aproximadamente con una cuarta parte de los miembros.

El problema del KPD hasta 1923 fue el de cómo hacer la revolución, cosa que parecía a su alcance y que era esencial no sólo para el triunfo del socialismo mundial, sino para la propia república soviética. La revolución soviética alemana era el complemento necesario de la revolución rusa y el propio Lenin estaba del todo dispuesto en teoría a hacerse cargo de una situación en la que la patria de Marx y Engels, del progreso tecnológico y la eficacia económica, tomara el relevo como centro del mundo socialista. En 1919 la Komintern consideraba a Berlín como la sede más lógica de su cuartel general y a su instalación en Moscú como algo pasajero. El PC alemán era tratado como un igual —según Weber, incluso a finales de 1922—, aunque cabe sospechar que el astuto Radek, cuya prolongada experiencia sobre el movimiento socialista alemán le convertía en el principal responsable de los asuntos alemanes en Moscú, abrigara esperanzas mucho más modestas sobre sus posibilidades. El principal problema del KPD en aquel período venía planteado por sus íntimas relaciones con Moscú, que provenían tanto de la edad relativa, la fuerza y

la tradición del KPD como de la vital importancia de las perspectivas alemanas para la Rusia soviética y la revolución internacional. El KPD podía no desear verse envuelto en los asuntos rusos, aunque difícilmente podía impedir que así ocurriera, sobre todo desde que Zinoviev tomó la responsabilidad de la Komintern, y Radek, partidario de Trotski en un período crucial, era su especialista en cuestiones alemanas. Comparada, la confusión interna en el partido parecía un problema sin importancia. En primer lugar, los años 1919-1923 aclararon en cierto modo esta confusión mediante la eliminación simultánea de la mayor parte de los sindicalistas utópicos ultraizquierdistas y de una derecha de procedencia socialdemócrata. En segundo lugar, la perspectiva de la revolución minimiza ciertas diferencias que en otras circunstancias cobrarían grandes dimensiones: en 1917, en definitiva, diferencias tan fundamentales como las que separaban a Marx de Bakunin no habían provocado en Rusia demasiados problemas.

Después de la derrota de 1923 el problema pasó a ser esencialmente el de qué hacer en un período de estabilización. La respuesta fue la "bolchevización", que es el principal tema del libro de Weber. Esta asimilación sistemática de otras organizaciones de partido al modelo ruso, y de su subordinación a Moscú, suele ser considerada por los historiadores no comunistas como un derivado de la evolución interna del régimen soviético; lo que es en cierta medida verdad, aunque Weber tiene el mérito de haber visto que, ni en su mayor parte, no lo es completamente. Hace distinción entre varios elementos.

En primer lugar, como advierte acertadamente, toda organización efectiva y duradera en una sociedad industrial moderna tiende a burocratizarse en cierta medida, incluso tratándose de partidos revolucionarios. Los movimientos y organizaciones democráticos actúan en un punto intermedio situado entre el extremo de la ilimitada liber-

tad interior, adquirida al precio de la efectividad práctica, y el de una burocracia esclerotizada. Weber comenta lo siguiente:

> En un movimiento obrero la tendencia democrática siempre conserva alguna fuerza ya que su entera tradición exige un espíritu antiautoritario, igualitario y libertario. Además, los dirigentes están obligados a apoyar de vez en cuando tales tendencias, con el fin de estimular la actividad de los miembros e impedir una completa parálisis del partido.

La formación de un KPD estructurado y disciplinado a partir de la amalgama de hombres, movimientos y sectas en los años 1918-1920 era algo intrínsecamente normal y sólo inaceptable para utópicos o anarquistas. Fueron la atrofia sistemática de la democracia interna y la superburocratización lo que constituyó el problema principal después de 1924.

En segundo lugar, un partido revolucionario necesita un "esqueleto" extraordinariamente fuerte, aunque sólo sea porque se trata de una organización voluntaria capaz de mantenerse firme frente a la estructura de poder del estado, la economía y los *mass-media* cuyos recursos, influencia y fuerza son muy superiores. Un "aparato" jerárquico y disciplinado de revolucionarios profesionales (o, en tiempos de paz, de funcionarios titulados) constituye claramente el marco más efectivo para tales fines. Su tamaño en valores absolutos es secundario: el cuerpo de empleados a jornada completa del KPD fue probablemente muy inferior en número al del SPD durante la República de Weimar. Aunque esta circunstancia produjo tensiones inevitables entre dirigentes y base, por no hablar de una hipertrofia del centralismo y una atrofia de la iniciativa desde abajo, los comunistas alemanes la aceptaron por razones políticas y operativas. Precisamente por surgir el KPD en

Alemania —cuyas tradiciones políticas diferían notablemente de las de Rusia— en un espacio indefinido entre la socialdemocracia y el revolucionarismo libertario-democrático (por no decir utópico-radical) que parece ser su antítesis lógica en los países industriales, tenía que definir ante todo su localización política. La "bolchevización" lo hizo. Y no sólo porque el bolchevismo había demostrado ser, al fin y al cabo, la *única* forma de revolución triunfante —las demás habían fracasado o no habían siquiera empezado—, sino también porque el propio "Partido", como ejército revolucionario disciplinado y dispuesto al combate, daba unidad y respuestas a los desorientadores interrogantes. La lealtad supera muchas incertidumbres, especialmente en los movimientos proletarios, que están basados en el instinto de unidad y solidaridad.

Estos factores habrían actuado incluso sin la intervención de Moscú, que Weber menciona sólo en tercer lugar. Es lógico que "bolchevización" fuera equivalente de stalinización, daba la estructura deliberadamente centralizada de la Komintern, de la que los partidos nacionales no eran más que meras "secciones" disciplinadas, y la obvia e inevitable dependencia de una y otros respecto al partido soviético. En otras palabras, un proceso que no tenía ninguna conexión intrínseca con la URSS, salvo en que reflejaba el prestigio natural del "modelo" organizativo y estratégico asociado con el partido y la revolución de Lenin, iba a transformarse en una extensión de la política soviética. La distinción entre ambas cosas es evidente en el caso del PC italiano, porque en él tomó la forma, por obra de Togliatti, de subordinación consciente al partido ruso por parte del equipo dirigente formado con anterioridad e independencia a aquél; equipo que, aun purgado y modificado por los rusos, se mantuvo esencialmente intacto y con ideas propias. También es bastante visible en el PC británico, donde la solidificación del partido tuvo lugar con anterioridad y el núcleo de dirigentes no fue modifi-

cado después de 1922-1923. La distinción, en cambio, no es tan clara en Alemania, ya que la renovación del equipo dirigente fue mucho más frecuente y visiblemente dominada por Moscú.

Esto se debió en parte a la ya señalada e íntima relación del KPD con Rusia. Lo que ocurría en Alemania *importaba más* en Moscú que lo que ocurriera en cualquier otro lugar de Europa y el triunfo de la izquierda en el seno del PC tras el fracaso de 1923 intensificó esta relación aún más. No fue una imposición de Moscú. De hecho, lo que hizo fue subrayar una última afirmación de que el partido alemán no dependía de Rusia,[3] sospecha que el equipo de Ruth Fischer y Maslow trató de asumir convirtiéndose —fatalmente— en la fracción alemana de los zinovievistas. Por consiguiente, no sólo se oponía al curso general y bastante moderado que Stalin y la mayoría del PCUS seguían en la época, sino que además situó al KPD en el contexto de las luchas intestinas del partido ruso y, por añadidura, en el bando equivocado. (Ningún grupo significativo alemán apoyó a Trotski.) Además, el sectarismo de la izquierda era simplemente absurdo, aunque gustase a la masa de sus partidarios. En un período de estabilización —en principio desde 1921 y, sin la menor duda, a partir de 1923— era necesaria alguna forma de realismo político: la unidad de acción con la mayoría de los obreros organizados afiliados al SPD y que trabajaban en los sindicatos y en el Parlamento. En 1925, por intervención directa de la Komintern, fueron destituidos los dirigentes de la izquierda. La Komintern *no podía hacer otra cosa* y esto sentó un precedente siniestro, ya que no sólo transfirió el centro de gravedad de la discusión interna del partido alemán a Moscú, sino a una Komintern que hacía en aquellos momentos una política soviética y que intervenía no tanto para cambiar de política como para elegir seguidores leales.

3. Véase Weber, vol. I, p. 301.

Pero ¿qué seguidores? La historiografía vulgar de la Komintern desatiende esta cuestión limitándose a suponer que eran ciegos ejecutores de la política de Moscú. Pero hay dos peculiaridades trágicas de la historia del KPD que no pueden borrarse fácilmente de su trama. Se trata de: (*a*) el celo con que llevó a cabo la línea suicida de 1919-1933 y (*b*) la notable inestabilidad de sus organismos directivos superiores. Ni uno ni otra eran inevitables. Por ejemplo un reflejo automático de disciplina llevó al PC británico en 1939 a dar un giro completo en su línea respecto de la guerra, a apartar a los dirigentes más importantes asociados a ella —Pollitt y Campbell— y a poner en práctica la nueva línea con una lealtad carente de la menor vacilación. Pero cualquiera que haya vivido este episodio de su historia sabe que, de no haber mediado una intervención exterior, el partido no habría alterado su línea en aquellos momentos (aunque una minoría podría haber aspirado a un cambio de esta clase); que, en 1941, regresó con un alivio casi perceptible a su antigua línea, y que Pollitt y Campbell no se vieron afectados en ningún sentido por sus lazos con la política "incorrecta" de 1939.

La verdad era que la orientación básica de los activistas del KPD se inclinaba hacia la izquierda sectaria, aunque cantidades cada vez mayores de funcionarios —especialmente los jóvenes y los no especializados, así como los que no tenían experiencia previa en las filas de los espartaquistas o del USPD— estaban dispuestos a apoyar incondicionalmente *cualquier* línea del partido. Había empezado como un partido de revolución y se estabilizó como un partido de "confrontación" militante y sistemáticamente negativa. Su permanente incapacidad para cobrar fuerza en los sindicatos es reflejo de ello. La Komintern había destituido a los dirigentes de la ultraizquierda de 1924-1925 sin mencionar más que de pasada aquella circunstancia. Así pues, como señala Weber, el curso ultraizquierdista

nunca fue auténticamente desautorizado por el KPD, y el retorno a uno semejante bajo los auspicios de la Komintern en 1928-1929 fue acogido con satisfacción. Implicaba la puesta en práctica de las inclinaciones más espontáneas. Tal vez sea significativo –si bien es uno de los pocos aspectos en torno a los que Weber guarda silencio– que la Juventud Comunista desempeñara, según parece, un papel en conjunto subordinado a la política alemana de la Komintern. En los restantes países, uno de los métodos más habituales de Moscú para instalar en los puestos de dirección del partido a cuadros no ligados a ninguna ideología anterior a la Komintern era la promoción de hombres reclutados en las diversas Juventudes Comunistas. Ya sea por estas u otras razones, las organizaciones juveniles proporcionaron una gran cantidad de dirigentes comunistas: Rust en Inglaterra, Longo y Secchia en Italia y un importante grupo en Francia. Se dice que Togliatti, durante el gran viraje a la izquierda de 1929, hizo la siguiente observación: "Si no cedemos, Moscú no dudará en poner una dirección de izquierda con algunos muchachos de la Escuela Lenin".[4] Por lo que puede verse, en la Alemania weimariana las Juventudes Comunistas no produjeron ningún dirigente de particular importancia. No se les exigía que lo hicieran: había suficientes sectarios de izquierda para elegir.

El problema planteado por la inestabilidad del equipo dirigente era doble: ¿por qué la renovación de cuadros era tan amplia?[5] Y, ¿por qué llevó –como creo que deben admitir la mayoría de los observadores– a un descenso constante de calidad? La línea que va de Liebknecht y Luxemburg, pasando por Levi y Meyer, Brandler y Thalheimer, Ruth Fischer y Maslow, y hasta Thaelmann y su grupo es claramente descendente en términos de capacidad política general, aunque no en valentía y entrega. Éste no era el caso en todos los partidos comunistas.

Lo que parece haber sucedido es que el KPD nunca logró desarrollar un cuerpo coherente de dirigentes procedentes de Espartaco, cuyos cuadros supervivientes, después de la separación de elementos cuasi-sindicalistas, tendían a ser desviacionistas "de derecha"; de los antiguos socialistas independientes, que tendían a alimentar el desviacionismo "de izquierda", y de los miembros que se afiliaron al partido después de 1920. La lucha por la formación del grupo dirigente continuó hasta fundirse con la "bolchevización" organizada por Moscú, y, en esta lucha, los más capacitados de cada grupo tendían a ser eliminados precisamente por ello o no lograban afirmarse en el KPD como directivos independientes antes de verse reducidos a la condición de funcionarios de la Komintern.[6] Ésta es tal vez la gran tragedia del asesinato de Rosa Luxemburg. Espartaco aportaba aquello de que carecía la izquierda alemana: un enfoque potencialmente coherente y flexible de la política alemana que no confundiera revolucionarismo con izquierdismo. Si bien no era probable que Rosa Luxemburg fuera la sucesora internacional de Lenin, el prestigio

4. Testimonio recogido por Tasca, citado por Spriano, *Storia del Partito Comunista Italiano*, vol. 2, p. 228.

5. Al carecer de cálculos detallados comparables referentes a otros partidos comunistas, es imposible saberlo con seguridad, pero parece que la obsolescencia de sus equipos dirigentes era menor. Así, en 1929 sólo habían sobrevivido dos de los miembros del buró político del KPD de 1924, Thaelmann y Remmele, el segundo de los cuales fue eliminado más adelante. En Francia cinco miembros del buró político ocuparon esta responsabilidad sin interrupción de 1926 a 1932, un sexto con alguna interrupción, y tres de ellos –muy probablemente cuatro, de no haber muerto Sémard– ocupaban aún el cargo en 1945.

6. Un ejemplo de ello lo proporciona Gerhart Eisler, cuya política como dirigente de Weimar combinaba la lealtad incondicional hacia la URSS con la oposición al ultraizquierdismo dentro del partido alemán. Fue utilizado para asegurar la suspensión transitoria de Thaelmann de su cargo y más adelante desapareció absorbido por los servicios internacionales de la Komintern hasta su regreso a la República Democrática Alemana para ocupar diversas funciones secundarias.

de que gozaba en su país hubiese podido imponer el enfoque espartaquista al nuevo partido y le hubiera proporcionado un núcleo de dirección política y estratégica.

Porque, en el fondo, el drama del KPD era éste: no tenía ninguna política para situaciones que no fueran revolucionarias, porque la izquierda alemana –podría decirse casi el movimiento obrero alemán– nunca la había tenido. El SPD no practicaba una política, sino que se limitaba a esperar (en teoría) hasta que la necesidad histórica le proporcionara una mayoría electoral y, en consecuencia, "la revolución", ocultando (en la práctica) una aceptación subalterna del *status quo* mediante la creación para sus miembros de un mundo colectivo particular. La izquierda alemana había criticado sin cesar el abandono *de facto* por parte del SPD de la lucha revolucionaria o de cualquier forma de lucha de clases, pero tenía pocas posibilidades de desarrollar una política sustitutiva más allá de algunos elementos germinales que nunca dieron fruto. El PC alemán se instaló en la misma actitud que el viejo SPD, con la diferencia de que aquél poseía un talante genuinamente revolucionario: movilizar, enfrentarse y esperar. No tuvo tiempo –aunque unos pocos de los primeros dirigentes del KPD hubieran tenido tal vez capacidad para ello– de desarrollar una política revolucionaria; en otras palabras, una acción política que seguir hasta que llegara el momento de alzar barricadas. Le faltaba la tradición de participar en un sistema de política radical, o incluso reformista burguesa, que, con todos sus peligros, daba a la izquierda proletaria de otros países unos modelos estratégicos o tácticos para períodos no insurreccionales. Cuando el PC francés, "bolchevizado" en todos los sentidos, incluso en la mentalidad de una buena proporción de sus dirigentes, se enfrentó con un problema como el del fascismo, automáticamente recurrió a una salida política con tradición en el país: la unión temporal de la izquierda o del "pueblo" en defensa de la República. De hecho, hay signos de que, incluso durante el

período sectario más insensato de 1928-1933, éstos eran los reflejos de los dirigentes del PCF, aunque sofocados aún por la Komintern. No es que alguien de las características de Maurice Thorez no fuera tan buen bolchevique como Thaelmann, o que fuera más brillante, que sí lo era; lo que ocurría es que había una tradición francesa de *acción política* proletaria mientras que en Alemania no existía. Allí surgían luchadores de valor y lealtad sin igual, así como grandes organizadores, pero no políticos revolucionarios.

Por consiguiente, el KPD no sólo fracasó en el período crucial de la subida de Hitler al poder; la política que prevalecía en Moscú le habría casi imposibilitado el éxito, aunque el SPD hubiera aceptado –cosa más que dudosa– una resistencia conjunta frente al fascismo. Ni siquiera se dio cuenta de que fracasaba y menos aún de lo catastrófico e irrevocable de su fracaso hasta mucho tiempo después de ser demasiado tarde. Y así fue precipitándose en su completa y definitiva derrota. Porque la prueba de ésta no reside en la victoria de Hitler, ni siquiera en la destrucción rápida, brutal y eficaz del partido que constituía la más persistente, valerosa y, en cierto sentido, *única* fuerza de oposición activa bajo la dictadura nazi. *Reside en la incapacidad de recuperación del KPD después de 1945,* salvo en la zona de ocupación rusa, donde las condiciones políticas eliminaban a sus rivales potenciales.[7] Tras la derrota de Hitler, el viejo SPD, que no había hecho nada para impedir su ascenso y que se había prácticamente disuelto de manera pacífica después de su triunfo, resucitó como el mayor partido de masas de la clase obrera de la Alemania Occidental.

7. El argumento de que el KPD en la República de Weimar tenía sus mayores bastiones en lo que hoy es la RDA no es convincente. La verdad es que la mayor preponderancia del KPD sobre el SPD en número de votos, en 1932, se daba en la zona del Rhin-Rhur, donde el partido comunista tenía aproximadamente el doble de electores que su adversario.

El KPD consiguió en 1949 aproximadamente el 6 por ciento de los votos (1,4 millones) mientras que el SPD recogía el 30 por ciento. Hacia 1953 el KPD había bajado al 2,2 por ciento (0,6 millones de votos) y el SPD conseguía el 29 por ciento; no hay, pues, ninguna razón para pensar que las cosas le habrían ido mucho mejor de no haber sido ilegalizado por la república federal. En una palabra, a partir de 1945 vivió de unas rentas que se consumieron con suma rapidez. No había logrado durante la República de Weimar implantarse como factor permanente en el movimiento obrero alemán.

Su fracaso contrasta no sólo con su sorprendente influencia en las masas de los días de Weimar, sino también con el curso de otros partidos comunistas —generalmente más pequeños— de países donde cabía esperar que el reflejo antirruso los hubiera debilitado. En Austria, por ejemplo, los comunistas recogieron durante los primeros 10 años de la postguerra un persistente 5,5 por ciento de votos (su base de apoyo antes de 1938 había sido despreciable). En Finlandia nunca alcanzaron menos del 20 por ciento (quizás el doble de los resultados de entreguerras). Estos dos países habían librado guerras contra la URSS y habían perdido territorios en beneficio de ésta o habían sido parcialmente ocupados por el Ejército Rojo. En casi todos los países de Europa los partidos comunistas habían salido de la lucha antifascista vigorizados y más arraigados que antes —al menos temporalmente— entre sus clases obreras nacionales. En Alemania, Hitler había eliminado el comunismo como movimiento de masas.

Sin embargo, no se puede concluir con tonos sombríos todo el trágico examen de la etapa weimariana del KPD. Porque, al fin y al cabo, logró lo que se había propuesto: una República Socialista alemana; y el hecho de que ésta fuera implantada gracias al Ejército Rojo más que a través de los esfuerzos del movimiento alemán habría sido perfectamente aceptable para los comunistas de Weimar. La

República Democrática Alemana debe ponerse en el platillo de la balanza igual que la decisiva derrota sufrida en la parte occidental del país. Porque esta república, que sólo puede ser criticada si se reconocen a la vez sus notables logros en unas circunstancias muy difíciles,[8] es realmente un vástago del KPD. La crítica del partido debe situarse dentro de estos límites. En definitiva, ¿cuántos otros partidos comunistas han logrado con éxito construir efectivamente nuevas sociedades? ¿Y quién ha dudado jamás de que, si alguna vez alguien les entregaba el poder en bandeja, aquel conjunto de funcionarios y directivos honestos, valientes, leales, abnegados, capaces y eficaces que volvieron del exilio y de los campos de concentración para cumplir con su deber como comunistas, realizaría una labor competente?

El comportamiento de los partidos de izquierda cuando reciben el poder no es una prueba insignificante: los socialdemócratas han fracasado en ella con gran regularidad, empezado por el SPD alemán en 1918. Pero los partidos comunistas siempre han sabido que eran capaces de pasarla. Sin embargo, el KPD alemán fracasó en otras pruebas por las que se deben también juzgar los movimientos revolucionarios. A diferencia de los partidos comunistas francés e italiano, fue incapaz de convertirse en parte integrante de su movimiento obrero a pesar de haber tenido oportunidades excelentes para lograrlo. Su historia política ha resultado tan poco permanente como la República de Weimar. Fue incapaz de desarrollar una política para actuar bajo condiciones de estabilización, incluso sólo temporal, del capitalismo, y por esta razón se vino abajo, junto al resto de la República de Weimar, ante la ofensiva de Hitler. Este fracaso reflejaba una dificultad más general,

8. Vale la pena destacar dos de estos logros: un auténtico ajuste de cuentas con el pasado nazi del pueblo alemán y la serena negativa a colaborar —salvo de una manera muy marginal— en las farsas jurídicas, procesos y ejecuciones de comunistas que desfiguraron a los restantes regímenes del este de Europa en los últimos años de la era staliniana.

a que se vieron enfrentados todos los partidos comunistas y todos los socialistas revolucionarios de países industrialmente desarrollados: cómo abordar una transición al socialismo en condiciones distintas a las históricamente excepcionales de los primeros años posteriores a 1917. Pero mientras el desarrollo de otros partidos comunistas pone de manifiesto un cierto esfuerzo por resolver esta cuestión (en la medida en que no se lo impidió la influencia exterior), el del KPD no. Mientras fue una fuerza de masas, hizo una cosa: mantener en alto la bandera roja. Sus peores enemigos no le pueden acusar de ningún compromiso con el reformismo ni de ninguna tendencia a dejarse absorber por el sistema. Pero la confrontación no es una política. En un período de crisis, como el de 1929-1933, podía atraerse un apoyo creciente de quienes no tenían nada que perder —hacia la primavera de 1932, el 85 por ciento de sus miembros eran parados—, pero el apoyo numérico no implica necesariamente fuerza. Los 2.500 miembros del PCI de la misma época representaban una fuerza más seria que los 300.000 comunistas alemanes o que los seis millones de votantes del KPD.

La historia de éste es trágica. La gran esperanza del mundo en 1919, el único partido comunista de masas significativo en 1932, no es hoy más que un episodio en la historia de la Alemania Occidental. Quizás fracasó por razones estrictamente alemanas: por la incapacidad de la izquierda alemana en superar las debilidades históricas de la burguesía y del proletariado de este grande y ambiguo país. Pero pueden imaginarse, sin alejarse demasiado de la realidad, otras causas. Sea como fuere, el Dr. Weber nos ofrece una gran riqueza de materiales para valorar un caso crucial de fracaso en la historia de la izquierda. Otros tal vez saquen alguna conclusión positiva. Deberían leer su obra con atención no exenta de compasión.

(1970)

II

ANARQUISTAS

7

EL BOLCHEVISMO Y LOS ANARQUISTAS

La tradición libertaria del comunismo —el anarquismo— ha sido siempre acerbamente hostil a la marxista desde tiempos de Bakunin, o, lo que viene a ser lo mismo, de Proudhon. El marxismo, y más aún el leninismo, ha mostrado análoga hostilidad hacia el anarquismo como teoría y programa, así como menosprecio como movimiento político. Sin embargo, si estudiamos la historia del movimiento comunista internacional en el período de la Revolución rusa y de la Internacional Comunista, hallamos una curiosa asimetría. Mientras los portavoces más destacados del anarquismo mantenían viva su hostilidad hacia el bolchevismo con alguna vacilación momentánea —en el mejor de los casos— durante el propio movimiento revolucionario o en el momento en que les llegaron las noticias del Octubre, la actitud de los bolcheviques, dentro y fuera de Rusia, fue durante un tiempo considerablemente más benévola con respecto a los anarquistas. Éste es el tema de las líneas que siguen.

La actitud teórica con la que el bolchevismo abordó los movimientos anarquista y anarcosindicalista después de 1917 era perfectamente clara. Marx, Engels y Lenin agotaron el tema en sus escritos, y no parecía haber ninguna ambigüedad ni incoherencia fundamental entre sus puntos

de vista. Éstos pueden resumirse del modo siguiente:

a) No hay diferencia alguna entre los objetivos finales de marxistas y anarquistas; esto es, un comunismo libertario en el que la explotación, las clases y el estado habrán dejado de existir.

b) Los marxistas creen que, entre este estadio final y el derrocamiento del poder burgués por la revolución proletaria, se situará una etapa más o menos prolongada y definida como "dictadura del proletariado" en que el poder del estado todavía jugaría algún papel. Había cierto margen para el debate sobre el significado preciso que daban los escritos marxistas clásicos a estos problemas de la transición, aunque no había la menor ambigüedad en cuanto al concepto marxista de que la revolución proletaria no iba a dar lugar inmediatamente al comunismo, y de que el estado no podía ser abolido, sino que se "extinguiría". En este punto, el conflicto con la doctrina anarquista era completo y claro.

c) Además de la peculiar predisposición marxista de imaginar el uso del poder en un estado revolucionario con fines revolucionarios, el marxismo abrigaba una activa y firme creencia en la superioridad de la centralización sobre la descentralización o federalismo, así como (especialmente en la versión leninista) la convicción en la necesidad de dirigentes, organización y disciplina y en la inadecuación de cualquier movimiento basado en mera "espontaneidad".

d) Allí donde fuera posible una participación en los procesos formales de la vida política, los marxistas daban por supuesto que los movimientos socialista y comunista debían incluirse tanto en ella como en otras actividades que pudieran contribuir al avance hacia el derrocamiento del capitalismo.

e) Aunque algunos marxistas han criticado las actuales o potenciales tendencias autoritarias y/o burocráticas de partidos basados en la tradición marxista clásica, ninguno

de ellos ha abandonado, mientras se ha considerado marxista, su falta de simpatía por los movimientos anarquistas.

La historia de las relaciones entre los movimientos marxistas y los anarquistas o anarcosindicalistas mostraba en 1917 la misma falta de ambigüedad. En realidad, estas relaciones habían sido considerablemente más agrias en vida de Marx, Engels y durante la Segunda Internacional de lo que habían de ser en la época de la Komintern. El propio Marx había combatido y criticado a Proudhon y Bakunin, y viceversa. Los principales partidos socialdemócratas habían procurado excluir a los anarquistas o se habían visto obligados a ello. A diferencia de la Primera Internacional, la Segunda no les daba cabida, por lo menos a partir del Congreso de Londres de 1896. Allí donde coexistían movimientos marxistas y anarquistas, eran como rivales cuando no enemigos. Sin embargo, aunque los anarquistas producían una fuerte exasperación en los marxistas, en la práctica los marxistas revolucionarios, que compartían con aquéllos una creciente hostilidad hacia el reformismo de la Segunda Internacional, se inclinaban a considerarlos también como revolucionarios, aunque equivocados. Esto estaba en la línea del concepto teórico resumido anteriormente en el punto (a). Por lo menos el anarquismo y el sindicalismo revolucionario podían ser considerados como una comprensible reacción contra el reformismo y el oportunismo. Incluso podía argüirse —y se argüía— que el reformismo y el anarcosindicalismo eran dos caras de una misma medalla: sin el uno, el otro no habría ganado tanto terreno. También podía aducirse, según este razonamiento, que el colapso del reformismo iba a debilitar automáticamente al anarcosindicalismo.

No está claro hasta qué punto estas concepciones de los ideólogos y de los dirigentes políticos eran compartidas por las filas de militantes y por los simpatizantes de los movimientos marxistas. Cabe suponer que las diferencias se percibían a menudo con mucho menor claridad en este

nivel. Es bien sabido que las distinciones doctrinales, ideológicas y programáticas que tienen una importancia muy grande en un nivel, la tienen muy escasa en otro; por ejemplo, cuando en 1917 los obreros "socialdemócratas" de muchas ciudades rusas apenas conocían –cuando las conocían– las diferencias entre bolcheviques y mencheviques. Los historiadores de los movimientos obreros y de sus doctrinas corren el riesgo de graves errores si olvidan tales hechos.

Este trasfondo general debe completarse con un examen de las diferentes situaciones en distintas partes del mundo en la medida en que éstas podían afectar las relaciones entre comunistas y anarquistas o anarcosindicalistas. No se puede aquí trazar un cuadro completo, pero por lo menos deben distinguirse tres clases distintas de países:

a) Regiones donde el anarquismo jamás había tenido demasiada significación en el movimiento obrero; esto es, la mayor parte de la Europa noroccidental (excepto Holanda) y varias áreas coloniales en las que apenas se habían desarrollado movimientos obreros y socialistas antes de 1917.

b) Regiones donde la influencia anarquista había sido significativa, pero disminuyó visiblemente, y tal vez decisivamente, en el período de 1914 a 1936. Aquí se incluyen una parte del mundo latino, como Francia, Italia y algunos países latinoamericanos, así como China, Japón y Rusia; esta última por razones algo distintas.

c) Regiones en las que la influencia anarquista conservó importancia, aun sin ser dominante, hasta fines de la década de los treinta. España es el caso más obvio.

En las regiones del primer tipo, las relaciones con movimientos autocalificados de anarquistas o anarcosindicalistas carecían de importancia para los movimientos comunistas. La existencia de pequeños núcleos de anarquistas, principalmente artistas e intelectuales, no planteaba ningún problema político, como tampoco lo hacían la presencia de refugiados políticos anarquistas, las comunidades de inmigrantes en que el anarquismo podía influir y los demás fenómenos marginales para el movimiento obrero del propio país. Esto parece haber sido, por ejemplo, el caso de Gran Bretaña y Alemania, después de los años setenta y ochenta del siglo XIX, época en que las tendencias anarquistas habían desempeñado algún papel, sobre todo destructivo, en las circunstancias especiales de unos movimientos socialistas muy pequeños o temporalmente reducidos a la semiclandestinidad, como en el caso de la ley antisocialista de Bismarck. Las luchas entre centralización y descentralización, tendencias burocráticas y antiburocráticas, movimientos "espontáneos" y "disciplinados" se libraban sin referencia especial a los anarquistas, salvo en el caso de algunos autores académicos o de unos pocos marxistas muy eruditos. Esto es lo que ocurría en Gran Bretaña en el período correspondiente al del sindicalismo revolucionario del continente. La medida en que los partidos comunistas se mostraban conscientes del problema que el anarquismo representaba en sus países respectivos está aún pendiente de estudio mediante un serio análisis sistemático de sus publicaciones polémicas (en cuanto que éstas no se limitaban a hacerse eco de las preocupaciones de la Internacional), de sus traducciones y/o reediciones de escritos marxistas clásicos sobre el anarquismo, etc. Sin embargo, puede apuntarse con bastante certeza que consideraban el problema como insignificante comparado al del reformismo, a los cismas doctrinales en el seno del movimiento comunista o a ciertos tipos de tendencias ideológicas pequeño-burguesas como, en Gran Bretaña, el pacifismo. Era perfectamente posible estar profundamente comprometido en el movimiento comunista de la Alemania de principios de los treinta o de la Gran Bretaña de finales de la misma década, sin dedicar al anarquismo más que una atención sumaria y, en todo caso, académica, e incluso sin

tener que discutir nunca la cuestión.

Las regiones del segundo tipo son, en algunos aspectos, las más interesantes desde el punto de vista del presente examen. Se trata en este caso de países o zonas donde el anarquismo constituyó una importante y, en algunos momentos y sectores, dominante influencia sobre los sindicatos o los movimientos políticos de extrema izquierda.

El hecho histórico básico, en tales casos, es la espectacular disminución de la influencia anarquista (o anarcosindicalista) en la década que siguió a 1914. En los países beligerantes europeos, éste fue un aspecto infravalorado del colapso general que sufrió la izquierda antes de la guerra. Este colapso suele caracterizarse primordialmente, y con razón, como una crisis de la socialdemocracia. Al mismo tiempo, sin embargo, fue también una doble crisis de los movimientos libertarios o antiburocráticos. En primer lugar, porque muchos de ellos (por ejemplo, los "sindicalistas revolucionarios") se unieron por lo menos durante un tiempo a la masa de los socialdemócratas marxistas en su precipitado agolpamiento bajo las banderas patrióticas. En segundo lugar, porque los que no lo hicieron se mostraron, en conjunto, del todo ineficaces en su oposición a la guerra, e incluso todavía más en sus esfuerzos por ofrecer una alternativa revolucionaria libertaria a los bolcheviques. Citaré sólo un ejemplo decisivo. En Francia –como ha mostrado la profesora Kriegel–, el "Carnet B" establecido por el Ministerio del Interior para los "considérés comme dangereux pour l'ordre social", esto es, "les révolutionnaires, les syndicalistes et les anarchistes", abarcaba de hecho principalmente a los anarquistas, o más bien a "la faction des anarchistes qui milite dans le mouvement syndical". El primero de agosto de 1914 el ministro del Interior, Malvy, decidió no tomar en consideración el Carnet B, es decir, dejar en libertad a los mismísimos que, en opinión del gobierno, habían establecido convincentemente la decidida intención de oponerse por todos los medios a la guerra y que se hubieran convertido presumiblemente en los cuadros de un movimiento antibelicista de la clase obrera. De hecho, pocos de ellos se habían especializado en la resistencia o el sabotaje y ninguno tenía ningún tipo de preparación que pudiera preocupar a las autoridades. En una palabra, Malvy decidió que la totalidad de los hombres considerados como los más peligrosos revolucionarios era insignificante. Desde luego, tenía toda la razón.

El fracaso de los revolucionarios sindicalistas y libertarios confirmado en 1918-1920, contrastaba notoriamente con el éxito de los bolcheviques rusos. De hecho, selló para los siguientes cincuenta años el destino del anarquismo como fuerza independiente e importante de la izquierda, salvo en el caso de unos pocos países excepcionales. Resultó difícil recordar que en 1905-1914 la izquierda marxista de la mayoría de los países se había mantenido al margen del movimiento revolucionario y que la masa principal de marxistas había sido identificada con una socialdemocracia no revolucionaria, mientras que el grueso de la izquierda revolucionaria era anarcosindicalista o, por lo menos, mucho más cercano a las ideas y al talante del anarcosindicalismo que a los del marxismo clásico. El marxismo se identificó a partir de entonces con movimientos activamente revolucionarios y con los partidos y grupos comunistas o con partidos socialdemócratas que, como el austríaco, se preciaban de ser marcadamente izquierdistas. El anarquismo y el anarcosindicalismo iniciaron un declive dramático e ininterrumpido. En Italia el triunfo del fascismo lo aceleró, pero, ¿dónde, en la Francia de 1924, por no hablar de la de 1929 o 1934, estaba el movimiento anarquista que había constituido la forma más característica de la izquierda revolucionaria de 1914?

La pregunta no es meramente retórica. La respuesta es y debe ser: en gran parte estaba en los nuevos movimientos comunistas o dirigidos por comunistas. A falta de investigaciones adecuadas, esto no puede documentarse suficien-

temente, pero las líneas generales parecen claras. Incluso algunas de las figuras más destacadas o activistas célebres de los partidos comunistas "bolchevizados" provenían bien de los antiguos movimientos libertarios, bien de los movimientos sindicalistas militantes de inspiración libertaria: en Francia, Monmousseau y probablemente Duclos. Es muy sorprendente, ya que era bastante improbable que miembros destacados de partidos marxistas fueran extraídos de anteriores núcleos anarcosindicalistas y, menos aún, que figuras destacadas del movimiento libertario optaran por el leninismo.[1] Es muy probable (como hace observar el dirigente del PC holandés, De Groot, quizás no sin algún *parti pris*) que los trabajadores que habían sido libertarios se adaptaran más fácilmente a la vida en el seno de los nuevos partidos comunistas que los intelectuales o pequeño-burgueses libertarios. Al fin y al cabo, y al nivel de los militantes obreros, las diferencias doctrinales o programáticas que separan tan ásperamente a los ideólogos de los dirigentes políticos son a menudo muy irreales y pueden carecer de importancia a menos que, *a este nivel* —esto es, en la localidad o en el sindicato específicos del trabajador— hubiesen existido organizaciones o líderes con pautas de rivalidad establecidas desde mucho tiempo atrás.

Por esto, lo más probable es que los trabajadores que anteriormente pertenecieron al sindicato más militante o revolucionario de su localidad o de su ramo pasasen sin demasiada dificultad, al desaparecer éste, al sindicato comunista que ahora encarnaba la actitud revolucionaria o el espíritu de militancia. Cuando desaparecen viejos movimientos son frecuentes tales transferencias. El viejo movimiento puede conservar su influencia sobre las masas de un lugar determinado y los dirigentes y militantes identificados con él pueden hacer lo posible por evitar que se derrumbe, aunque cada vez menos y siempre que no se retiren, *de jure* o *de facto*, a una inactividad a que no se resignen. Algunos de los militantes de base pueden también abandonar. Pero es de esperar que una parte importante adopte la alternativa más adecuada, suponiendo que exista. Tales transferencias no han sido objeto de investigaciones serias, de modo que, de lo ocurrido a los antiguos anarcosindicalistas (y a los que hubieran seguido sus orientaciones), no sabemos más que lo que se sabe de los antiguos miembros y simpatizantes del partido laborista independiente de la Gran Bretaña posterior a los años treinta o de los antiguos comunistas de la Alemania occidental de después de 1945.

Si parte de la tropa de los nuevos partidos comunistas y, más especialmente, de los nuevos sindicatos revolucionarios se componía de antiguos libertarios, sería natural esperar que esto hubiera tenido cierto efecto sobre aquéllos. En conjunto hay pocos indicios de que así fuera. Tomemos tan sólo un ejemplo representativo: las discusiones sobre la "bolchevización de la Internacional Comunista" en el pleno ampliado del Comité Ejecutivo de esta organización, en marzo-abril de 1925, que giraron concretamente en torno al problema de las influencias no comunistas en el movimiento comunista. En el informe de dicho pleno hay poco más de media docena de referencias a la influencia sindicalista y ni una sola a la influencia anarquista.[2] Todas ellas se limitan a los casos de Francia, Italia y los Estados Unidos. Por lo que atañe a Francia, se señala la pérdida "de la mayor parte de los antiguos funcionarios dirigentes [de origen socialdemócrata en Alemania], y de origen sindicalista pequeño-burgués en Francia" (p. 38).

1. El *Dictionnaire des Parlementaires Français, 1889-1940* da las siguientes indicaciones sobre la militancia anterior de los parlamentarios comunistas franceses de entreguerras. Tomamos una pequeña muestra al azar: socialistas, 5; "Sillon", que entonces era socialista, 1; actividad sindical (sin tendencia conocida), 3; libertarios, 1; sin militancia anterior, 1.

2. *Bolshevising the Communist International*, Londres, 1925.

Treint informaba que "nuestro partido ha eliminado todos los errores del trotskismo: todos los errores individualistas cuasi-anarquistas y los errores de creer en la legitimidad de la coexistencia de las diversas fracciones del partido. También ha aprendido a conocer los errores luxemburguistas" (p. 99). La resolución del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista recomendaba, como uno de entre diez puntos referentes al partido francés, "el establecimiento de un partido comunista de masas bien organizado y a pesar de todas las tradiciones francesas anteriores" (p. 160). Por lo que respecta a Italia, se advierten "los numerosos y diferentes orígenes de las desviaciones que han surgido en Italia", pero sin referencia a ninguna tendencia libertaria. Se hace mención de la semejanza de Bordiga con "el sindicalismo italiano", pero no se pretende que "se identifique completamente" con este concepto y con otros análogos. La fracción marxista-sindicalista (grupo "Avanguardia") se menciona como una de las reacciones frente al oportunismo de la Segunda Internacional; también se menciona de modo análogo su disolución "en un sindicalismo gremial" tras su abandono del partido (p. 192-193). Se hace mención al reclutamiento del PC de los Estados Unidos a partir de dos banderines de enganche —el partido socialista y las organizaciones sindicalistas— (p. 45). Si se comparan estas referencias esporádicas con la preocupación que la Internacional muestra en el mismo documento por la gran variedad de otras desviaciones ideológicas y por otros problemas, resulta evidente el impacto relativamente pequeño que las tradiciones libertarias-sindicalistas tuvieron en el seno del comunismo o, por lo menos, de sus principales partidos a mediados de los años veinte.

Esto puede parecer, hasta cierto punto, una ilusión, pues está claro que dichas tradiciones podían percibirse tras varias de las tendencias que preocupaban con mayor premura a la Internacional. La insistencia en los peligros del "luxemburguismo", en detrimento de la espontaneidad, y su hostilidad hacia el nacionalismo y otras ideas semejantes, pueden perfectamente haber ido dirigidas contra las actitudes de los militantes formados en la escuela libertaria-sindicalista, como también pudo ser el caso de la hostilidad hacia el abstencionismo electoral que por aquel tiempo ya no era objeto de preocupaciones demasiado serias. Tras el "bordiguismo" se puede sin duda advertir cierta inquietud por estas tendencias. En varios partidos occidentales, el trotskismo y otras desviaciones marxistas atrajeron probablemente a comunistas de orígenes sindicalistas que podían sentirse incómodos en los partidos "bolchevizados", como Rosmer y Monatte, por ejemplo. Sin embargo, es significativo que los *Cahiers du Bolchevisme* (28 de noviembre de 1924), al analizar las tendencias ideológicas dentro del PC francés, no hicieran ninguna alusión al sindicalismo. El periódico dividía el partido en "20 por ciento de jauresismo, 10 por ciento de marxismo, 20 por ciento de leninismo, 20 por ciento de trotskismo y 30 por ciento de confusionismo". Cualquiera que fuera la fuerza efectiva de las ideas y actitudes derivadas de la vieja tradición sindicalista, ésta había dejado de ser significativa, salvo como componente de diversas versiones izquierdistas, sectarias o cismáticas del marxismo.

No obstante, por razones fáciles de suponer, los problemas anarquistas preocupaban más al movimiento comunista en aquellas partes del mundo donde, antes de la Revolución de Octubre, la inspiración política del movimiento obrero fue casi enteramente anarquista y los movimientos socialdemócratas insignificantes, o donde los anarcosindicalistas mantuvieron su fuerza e influencia durante los años veinte, como en amplias zonas de Latinoamérica. No es de extrañar que la Internacional Sindical Roja en los años veinte estuviera sumamente preocupada por esos problemas en Latinoamérica, o que, en fecha tan tardía como 1935, la Internacional Comunista observara que "los residuos de anarcosindicalismo no han sido aún

del todo superados" en el PC del Brasil (cuyos primeros miembros eran en su inmensa mayoría antiguos anarquistas). Sin embargo, cuando examinamos la significación del anarcosindicalismo en este continente, los problemas derivados de esta corriente parecen haber causado pocas preocupaciones reales tras la gran depresión de 1929-1930. Su principal crítica a los partidos comunistas de la zona alude a la incapacidad de dichos partidos de sacar provecho suficiente del rápido declive de las organizaciones anarquistas y anarcosindicalistas y de la creciente simpatía de los miembros de éstas hacia el comunismo.[3]

En pocas palabras, los movimientos libertarios se consideraban entonces fuerzas en rápido declive que ya no planteaban problemas políticos de envergadura.

¿Estaba justificada del todo esa complacencia? Cabe suponer que las viejas tradiciones fueran más fuertes que lo que sugiere la literatura comunista oficial, por lo menos dentro de los movimientos sindicales. Así se comprende que el paso del sindicato de trabajadores del tabaco de

3. "El crecimiento del malestar entre las masas y de su resistencia a los ataques de las clases dominantes y del imperialismo ha agudizado el proceso de desintegración entre las organizaciones socialistas, anarquistas y anarcosindicalistas. En la etapa más reciente, el reconocimiento de la necesidad de un frente unido con los comunistas ha echado hondas raíces entre sectores bastante amplios de su base. Al mismo tiempo se ha reforzado la tendencia al ingreso directo en las filas de los sindicatos revolucionarios y de los partidos comunistas (especialmente en Cuba, Brasil, Paraguay). Después del sexto Congreso Mundial, se ha producido una acentuada caída del peso específico del anarcosindicalismo dentro de los movimientos obreros de América del Sur y del Caribe. En algunos países, los mejores elementos del movimiento anarcosindicalista han ingresado en el partido comunista, como, por ejemplo, en Argentina, Brasil, Paraguay y Cuba [...]. En otros países, la debilitación de la influencia anarcosindicalista vino acompañada de un reforzamiento de las organizaciones socialistas y reformistas (Argentina), los 'partidos nacional-reformistas' (México, Cuba)" (*Die Kommunistische Internationale vor dem 7. Weltkongress*, p. 472).

Cuba de una dirección anarcosindicalista a otra comunista no introdujese ninguna diferencia substancial ni en sus actividades sindicales ni en la actitud de sus miembros y militantes.[4] Se necesitaría una profunda investigación para descubrir en qué medida el movimiento sindical comunista mostraba signos de la supervivencia de los viejos hábitos y prácticas de su precedente anarcosindicalista.

España fue prácticamente el único país en que el anarquismo siguió siendo una fuerza primordial en el movimiento obrero posterior a la gran depresión, mientras que el comunismo era –hasta la guerra civil–, en comparación, insignificante. El problema de la actitud de los comunistas hacia el anarquismo español no tuvo relevancia internacional antes de la Segunda República, y en el período del Frente Popular y de la guerra civil llegó a ser demasiado vasto y complejo para un tratamiento somero. Por esto omitiré aquí el examen de esta cuestión.

La actitud fundamental de los bolcheviques hacia los anarquistas fue, pues, la de tratarlos de revolucionarios equivocados, a diferencia de los socialdemócratas, que eran puntales de la burguesía. Zinoviev lo expresó en 1920 con las siguientes palabras, discutiendo con los italianos, que estaban mucho menos bien dispuestos hacia sus propios anarquistas: "En épocas revolucionarias Malatesta es mejor que d'Aragona. Hacen cosas estúpidas, pero son revolucionarios. Nosotros luchamos hombro con hombro con los sindicalistas y anarquistas contra Kerenski y los mencheviques. Movilizamos a miles de obreros para este combate. En épocas revolucionarias se necesitan revolucionarios. Tenemos que acercarnos a ellos para formar un bloque en tiempos de revolución".[5] Esta actitud compara-

4. Debo esta indicación a la señorita Jean Stubbs, que está preparando una tesis doctoral sobre los trabajadores cubanos del tabaco.

5. P. Spriano, *Storia del Partito Comunista Italiano*, vol. I, p. 77.

tivamente indulgente de los bolcheviques venía determinada probablemente por dos factores: la relativa insignificancia de los anarquistas en Rusia y la visible disposición de los anarquistas y sindicalistas posteriores a la Revolución de Octubre a unirse a Moscú, por lo menos hasta que resultó claro que las condiciones de la unión eran inaceptables. Sin duda, se consolidó más tarde debido a la rápida decadencia del anarquismo y el sindicalismo, que la hacía aparecer –salvo en un número reducido y decreciente de países– como una tendencia cada vez más insignificante en el movimiento obrero. "He visto y he hablado con pocos anarquistas en mi vida", dijo Lenin en el Tercer Congreso de la IC (*Protokoll*, Hamburg, 1921, p. 510). El anarquismo, para los bolcheviques, nunca había sido más que un problema de poca monta o de carácter local. Un informe anual oficial de la IC para 1922-1923 ilustra esta actitud. Se menciona la aparición de grupos anarquistas en 1905, así como también el que carecieran de todo contacto con el movimiento de masas y que "pudieran darse por aniquilados" por la victoria de la reacción. En 1917 aparecieron grupos anarquistas en todos los centros importantes del país, pero, pese a varias acciones directas, carecían de contacto con las masas en la mayoría de lugares y no lograron asumir la dirección casi en ninguno de ellos. "Contra el gobierno burgués actuaron en la práctica como el ala 'izquierda', e incidentalmente desorganizada, de los bolcheviques". Su lucha careció de significado independiente. "Individuos que procedían de las filas anarquistas prestaron importantes servicios a la revolución y muchos anarquistas se unieron al PC ruso". La Revolución de Octubre los dividió en "sovietistas", algunos de los cuales se unieron a los bolcheviques mientras otros permanecían tranquilamente neutrales, y anarquistas "consecuentes", divididos en fracciones diversas y a veces excéntricas, que rechazaban el poder soviético y eran insignificantes. Los diversos grupos anarquistas ilegales y activos durante el alzamiento de

Kronstadt han desaparecido casi totalmente.[6] Éste es el trasfondo en el cual el partido guía de la Komintern se formó un juicio sobre la naturaleza del problema anarquista y sindicalista.

No hace falta decir que ni los bolcheviques ni los partidos comunistas de fuera de Rusia se sentían inclinados a comprometer sus opiniones a fin de atraerse a los libertarios. Ángel Pestaña, que representaba a la CNT española en el Segundo Congreso de la IC, se encontró aislado y sus puntos de vista rechazados. El Tercer Congreso, que examinó con mayor detenimiento las relaciones con sindicalistas y anarquistas, estableció con mayor claridad la distancia entre éstos y los comunistas bajo el impacto de algunas corrientes internas de los partidos comunistas y de lo que se consideraba como un aumento de la influencia anarquista y sindicalista en Italia tras las ocupaciones de fábricas.[7] Lenin intervino en este punto, observando que podía ser viable un acuerdo con los anarquistas en torno a ciertos objetivos –como, por ejemplo, la abolición de la explotación y de las clases– pero no en torno a principios, como, por ejemplo, "la dictadura del proletariado y el uso del poder estatal durante el período de transición".[8] No obstante, las críticas cada vez más intensas de las ideas anarcosindicalistas se combinaban con una actitud positiva hacia el movimiento, especialmente en Francia. Incluso en el Cuarto Congreso los sindicalistas franceses se oponían ventajosamente no sólo a los socialdemócratas, sino también a los comunistas procedentes de la socialdemocracia. "Tenemos que buscar muchos elementos para un partido comunista de entre las filas sindicalistas, entre las filas de

6. "Jahrbuch für Wirtschaft, Politik und Arbeiterbewegung" (Hamburgo), 1922-1923, pp. 247, 250, 481-482.
7. *Decisions of the Third Congress of the Communist International*, Londres, 1921, p. 10.
8. *Protokoll*, p. 510.

lo mejor de los sindicalistas. Esto es extraño, pero cierto" (Zinoviev).[9] Hasta después del Quinto Congreso –es decir, durante el período de "bolchevización"– no empezó a prevalecer claramente la crítica negativa del anarcosindicalismo sobre la apreciación positiva del movimiento; pero en aquellos momentos se había fundido con la crítica del trotskismo, del luxemburguismo y de otras desviaciones internas comunistas hasta el punto de perder su médula política específica.[10] En aquellos momentos, por supuesto, el anarquismo y el sindicalismo estaban en rápida decadencia, salvo en unas escasas zonas especiales.

Por esto resulta a primera vista sorprendente que la propaganda antianarquista se haya desarrollado de una manera más sistemática en el seno del movimiento comunista internacional a mediados de la década de los treinta. Este período vio la publicación en Francia (1935) del panfleto *Marx et Engels contre l'anarchisme*, en la serie "Éléments du Communisme", y de la obra obviamente polémica de E. Yaroslavsky, *Historia del anarquismo en Rusia* (ed. inglesa, 1937). Puede que merezca también la pena advertir el tono claramente más negativo de las referencias al anarquismo en la *Breve historia del PC (b) de la Unión Soviética*, de Stalin (1938),[11] en comparación con las actitudes de comienzos de la década de 1920 citadas anteriormente.

9. *Fourth Congress of the Communist International. Abridged Report*, Londres, 1923, p. 18.

10. Cf. Manuilsky: "Creemos, por ejemplo, que el llamado trotskismo tiene mucho en común con el proudhonismo individualista [...]. No es casual que Rosmer y Monatte, en su nuevo órgano dirigido contra el partido comunista, resuciten teoréticamente las ideas del viejo sindicalismo revolucionario, mezcladas con una defensa del trotskismo ruso" (*The Communist International*, edición inglesa, n.º 10, nueva serie, p. 58).

11. "En cuanto a los anarquistas, grupo cuya influencia era ya al principio insignificante, se desintegraron entonces claramente en varios grupos minúsculos, algunos de los cuales se mezclaron con elementos criminales, ladrones y provocadores, la hez de la sociedad; otros se convirtieron en expropiadores 'por convicción', y se dedicaron a robar a las gentes trabajadoras del campo y de la ciudad y a apropiarse de las posesiones y de los fondos de los clubs obreros; mientras tanto, otros se pasaron abiertamente al campo de los contrarrevolucionarios y se dedicaron a construirse sus propios nidos como lacayos de la burguesía. Se oponían a toda clase de autoridad, especialmente a la autoridad revolucionaria de los obreros y campesinos, porque sabían que un gobierno revolucionario no les permitiría saquear a la gente y robar el patrimonio público" (p. 203).

El motivo más evidente para la resurrección del sentimiento antianarquista era la situación en España, país que fue adquiriendo cada vez mayor importancia en la estrategia comunista internacional a partir de 1931, y sin duda después de 1934. Se ve claramente en las prolongadas diatribas de Lozovski, dirigidas concretamente contra la CNT española.[12] Sin embargo, hasta la guerra civil, el problema anarquista en España era considerado mucho menos urgente que el socialdemócrata, especialmente entre 1928 y el viraje de la política de la Komintern posterior a junio-julio de 1934. La mayor parte de las referencias en los documentos oficiales de la IC en este período se centran, como era de esperar, en los errores de los socialistas españoles. Durante la guerra civil la situación cambió y resulta evidente que, por ejemplo, el libro de Yaroslavski apunta primordialmente a España: "Los trabajadores de los países donde ahora deben elegir entre la doctrina de los anarquistas y la de los comunistas deberían saber cuál de las dos vías de la revolución escoger".[13]

Sin embargo, tal vez conviniera señalar otro elemento –aunque quizás relativamente menos importante– en la renovada polémica antianarquista. Es evidente, tanto en el texto básico que es constantemente citado y reeditado –la crítica de Stalin al supuesto semianarquismo de Bujarin,

12. A. Lozovsky, *Marx and the Trade Unions*, Londres, 1935 (1.ª edición, 1933), pp. 35-36 y especialmente pp. 146-154.

13. *Op. cit.*, p. 10.

escrita en 1929– como en otros textos, que las tendencias anarquizantes son condenadas principalmente porque "repudian el estado en el período de transición del capitalismo al socialismo" (Stalin). La crítica clásica de Marx, Engels y Lenin tiende a identificarse con la defensa de las tendencias del desarrollo estatal en el período stalinista.

Resumiendo:

La hostilidad bolchevique al anarquismo y anarcosindicalismo como teoría, estrategia o forma de movimiento organizado era clara y firme, y todas las "desviaciones" en esta dirección dentro del movimiento comunista eran rechazadas enérgicamente. Para fines prácticos, tales "desviaciones", o lo que pudiera tenerse por tales, dejaron de tener significación dentro y fuera de Rusia desde comienzos de la década de los veinte.

La actitud bolchevique hacia los movimientos anarquistas y anarcosindicalistas existentes era sorprendentemente benévola. Venía determinada por tres factores principales:

a) la convicción de que la mayoría de los trabajadores anarcosindicalistas eran revolucionarios, objetiva y subjetivamente –según las circunstancias– aliados del comunismo contra la socialdemocracia, y comunistas en potencia;

b) la indudable atracción que la Revolución de Octubre ejerció sobre muchos sindicalistas e incluso anarquistas en los años inmediatamente posteriores a 1917;

c) el declive, igualmente indiscutible y cada vez más rápido, del anarquismo y anarcosindicalismo como movimientos de masas en todos sus antiguos centros a excepción de unos pocos.

Por la razones arriba mencionadas, los bolcheviques dedicaron, tras los primeros años de la década de 1920, escasa atención al problema del anarquismo fuera de las escasas zonas donde éste conservó su fuerza y en que los partidos comunistas nacionales eran débiles. Sin embargo, el acceso de España a un primer plano internacional, y tal vez el intento de dar una legitimación teórica al desarrollo stalinista de un estado dictatorial y terrorista, llevó a una resurrección de la polémica antianarquista en el período comprendido entre la crisis de 1929 y el final de la guerra civil española.

(1969)

8

LOS ANTECEDENTES ESPAÑOLES

La península ibérica tiene problemas insolubles, circunstancia común, e incluso normal, en el "tercer mundo", aunque extremadamente rara en Europa. Para bien o para mal, la mayoría de los estados de nuestro continente tienen una estructura económica y social estable y potencialmente permanente, así como una línea de desarrollo establecida. Los problemas de casi toda Europa, por muy serios e incluso fundamentales que puedan ser, surgen de la solución de otros anteriores. En la Europa occidental y septentrional nacieron basados principalmente en un desarrollo capitalista satisfactorio; en la Europa oriental (una gran parte de la cual se hallaba hasta 1945 en una situación análoga a la española) sobre la base de un socialismo de tipo soviético. Ni en uno ni en otro caso los esquemas económicos y sociales básicos parecen provisionales, a diferencia de lo que aún parecen ser, por ejemplo, los esquemas de las relaciones nacionales entre diferentes estados o en el interior de los mismos. El capitalismo belga o el socialismo yugoslavo pueden tal vez cambiar, quizás fundamentalmente, aunque es mucho menos probable —por supuesto— que uno u otro se derrumben ante una ligera provocación que el que lo hagan las complejas fórmulas administrativas dictadas para asegurar la coexistencia de flamencos y valones o de las diversas nacionalidades balcánicas separadas por mutuos recelos.

España es diferente. El capitalismo ha fracasado una y otra vez en este país y lo mismo le ha ocurrido a la revolución social a pesar de su constante inminencia y de sus ocasionales estallidos. Los problemas de España brotan de los fracasos del pasado, no de sus éxitos. Su estructura política es sólo provisional. Incluso el régimen de Franco, que ha durado más que cualquier otro desde 1808 (ha batido el récord de la era de Cánovas, de 1875 a 1897), es manifiestamente pasajero. Su futuro es tan indeterminado que incluso puede considerarse como seria perspectiva política la restauración de la monarquía hereditaria. Los problemas de España desde el siglo XVIII han sido manifiestos para cualquier observador inteligente. Se ha propuesto, y ocasionalmente aplicado, un abanico de soluciones. La cuestión es que todas ellas han fracasado. España no ha encontrado su equilibrio en ninguna fórmula. Según sus pautas propias, los cambios económicos y sociales del siglo XIX fueron sustanciales, y quien haya contemplado la evolución del país en los últimos quince años sabe cuan poco realista es imaginarlo esencialmente igual a lo que era en 1936. Un pueblo aragonés lo pone muy claramente de manifiesto por el aumento que ha experimentado en el número de tractores de la localidad, que ha pasado de dos a treinta y dos; en el de vehículos de motor, que ha pasado de tres a sesenta y ocho; el de sucursales bancarias, de cero a seis. No obstante, los fundamentales problemas económicos y sociales del país siguen sin resolver y la distancia entre España y otros estados europeos más desarrollados (o transformados más básicamente) todavía persiste.

Raymond Carr, cuyo notable libro probablemente supera todas las demás historias de la España de los siglos XIX y XX,[1] caracteriza la cuestión como la del fracaso del libera-

1. Raymond Carr, *Spain 1808-1939*, Oxford, 1966 [existe traducción castellana: *España 1808-1939*, Ariel, Barcelona, 1968].

lismo español; es decir, de un desarrollo económico esencialmente capitalista, de un sistema político parlamentario burgués y un desarrollo cultural e intelectual al estilo habitual de Occidente. Se podría formular con idéntica corrección, y quizás con mayor provecho, como la del fracaso de la revolución social española. Porque si el liberalismo, como admite Carr, nunca tuvo serias probabilidades de lograr imponerse, la revolución social fue, quizás por esta misma razón, una perspectiva mucho más seria. Con independencia de lo que pensemos sobre las convulsiones del período napoleónico, la década de 1830 (que Carr analiza de modo particularmente brillante), sobre 1854-1856 o 1868-1874, no puede negarse que la revolución social estalló de hecho en 1931-1936, que lo hizo sin ninguna ayuda significativa de la situación internacional y que el caso es prácticamente único en la Europa occidental desde 1848.

Pero fracasó; y no sólo, ni principalmente, por la ayuda exterior prestada a sus enemigos. Uno no desearía subestimar la importancia de la ayuda italiana y alemana ni la de la "no intervención" anglofrancesa en la guerra civil, la mayor tenacidad de la ayuda del Eje que la de la soviética ni las notables hazañas militares de la República, que Carr reconoce acertadamente. Es perfectamente imaginable que, con una diferente configuración internacional, la República hubiera podido ganar. Pero es igualmente innegable que la guerra civil fue una doble lucha contra la contrarrevolución armada y las gigantescas debilidades internas y, en último análisis, fatales de la revolución. Las revoluciones victoriosas, desde la jacobina francesa hasta la vietnamita, han revelado una capacidad de superación frente a iguales o peores porcentajes de victoria. La República española no lo hizo.

No hay grandes misterios en torno al fracaso del liberalismo español, aunque buena parte de la historia del país en el siglo XIX y de su básica situación social y económica es demasiado poco conocida para que pueda uno contentarse

con un análisis excesivamente confiado. "Los cambios habidos en la clásica estructura agrícola española entre 1750 y 1850 fueron consecuencia de una reorganización de la economía tradicional mediante el incremento de las superficies cultivables y no mediante cambios fundamentales" (p. 29). (La explicación de Carr, según la cual la pobreza del suelo y de los recursos de capital los hacían inevitables, no es del todo convincente.) Así se llegó a la situación en que España alimentaba a una población en rápido crecimiento gracias no a una revolución industrial y agrícola, sino a un fuerte incremento en el cultivo extensivo de cereales que terminó agotando los suelos y que convirtió el interior de España en un semidesierto aún más empobrecido de lo que ya era. Lógicamente, la ineficaz política agrícola dio lugar a la revolución campesina. "En los años noventa los políticos estaban amedrentados por los poderosos intereses cerealísticos; en el siglo XX estaban alarmados por la amenaza de revolución en los grandes latifundios". La alternativa de cosechas intensivas para la exportación (por ejemplo, naranjas) no era indiscriminatoriamente aplicable sin inversiones de costo prohibitivo ni tal vez con ellas; aunque Carr parece más que escéptico acerca de las posibilidades de irrigación y algo menos acerca de la repoblación forestal. La industria española era un fenómeno marginal, no competitiva en el mercado mundial y, por tanto, dependiente de un débil mercado interior y (sobre todo en el caso de Cataluña) de las reliquias del imperio. Fue la liberal Barcelona quien se enfrentó más ferozmente a la independencia de Cuba, ya que el 60 por ciento de sus exportaciones iban allí. La burguesía catalana y la vasca no eran base adecuada para el capitalismo español. Como ha mostrado Vilar, los empresarios catalanes no fueron capaces de tomar la dirección de la política económica nacional y por esto se retrajeron hacia la posición defensiva del autonomismo que la República les concedió junto a los vascos.

En tales circunstancias, la base económica y social del liberalismo y su ímpetu político eran débiles. Como en tantos países subdesarrollados, existían dos fuerzas políticamente activas: la pequeña burguesía urbana, oculta tras la sombra de la plebe urbana, y el ejército, institución que permitía prolongar la carrera de los miembros enérgicos del mismo estrato social, y sindicato militante del sector mejor organizado de los desempleados no obreros, quienes tenían que dirigir sus miradas hacia el estado porque la economía no podía darles empleo. El "pronunciamiento", curiosa invención ibérica cuyo ritual se hizo muy tradicional, sustituyó a la política liberal en la primera mitad del siglo XIX. En la segunda, se convirtió en "una empresa de negocios especulativos para generales" y en el siglo XX dejó de tener toda relación con el liberalismo.

Las revoluciones empezaban con un pronunciamiento, con lo que Carr llama la "revolución primitiva de provincias" —alzamientos plebeyos extendidos de ciudad en ciudad por contagio— o con ambas cosas. Aunque peligrosos, los pobres eran esenciales para el combate. Los notables locales, por no mencionar los de ámbito nacional, se refugiaban, para evitar el peligro permanente de revolución social, en el "estadio de los comités", en que el poder local, mientras se derrumbaba el gobierno central, pasaba a las *juntas* de notables con uno o dos representantes optativos del pueblo. "El estadio final era la restauración del control del gobierno central mediante un gabinete que 'representaba' la revolución". La monografía de Kiernan sobre 1854 describe y explica este proceso con todo detalle.[2] Naturalmente, en el siglo XIX apenas existía proletariado fuera de Barcelona, que, por consiguiente, se convirtió en la ciudad revolucionaria clásica del occidente europeo. El campesinado permaneció durante mucho tiempo sin eficacia política o bajo la influencia del carlismo; esto es, ligado a políticos ultrarreaccionarios y hostil en principio a las ciudades.

2. V. G. Kiernan, *The Revolution of 1854 in Spanish History*, Oxford, 1966.

El liberalismo español, pues, se hallaba apresado en el estrecho espacio de maniobra que existía entre la "revolución primitiva", sin la que nada iba a cambiar, y la necesidad de ahogarla casi inmediatamente. No es sorprendente que un vehículo así, obligado a frenar inmediatamente después de pisado el acelerador, no pueda ir demasiado lejos. La mejor esperanza de los burgueses moderados consistía en instalar en el poder algún régimen capaz de permitir el despliegue de las fuerzas del desarrollo capitalista, pero éstas nunca se desarrollaron de manera suficiente. Su logro más habitual consistía en encontrar alguna fórmula capaz de neutralizar durante algún tiempo la revolución social o a los ultrarreaccionarios mediante la combinación de por lo menos dos de las tres fuerzas de la política "oficial": el ejército, la corona y los partidos "oficiales". Como muestra Carr, éste fue el esquema de la política española: ejército más políticos en la década de 1840, corona más políticos después de 1875, ejército más corona bajo Primo de Rivera en los años veinte y colapso de la corona cuando ésta se apartó de las otras dos fuerzas, como en 1854, 1868 y 1931. Cuando no había corona tenía que haber una "dictadura militar *ad hoc*".

Pero Franco no es simplemente el sucesor de Alfonso XIII. Porque en el siglo XX las fuerzas de la revolución social se hicieron mucho más fuertes de lo que habían sido en el XIX, ya que la revolución retuvo sus recursos "primitivos" y adquirió además otros dos nuevos y formidables: la revolución campesina y el movimiento obrero. Es el fracaso de estos recursos lo que plantea el mayor problema de la historia española y puede tal vez arrojar luz sobre una serie de otros países subdesarrollados. Este fracaso se debió a los anarquistas.

Esto no significa que la notable ineficacia de la revolu-

ción española se deba tan sólo al accidente histórico de que España fuera colonizada por Bakunin más que por Marx. (Incluso esto no es del todo accidental. Es característico del aislamiento cultural de los países subdesarrollados del siglo XIX el que ideas a menudo carentes de importancia en el ámbito mundial lleguen a ejercer allí una influencia inmensa, como la filosofía de un cierto Krause en España o la política de Auguste Comte en México y Brasil.) Las realidades de la geografía y de la historia de España se oponen al despliegue de un movimiento coordinado nacionalmente, aunque países con una diversidad regional por lo menos igual y con una diversidad nacional aun mayor hayan logrado un tal movimiento, como Yugoslavia. El universo cerrado en sí mismo del pueblo español ha dado lugar durante mucho tiempo a que los cambios nacionales sean resultado de plebiscitos periódicos ejercidos por la acción directa de sus municipalidades. Pero otros países también conocen el fenómeno del extremo localismo; Italia, por ejemplo. Todas las revoluciones españolas han tenido, como muestra Carr, un estilo propio y de raíces arcaicas, independiente de la bandera ideológica que hayan enarbolado. Cabe dudar de si Belmonte de los Caballeros, pueblo aragonés, se habría comportado de manera distinta en 1931-1936 si lo hubiera organizado la CNT en lugar de hacerlo la UGT socialista. El anarquismo prendió con tanto éxito porque no hizo más que proporcionar una simple etiqueta a los hábitos políticos tradicionales de los revolucionarios españoles. Los movimientos políticos, sin embargo, no están obligados a aceptar las características históricas de su entorno, aunque resultarán ineficaces si no se fijan en ellas. El anarquismo fue un desastre porque no hizo ningún intento por cambiar el estilo de la primitiva rebelión española, sino que deliberadamente lo reforzó.

Legitimó la tradicional impotencia de los pobres. Convirtió la política, que incluso en su forma revolucionaria es una actividad *práctica*, en una forma de gimnasia moral, en

un despliegue de devoción, sacrificio, heroísmo y espíritu de superación tanto en lo individual como en lo colectivo que justificaba su incapacidad para lograr resultados concretos, y lo hizo con el argumento de que sólo vale la pena luchar por la revolución, y justificó su fracaso en la revolución con el argumento de que todo lo que implique organización y disciplina no merece tal nombre. El anarquismo español es un espectáculo profundamente conmovedor para el estudioso de la religiosidad popular —era en realidad una manifestación de milenarismo secular—, pero no, por desgracia, para el estudioso de la política. Desperdició oportunidades políticas con una terquedad admirablemente ciega. Los esfuerzos por conducirlo por una vía menos suicida llegaron demasiado tarde, aunque fueron suficientes para derrotar el alzamiento de los generales en 1936. Pero, incluso entonces, su éxito fue sólo parcial. Durruti, estimado por su nobleza de carácter y que simbolizaba a la vez el ideal del militante anarquista y su conversión a las exigencias de organización y disciplina de la guerra real, fue probablemente muerto por alguno de sus propios compañeros más puristas.

Esto no supone ignorar el notable logro del anarquismo español, caracterizado por la creación de un movimiento obrero que se mantuvo auténticamente revolucionario. Los sindicatos socialdemócratas, y en años recientes incluso los comunistas, raramente han podido evitar la esquizofrenia y la traición de sus convicciones socialistas al tener que actuar habitualmente por razones prácticas —es decir, como militantes o dirigentes sindicales— y en el supuesto de que el sistema capitalista es algo permanente. La CNT no actuó así, si bien esto no la llevó a convertirse en una organización demasiado efectiva para fines típicamente sindicalistas, y en conjunto perdió terreno frente a la UGT socialista desde el trienio bolchevique de 1918-1920 hasta después del estallido de la guerra civil, salvo en aquellos lugares, como Cataluña y Aragón, donde la

que, sin la victoria, la revolución española, por muy estimulante que fuera y aun siendo quizás viable, se convertiría en otro simple episodio de derrota heroica, como la Comuna de París. Y esto fue lo que realmente aconteció. Los comunistas, cuya política era la única susceptible de conducir a la victoria en la guerra, cobraron fuerza demasiado tarde y nunca superaron satisfactoriamente el inconveniente de su originaria falta de apoyo de masas.[3]

Para el estudioso de la política en general, España puede no ser más que una advertencia fecunda contra las gesticulaciones anarquistas (con pistolas y dinamita o sin ellas), y contra esa clase de personas que blasonaban, como Ferrer, de que "más que un revolucionario, soy un rebelde". Para el historiador, la insólita fuerza del anarquismo o el ineficaz revolucionarismo "primitivo" requiere todavía alguna explicación. ¿Se debió al proverbial abandono del campesinado por parte de los marxistas de la Europa occidental, que dejó en el campo tanto terreno a los bakuninistas? ¿Fue acaso la persistencia de la pequeña industria y del subproletariado preindustrial? Estas explicaciones no son enteramente satisfactorias. ¿Se debió al aislamiento de España, que salvó al anarquismo español de la crisis de 1914-1920 que le llevó a la bancarrota en Francia e Italia, dejando así la puerta abierta a los movimientos comunistas de masas? ¿Fue tal vez la curiosa ausencia de intelectuales en el movimiento obrero español,

3. Pueden ser criticados no sólo por el hecho de haberse entregado a las venganzas absurdas de la policía secreta de Stalin, sino también por no limitarse a oponerse a los excesos impopulares y contraproducentes del pueblo, sino por poner resistencia también a la revolución misma, cuya existencia preferían no subrayar en su propaganda. Pero la cuestión básica es que combatieron para ganar la guerra y que, sin la victoria, la revolución, en cualquier caso, estaba muerta. Si la República se hubiera salvado, tal vez habría más cuestiones criticables en su actuación política; pero esto, por desgracia, no es más que una especulación académica.

tan poco frecuente en países subdesarrollados del siglo XX? Los intelectuales eran demócratas, republicanos, populistas en el terreno cultural, quizás —por encima de todo— anticlericales y a veces bastante activos en la oposición política, pero pocos de ellos eran socialistas y prácticamente ninguno anarquista. (Su papel, en cualquier caso, parece haber sido limitado —ni aun la España culta, como dice acertadamente Carr, era una nación lectora—, y la tertulia de café o el Ateneo no eran, salvo en Madrid, una forma de acción política generalizada en todo el país.) En todo caso, la dirección de los movimientos revolucionarios españoles se resintió de su ausencia. Actualmente no se puede saber lo que ocurre en este terreno salvo por suposiciones especulativas.

No obstante, podemos situar el revolucionarismo espontáneo de España en un contexto más amplio, y autores recientes, como Malefakis,[4] han empezado a proceder así. Las revoluciones sociales no se hacen: ocurren y se desarrollan. En razón de ello, las metáforas de la acción militar, como estrategia y táctica, que tan a menudo les aplican los marxistas como sus adversarios, inducen a confusión. Sin embargo, no pueden triunfar sin poner en pie el aparato de un ejército o de un gobierno nacionales, es decir, sin ejercer una coordinación y una dirección nacionales efectivas. Allí donde no existen estos elementos, lo que en otras circunstancias quizá se habría convertido en una revolución social puede reducirse a una suma nacional de agitaciones sociales de ámbito local (como en Perú en los años 1960-1963), o degenerar en un período anárquico de matanzas mutuas (como en Colombia en los años posterio-

4. E. Malefakis, *Agrarian Reform and Peasant Revolution in Spain*, New Haven y Londres, 1970 [existe traducción castellana: *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*, Ariel, Barcelona, 1970]. La lectura de este libro debería ser obligatoria para todos los estudiosos de la revolución española.

res a 1948). Ésta es la piedra angular de la crítica marxista del anarquismo como estrategia política, tanto si la creencia en las virtudes de la militancia espontánea en todo tiempo y lugar es sostenida por bakuninistas propiamente dichos como si lo es por otros ideólogos. La espontaneidad puede derrocar regímenes o por lo menos hacerlos impracticables, pero no ofrece ninguna alternativa viable a una sociedad más avanzada que la campesina arcaica y autosuficiente, y aun en este caso sólo lo hace bajo el supuesto de que las fuerzas de los estados y de la vida económica moderna pasen simplemente de largo y dejen en paz a la comunidad aldeana autogobernada. Esto es improbable.

Hay varias maneras en que un partido o movimiento revolucionario puede establecerse como régimen potencialmente nacional antes de su toma efectiva del poder o durante la misma. Los partidos comunistas chino, vietnamita y yugoslavo fueron capaces de hacerlo en el curso de una prolongada guerra de guerrillas de la que surgieron como aparato estatal de poder, aunque, según la experiencia del presente siglo, tal cosa parece excepcional. En Rusia, un partido bolchevique dotado de una dirección brillante logró erigirse en cabeza dirigente de la fuerza política decisiva —la clase obrera de las principales ciudades y una parte de las fuerzas armadas— entre febrero y octubre de 1917 y en *único* competidor efectivo del poder del estado, que empezó a ejercer tan pronto como se hubo apoderado del centro nacional de gobierno, derrotando —con grandes dificultades y a un elevado costo— a los ejércitos contrarrevolucionarios y a las resistencias locales o regionales que carecían de esa coordinación. Tal fue, en lo esencial, el esquema de las revoluciones francesas victoriosas entre 1789 y 1848, basado en la toma de la capital, el derrumbamiento del antiguo gobierno y la incapacidad de éste para establecer un efectivo centro contrarrevolucionario nacional que ofreciese una alternativa de poder. En

1870-1871, al no lograrse que las provincias se alinearan con la capital y al establecerse un gobierno contrarrevolucionario capaz de ofrecer una alternativa, la Comuna de París quedó sentenciada.

Una revolución puede establecerse, a lo largo de un período más prolongado de conflictos aparentemente complejos y opacos, combinando una alianza de clases bastante estable (bajo la hegemonía de una fuerza social) con ciertas sólidas bases regionales de poder. Así, la revolución mexicana desembocó en un régimen estable tras diez años de sangrienta lucha civil gracias a la alianza de lo que debía convertirse en la burguesía nacional con la clase trabajadora urbana (en posición subalterna) y conquistando el país a partir de una base estable de poder que poseía en el norte.[5] Dentro de este marco se hicieron las obligadas concesiones a las zonas campesinas revolucionarias y a varios señores de la guerra prácticamente independientes, de tal manera que se abrió paso a paso un régimen nacional estable durante los aproximadamente veinte años que siguieron al establecimiento de la base de Sonora.

La situación más difícil para una revolución es probablemente aquella en que se espera que se desarrolle a partir de una política de reformas y no por el choque inicial de la crisis insurreccional combinada con la movilización de las masas. La caída de la monarquía española de 1931 no fue el resultado de la revolución social, sino más bien la ratificación pública de un general cambio de opinión entre las clases políticas españolas que se opusieron a la monarquía. Los nuevos republicanos hubieran podido ser empujados decisivamente hacia la izquierda —y más concretamente hacia la revolución agraria— por la presión de las masas. Pero cuando más susceptibles eran de ello, y más lo temían —es decir, en 1931—, esa eventualidad no ocurrió.

5. Desde los días de Obregón hasta 1984 los presidentes procedían, casi sin excepción, del estado de Sonora.

Los socialistas moderados tal vez desearan organizarla o tal vez no, pero los comunistas y anarquistas, que sin duda la quisieron, fracasaron en sus intentos. No es posible censurarlos sin más por este fracaso. Hubo razones a la vez evitables e inevitables –predominando quizás estas últimas– para que "los activistas de la CNT y comunistas en general se mantuvieran tan alejados del estado de ánimo prevaleciente entre los campesinos como para seguir siendo organizaciones de base principalmente urbana hasta 1936" (Malefakis). "La rebelión campesina llegó a ser una fuerza significativa después de 1933, y no en 1931, que es cuando habría podido ser políticamente más eficaz". Y después de 1933 sirvió para movilizar a la reacción con tanta eficacia como a las fuerzas de la revolución, y, a largo plazo, con mayor eficacia aún. La revolución española fue incapaz de aprovechar el momento histórico en que la mayoría de las revoluciones victoriosas establecen su hegemonía: el lapso de tiempo durante el cual sus enemigos efectivos o potenciales están desmoralizados, desorganizados e indecisos acerca de lo que deben hacer.

Cuando estalló, se encontró con un enemigo movilizado. Tal vez fuera inevitable. Pero también libraba la batalla por su supervivencia, que probó ser incapaz de ganar. Probablemente esto no fuera inevitable. Y así lo recordamos, especialmente aquellos de nosotros a cuyas vidas pertenece, como un maravilloso sueño de lo que hubiera podido ser, una epopeya de heroísmo, la Ilíada de los que eran jóvenes en la década de los treinta. Mas, salvo que concibamos las revoluciones como simples secuencias de sueños y epopeyas, el tiempo de los análisis debe suceder al de los recuerdos heroicos.

(1966)

9

REFLEXIONES SOBRE EL ANARQUISMO

El resurgir actual del interés por el anarquismo es un fenómeno curioso y a primera vista inesperado. Hace tan sólo diez años habría parecido sumamente improbable. En aquel momento el anarquismo, como movimiento y como ideología, parecía un capítulo definitivamente cerrado en el desarrollo de los movimientos revolucionarios y obreros modernos.

Como movimiento, parecía pertenecer a la época preindustrial y, en todo caso, a la era anterior a la primera guerra mundial y a la Revolución de Octubre, salvo en España, donde difícilmente cabe pensar que haya sobrevivido a la guerra civil de 1936-1939. Podría decirse que desapareció con los reyes y emperadores a quienes sus militantes habían tratado tantas veces de asesinar. Nada parecía ser capaz de detener, o siquiera de aminorar, su rápido e inevitable declive, incluso en las partes del mundo en que había constituido alguna vez una fuerza política importante, como en Francia, Italia o Latinoamérica. Un investigador curioso que supiera dirigir certeramente sus miradas podría todavía descubrir algunos anarquistas hasta los años cincuenta, y aún más ex anarquistas, fácilmente reconocibles por señales como su interés por el poeta Shelley. (Es un dato muy característico que esta romántica escuela

de revolucionarios haya sido más leal que nadie, incluidos los críticos literarios de su propio país, al más revolucionario de los poetas románticos ingleses.) Cuando en esta época traté de tomar contacto con activistas de los círculos anarquistas españoles en París, me dieron cita en un café de Montmartre, cerca de la Place Blanche, y en cierto modo esta reminiscencia de un pasado ya lejano de bohemios, rebeldes y vanguardistas parecía todo un símbolo.

Como ideología, el anarquismo no declinó de una manera muy espectacular porque nunca había tenido demasiado éxito, por lo menos entre los intelectuales, que son el estrato social más interesado por las ideas. Probablemente ha habido siempre figuras destacadas en el mundo de la cultura que se han calificado a sí mismas de anarquistas (excepto, curiosamente, en España), pero la mayoría parecen haber sido artistas, en el sentido más amplio de la palabra o, como en los casos de Pissarro y Signac, en un sentido estricto. Lo cierto es que el anarquismo nunca tuvo entre los intelectuales un atractivo comparable, pongamos por caso, al marxismo, ni siquiera antes de la Revolución de Octubre. A excepción de Kropotkin, no es fácil encontrar a ningún teórico anarquista que ofrezca real interés para los no anarquistas. No parecía existir, realmente, ningún espacio intelectual para la teoría anarquista. Compartía con el marxismo la creencia en el comunismo libertario de cooperativas autogobernadas como objetivo revolucionario final. Los viejos socialistas utópicos habían reflexionado con mayor profundidad y concreción que la mayoría de los anarquistas sobre la naturaleza de tales comunidades. Ni siquiera el arma más poderosa del arsenal intelectual de los anarquistas, su sensibilidad a los peligros de dictadura y burocracia implícitos en el marxismo, les era exclusiva. Esta clase de crítica la hacían con iguales resultados y con mayor elaboración intelectual los marxistas "no oficiales" y los adversarios de todo tipo de socialismo.

En suma, el principal atractivo del anarquismo era

emotivo y no intelectual. No era un atractivo despreciable. Quien haya estudiado o haya tenido algo que ver con el movimiento anarquista real se habrá sentido afectado por el idealismo, el heroísmo, el espíritu de sacrificio y la santidad que tantas veces ha engendrado, junto a la brutalidad de la Majnovshchina ucraniana o de los fanáticos pistoleros e incendiarios de iglesias de España. El mismísimo extremismo del rechazo ácrata del estado y de la organización, lo absoluto de su entrega a la causa de la subversión de la presente sociedad, no podían por menos de despertar admiración, salvo quizás entre quienes tenían que ir políticamente de la mano de los anarquistas y sentían la dificultad casi insuperable de colaborar con ellos. Es explicable que España, la patria de Don Quijote, haya sido su última fortaleza.

El epitafio más emotivo que haya escuchado jamás, dedicado a un terrorista ácrata, muerto hace unos pocos años por la policía en Cataluña, fue pronunciado por uno de sus compañeros sin el menor deje de ironía: "Cuando éramos jóvenes y se fundó la República, éramos como caballeros medievales, aunque también espirituales. Nosotros nos hemos hecho mayores, él no. Era un guerrillero por instinto. Sí, era uno de esos quijotes que salen en España".

Admirable, pero desesperanzador. Fue la monumental ineficacia del anarquismo la que, casi con toda seguridad, determinó su rechazo por casi toda mi generación, la que alcanzó su madurez durante los años de la guerra civil española. Todavía recuerdo, en los primeros días de aquella guerra, la pequeña ciudad de Puigcerdà, en los Pirineos, pequeña república revolucionaria llena de hombres y mujeres libres, de armas de fuego y de un sinfín de discusiones. En la plaza había algunos camiones. Estaban destinados a la guerra. Cuando a alguien se le antojaba ir a luchar al frente de Aragón, se iba donde los camiones. Cuando se llenaba un camión, partía al frente. Es de suponer que cuando los voluntarios deseaban regresar, regresaban. La

frase *C'est magnifique, mais ce n'est pas la guerre* hubiera debido inventarse para una ocasión así. Era, sin duda, maravilloso, pero el principal efecto que esta experiencia tuvo sobre mí fue la de que tardé veinte años en ver en el anarquismo español algo más que una trágica farsa.

Era mucho más. Y con todo, por mucha simpatía que se le eche, no se puede modificar la realidad de que el anarquismo como movimiento revolucionario había sido ideado casi para el fracaso.

Como ha dicho Gerald Brenan, autor del mejor libro sobre la España moderna, una sola huelga de los mineros (socialistas) de Asturias afectaba más al gobierno español que setenta años de masiva actividad revolucionaria anarquista, que no representaba más que un problema rutinario de orden público. (De hecho, investigaciones posteriores han demostrado que en la época de más frecuentes atentados con bombas en Barcelona no llegaban probablemente a un centenar los policías que velaban por el orden público en esta ciudad y que su número no fue notablemente reforzado.) La ineficacia de las actividades revolucionarias anarquistas podría ser ampliamente documentada en todos los países donde esta ideología ha desempeñado un papel importante en la vida política. No es éste el lugar para hacerlo. Mi propósito consiste simplemente en explicar por qué el resurgimiento del interés por el anarquismo hoy parece tan inesperado, sorprendente y —si he de hablar con franqueza— injustificado.

Injustificado, pero no inexplicable. Hay dos poderosas razones que explican la boga del anarquismo: la crisis del movimiento comunista mundial tras la muerte de Stalin y la aparición de un malestar revolucionario entre los estudiantes e intelectuales de una época en que factores históricos objetivos en los países desarrollados no hacen demasiado probable la revolución.

Para la mayoría de los revolucionarios, la crisis del comunismo es esencialmente la de la URSS y de los regímenes fundados bajo sus auspicios en la Europa del este; es decir, de sistemas socialistas tal y como se entendían en los años comprendidos entre la Revolución de Octubre y la caída de Hitler. Dos aspectos de estos regímenes parecían entonces más vulnerables a la crítica anarquista tradicional que antes de 1945 puesto que la Revolución de Octubre no era ya la única revolución victoriosa realizada por comunistas, la URSS no estaba ya aislada, débil y amenazada por la destrucción, y puesto que los dos argumentos más poderosos a favor de la URSS —su inmunidad a la crisis de 1929 y su resistencia al fascismo— perdieron su fuerza después de 1945.

El stalinismo, esa hipertrofia del estado dictatorial burocratizado, parecía justificar el argumento bakuninista de que la dictadura del proletariado inevitablemente había de convertirse en simple dictadura, y que el socialismo no podría construirse sobre tal base. Al mismo tiempo, la eliminación de los peores excesos del stalinismo hizo ver que incluso sin purgas ni campos de trabajo el tipo de socialismo introducido en la URSS estaba muy lejos de lo que los socialistas habían imaginado antes de 1917, y que los principales objetivos de la política de ese país, a saber, un rápido crecimiento económico, el desarrollo tecnológico y científico, la seguridad nacional, etc., no tenían especial relación con el socialismo, la democracia o la libertad. Naciones atrasadas pueden ver en la URSS un modelo de cómo salir de su atraso, y pueden deducir de ésta y de su propia experiencia que los métodos de desarrollo económico introducidos y preconizados por el capitalismo no funcionan en sus condiciones, mientras que sí funcionan las revoluciones sociales seguidas de una planificación central; pero el objetivo principal sigue siendo el "desarrollo". El socialismo es el medio para conseguirlo, no el fin. Las naciones desarrolladas, que gozaban ya del nivel de producción material al que todavía aspiraba la URSS y en muchos casos de mucha más libertad y variedad cultural para sus ciuda-

danos, difícilmente podían tomarla como modelo, y cuando lo han hecho (como en Checoslovaquia y la RDA) los resultados han sido claramente decepcionantes.

Nuevamente parecía razonable concluir que éste no era el camino para construir el socialismo. Críticos extremistas —cada vez más abundantes— llegaron a la conclusión de que estos regímenes, por muy distorsionados o degenerados que fueran, no eran en modo alguno socialistas. Los anarquistas se contaban entre los revolucionarios que siempre habían sostenido este punto de vista, de modo que sus ideas resultaron así más atractivas. Tanto más cuanto que el argumento crucial de los años 1917-1945, según el cual la Rusia soviética, aunque imperfecta, era el único régimen revolucionario victorioso y la base esencial para el éxito de la revolución en cualquier otro lugar, era mucho menos convincente en los años cincuenta y nada convincente, o casi, en los sesenta.

La segunda, y más poderosa, razón de la boga del anarquismo no tiene nada que ver con la URSS, salvo en la medida en que quedó claro, después de 1945, que su gobierno no fomentaba las tomas del poder revolucionarias en otros países. Surgió de las dificultades de los revolucionarios en situaciones no revolucionarias. En los años cincuenta y sesenta de este siglo, igual que antes de 1914, el capitalismo occidental era estable y parecía que iba a seguir siéndolo. El argumento más poderoso del análisis marxista clásico, la inevitabilidad histórica de la revolución proletaria, perdió por consiguiente su fuerza al menos en los países desarrollados. Pero, si no era probable que la historia trajera la revolución, ¿cómo iba a producirse ésta?

Antes de 1914 y nuevamente en nuestra época el anarquismo ha dado una aparente respuesta. El mismo carácter primitivo de su teoría resulta una ventaja. La revolución llegará porque los revolucionarios la desean con mucha pasión y porque constantemente realizan actos de rebelión, alguno de los cuales, tarde o temprano, será la chispa que

hará arder el mundo. El atractivo de esta creencia simple no radica en sus formulaciones más elaboradas, aunque un voluntarismo extremo de esta clase puede estar dotado de una base filosófica (los anarquistas anteriores a 1914 a menudo tendían a admirar a Nietzsche y a Stirner) o puede fundarse en una psicología social, como en Sorel. (No se puede decir que sea una ironía accidental de la historia que tales justificaciones teóricas del irracionalismo anarquista fueran pronto utilizadas como justificaciones teóricas del fascismo.) La fuerza de la fe anarquista reside en el hecho de que no parecía haber más alternativa que abandonar la esperanza de la revolución.

Por supuesto, ni antes de 1914 ni hoy los anarquistas han sido los únicos voluntaristas revolucionarios. Todo revolucionario debe creer siempre en la necesidad de tomar la iniciativa y debe negarse a esperar que los acontecimientos hagan la revolución por él. En ciertos momentos —como en la era kautskiana de la socialdemocracia y la época comparable de aplazamiento de la esperanza en el movimiento comunista ortodoxo de los años cincuenta y sesenta—, una dosis de voluntarismo es particularmente saludable. Lenin fue acusado de blanquismo, igual que, más justificadamente, Guevara y Régis Debray. A primera vista estas versiones no anarquistas de la revuelta contra la "inevitabilidad histórica" parecen más atractivas porque no niegan la importancia de los factores objetivos en el proceso de la revolución, de la organización, disciplina, estrategia y táctica.

Sin embargo, y paradójicamente, los anarquistas pueden gozar hoy de una ventaja ocasional sobre estos revolucionarios más sistemáticos. Recientemente se ha puesto bastante de manifiesto que el análisis en que la mayoría de los observadores inteligentes basaban sus previsiones políticas en el mundo debe ser sumamente deficiente. No hay otra explicación al hecho de que varios de los procesos más espectaculares y de mayor alcance en la reciente política

cracia ni por la desconfianza a la tecnología y las ciencias naturales que tan a menudo va asociada con el moderno anarquismo.[1] Es posible construir un modelo teórico del anarquismo libertario compatible con la tecnología científica moderna, aunque desgraciadamente no será socialista. Estará mucho más cerca de las opiniones del señor Goldwater y su consejero económico, el profesor Milton Friedman, de Chicago, que de las concepciones de Kropotkin. Porque las versiones extremas del liberalismo individualista (como señaló hace mucho tiempo Bernard Shaw en su panfleto sobre las "imposibilidades del anarquismo") son lógicamente tan anarquistas como Bakunin.

Debe quedar claro que a mi juicio el anarquismo no aporta contribución significativa a la teoría socialista, aunque sea un útil elemento crítico. Si los socialistas desean teorías sobre el presente y el futuro, tendrán que seguir buscándolas en otra parte; en Marx y sus seguidores y, probablemente también, en los anteriores socialistas utópicos, como Fourier. O, para mayor precisión: si los anarquistas desean hacer alguna contribución significativa, deberán desarrollar un pensamiento mucho más serio que el que la mayoría de ellos ha desarrollado recientemente.

La contribución del anarquismo a la estrategia y a la táctica revolucionarias no puede ser descartada con tanta facilidad. Es cierto que es tan improbable que los anarquistas hagan revoluciones victoriosas en el futuro como lo ha sido en el pasado. Adaptando una frase empleada por Bakunin a propósito del campesinado, podría decirse de ellos que son inestimables el primer día de la revolución, aunque casi seguro serán un obstáculo el segundo día. No obstante, e históricamente, su énfasis en la espontaneidad tiene mucho que enseñarnos. Porque la gran debilidad de los revolucionarios educados en cualquiera de las versiones derivadas del marxismo clásico consiste en su tendencia en imaginar las revoluciones como si fueran a ocurrir bajo condiciones previsibles de antemano, como procesos que pueden ser previstos, planificados y organizados al menos en sus líneas generales. Y en la práctica esto no es así.

O, por mejor decir, la mayoría de las revoluciones que han ocurrido y triunfado empezaron con "acontecimientos" más que como producciones planeadas. A veces crecieron rápida e inesperadamente a partir de lo que parecían normales manifestaciones de masas; otras, a partir de la resistencia frente a las acciones de sus enemigos, y a veces, de otras maneras, pero raramente —si es que alguna vez ha sucedido— adoptaron la forma esperada por los movimientos revolucionarios organizados aun cuando éstos hubieran predicho el inminente estallido de una revolución. Ésta es la razón por la que la prueba de la talla de los revolucionarios ha sido siempre su capacidad de descubrir las características nuevas e inesperadas de las situaciones revolucionarias y de adaptar su táctica a las mismas. Como la boya, el revolucionario no produce las olas sobre las que flota, sino que se balancea a su compás. Pero, a diferencia de la boya —y en esto difiere la teoría revolucionaria seria de la práctica anarquista—, tarde o temprano deja de balancearse sobre aquéllas y debe controlar su dirección y movimiento.

El anarquismo tiene lecciones válidas que enseñar porque ha sido insólitamente sensible —en la práctica más que

1. Se puede ilustrar esta complejidad mediante un caso tomado de la historia del anarquismo. Procede del valioso estudio de J. Martínez Alier sobre los campesinos sin tierra andaluces en 1964-1965. [Se trata de *La estabilidad del latifundismo*, París, Ruedo Ibérico, 1968. (*N. del T.*)] A partir de los cuidadosos interrogatorios del autor queda claro que los campesinos sin tierra de Córdoba, base tradicional de masas del anarquismo rural español, no han cambiado de ideas desde 1936 salvo en un punto. Las actividades sociales y económicas incluso del régimen de Franco les han convencido de que el estado no puede ser simplemente rechazado, sino que tiene algunas funciones positivas. Esto puede contribuir a explicar por qué ya no parecen anarquistas.

en la teoría— a los elementos espontáneos de los movimientos de masas. Cualquier movimiento amplio y disciplinado puede ordenar la celebración de una huelga o manifestación, y, si lo es en grado suficiente, hacer una exhibición que produzca una impresión considerable. Pero hay una diferencia notable entre la huelga general convocada por la CGT el 13 de mayo de 1968 y los diez millones de trabajadores que ocuparon sus puestos de trabajo unos días después sin ninguna consigna nacional. La misma debilidad organizativa de los movimientos anarquistas y anarquizantes les ha obligado a explorar los medios de descubrir o asegurar ese consenso espontáneo que la acción produce entre militantes y masas. (Es un hecho admitido que también les ha llevado a experimentar tácticas ineficaces como la del terrorismo individual o el de pequeños grupos, que pueden practicarse sin movilizar masas y para el cual, dicho sea de paso, los defectos organizativos del anarquismo resultan un serio obstáculo.)

Los movimientos estudiantiles de los últimos años han sido como movimientos anarquistas, por lo menos en sus primeras etapas, en tanto que han consistido no en organizaciones de masas, sino en reducidos grupos de militantes que movilizan de vez en cuando a las de sus compañeros estudiantes. Se han visto obligados a mantenerse sensibles al estado de ánimo de estas masas y a los momentos y cuestiones que permiten la movilización de las mismas.

En los Estados Unidos, por ejemplo, pertenecen a un tipo primitivo de movimiento y sus debilidades son obvias: falta de teoría, de perspectivas estratégicas elaboradas en común, de capacidad de rápida reacción táctica a escala nacional. Al mismo tiempo es dudoso que cualquier otra forma de movilización hubiera podido crear, mantener y desarrollar en los Estados Unidos un movimiento estudiantil nacional tan poderoso en la década de los sesenta. Sin duda, esto no podría ser obra de los pequeños grupos disciplinados de revolucionarios de la vieja tradición —comunistas, trotskistas o maoístas, que constantemente tratan de imponer sus ideas y perspectivas particulares sobre las masas y, al actuar así, logran más a menudo aislarse que movilizarlas.

Éstas son las lecciones que deben extraerse no tanto de los anarquistas de hoy, cuya práctica raramente alcanza grandes dimensiones, cuanto del estudio de la experiencia histórica de los movimientos anarquistas. Son particularmente valiosas para la situación actual, en que los nuevos movimientos revolucionarios han tenido a menudo que ser edificados sobre las ruinas de los anteriores y a partir de éstas. Porque, no nos engañemos: la potente "nueva izquierda" de años recientes es admirable, pero en muchos sentidos es no sólo nueva, sino también una regresión a una forma anterior más débil, menos desarrollada del movimiento socialista y mal dispuesta o incapaz de beneficiarse de los principales logros de los movimientos obreros y revolucionarios internacionales del siglo comprendido entre el Manifiesto Comunista y la guerra fría.

Las tácticas derivadas de la experiencia anarquista son un reflejo de este relativo primitivismo y esta debilidad, aunque en tales circunstancias sean las mejores que se pueden aplicar durante un tiempo. Lo importante es saber cuándo se han alcanzado sus límites. Lo que ocurrió en Francia en 1968 se pareció menos a 1917 que a 1830 o a 1848. Es estimulante descubrir que en los países desarrollados de la Europa occidental de nuevo es posible algún tipo de situación revolucionaria, aunque momentánea. Pero igualmente sería poco razonable olvidar que 1848 es el gran ejemplo de una revolución europea espontánea victoriosa y al mismo tiempo el de su rápido y completo fracaso.

(1969)

III

MARXISMO

10

KARL MARX Y EL MOVIMIENTO OBRERO BRITÁNICO

La conferencia conmemorativa de Marx, que tengo el honor de dar este año, rememora la muerte de Karl Marx. Por esto se celebra el 15 de marzo. Sin embargo, este año rememoramos no sólo el 85 aniversario de su muerte, sino también el 150 de su nacimiento, además de encontrarnos a pocos meses del centenario de la publicación del primer volumen del *Capital*, su obra teórica más importante, y del 50 aniversario de la gran Revolución de Octubre, el resultado práctico con mayor alcance de todos sus trabajos. Nos encontramos, pues, ante no pocos aniversarios de cifras redondas, todos relacionados con Karl Marx y que podemos celebrar conjuntamente en esta ocasión. Y, sin embargo, hay quizás una razón aún más oportuna para que esta noche sea una buena ocasión de rememorar la vida y obra del gran hombre, de aquel cuyo nombre es hoy tan conocido que no necesita ya ser descrito, ni siquiera en la placa conmemorativa que el ayuntamiento del Gran Londres ha colocado finalmente en la casa de Soho donde vivió en la pobreza y donde, ahora, los clientes de un conocido restaurante cenan en la abundancia.

Se trata de una razón que Marx, con su sentido de la ironía histórica, habría apreciado. Mientras nos reunimos

aquí esta noche, los bancos y las bolsas están cerrados; los financieros se reúnen en Washington para certificar la crisis del sistema del comercio y de los pagos internacionales en el mundo capitalista y evitar, si pueden, la caída del todopoderoso dólar. No es imposible que la fecha de hoy quede registrada en los libros de historia como lo hizo la del 24 de octubre de 1929, que señaló el final del período de estabilización capitalista de los años veinte. Es indudable que los acontecimientos de la semana pasada prueban con mayor viveza que cualquier razonamiento la esencial inestabilidad del capitalismo: su incapacidad, hasta ahora, para superar las contradicciones internas de su sistema a escala mundial. El hombre que dedicó su vida a revelar las contradicciones internas del capitalismo apreciaría la ironía de que la crisis del dólar alcance de manera casual su punto culminante precisamente en el aniversario de su muerte.

El tema de esta noche, que había decidido hace mucho tiempo, es Marx y el movimiento obrero británico; es decir, lo que Marx pensaba sobre el movimiento obrero británico y lo que éste debe a Marx. No reflexionó mucho, por lo menos en sus últimos años, sobre dicho fenómeno, y su influencia sobre el mismo, aunque significativa, fue menor que la que él u otros marxistas posteriores habrían deseado. De ahí que el tema no se preste a la retórica usual, y no porque un historiador no esté especialmente preparado para emplearla. Es una ocasión para un análisis realista, y trataré de serlo.

¿Cuál era la opinión de Marx sobre la clase obrera británica y su movimiento?

Entre el momento en que Marx se hizo comunista y su muerte, el movimiento obrero británico atravesó dos fases: la fase revolucionaria del período cartista y la fase del modesto reformismo que sucedió a aquélla en las décadas de 1850, 1860 y 1870. Durante la primera fase, el movimiento obrero británico estuvo en la vanguardia mundial en

cuanto a organización de masas, conciencia política, desarrollo de ideologías anticapitalistas —como las primeras formas de socialismo— y militancia. Durante la segunda fase estuvo aún en la vanguardia mundial en cuanto a una forma especial de organización, llamada sindicalismo, y probablemente también en cuanto a una forma más estrecha de conciencia de clase que consiste simplemente en reconocer a la clase obrera como separada y cuyos miembros tienen intereses distintos (aunque no necesariamente opuestos) a los de otras clases. Sin embargo, había abandonado el esfuerzo, y quizás la esperanza, de derrocar al capitalismo y había aceptado no sólo la existencia de este sistema tratando meramente de mejorar la condición de sus miembros en el interior del mismo, sino también y cada vez más —con ciertas excepciones particulares— las teorías burguesas liberales sobre la cantidad de mejoras que pudieran obtenerse. Había dejado de ser revolucionario, y el socialismo había desaparecido prácticamente de su seno.

No hay duda de que este retroceso tardó más tiempo del que a veces pensamos: el cartismo no murió en 1848, sino que permaneció activo e importante durante varios años después. No hay duda de que, contemplando las décadas centrales de la era victoriana con la sapiencia que da conocer lo ocurrido después, podemos observar que el retroceso ocultaba los elementos de un nuevo avance. Gracias a la experiencia de aquellas décadas, el movimiento obrero revitalizado de los años noventa y de nuestro propio siglo iba a organizarse con más firmeza y permanencia y a consistir en un "movimiento" real más que en una sucesión de oleadas de militancia. Sin embargo, no cabe la menor duda de que se trató de un retroceso; en cualquier caso, Marx no vivió lo bastante para ver la subsiguiente revitalización.

Marx y Engels tenían grandes esperanzas en el movimiento obrero británico de los años cuarenta. Más aún,

sus esperanzas de revolución europea dependían en gran medida de los cambios que ocurrieran en el más avanzado de los países capitalistas y el único con un movimiento consciente del proletariado a escala masiva. Pero no ocurrió así. Gran Bretaña apenas resultó afectada por la revolución de 1848. Sin embargo, durante algún tiempo después, Marx y Engels continuaron a la espera de un resurgimiento de los movimientos británico y continental. A comienzos de la década de los cincuenta resultó claro que se había abierto una nueva etapa de expansión capitalista que hacía mucho más improbable tal resurgimiento, y cuando ni siquiera la siguiente gran crisis mundial —la de 1857— llevó a la resurrección del cartismo, quedó claro que ya no podían esperar demasiado del movimiento obrero británico. De hecho, no esperaron mucho de él durante el resto de la vida de Marx, y sus referencias al mismo manifiestan una creciente decepción. Marx y Engels no eran los únicos, naturalmente, en expresar esta decepción. Si ambos deploraron "la falta de coraje de los viejos cartistas" en el movimiento de los años sesenta, lo mismo hicieron los supervivientes no marxistas de la época heroica, como Thomas Cooper.

Quizás, al llegar a este punto, valga la pena hacer dos observaciones en torno a la cuestión. La primera es que esa "aparente infección burguesa de los obreros británicos",[1] ese "aburguesamiento del proletariado inglés",[2] nos recordarán a muchos de nosotros lo que le viene sucediendo al movimiento obrero británico a través del aún más prolongado período de expansión y prosperidad capitalistas que estamos viviendo. Marx y Engels evitaron cuidadosamente, por supuesto, la superficialidad de los sociólogos académicos actuales que piensan que "aburguesamiento" significa que los trabajadores se convierten en copias modestas de la clase media, en una suerte de miniburguesía. No era así, y Marx lo sabía. Tampoco creyó por un momento que la expansión y la prosperidad de que indudablemente muchos trabajadores se beneficiaban hubieran dado lugar a una "sociedad de la abundancia" en la que la pobreza había sido desterrada o estaba a punto de serlo.

1. Marx a Engels, 16 de abril de 1863.
2. Engels a Marx, 7 de octubre de 1858.

Lo cierto es que algunos de los pasajes más elocuentes del primer volumen del *Capital* (cap. 23, sección 5.ª) tratan precisamente sobre la pobreza existente en aquellos años de esplendor capitalista de Gran Bretaña y reflejada en las encuestas parlamentarias de la época. Sin embargo, Marx reconoció la adaptación del movimiento obrero al sistema burgués, pero la consideraba como una fase histórica, aunque realmente, como hoy sabemos, era una etapa transitoria. Había desaparecido en la Gran Bretaña un movimiento obrero socialista, pero iba a reaparecer.

La segunda observación, que tiene también su relevancia para la época actual, es que las décadas centrales de la era victoriana no convirtieron a Marx en un fabiano o en un revisionista bernsteiniano (que es lo mismo que un fabiano con aderezo marxista). Lo que hicieron fue modificar sus perspectivas estratégicas y tácticas. Pudieron llevarle a ser pesimista sobre las perspectivas a corto plazo del movimiento de la clase obrera en la Europa occidental, especialmente después de 1871, pero no a abandonar la convicción de que la emancipación de la especie humana era posible ni de que se fundaría en el movimeinto del proletariado. Era y siguió siendo un socialista revolucionario. Y no porque ignorara las tendencias contrarias o subestimara su fuerza. No abrigaba ilusión alguna sobre el movimiento obrero británico de los años 1860 y 1870, pero era porque no lo consideraba históricamente decisivo.

¿Cómo explicaba Marx este cambio en el carácter del movimiento obrero británico? En general, por el nuevo aliento que la expansión económica posterior a 1851 dio al capitalismo —es decir, por el pleno desarrollo del mercado

mundial capitalista en aquellas décadas–, pero más particularmente por la dominación y monopolio mundiales del capitalismo británico. Esta tesis aparece por vez primera en la correspondencia de Marx y Engels alrededor de 1858 –tras el incumplimiento de las esperanzas puestas en la crisis de 1857– y vuelve a aparecer varias veces principalmente en cartas de Engels, como merece señalarse. Por consiguiente, Engels también esperaba que el final de este monopolio mundial acarrearía una radicalización del movimiento obrero británico y, en efecto, en la década de 1880 señaló repetidas veces que ambos fenómenos estaban ocurriendo o que podían ocurrir.

El mejor pasaje al respecto es probablemente el que figura en la introducción a la primera traducción inglesa del volumen primero del *Capital* (escrito en 1886), aunque su correspondencia de aquellos años volviese, con talante casi siempre optimista, una y otra vez sobre esta cuestión; a veces con objeto de explicar por qué el renacido movimiento socialistas en Gran Bretaña no progresaba aún suficientemente. Porque Engels era tal vez más confiado en sus expectativas políticas que Marx y también una pizca más inclinado que su compañero a considerar que los cambios económicos acarrean inevitablemente consecuencias políticas. En principio tenía, naturalmente, razón. La llamada Gran Depresión de 1873-1896 señaló el fin del monopolio británico mundial y también el renacer de un movimiento obrero socialista. Por otra parte, subestimó evidentemente tanto la capacidad global del capitalismo para prolongar su expansión como la capacidad del capitalismo británico de preservarse contra las consecuencias sociales y políticas del relativo declive en que le sumían las condiciones del imperialismo extranjero y un nuevo tipo de política interior.

El propio Marx dedicó menos tiempo –por lo menos después de los años cincuenta– a examinar estas amplias perspectivas económicas y más a considerar las implicaciones políticas de la creciente debilidad del movimiento obrero británico. Su punto de vista fundamental era que:

> Inglaterra, como metrópoli del capital mundial y como país que hasta aquí ha gobernado su mercado, es en la actualidad el país más importante para la revolución obrera; además, es el único país en que las condiciones materiales para esta revolución se han desarrollado hasta alcanzar un cierto grado de madurez. De ahí que la tarea más importante de la Internacional sea acelerar la revolución social inglesa.[3]

Pero si la clase obrera británica tenía los requisitos materiales para la revolución,[4] carecía de la disposición para llevarla a cabo; es decir, para usar su fuerza política con el fin de tomar el poder, como hubiera podido hacer en cualquier momento posterior a la reforma parlamentaria de 1867. Tal vez quepa añadir de paso que esta vía pacífica al socialismo, en cuya posibilidad para Gran Bretaña insistieron Marx y Engels varias veces después de 1870,[5] no era una alternativa a la revolución, sino simplemente un medio para "suprimir legalmente las leyes e instituciones que obstaculizan el desarrollo de la clase obrera" en los países de democracia burguesa; posibilidad que evidentemente no existía en países de constitución no democrática. Tales cambios no suprimirían los obstáculos que se alzan frente a la clase obrera y que no toman la forma de leyes e instituciones, como por ejemplo el poder económico de la burguesía, y podían fácilmente convertirse en revolución violenta a consecuencia de la insurrección de quienes tenían

3. Marx a Meyer y Vogt, 9 de octubre de 1870.
4. Marx, *Confidential Circular*, 1870 (*Werke*, vol. 16, p. 415).
5. Marx, *Speech after The Hague Congress 1872* (*Werke*, vol. 18, p. 160); Marx, *Konspekt der Debatten über das Sozialistengesetz* (K. Marx-F. Engels, *Brief an A. Bebel, W. Liebknecht, K. Kautsky und Andre*, I, p. 516); F. Engels, prefacio a la traducción inglesa del *Capital I*.

intereses ligados al viejo *status quo*; la cuestión era que, si ocurría esto, la burguesía aparecería rebelándose contra un gobierno legal, como fue el caso de los sudistas (por citar los propios ejemplos de Marx) contra los nordistas en la guerra civil americana, el de los contrarrevolucionarios de la revolución francesa y –cabría añadir– la guerra civil española de 1936-1939. El razonamiento de Marx no suponía ninguna opción ideal entre violencia y no violencia o gradualismo y revolución, sino el uso realista de las posibilidades que se abren al movimiento obrero ante cada situación concreta. Una de estas posibilidades, en una democracia burguesa, la constituye claramente el Parlamento.

Pero la clase obrera británica no estaba preparada para usar ninguna de tales posibilidades ni para formar un partido laborista sin ataduras o inspirar un comportamiento político independiente en los obreros que individualmente conseguían ser elegidos al Parlamento. Sin esperar que las tendencias a largo plazo del proceso histórico cambiaran la situación, había varias cosas que hacer; y uno de los grandes méritos de los escritos de Marx consiste en mostrar que los comunistas pueden y deben evitar tanto el error de esperar que la historia acaezca por sí misma como el de elegir métodos ahistóricos similares al anarquismo bakuninista y a los actos de terrorismo, carentes de sentido.

En primer lugar, era esencial educar a la clase obrera dándole conciencia política "mediante una continua agitación contra la actitud hostil de las clases dominantes hacia la participación de los obreros en política"; [6] esto es, dando lugar a situaciones que pusieran en evidencia esta hostilidad. Esto podría suponer, desde luego, el organizar enfrentamientos con la clase dominante, a quien hicieron abandonar su apariencia de simpatía. Así, Marx saludó con agrado la brutalidad policíaca durante las manifestaciones para la Reforma de 1866: la violencia de la clase dominante podía proporcionar una "educación revolucionaria" en la medida, naturalmente, en que aislara a la policía y no a quienes luchaban contra ella. Marx y Engels fueron muy severos para con las reacciones terroristas de los fenianos en Clerkenwell, que tuvieron el efecto contrario.

En segundo lugar, era esencial aliarse con todos los grupos de trabajadores no reformistas. Ésta es la razón por la que colaboró en el Consejo de la Internacional con los seguidores de Bronterre O'Brien, reliquias del viejo socialismo de los días del cartismo, como escribió a Bolte (23 de noviembre de 1871):

> A pesar de sus chifladuras, constituyen un contrapeso a los sindicalistas. Son más revolucionarios [...] menos nacionalistas y completamente inmunes a toda forma de corrupción burguesa. De no ser por esto, les deberíamos haber expulsado desde hace mucho tiempo.

Sin embargo, la principal fórmula de Marx para revolucionar la situación británica era Irlanda, y por el procedimiento indirecto de dar apoyo a la revolución colonial y destruir así el principal lazo que unía a los trabajadores británicos con su burguesía. Originariamente, según admitió Marx, había esperado que Irlanda fuera liberada mediante la victoria del proletariado británico.[7] A partir de finales de la década de 1860 cambió de opinión y pasó a creer que las revoluciones en los países atrasados y coloniales serían previas y contribuirían a revolucionar las metrópolis. (Es interesante advertir que hacia la misma época empezó a abrigar esperanzas de una revolución en Rusia, hecho que le confortó durante los últimos años de su vida.) [8] Irlanda era una traba por dos razones: porque dividía a la clase obrera inglesa según líneas raciales y por-

6. Marx a Bolte, 23 de noviembre de 1871.

7. Marx a Engels, 10 de diciembre de 1869.
8. Marx a Laura y Paul Lafargue, 5 de marzo de 1870.

que daba al trabajador británico una aparente comunidad de intereses con sus explotadores mediante la explotación de terceros. Éste era el sentido de la famosa afirmación de Marx de que "una nación que oprime a otra no puede ser libre". Irlanda era así y en un determinado momento la clave para Inglaterra, y no sólo para ella, sino también para el avance del progreso general del mundo:

> Si debemos acelerar el desarrollo social de Europa, tenemos que acelerar la catástrofe de la Inglaterra oficial (es decir, de su clase dominante). Esto requiere un golpe en Irlanda que es el punto más débil de Gran Bretaña. Si Irlanda se pierde, el "imperio" británico desaparece y la lucha de clases en Inglaterra, que hasta ahora ha sido letárgica y lenta, tomará formas más agudas. E Inglaterra es la metrópoli de los capitalistas y terratenientes del mundo entero.

He dedicado cierto tiempo a detallar la actitud de Karl Marx hacia el movimiento obrero británico, principalmente durante la década de 1860 y comienzos de los setenta, cuando estaba estrechamente ligado a él a través de la Internacional. En aquellos días trató el tema no tanto como historiador, sino más bien como político preocupado por cuestiones de estrategia y de táctica y que abordaba situaciones políticas concretas. La situación de los años sesenta del siglo XIX quedó definitivamente atrás, y nadie va a reivindicar —y Marx menos que nadie— que lo que dijo sobre ella en detalle puede aplicarse a cualquier otro período. Por otra parte, siempre es instructivo ver cómo actúa un maestro en estrategia y táctica; y debemos recordar que Marx lo fue en ambas —como Engels gustaba de recordar— en los escasos períodos en que tuvo la oportunidad de manifestarlo.

Cuando actuó como tal, no fue capaz de "volver a electrizar al movimiento obrero británico", y este fracaso,

como él muy bien percibió, condenó al movimiento internacional a esperar mucho más tiempo, y cuando el movimiento renació, la Gran Bretaña y la clase obrera británica no desempeñaban ya más en el seno del mismo el papel potencialmente central que hubieran podido desempeñar mientras aquélla fue "la metrópoli de los capitalistas y terratenientes del mundo entero". En cuanto se dio cuenta de que la estrategia de los años sesenta había fracasado, Marx dejó de ocuparse demasiado del movimiento obrero británico. Sin embargo, al llegar aquí podemos lógicamente abordar la otra mitad de la cuestión relativa a Marx y el movimiento obrero británico: los efectos que tanto Marx como sus enseñanzas tuvieron sobre el movimiento obrero de este país.

Primeramente, seamos claros acerca de los límites, de lo que probablemente constituían los límites históricamente inevitables de esta influencia. No era probable que pudiera producir un movimiento obrero revolucionario en un país que carecía de experiencia y tradición revolucionarias y que no había vivido situaciones —ni entonces ni más tarde— que pudieran calificarse, ni de lejos, como revolucionarias o prerrevolucionarias. No era probable que produjera un movimiento obrero de masas inspirado y organizado por el marxismo, porque cuando el marxismo apareció en escena existía ya un movimiento obrero potente, bien organizado, políticamente influyente, a escala nacional y bajo la forma de sindicatos, cooperativas de consumo y dirigentes políticos liberal-laboristas. El marxismo no precedió al movimiento obrero británico. Ni siquiera fue coetáneo con él. Apareció cuando había transcurrido ya un tercio de la existencia de este último, contando desde sus orígenes hasta hoy. No sirve de nada mirar al extranjero y observar que el marxismo ha desempeñado o desempeña en los movimientos obreros de algunos países un papel mucho mayor que en el nuestro, porque, como que la historia no se desarrolla uniformemente, no cabe esperar que

se produzcan en todas partes los mismos procesos. Lo peculiar de Gran Bretaña reside en que se trata de la sociedad capitalista más antigua, durante largo tiempo la más próspera y dominante, y casi con toda certeza la más estable, y en que su burguesía tuvo que habérselas con una población mayoritariamente proletaria mucho antes que lo hicieran otras. La influencia del marxismo se ha visto inevitablemente circunscrita por estas circunstancias.

Por otra parte, cabía esperar que el marxismo desempeñara algún papel importante en la configuración del nuevo –o renovado– estadio formativo de la conciencia de clase de los trabajadores británicos, que les llevó a perder confianza en la permanencia y viabilidad del capitalismo y a poner sus esperanzas en otra sociedad: la socialista. Cabía esperar que tuviera un papel importante en la formación de la nueva ideología, estrategia y táctica del movimiento obrero socialista. Cabía esperar que creara núcleos de dirigentes, de vanguardias políticas si se quiere (y uso aquí este término en un sentido general y no sólo en el sentido particular leninista), aunque resultaran inciertos e impredecibles su volumen e importancia y el papel que pudieran tener en el conjunto del movimiento. En otras palabras, cabía esperar que el marxismo tuviera una influencia significativa, aunque seguramente no decisiva, en la configuración del movimiento obrero británico del siglo xx. Es una lástima, pero ésta es ya otra cuestión. Tal vez podamos reconciliarnos con la relativa modestia de este papel del marxismo si observamos algunos movimientos continentales en los que su influencia era inicialmente mucho mayor y hasta el punto en que todo el movimiento adoptaba la forma de partidos marxistas socialdemócratas de masas, que, sin embargo, eran básicamente tan moderados y reformistas como el británico, si no más. Y ahí tenemos el ejemplo de los países escandinavos.

Ahora bien, en los dos aspectos que he destacado, la influencia de Marx fue incuestionablemente grande, mucho mayor de lo que habitualmente se piensa. Ideólogos del laborismo derechista han buscado desesperadamente otros padres fundadores del socialismo británico, desde John Wesley a los fabianos, pero su búsqueda ha sido vana. El metodismo en particular y el protestantismo no conformista en general han influido sin duda mucho en el movimiento obrero británico, y en algunos casos especiales, como el de los trabajadores agrícolas y algunos mineros, proporcionaron también un marco organizativo y un plantel de dirigentes, pero su contribución a lo que el movimiento pensaba y trataba de alcanzar –a su socialismo– ha sido mínima. La de Marx ha sido capital, aunque sólo sea porque su análisis es el único socialista que ha resistido la prueba del tiempo. Las formas británicas arcaicas de socialismo –el owenismo, el o'brienismo, etc.– no revivieron, aunque durante mucho tiempo ha conservado influencia un análisis esencialmente "agrario" del capitalismo. El fabianismo, en la medida en que poseía un análisis específico del capitalismo (por ejemplo, la particular teoría económica de los *Fabian Essays*), nunca llegó a ponerse en práctica. Sobrevivió y tuvo influencia simplemente como formulación más "moderna" de lo que los dirigentes moderados del movimiento obrero siempre habían hecho: efectuar reformas parciales dentro del marco del capitalismo.

En la medida en que el movimiento obrero británico desarrolló una teoría sobre el funcionamiento del capitalismo –la naturaleza de la explotación capitalista, las contradicciones internas del capitalismo, las fluctuaciones de la economía capitalista y las crisis, causas del desempleo, tendencias a largo plazo del desarrollo capitalista, y, entre ellas, la mecanización, la concentración económica y el imperialismo–, estas ideas se basaban en las enseñanzas de Marx o eran aceptadas siempre que coincidiesen o convergieran con ellas.

En la medida en que el movimiento obrero británico

desarrolló un programa para el socialismo –basado en la socialización de los medios de producción, distribución y cambio, y, bastante después, en la planificación–, fue también sobre la base de un marxismo simplificado. No pretendo que toda la ideología del movimiento hallara este fundamento. Está claro, por ejemplo, que algunas partes muy importantes de la misma, como la actitud hacia las cuestiones internacionales y la paz o la guerra, se fundaban substancialmente en una anterior y poderosa tradición liberal-radical. Tampoco lo pretendo de todos los componentes del movimiento. Sus dirigentes derechistas, sobre todo cuando se aproximaban de una u otra manera al gobierno, buscaban siempre alguna fuente alternativa de inspiración económica extraída del liberalismo burgués ya bajo la forma de la ortodoxia librecambista de los liberales-laboristas y Philip Snowden, del marginalismo del tipo LSE de los primeros fabianos o de los análisis keynesianos de los ideólogos del partido laborista a partir de 1945. Pero si vamos a sus raíces, a los hombres y mujeres que iban de arriba abajo recogiendo votos para las elecciones, que cobraban las cotizaciones y dirigían los movimientos reivindicativos a los niveles del taller o de la fábrica, etc., su teoría y muy a menudo su práctica eran muy semejantes a las de los miembros de organizaciones oficialmente marxistas, y viceversa. Yo no digo que hubieran asimilado esta teoría leyendo el *Capital* ni *Valor, precio y ganancia* del mismo modo que esa especie de subfreudismo que tiñe el tratamiento habitual que los Estados Unidos hacen de los problemas personales tampoco se basa necesariamente en una lectura de Freud. Su teoría derivaba de Marx en la medida en que eran socialistas, porque la teoría básica del socialismo, por lo menos en los aspectos arriba destacados, era la formulada de un modo marxista y, por lo general, muy simplificado, hay que admitirlo. De una u otra manera, esto se había incorporado a su vida política.

Era natural, porque el marxismo –o en todo caso alguna versión simplificada del mismo– fue la primera clase de socialismo que llegó a Gran Bretaña durante el renacimiento de la década de 1880, la que fue propagada con mayor tenacidad por abnegados pioneros en mil esquinas callejeras y la enseñada con más persistencia y en mayor número de sitios a través de centenares de clases dirigidas por organizaciones socialistas, escuelas obreras o conferenciantes independientes, y porque no tenía ningún auténtico rival en el terreno del análisis de los fallos del capitalismo. Era también natural por ser las organizaciones marxistas quienes constituían y todavía constituyen, con mucho, la escuela más importante para los militantes y activistas del movimiento obrero a pesar del sectarismo de que a menudo han adolecido. Esto era quizás más visible en la verdadera base del movimiento británico, en los sindicatos. Desde los días de los jóvenes John Burns y Tom Mann hasta los de los militantes de hoy, organizaciones marxistas de una u otra clase se han ocupado de la educación de los activistas sindicales. Una de las mayores debilidades históricas del viejo partido laborista independiente (ILP) y de su sucesora, la izquierda laborista parlamentaria, ha sido el haber tenido tan escasas raíces en los movimientos industriales. En cambio, si se tiene en cuenta su tamaño relativamente modesto, las organizaciones marxistas –el SDF, el partido laborista socialista, el partido comunista, etc.– han tenido una influencia desproporcionadamente amplia antre los activistas sindicales. Es cierto que muchos de éstos cambiaron de opiniones políticas a medida que avanzaron en sus carreras, pero si hablamos de la influencia de Marx, ni a ellos podemos dejarlos al margen.

Sería fácil ilustrar la influencia desproporcionada de Marx y de las organizaciones marxistas relativamente pequeñas sobre el conjunto del movimiento obrero. Las propias organizaciones marxistas la han infravalorado muchas veces porque lo evaluaron no con referencia a la realidad,

sino a su ideal de lo que debiera ser un movimiento obrero marxista de masas, cuando, efectivamente, su importancia histórica provenía del hecho de estar formados por grupos de cuadros y cuadros potenciales de dirigentes y cerebros más que de seguidores. Su importancia hasta aquí no ha residido tanto en que hayan convertido a grandes masas de obreros en miembros de un movimiento marxista de masas o en el reclutamiento de votantes, sino en su papel en el seno de un gran movimiento de clase, política e ideológicamente heterogéneo, aunque poderoso, cohesionado por la conciencia de clase, la solidaridad y, cada vez más, por el anticapitalismo que los marxistas fueron los primeros en saber expresar cuando el socialismo renació en los años ochenta. Al retrasarse este movimiento mucho más de lo que esperaban, se vieron a menudo defraudados por él. Pero esta decepción muchas veces se debió a lo irreal de sus esperanzas. La huelga general fue una manifestación espléndida de la fuerza del movimiento, pero no constituyó –ni estuvo en absoluto a punto de constituir– una situación revolucionaria ni siquiera prerrevolucionaria.

Sin embargo, precisamente por haber sido tan frecuentes, las expectativas irreales de los marxistas, a veces, han ocultado las realistas. Puesto que la falta de éxito de los marxistas se ha debido tantas veces a factores que escapan a su control o al de cualquier otra persona, frecuentemente han pasado por alto los fracasos que se habrían podido evitar. El propio fracaso de Marx en los años sesenta era inevitable. Los historiadores pueden concluir perfectamente que ninguna inteligencia imaginable, ninguna habilidad táctica o ningún esfuerzo organizativo tenían demasiadas probabilidades de llevar a la práctica en aquella época las esperanzas estratégicas de Marx, aunque esto no significa que no valiera la pena luchar por ellas. Por otra parte, muchos de los errores de los socialdemócratas británicos eran evitables, aunque, tal vez, históricamente probables. Aquella peculiar combinación de sectarismo y

oportunismo que Lenin indicó en el SDF y que constituye un peligro que amenaza a tantas organizaciones marxistas que actúan en condiciones de estabilidad capitalista, no es inevitable.

El SDF hubiera debido desempeñar un papel mucho mayor en el renacimiento sindical de los años ochenta si no hubiera descartado a los sindicatos como "meros paliativos"; hasta sus propios militantes eran más sensatos. Los marxistas británicos –con la excepción del SLP– fueron incapaces de captar, y menos aún de dirigir, el gran malestar obrero de los años 1911-1914, primera ocasión desde los cartistas en que masas de trabajadores británicos no sólo se organizaron en gran escala, sino que manifestaron además fuertes sentimientos anticapitalistas e incluso algunas muestras de aquel espíritu revolucionario que Marx había requerido. Dejaron la dirección principalmente a sindicalistas y a miembros de lo que hoy llamaríamos la "nueva izquierda", aunque por supuesto muchos de éstos –Tom Mann es el mejor ejemplo– habían pasado por la escuela del marxismo y habían de volver a organizaciones marxistas. La causa de este fracaso fue la opuesta al sectarismo "imposibilista". Se debió a la incapacidad para discernir una nueva fase en la conciencia política de los trabajadores, fase que se ocultaba tras las exclamaciones emocionales, las teorizaciones nada ortodoxas y a menudo bastante triviales, el irracionalismo y lo que una generación posterior había de llamar la "militancia irreflexiva" del nuevo movimiento. Por decirlo así, la guerra y la Revolución rusa salvaron una vez más al partido socialista británico de algunas de las consecuencias de sus errores.

De manera curiosa la historia ha contrarrestado una y otra vez, al menos parcialmente, los errores de los marxistas británicos, probando además que Marx tenía razón y poniendo de manifiesto la inviabilidad de las alternativas –ya sea reformistas o revolucionarias– que se propusieron. Lo hizo poniendo de manifiesto repetidamente la fragili-

dad de ese sistema capitalista cuya estabilidad y fuerza proporcionaban los principales argumentos de reformistas y ultrarrevolucionarios. Porque los reformistas argüían, con Bernstein y los fabianos, que no tenía sentido hablar de revolución cuando el capitalismo parecía que iba para largo; la única política sensata consistía en acostumbrarse a su estabilidad y concentrar los esfuerzos en lograr mejoras en su seno. Por otra parte, los ultrarrevolucionarios argüían, como tantos sindicalistas anteriores a 1914, que no tenía ningún sentido esperar que la historia elevara la conciencia de los obreros a un nuevo nivel, ya que el proceso histórico parecía asegurar la permanencia del capitalismo. Tenía más sentido elevarla mediante la propaganda activa, inspirando "mitos" por el mero esfuerzo de la voluntad revolucionaria.

Ambos estaban equivocados en sus recomendaciones, aunque no enteramente en su crítica del "siéntate-y-espera-que-la-historia-haga-nuestro-trabajo" del determinismo de la socialdemocracia ortodoxa. Ambos se equivocaban porque, de una u otra manera, la inestabilidad y las crecientes contradicciones del capitalismo se han venido reafirmando periódicamente: por ejemplo, en la guerra, en una u otra clase de crisis económica o en la contradicción creciente entre los países avanzados y los subdesarrollados. El hecho mismo de la existencia de la ultraizquierda y de su conversión en fuerza significativa era un síntoma de la agudeza de estas contradicciones antes de 1914 y hoy todavía. Y en todos aquellos casos en que la historia probaba una vez más que el análisis del capitalismo de Marx era una mejor guía para la realidad que el de Rostow, Galbraith o el autor en boga del momento, los hombres tendían de nuevo la mirada hacia los marxistas porque no eran ni demasiado sectarios ni demasiado oportunistas; es decir, porque evitaban la doble tentación de los revolucionarios que actúan durante largos períodos bajo las condiciones de un capitalismo estable.

Así, podemos concluir que no cabía esperar que la influencia de Marx sobre el movimiento obrero británico fuera tan grande como desearían sus entusiastas seguidores. No obstante, ha sido, es y probablemente será bastante mayor de lo que a menudo han supuesto tanto ellos como los antimarxistas. Al mismo tiempo ha sido –y es– menor (dentro de los límites del realismo histórico) de lo que podría esperarse de no ser por los errores cometidos por los marxistas británicos en etapas cruciales del desarrollo del movimiento obrero y socialista moderno; errores tanto de "derecha" como de "izquierda": errores que no son exclusivos de una u otra organización marxista, pequeña o grande. Sin embargo, no podemos hacer a Marx mismo responsable de ellos. Lo que él y Engels habían esperado del movimiento obrero británico después de la época cartista era bastante modesto. Simplemente que iba de nuevo a erigirse en movimiento político independiente y en movimiento sindicalista de clase, que fundaría su propio partido político y redescubriría a la vez la confianza en los obreros británicos como clase y el peso decisivo de la clase obrera en la política de la Gran Bretaña. Eran demasiado realistas para esperar más en el tiempo que habían de vivir y, efectivamente, el movimiento obrero ni siquiera alcanzó de lleno estos modestos objetivos en vida de Engels.

Los marxistas británicos hubiesen hecho bien en escuchar entonces el consejo de Engels porque era muy sensato. No obstante, aunque lo hubieran escuchado, después de unos pocos años de su muerte el movimiento obrero británico había llegado a un punto en que las opiniones de Engels sobre el mismo no tenían demasiada relevancia específica con respecto a la situación, y menos aún las de Marx, que había dicho tan poco sobre la cuestión después de los primeros años de la década de 1870. Si la teoría de Marx tenía que ser una guía para la acción de los marxistas británicos, a partir de aquel momento tenían que hacer el trabajo ellos mismos. Tenían que aprender el método de

Marx y no sólo sus textos o los de sus sucesores. Tenían que analizar por sí mismos lo que sucedía en el capitalismo británico y las situaciones políticas concretas en que el movimiento se encontraba. Tenían que imaginar las mejores maneras de organizarse, sus perspectivas y programas y su papel en el movimiento obrero en general. Éstas son todavía las tareas de quienes desean seguir a Marx en Gran Bretaña o en cualquier otro país.

(1968)

11

EL DIÁLOGO SOBRE EL MARXISMO

El propósito de mi charla es el tratamiento de un par de preguntas: ¿por qué florece hoy el marxismo? y ¿cómo es este florecer? Cabría decir que ambas presuponen otra, a saber: ¿florece realmente? La respuesta es sí o no. El conjunto de los movimientos socialistas marxistas no tiene demasiado éxito en estos momentos y el comunista internacional se encuentra dividido y por ende considerablemente debilitado.

Puede ser que esto, hasta cierto punto, quede compensado por la tendencia de otros movimientos, como los de liberación nacional y social en muchos de los nuevos países, a acercarse al marxismo, a aprender de él, quizás incluso a aceptarlo como base de su análisis teórico. Puede que la fase actual sea transitoria. Sin embargo, el estado general del movimiento obrero internacional no empuja en modo alguno a la euforia.

Por otra parte, no cabe la menor duda de que la atracción intelectual del marxismo, e incluso su vitalidad intelectual, han aumentado muy notablemente en los últimos diez años. Esto es válido dentro y fuera de los partidos comunistas, dentro y fuera de países con fuertes movimientos obreros marxistas. Por ejemplo, vale hasta cierto punto entre estudiantes y otros intelectuales de países como Ale-

mania Occidental y Estados Unidos, donde las organizaciones políticas marxistas son ilegales, insignificantes o ambas cosas a la vez. Si se desea tener una medida general del fenómeno, se puede hallar en la tirada y circulación de varios libros abiertamente marxistas, mucho mayor hoy, me imagino, que en los años treinta, aun teniendo en cuenta el *Left Book Club*.

También se puede encontrar en el respeto general por Marx y el marxismo de ciertos campos de la actividad académica, como la historia y sociología, aunque esto no signifique que Marx, además de inspirar respeto, sea aceptado. Creo que no debe caber la menor duda de que estamos viviendo un período en que el marxismo florece, aunque éste no sea siempre el caso de los movimientos obreros marxistas.

Lo extraño de esta situación es que acontece en los países capitalistas desarrollados durante una etapa de prosperidad sin precedentes y, lo que es aún más significativo, después de que las principales organizaciones marxistas —los partidos comunistas— quedaran profundamente desacreditadas desde el punto de vista intelectual por las revelaciones del XX Congreso del partido comunista soviético. La situación durante la última ocasión en que el marxismo efectuó un avance importante, es decir, las décadas de 1930 y 1940, era del todo distinta; el marxismo progresó porque el capitalismo estaba claramente en crisis, en una crisis que —como muchos pensaban— podía ser la definitiva; porque atravesó una crisis política, como prueba el avance del fascismo y la guerra; porque los comunistas fueron los mejores antifascistas, y, finalmente, por el atractivo directo de la Unión Soviética. En consecuencia, el marxismo progresó arrolladoramente bajo la forma de un fortalecimiento de los partidos comunistas.

El argumento marxista más popular contra el capitalismo era que éste no iba a funcionar; contra la democracia burguesa liberal, que estaba dejando de existir para ser

substituida por el fascismo. No digo que todo el análisis marxista se redujera a esto, pero fueron sin duda las ideas que dieron en el blanco de un modo más inmediato. Ninguno de los tres poderosos argumentos mencionados tiene demasiada fuerza hoy en los países capitalistas desarrollados.

¿Por qué, pues, el marxismo no sólo sobrevivió sino que renació de muchas maneras en los últimos cien años? La primera conclusión, naturalmente, es que su fuerza no depende de fallos del capitalismo tan elementales como el desempleo masivo y la crisis económica. Por supuesto, en países donde los hechos son una denuncia inmediata del capitalismo (en forma de imperialismo o neoimperialismo) y donde están ampliamente generalizados el hambre y la miseria, los argumentos a favor del marxismo son mucho más sencillos. Pero es precisamente porque no son tan sencillos en Gran Bretaña y Francia como en Perú y la India por lo que en esta charla voy a ceñirme a la situación de los países capitalistas avanzados.

Aun habiendo establecido que el marxismo florece hoy, debemos examinar la peculiar situación en que se produce su renacimiento. Para no andar por las ramas, precisamente porque es tan enteramente distinto al de los años treinta y cuarenta, una inclinación general hacia el marxismo se combina con una desintegración del análisis marxista tradicional. En los primeros años de la posguerra se intentó mantener todavía los viejos razonamientos. La estabilidad capitalista, se decía, no iba a durar demasiado. Tal vez, a largo plazo, sea verdad, pero lo cierto es que ha durado sus buenos veinte años, cosa que pocos marxistas esperaban. La liberación de los pueblos coloniales y semicoloniales, dijeron algunos, fue pura ficción. Es cierto en el mismo sentido en que la mera independencia política no basta y puede dar cabida a un tipo informal de dominación económica que hoy denominamos "neocolonialismo". Sin embargo, ha introducido una novedad funda-

mental en la configuración política de la mayor parte del mundo, cosa que pocos marxistas habían predicho o para la cual pocos estaban preparados.

La mayoría de nosotros pensábamos que el avance del socialismo no iba a ser necesariamente obra exclusiva de los comunistas, sino que dependería probablemente de los esfuerzos de un único movimiento comunista mundial unido y organizado en torno a la Unión Soviética. Pero, por razones diversas, este único movimiento comunista mundial ha tendido a desarrollar tensiones en su seno e incluso a dividirse, y nuestros lamentos no modifican la realidad. En algunos países coloniales o semicoloniales surgieron otras vías de emancipación nacional y social y hasta tal vez de construcción del socialismo, con independencia de los comunistas o en condiciones tan acentuadas de debilidad en éstos que les impedían desempeñar un papel importante. Por último, dentro del propio marxismo, el fin del stalinismo trajo consigo una crisis muy importante y dio lugar a muchos replanteamientos. Éste es el marco del "diálogo sobre el marxismo" que constituye el tema de mi charla.

Este diálogo toma, por consiguiente, dos formas principales: un debate entre marxistas y no marxistas y un debate entre marxistas de clases diferentes, o, mejor dicho, entre marxistas que sostienen puntos de vista diferentes sobre distintos temas teóricos y prácticos tanto en el interior de partidos comunistas como entre partidarios de partidos comunistas rivales (en algunos países bastante desafortunados) y entre marxistas comunistas y marxistas no comunistas. Ninguna de estas formas es nueva. Por ejemplo, hasta la primera gran división en el seno de los movimientos marxistas en el curso y después de la primera guerra mundial y la Revolución de Octubre, se aceptaba como normal un proceso constante de discusión dentro de los partidos socialdemócratas.

Ni siquiera el partido obrero socialdemócrata ruso se

dividió organizativamente de hecho hasta poco antes del estallido de la primera guerra mundial, aunque nos hayamos acostumbrado equivocadamente a pensar que bolcheviques y mencheviques estaban separados desde mucho antes. Y, tal como sabemos ahora a tenor del restablecimiento de la verdad histórica, incluso después de la revolución, las discusiones sobre puntos de vista muy diferentes en torno a cuestiones ideológicas y prácticas se aceptaban como algo normal en el partido comunista soviético y en el movimiento comunista internacional. Así fue, con toda certeza, hasta 1930 aproximadamente. Luego, y durante una generación entera —pongamos desde 1930 hasta 1956—, el diálogo del marxismo quedó atrofiado.

Esto es aplicable tanto al diálogo entre marxistas y no marxistas como al diálogo entre diferentes puntos de vista dentro del marxismo. Por lo que respecta a los no marxistas, éramos muy incisivos para enfrentarnos con ellos, para decirles lo que era el marxismo, para exponerlo y propagarlo, para polemizar contra sus adversarios. Pero no creíamos que pudiéramos aprender algo de ellos. Una conversación en la que uno de los partícipes escucha y el otro no, no es un diálogo. Los términos en que nos referíamos a tales confrontaciones reflejaba este concepto. Hablábamos de "batalla de ideas" y de "partidismo" en la discusión intelectual y hasta, en los momentos culminantes del sectarismo en los años cincuenta, de ciencia "burguesa" frente a ciencia "proletaria".[1]

Íbamos eliminando cada vez más elementos que no

1. Un filósofo y crítico comunista francés ha escrito lo siguiente de este período: "En nuestra memoria filosófica recordamos aquel tiempo como el de los intelectuales en armas, en persecución del error dondequiera que se ocultase; como la época en que nosotros los filósofos no escribíamos libros, sino que transmutábamos cada libro en política y seccionábamos el mundo —las artes, la literatura, la filosofía, la ciencia— con una sola navaja en los dos bloques implacables de la división de clases" (L. Althusser, *Pour Marx*, París, 1965, p. 12).

fueran de Marx, Engels, Lenin y Stalin o aceptados como ortodoxos en la Unión Soviética: cualquier teoría del arte distinta al "realismo socialista", cualquier psicología distinta a la de Pavlov e, incluso en determinados momentos, cualquier biología que no fuera la de Lissenko. Hegel fue expulsado del marxismo, por ejemplo en la *Breve historia del PCUS*; incluso Einstein despertaba suspicacias, por no citar la totalidad de las ciencias sociales "burguesas". Cuanto menos convincentes eran nuestras propias creencias oficiales, menos podíamos afrontar un diálogo, y es significativo observar que hablábamos más a menudo de la "defensa" del marxismo que de su capacidad de penetración. Por supuesto, era lógico. ¿Cómo podíamos discutir, por ejemplo, sobre la historia de la Unión Soviética si nos negábamos a hablar de Trotski o lo considerábamos un agente extranjero? A lo sumo podíamos escribir libros y revistas probándonos a nosotros mismos que no necesitábamos escuchar a quienes tuvieran opiniones distintas a las nuestras.

Después de Stalin fue resultando cada vez más evidente que este estado no podía continuar por dos razones: En primer lugar, porque privaba al propio socialismo de importantes instrumentos de investigación y planteamiento especialmente en el campo de la economía y las ciencias sociales. (Una de las ironías de la situación fue que algunas de las elaboraciones económicas que nosotros mismos desechamos habían sido ideadas en Rusia y por pensadores marxistas durante la década de 1920, como, por ejemplo, gran parte de la teoría moderna del desarrollo económico y de las técnicas de planificación y de contabilidad nacional.) En segundo lugar, porque nosotros mismos renunciamos al marxismo como medio de propaganda. Hubo gente que ingresó en los partidos comunistas, como ocurrió durante la guerra en los movimientos de resistencia, por razones de clase o porque estos partidos eran los más resueltos luchadores contra Hitler. Esta gente podía entonces hacerse marxista, y nuestros efectivos métodos de educación les ayudaban a ello. Pero muy poca gente después de los años treinta se hizo comunista por el poder científico de las ideas de Marx.

En lo que respecta a los debates entre marxistas, durante una generación apenas tuvieron lugar. La mayoría de marxistas eran comunistas: estaban en los partidos comunistas o muy cerca de ellos. Los que no lo estaban, constituían o parecían una minoría insignificante y, de hecho, al no representar a movimientos importantes, eran a menudo desconocidos. Y suponíamos, aun sin formularlo claramente, que los que ya no eran comunistas se habían separado, en una u otra ocasión, de Lenin, o habían dejado de ser marxistas entonces, o en cierto modo jamás lo habían sido de manera "auténtica". Nos planteábamos numerosas cuestiones a este propósito, pero no les dábamos excesiva importancia. Plejánov, por ejemplo, era el padre del marxismo en Rusia y leíamos algunos de sus escritos con admiración, como había hecho Lenin. No leíamos los que no coincidían con las ideas de éste porque no estaban a nuestro alcance; e incluso si lo hubieran estado (como ocurría con los últimos escritos de Kautsky), habríamos considerado —creo que comprensiblemente— que debían de ser erróneos, debido a que sus conceptos habían sido claramente refutados por la historia. Y, al revés, suponíamos que todos los que escribían bajo los auspicios del partido comunista eran marxistas, cosa que en modo alguno puede darse por cierto. En ambas cuestiones nos equivocábamos.

En Gran Bretaña la imposibilidad de mantener esta actitud se hizo patente después de 1956, época en que una elevada proporción de intelectuales marxistas abandonó el partido comunista. Era evidentemente imposible argumentar con seriedad que Christopher Hill, pongamos por caso, dejó de ser historiador marxista en el momento en que dejó de tener el carnet del partido; era poco plausible

sostener que jamás hubiera sido marxista, y carecía por completo de sentido decir que había dejado el partido porque en algún momento del pasado había dejado de ser marxista sin reconocerlo abiertamente. Teníamos que acostumbrarnos a la idea de que los intelectuales marxistas pertenecientes al partido comunista eran sólo una parte —y no, como en el pasado, la mayoría abrumadora— de los intelectuales que se autodenominaban marxistas.

El desarrollo de distintas tendencias en el seno del movimiento comunista hizo aún más insostenible el viejo concepto. Es absolutamente cierto que algunos antiguos comunistas abandonaron el marxismo y llegaron a convertirse incluso en antimarxistas con todas las de la ley, como siempre había ocurrido, y esto parecía justificar la vieja actitud. Pero también hemos visto —y especialmente en los últimos diez años— a muchos no marxistas convertirse en marxistas (o considerarse como tales) sin afiliarse al partido comunista ni aspirar a hacerlo. De hecho, hoy es imposible formular el simple enunciado en base al cual muchos de nosotros fuimos educados: hay un marxismo "correcto" y único y se encuentra dentro de los partidos comunistas.

Esto no significa que no exista un marxismo "correcto". Lo que ocurre es que ya no puede pretenderse que sea definido institucionalmente, y en todo caso no es tan fácil saber en qué consiste como en otros tiempos se pensaba. Al decir que el debate entre marxistas está abierto, no implico que no pueda concluir nunca, aunque creo que la discusión en torno a ciertos puntos (no siempre los mismos) debe seguir indefinidamente, porque el marxismo es un método científico y en las ciencias el único y permanente método para progresar es la discusión entre personas que sostengan puntos de vista científicos distintos. La resolución de cada problema plantea otros nuevos para una discusión ulterior.

Pero lo que también afirmo es que, actualmente, formular interrogantes es mucho más importante que darles respuesta, aunque fuera entonces mucho más fácil de lo que ahora parece. Cabe sospechar —y yo sospecho— que mucha de la gente que ahora se autodenomina marxista no lo es en realidad, y que muchas de las teorías que se formulan bajo los auspicios del marxismo están muy lejos del pensamiento de Marx. Esto puede aplicarse tanto a los marxistas pertenecientes a partidos comunistas o a países socialistas como a los que no pertenecen a unos ni a otros. Y en todo caso debemos preguntarnos qué es lo más importante hoy, si definir lo que el marxismo no es —cosa que tarde o temprano quedará definida—, o bien definir, o redefinir, lo que sí es. Me inclino por lo segundo, que es, sin duda, la tarea más difícil.

Porque una gran parte del marxismo debe ser pensada de nuevo y vuelta a descubrir, y no sólo por los comunistas. El período posterior a Stalin no ha dado respuestas, sino que ha formulado preguntas. Según palabras de un intelectual comunista francés:

> Los que imputan a Stalin no sólo sus crímenes y errores, sino también todas nuestras frustraciones, pueden estar desconcertados por el descubrimiento de que el fin del dogmatismo filosófico no nos ha devuelto la filosofía marxista [...]. Ha dado lugar a una genuina libertad de investigación, pero también a una especie de fiebre. Algunas personas se han precipitado en llamar filosofía a lo que es sólo el comentario ideológico en torno a su sentimiento de liberación y a su gusto por ésta. Pero las temperaturas bajan con la misma certeza con que caen las piedras lanzadas al aire. Lo que ha hecho el final del dogmatismo es devolvernos el derecho a hacer un inventario exacto de nuestras propiedades intelectuales, a dar nombre a nuestra riqueza y a nuestra pobreza, a pensar y a formular en público nuestros problemas y a emprender la tarea rigurosa de la investigación real.[2]

2. Ibid., p. 21.

Los comunistas van dándose cuenta cada vez más de que lo que aprendieron a creer y a repetir no era propiamente "el marxismo", sino el marxismo tal y como lo había desarrollado Lenin y como había quedado congelado, simplificado y a veces distorsionado bajo Stalin en la Unión Soviética. Que "el marxismo" no es un conjunto de teorías y descubrimientos cerrados, sino un proceso de desarrollo; que el propio pensamiento de Marx, por ejemplo, fue desarrollándose a lo largo de su vida. Que el marxismo tiene sin duda respuestas potenciales a los problemas concretos con que nos enfrentamos, pero a menudo carece de respuestas eficaces, en parte porque la situación ha cambiado después de Marx y Lenin y en parte porque ninguno de los dos dijo nada sobre ciertos problemas que ya se planteaban en sus respectivas épocas y que para nosotros son importantes.

Los marxistas no comunistas deben saber a su vez que los errores, esquematismos y distorsiones de la época de Stalin, e incluso de toda la época de la Internacional Comunista, no significan que no se hiciera ninguna contribución valiosa e importante al marxismo en ese período y desde dentro del movimiento comunista internacional. No hay atajos en el marxismo: no sirve apelar a Lenin contra Stalin, ni a Marx, ni al joven Marx contra el Marx viejo. Sólo hay un trabajo duro y prolongado, no destinado necesariamente, en las presentes circunstancias, a desembocar en conclusiones definitivas.

Por suerte, todas estas formulaciones están hoy ampliamente admitidas y el trabajo prosigue. Basta mencionar la muy notable revitalización de la teoría en el seno de los partidos comunistas. Ésta ha alcanzado los niveles más señalados durante los últimos años, tanto en los países socialistas como en los otros, aunque se haya visto frenada por la reticencia de viejos cuadros cuya carrera se identificaba con el stalinismo, en reconocer las faltas de las que pudieran ser responsables. (Esto es más visible en el terreno de la

historia de los propios movimientos comunistas. Con la excepción del partido comunista italiano, que ha fomentado un sincero y autocrítico análisis de su propia historia y de la de la Unión Soviética, no conozco ningún partido comunista que haya escrito una historia científicamente aceptable de sí mismo –con toda certeza éste es el caso de los partidos francés y soviético–, y varios de ellos, entre los que se cuenta el nuestro, han eludido completamente la tarea.) [3]

Todavía abunda en muchos partidos comunistas lo que podría llamarse táctica del remiendo. Por ejemplo, la expresión de Roger Garaudy "realismo sin fronteras" no se enfrenta con la cuestión de si las teorías estéticas que solíamos aceptar como marxistas son válidas o no; se limita a permitirnos admirar a Kafka, Joyce u otros autores que eran tabús en los momentos culminantes del "realismo socialista", pretendiendo que son también "realistas" en algún sentido indeterminado. Incluso se da en ciertos partidos comunistas, particularmente en la Europa oriental, una cierta tendencia a un escueto empirismo, cubriendo los resultados de éste con la afirmación de que "por supuesto, somos marxistas".

Creo, y tengo la autoridad del fallecido Oscar Lange para creerlo, que algunas de las innovaciones recientes de la teoría económica soviética no son marxistas –o no lo son todavía–, sino simples injertos fragmentales de teoría económica liberal, como el análisis de la utilidad marginal, para rellenar los grandes vacíos dejados durante tantos años por la incapacidad de los economistas soviéticos. Éste es el tipo de cosas que los chinos critican con razón, aunque confieso que la solución que ofrecen, que creo consiste en un regreso al simple marxismo de escuela primaria de

3. No subestimo los esfuerzos auténticos de análisis autocrítico contenidos en obras como *Three Internationals*, de Palme Dutt. Pero sin duda no van todo lo lejos que es posible y necesario ir hoy.

los viejos tiempos, no es más que una evasión, a su manera, respecto a los problemas reales del análisis.

Sin embargo, se da una actividad teórica real y viva, uno de cuyos signos más prometedores es, por ejemplo, el renacimiento de la discusión del llamado por Marx "modo de producción asiático", que se ha venido produciendo desde aproximadamente 1960 en Francia, Hungría, la RDA, Gran Bretaña, Checoslovaquia, Japón, Egipto y varios otros países y, desde 1964, también en la Unión Soviética e incluso –aunque críticamente– en China. Porque debemos recordar que este concepto de Marx fue abandonado por el movimiento comunista internacional entre 1928 (en que los chinos lo criticaron) y los primeros años de la década de los treinta (en que fue desterrado de la Unión Soviética) y desde entonces ha permanecido fuera de los límites teóricos.[4]

¿Qué sentido tiene esta discusión en la actualidad? Tiene que ver, claramente, con la aplicabilidad del análisis marxista al mundo de hoy; o, mejor dicho, puesto que no puede aplicarse literalmente con las viejas formas, tiene que ver con las modificaciones que deben introducirse en los análisis para que éstos se adecúen al mundo de hoy.[5] Y el "mundo de hoy" debe incluir tanto el socialista como el no socialista. Ha habido muy pocos análisis marxistas de este tema. En términos políticos, se trata de las perspectivas para la victoria del socialismo en países no socialistas y de su ulterior desarrollo en los socialistas. Esto implica el examen de una serie de problemas más teóricos, aunque no lo agote. Es evidente que algunos de ellos no tienen relevancia demasiado directa o discernible para la política inmediata (o de otro tipo), aunque esto no siempre ha sido admitido. Por ejemplo, el hecho de que decidamos finalmente que la historia de China en algún momento del pasado pueda ser o no analizada bajo el concepto de Marx del "modo de producción asiático", no va a influir en la política del partido comunista chino ni ahora ni en el futuro. Pero, aunque pueda establecerse una distinción entre los aspectos teóricos y prácticos de estos debates, en realidad no pueden separarse de un modo tajante.

Políticamente, me parece, el principal problema en los países no socialistas es el de cuántas vías distintas existen para ir al socialismo y cuáles son. Desde la Revolución de Octubre ha habido una propensión a suponer que había básicamente sólo una, fuera cual fuera el momento, si bien con variantes locales. La organización centralizada del movimiento comunista mundial y su ulterior dominación por el PCUS, no hicieron más que subrayar esta rigidez. Es algo que todavía domina las discusiones entre soviéticos y chinos. Hay que hacer dos observaciones, de las que una plantea a los marxistas menos problemas que la otra. La primera es que, evidentemente, el camino al socialismo no puede ser el mismo en Gran Bretaña, por ejemplo, que en Brasil, o sus perspectivas iguales en Suiza que en Colombia. La tarea de los marxistas consiste en dividir los países del mundo en grupos realistas y en analizar adecuadamente las muy distintas condiciones de progreso dentro de cada grupo sin tratar de imponer ninguna uniformidad (como "transición pacífica" o "insurrección") sobre ellos. Esto no es tan difícil en principio, pero, como implica echar el lastre de muchos análisis y políticas del pasado, no es tan fácil en la práctica.

Mucho más difícil es reconocer que pueden haberse abierto caminos hacia la liberación y el socialismo, en los que los partidos comunistas o movimientos obreros tradicionales desempeñan sólo un papel subordinado. Estoy

4. Puede encontrarse una relación de debates sobre este tema en G. Sofri, *Il modo di produzione asiatico*, Turín, 1969.

5. El que tenga dudas sobre este asunto debe releer una afirmación marxista tan típica de los años treinta como la obra de John Strachey *Why you should be a Socialist*, o de comienzos de los cincuenta como la *Crisis of Britain* de Palme Dutt, o incluso los *Fundamentos de marxismo-leninismo* de Kuusinen.

pensando en casos como Cuba, Argelia, Ghana y algunos más. O preguntarnos, en términos más generales, si nuestras ideas sobre el papel de los partidos comunistas en el avance del socialismo no deben ser en ciertos casos reconsideradas. Por ejemplo, como sugiere un debate en curso dentro del PC italiano, si la escisión posterior a 1914 entre los partidos socialdemócratas y comunistas se puede seguir justificando hoy en ciertos países. Al plantear tales cuestiones o, mejor dicho, al afirmar que son cuestiones ya planteadas, no doy, ni siquiera sugiero, respuestas. No hago más que decir que ya no se puede cerrar los ojos ante su presencia.

Dentro del mundo socialista (y en el futuro socialismo que pueda imaginarse en países no socialistas), la realidad plantea también varios problemas, tanto si nos gusta como si no. Se trata de problemas económicos, como la mejor política agraria en tales países (dados los sorprendentes fracasos de la mayoría de ellos en este terreno), o los mejores sistemas de planificación económica, de asignación de recursos y bienes, etc. Se trata de problemas políticos, como las mejores maneras de organizar las instituciones de estos países (dados los muy notables inconvenientes de tales instituciones en muchos de ellos). Se trata de problemas de burocracia, de libertad de expresión, etc. Se trata también, por desgracia, de problemas internacionales, como muestran con excesiva claridad las difíciles relaciones entre estados socialistas diversos; incluyendo por encima de todo (como señaló Togliatti en su Memorándum) el papel del nacionalismo en los países socialistas. Nuevamente aquí, al afirmar que los problemas existen, no doy por supuesto que ciertas preguntas no deban contestarse con frases como: "tales cosas se deben a residuos del pasado presocialista, al revisionismo o al dogmatismo y desaparecerían si hubiera una 'liberalización'".

Todos estos problemas implican discusión teórica, y en algunos casos la decisión (que Lenin siempre tuvo) de romper con actitudes muy arraigadas o de penetrar en territorio enteramente inexplorado. No estamos acostumbrados a ello, hasta el punto que olvidamos que los marxistas han actuado así en el pasado. Por ejemplo, después de la Revolución de Octubre en Rusia tuvieron que penetrar en el territorio prácticamente no explorado por Marx, salvo por lo que dice en unas pocas frases muy generales, del problema del desarrollo económico en países atrasados. Y, por hacerlo hecho así, el marxismo es hoy un movimiento genuinamente mundial ya que, al fin y al cabo, lo que le proporciona su más destacada capacidad de atracción en el mundo actual es el análisis de la fase imperialista del capitalismo, que es muy posterior a Marx, y el descubrimiento de las vías para convertir países atrasados en modernos, que es el principal descubrimiento teórico de los marxistas soviéticos en los años 20. Además, algunas de estas cosas también nos retrotraen al diálogo entre marxistas y no marxistas, puesto que suponen el aprender de los resultados de científicos no marxistas. Es irrelevante la cuestión de si el marxismo, de no haberse anquilosado, se habría mantenido al nivel de los mejores resultados de la ciencia. En muchos terrenos no lo hizo, y ahora debemos aprender tanto como enseñar.

Esto me hace desembocar en una conclusión. Nos hallamos en una situación en que el marxismo está hecho añicos tanto en lo político como en lo teórico. De cara al futuro previsible debemos acostumbrarnos a esta realidad. No es nada bueno lamentar los días en que no lo estaba. Nos encontramos en una situación en que el marxismo debe ponerse al día de dos maneras. Tiene que liquidar la herencia de la especie de edad de hielo intelectual por la que ha pasado (lo cual no supone rechazar automáticamente todo lo que ha sido dicho y hecho durante este período), y debemos asimilar lo mejor de las ciencias desde que dejamos de practicar una reflexión seria sobre cada materia. Utilizo deliberadamente términos brutales porque

es necesario hacerlo. Tanto como explicar debemos preguntar, y ante todo debemos preguntarnos a nosotros mismos. Debemos aceptar el estar equivocados. Debemos terminar con nuestra pretensión de tener todas las respuestas, porque está claro que no las tenemos. Y, por encima de todo, debemos aprender de nuevo a usar el marxismo como método científico.

Y no lo hemos hecho. Hemos hecho reiteradamente dos cosas que son incompatibles con todo método científico, y las hemos hecho no sólo desde los últimos días de Stalin, sino desde antes. Primero hemos creído conocer las respuestas y luego las hemos confirmado mediante la investigación. En segundo lugar, hemos confundido la teoría con el debate político. Ambas cosas son mortíferas. Decíamos, por ejemplo: "Sabemos que la transición del feudalismo al capitalismo ocurre en todas partes a través de revoluciones", porque Marx lo dice, y porque, de no ser así, la historia podría al fin y al cabo avanzar no mediante revoluciones, sino según procesos graduales, en cuyo caso los socialdemócratas tendrían razón. Siguiendo esta lógica, nuestra investigación mostraría: (*a*) que la revolución de la década de 1640 en Gran Bretaña era burguesa; (*b*) que, antes de ella, Gran Bretaña era un país feudal, y (*c*) que después pasó a ser un país capitalista. No digo que las conclusiones fueran erróneas, aunque (*b*) me parece sumamente dudosa; pero ésta no era de ningún modo una vía para llegar a ellas. Porque resultaba que, si los hechos no cuadraban con las conclusiones, decíamos simplemente: ¡al diablo con los hechos!

Existen razones históricas por las que hablábamos así, si retrocedemos más allá de 1914, pero en este momento no nos atañen. Y el que los hechos confirmen a los socialdemócratas o a los comunistas no tiene nada que ver con el marxismo. El hecho de que las condiciones de la clase obrera británica no se fueran deteriorando totalmente a lo largo de la historia confirma las posiciones de los liberales

y socialdemócratas, pero no las de los revolucionarios. Seríamos unos insensatos, y bien poco marxistas, si por esta razón lo negáramos. El marxismo es un instrumento para cambiar el mundo a través del conocimiento, que nosotros, como políticos, utilizamos más tarde. No es un método para apuntarse tantos políticos. Muchos de nuestros viejos comunistas de mayor inteligencia han desperdiciado mucho tiempo escribiendo sobre teoría marxista por no observar tal distinción.

Debemos regresar al marxismo como método científico. Quizás el signo más prometedor de la presente situación mundial —y de la británica—, que por lo demás no es demasiado prometedora, es que un número creciente de marxistas vuelve a él por esta vía. Y la prueba de lo que puede hacerse reside en el hecho de que el socialismo basado en el marxismo ha progresado considerablemente en el mundo, incluso en el período en que el marxismo hizo cuanto estuvo en su mano para echar por la borda toda eficacia.

(1966)

12

LENIN Y LA "ARISTOCRACIA OBRERA"

El siguiente breve ensayo es una contribución al estudio del pensamiento de Lenin con ocasión del centenario de su nacimiento. Es un tema que puede ser perfectamente tratado por un marxista británico, ya que el concepto de "aristocracia obrera" fue claramente recogido por Lenin de la historia del capitalismo británico del siglo XIX. Sus referencias concretas a la "aristocracia obrera" como estrato de esta clase parecen proceder exclusivamente de la Gran Bretaña (aunque en sus anotaciones de trabajo sobre el imperialismo también advierte fenómenos semejantes en las comunidades "blancas" del Imperio británico). El término mismo procede seguramente de un pasaje de Engels escrito en 1885 y vuelto a imprimir en la introducción a la edición de 1892 de *Las condiciones de la clase trabajadora en 1844*, que habla de que los grandes sindicatos ingleses constituyen "una aristocracia en el seno de la clase obrera".

La expresión concreta puede ser de Engels, pero el concepto era corriente en el debate político-social inglés particularmente en la década de 1880. Era ampliamente admitido que la clase obrera en la Gran Bretaña de ese período tenía en su seno un estrato privilegiado –minoritario pero bastante numeroso– que se solía identificar con los "artesanos" (es decir, con los trabajadores y artesanos asa-

lariados poseedores de un oficio) y más concretamente con los agrupados en sindicatos u otras organizaciones obreras. Éste es el sentido en que algunos observadores extranjeros usaban también el término, como Schulze-Gaevernitz, a quien Lenin cita aprobadoramente sobre esta cuestión en su muy ponderado octavo capítulo del *Imperialismo*. Esta identificación convencional no era enteramente válida, pero, al igual que el uso general del concepto de un estrato alto de la clase obrera, reflejaba una realidad social evidente. Ni Marx ni Engels ni Lenin "inventaron" la aristocracia obrera. Existía de un modo evidente en la Gran Bretaña de la segunda mitad del siglo XIX. Además, si existiera en algún otro lugar, lo sería de forma mucho menos visible o significativa. Lenin suponía que, hasta el período del imperialismo, no existía en ningún otro sitio.

La novedad del razonamiento de Engels residía en otra cosa. Sostenía que la existencia de una aristocracia obrera fue posible gracias al monopolio industrial de la Gran Bretaña, y que por consiguiente, al acabar éste, desaparecería o se confundiría con el resto del proletariado de otros países. Lenin siguió a Engels en este punto, y realmente, en los años inmediatamente anteriores a 1914, cuando el movimiento obrero británico se estaba radicalizando, hizo destacar la segunda parte del razonamiento de Engels, como por ejemplo en sus artículos *Debates ingleses en torno a una política obrera liberal* (1912), *El movimiento obrero británico en 1912* e *Inglaterra, los lamentables resultados del oportunismo* (1913). Aunque no duda ni un momento de que la aristocracia obrera era la base del oportunismo y del "liberal-laborismo" del movimiento británico, no hace destacar todavía las implicaciones internacionales del razonamiento. Por ejemplo, no parece utilizarlo en su análisis de las raíces sociales del revisionismo (ver *Marxismo y revisionismo*, 1908, y *Diferencias en el movimiento obrero europeo*, 1910). En estos trabajos argumentaba más bien que el revisionismo, como el anarcosindicalismo, se debía a la constante generación

en las zonas marginales del capitalismo en desarrollo de ciertos estratos medios –trabajadores de pequeños talleres, trabajadores a domicilio, etc.– que a su vez se veían constantemente lanzados a las filas del proletariado de manera en que tendencias pequeño-burguesas se infiltraran inevitablemente en los partidos proletarios.

La línea de pensamiento que infirió de sus conocimientos sobre la aristocracia obrera era en aquel período algo diferente, y es de notar que la mantuvo, por lo menos en parte, hasta el final de su vida política. Aquí tal vez valga la pena observar que Lenin adquirió sus conocimientos sobre el fenómeno no sólo de los escritos de Marx y Engels, que hicieron frecuentes comentarios sobre el movimiento obrero británico, y de sus relaciones personales con marxistas en Inglaterra (a los que visitó seis veces entre 1902 y 1911), sino también de la obra más completa y mejor documentada sobre los sindicatos "aristocráticos" del siglo XIX, *Industrial Democracy*, de Sydney y Beatrice Webb. Conocía íntimamente este importante libro, y lo tradujo durante su exilio en Siberia. De paso, le proporcionó una comprensión inmediata de los lazos entre los fabianos británicos y Bernstein: "La fuente originaria de una serie de argumentos e ideas de Bernstein", escribió el 13 de septiembre de 1899 en una carta, "se halla en los últimos libros escritos por los Webb". Lenin siguió citando información extraída de los Webb muchos años después, y se refiere concretamente a *Industrial Democracy* en el curso de su argumentación del *¿Qué hacer?*

Dos afirmaciones pueden ser deducidas, parcial o principalmente, de la experiencia de la aristocracia obrera británica. La primera es que "toda supeditación a la espontaneidad del movimiento obrero, toda disminución del papel del 'elemento consciente', del papel de la socialdemocracia significa, se quiera o no se quiera, un aumento de la influencia de la ideología burguesa entre los obreros". La segunda es que una lucha puramente sindicalista "es necesariamente una lucha que atañe a cada ramo de la producción, porque las condiciones de trabajo difieren mucho en los distintos ramos y, por consiguiente, la lucha por mejorar tales condiciones sólo puede librarse en el contexto de cada uno de ellos" (*¿Qué hacer?* El segundo argumento es apoyado por referencias directas a los Webb.)

La primera de estas proposiciones se basa en la idea de que, bajo el capitalismo, la ideología burguesa es hegemónica, a menos que sea deliberadamente contrarrestada por "el elemento consciente". Esta importante observación nos conduce mucho más allá de las meras cuestiones de la aristocracia obrera y no necesitamos aquí desarrollarla. La segunda proposición está más estrechamente relacionada con aquélla. Argumenta que, dada la "ley del desarrollo desigual" dentro del capitalismo –esto es, la diversidad de condiciones en diferentes industrias, regiones, etc., de la misma economía–, un movimiento obrero puramente "economicista" debe tender a fragmentar a la clase obrera en segmentos "egoístas" ("pequeño-burgueses"), cada uno de los cuales trata de satisfacer su propio interés, si hace falta, aliado a sus propios patronos y a expensas del resto de la clase obrera. (Lenin citó varias veces el caso de las "alianzas de Birmingham" de la década de 1890, intentos por parte de algunos sindicatos de constituir un bloque unido con sus respectivos patronos al objeto de sostener los precios en varios ramos metalúrgicos; esta información procedía, casi con certeza, de los Webb.) Por consiguiente, un movimiento así, puramente "economicista", debe tender a romper la unidad y la conciencia política del proletariado y a debilitar o contrarrestar su papel revolucionario.

Este argumento tiene también una validez más general. Podemos considerar a la aristocracia como un caso especial de esta situación general. Surge cuando las circunstancias económicas del capitalismo permiten asegurar concesiones substanciales a su proletariado, en cuyo seno ciertos

estratos de trabajadores se las arreglan para lograr para sí condiciones notablemente mejores a las de los demás, gracias a su particular escasez, cualificación, posición estratégica, capacidad organizativa, etc. De ahí que puedan darse situaciones históricas, como la de fines del siglo XIX en Inglaterra, en que la aristocracia obrera puede considerarse casi como el equivalente del movimiento sindical, como Lenin a veces llegó casi a sugerir.

Pero si bien este razonamiento tiene en principio un alcance más general, no cabe la menor duda de que lo que Lenin tenía en la cabeza cuando lo usaba era la aristocracia obrera. Una y otra vez emplea expresiones como las siguientes: "el espíritu artesano pequeño-burgués que prevalece entre esta aristocracia obrera" (*La sesión del Buró de la Internacional Socialista*, 1908), "los sindicatos ingleses, insulares, aristocráticos, con su filisteísmo egoísta", "los ingleses se enorgullecen de 'ser prácticos' y de su desagrado por los principios generales, lo que es una expresión del espíritu artesano en el movimiento obrero" (*Debates ingleses sobre una política liberal de los trabajadores*, 1912) y "esta aristocracia obrera... aislada de la masa del proletariado en sindicatos gremiales cerrados y egoístas" (*Harry Quelch*, 1913). Además, mucho más adelante, y en una formulación programática cuidadosamente meditada, concretamente en su *Esbozo de tesis sobre la cuestión agraria para el Segundo Congreso de la Internacional Comunista* (1920), queda establecida la conexión con la máxima claridad:

> Los trabajadores industriales no pueden cumplir su misión histórica universal de emancipar a la humanidad del yugo del capital y de las guerras si se preocupan únicamente del estrecho marco de su oficio, de sus estrechos intereses gremiales y se limitan escrupulosamente a mejorar sus propias condiciones de vida pequeño-burguesas, a veces tolerables. Esto es exactamente lo que ocurre en muchos países avanzados a la "aristocracia obrera" que sirve de base a los partidos supuestamente socialistas de la Segunda Internacional.

Esta cita, donde se combinan las primeras y últimas ideas de Lenin sobre la aristocracia obrera, nos lleva con naturalidad de unas a otras. Estos últimos escritos son conocidos de todos los marxistas. Corresponden en su mayor parte al período 1914-1917, y forman parte del intento de Lenin por dar una explicación marxista coherente al estallido de la guerra y especialmente al colapso simultáneo y traumático de la Segunda Internacional y de la mayoría de sus partidos integrantes. Estas ideas están contenidas en su forma más completa en el famoso capítulo 8 del *Imperialismo* y en el artículo *El imperialismo y la división del socialismo*, escrito algo más tarde (otoño de 1916) y que lo complementa.

El tema del *Imperialismo* es bien conocido; no lo son tanto, en cambio, las glosas de *El imperialismo y la división*. En líneas generales este artículo dice lo siguiente: gracias a la posición peculiar del capitalismo británico —"vastas posesiones coloniales y posición de monopolio en los mercados mundiales"—, la clase obrera británica tendía ya a mediados del siglo XIX a dividirse en una minoría privilegiada de miembros de una aristocracia obrera y un estrato inferior mucho más numeroso. El estrato superior "se aburguesa", mientras que "una parte del proletariado se deja conducir por gentes compradas por la burguesía o que por lo menos están a sueldo de ella". En la época del imperialismo, lo que era un fenómeno puramente británico pasa a darse en todas las potencias imperialistas. De ahí que el oportunismo, que degeneró en socialchovinismo, caracterizase a todos los partidos más destacados de la Segunda Internacional. Sin embargo, "el oportunismo no podrá ahora triunfar en el movimiento obrero de ningún país por tanto tiempo como lo hizo en la Gran Bretaña" porque el monopolio mundial debe ser compartido ahora por

un conjunto de países que compiten entre sí. Este imperialismo, a la vez que generaliza el fenómeno de la aristocracia obrera, aporta también las premisas para su desaparición.

Los fragmentos relativamente condenatorios del *Imperialismo* son desarrollados en una argumentación bastante más completa en *El imperialismo y la división*. La existencia de una aristocracia obrera se explica por los superbeneficios de los monopolios, que permiten a los capitalistas "dedicar una parte de ellos (¡y qué parte!) a sobornar a sus propios obreros, a establecer algo así como una alianza entre los obreros de una nación y sus propios capitalistas contra los otros países". Este "soborno" actúa a través de los trusts, la oligarquía financiera, los altos precios, etc., (algo así como monopolios conjuntos de un capitalismo y sus obreros). La suma que alcanza el soborno potencial es de envergadura —Lenin la estimaba en unos cien millones de francos sobre mil millones ingresados—, como también lo es, bajo ciertas circunstancias, el estrato que se beneficia de ella. Sin embargo, "la cuestión de cómo este pequeño soborno se distribuye entre ministros socialistas, 'representantes obreros'... miembros obreros de los comités industriales para la guerra, funcionarios sindicales, trabajadores organizados en estrechos sindicatos gremiales, empleados de la burocracia, etc., es una cuestión secundaria". El resto del razonamiento, con excepciones a señalar más adelante, amplifica la argumentación del *Imperialismo* pero no la modifica substancialmente.

Es esencial recordar que el análisis de Lenin trataba de explicar una situación histórica específica —el colapso de la Segunda Internacional— y dar apoyo a ciertas conclusiones políticas concretas que el deducía de aquélla. Argumentaba primeramente que, puesto que el oportunismo y el socialchovinismo representaban sólo a una minoría del proletariado, los revolucionarios deben "ir más abajo y más a las raíces, acercándose a las masas reales", y en segundo lugar que "los partidos obreros aburguesados" estaban entonces irrevocablemente vendidos a la burguesía y no iban a desaparecer antes de la revolución ni "retornar" de uno u otro modo al proletariado revolucionario, aunque "juren en nombre de Marx" allí donde el marxismo sea popular entre los obreros. De ahí que los revolucionarios deban rechazar una unidad ficticia entre la tendencia proletaria revolucionaria y la filistea oportunista dentro del movimiento obrero. En una palabra, el movimiento internacional tenía que dividirse para que un movimiento obrero comunista pudiera substituir al socialdemócrata.

Estas conclusiones se aplicaban a una determinada situación histórica, aunque el análisis que las fundaba era más general. Puesto que formaba parte de una polémica política concreta, aun constituyendo un análisis de más amplio alcance, algunas de las ambigüedades de la argumentación de Lenin sobre el imperialismo y la aristocracia obrera no deben ser examinadas muy de cerca. Como hemos visto, él mismo marginaba algunos de sus aspectos como "secundarios". Sin embargo, el argumento es en ciertos aspectos oscuro o ambiguo. La mayor parte de sus dificultades procede de la insistencia de Lenin en que el sector corrompido de la clase obrera es y sólo puede ser una minoría, e incluso, como a veces sugiere polémicamente, una insignificante minoría comparada con las masas que no están "infectadas por la 'respetabilidad burguesa'" y a quienes los marxistas deben apelar, puesto que "ésta es la esencia de la táctica marxista".

En primer lugar, es evidente que la minoría corrompida podía ser, a pesar de los supuestos de Lenin, un sector numéricamente amplio de la clase obrera y un sector todavía más amplio del movimiento obrero organizado. Aun cuando sólo ascendiera al 20 por ciento del proletariado, como las organizaciones obreras de fines del siglo XIX en Inglaterra o en la Alemania de 1914 (los ejemplos son de Lenin), no podía ser políticamente descartada de un plu-

mazo, y Lenin era demasiado realista para hacer tal cosa. De ahí que hubiera alguna vacilación en sus formulaciones. No era la aristocracia obrera como tal, sino sólo "un estrato" de la misma quien se había pasado económicamente al campo de la burguesía (*El imperialismo y la división*). No está claro de qué estrato pudiera tratarse. Las únicas clases de trabajadores mencionados explícitamente son los funcionarios, políticos, etc., de los movimienos obreros reformistas. Éstos constituyen realmente minorías –minorías insignificantes– corrompidas y a veces abiertamente vendidas a la burguesía, pero no se aborda el problema de por qué logran el apoyo de sus seguidores.

En segundo lugar, la posición de la masa de los trabajadores se deja flotar en cierta ambigüedad. Está claro que el mecanismo del aprovechamiento de un monopolio de mercados, que Lenin considera como la base del "oportunismo", funciona de tal manera que sus beneficios no quedan reducidos a un solo estrato de la clase obrera. Hay buenas razones para suponer que el "algo así como una alianza" entre los trabajadores de una nación determinada y sus capitalistas contra los demás países (que Lenin ilustra con las "alianzas de Birmingham" de los Webb), implica beneficios para todos los trabajadores, aunque obviamente sean mucho mayores los de la aristocracia obrera, bien organizada y estratégicamente fuerte. Es sin duda verdad que el monopolio mundial del capitalismo decimonónico británico puede no haber proporcionado a los estratos proletarios inferiores beneficios significativos, mientras se los proporcionaba substanciales a la aristocracia obrera. Pero era así porque bajo las condiciones del capitalismo competitivo y liberal del *laissez-faire* y de la inflación no había más mecanismo que el mercado (incluyendo la negociación colectiva de los escasos grupos proletarios capaces de efectuarla) para distribuir los beneficios del monopolio mundial entre los obreros británicos.

Pero bajo las condiciones del imperialismo y del capi-

talismo monopolista esto dejó de ser así. Los trusts, el sostenimiento de los precios, las "alianzas", etc., proporcionaron un sistema para distribuir las concesiones con mayor generalidad a los obreros afectados. Además, el papel del estado estaba cambiando, como Lenin había percibido. El "lloyd-georgismo" (que analizó con mucha agudeza en *El imperialismo y la división*) apuntaba a "garantizar substanciales sobornos a los obreros obedientes, bajo la forma de reformas sociales (seguros, etc.)". Es evidente que tales reformas habían de beneficiar con toda probabilidad más a los obreros "no aristócratas" que a los "aristócratas" ya instalados en una cierta comodidad.

Finalmente, la teoría de Lenin del imperialismo arguye que el "puñado de naciones más ricas y privilegiadas" se había convertido en un conjunto de "parásitos en el cuerpo del resto de la humanidad", esto es, en unos explotadores colectivos, y apunta una división del mundo entre naciones "explotadoras" y "proletarias". ¿Podían los beneficios de una explotación colectiva de esta especie quedar confinados a una capa privilegiada del proletariado metropolitano? Lenin se había dado cuenta, agudamente, de que el proletariado romano originario era una clase colectivamente parasitaria. Escribiendo sobre el Congreso de Stuttgart de la Internacional, en noviembre de 1907, observaba:

> La clase de quienes no poseen nada pero no trabajan es incapaz de derrocar a los explotadores. Sólo la clase proletaria que mantiene al conjunto de la sociedad puede dar lugar a una revolución social victoriosa. Y ahora vemos que, como consecuencia de una política colonial de largo alcance, el proletariado europeo ha alcanzado en parte una situación en la que no es su trabajo quien sostiene al conjunto de la sociedad, sino el de los pueblos de las colonias, que están prácticamente esclavizados... En determinados países estas circunstancias crean las bases materiales y económicas para emponzoñar al proletariado de uno u otro

país con el chovinismo colonial; naturalmente, esto puede ser sólo un fenómeno temporal, pero hay que reconocer no obstante el mal y comprender sus causas [...].

"Marx se refería a menudo a una observación muy significativa de Sismondi según la cual los proletarios de la Antigüedad vivían a expensas de la sociedad, mientras que la sociedad moderna vive a expensas de los proletarios" (1907). Nueve años más tarde, en el contexto de una discusión posterior, *El imperialismo y la división* recuerda aún que "el proletariado romano vivía a expensas de la sociedad".

El análisis que Lenin hace de las raíces sociales del reformismo es presentado a veces como si se refiriera sólo a la formación de una aristocracia obrera. Es sin duda innegable que Lenin subrayó este aspecto de su análisis mucho más que cualquier otro y, a fines de polémica política, casi con exclusión de cualquier otro. También está claro que dudó en desarrollar otras partes de su análisis que parecían no tener ninguna relación con la cuestión política que le interesaba hacer destacar en aquel momento. No obstante, una lectura atenta de sus escritos muestra que consideró otros aspectos del problema, y que era consciente de algunas de las dificultades de un enfoque basado con excesiva unilateralidad en la "aristocracia obrera". Hoy, cuando es posible separar lo que tiene una relevancia permanente en la argumentación de Lenin de lo que refleja los límites de la información de que disponía o las exigencias de una situación política especial, estamos en condiciones de ver sus escritos en una perspectiva histórica.

Si tratamos de juzgar su obra sobre la "aristocracia obrera" bajo esta perspectiva, podemos llegar a la conclusión de que sus escritos de 1914-1916 son algo menos satisfactorios que la profunda línea de pensamiento que desarrolló coherentemente desde el *¿Qué hacer?* hasta el *Esbozo de tesis sobre la cuestión agraria* de 1920. En realidad, si bien una gran parte del análisis de la "aristocracia obrera" es

aplicable al período del imperialismo, el modelo ochocentista clásico (británico) de este fenómeno, que constituyó la base del pensamiento de Lenin sobre la materia, estaba dejando de ser el instrumento adecuado para interpretar el reformismo del movimiento obrero británico, por lo menos, hacia 1914, aunque como estrato de la clase obrera alcanzase probablemente su punto culminante a fines del siglo XIX y comienzos del XX.

Por otra parte, el razonamiento más general sobre los peligros de la "espontaneidad" y del economicismo "egoísta" en el movimiento sindical, aunque ilustrado por el ejemplo histórico de la aristocracia obrera británica de fines del siglo XIX, conserva toda su fuerza. Es seguramente una de las contribuciones más fundamentales y con valor más permanentemente esclarecedor de Lenin al marxismo.

(1970)

13

EL REVISIONISMO

La historia de las ideas es un tema tentador para el intelectual ya que, al fin y al cabo, se ocupa de su mismo oficio. Es también un tema extremadamente desorientador y generador de confusión, tanto más cuanto que se involucran en él intereses creados, cuestiones políticas y otros asuntos no teóricos. Nadie entenderá la división entre la iglesia oriental y la occidental en función de meras diferencias teológicas, ni esperará que una historia puramente intelectual del debate en torno a los cigarrillos y el cáncer de pulmón revele más que el poder de la tendenciosidad y el autoengaño. La famosa advertencia de Marx de que no es la conciencia del hombre quien determina su existencia material, sino a la inversa, nunca resulta tan ajustada como en los casos en que la palabra impresa parece ser la realidad primordial, aunque de hecho no existiría, o no tendría significación alguna, de no ser por ciertos fenómenos prácticos. No fueron los méritos intelectuales de la *Teoría general* de Keynes quienes derrotaron a la ortodoxia del ministerio de Hacienda, sino la gran depresión y sus consecuencias prácticas.

El "revisionismo" en la historia de los movimientos socialista y comunista ilustra particularmente bien los peligros de una historia aislada de las ideas, porque siempre

ha sido casi exclusivamente un asunto de intelectuales. Pero la cantidad de artículos, libros y autores que una tendencia política produce es, por supuesto, una pobre medida de su importancia práctica, salvo, por supuesto, entre intelectuales. El socialismo gremial, credo articulado y objeto de numerosos estudios, merece a lo sumo una nota a pie de página en la historia real del movimiento obrero británico. El trotskismo en la Rusia soviética de los años veinte tuvo portavoces más numerosos y capaces que la "desviación de derechas", pero su influencia efectiva entre los cuadros del partido y fuera de las universidades fue casi con toda seguridad muy inferior. Y, desde luego, a la inversa: ni la cantidad ni la naturaleza de los argumentos usados por los teóricos dicen demasiado sobre los movimientos reales con que puedan estar asociados.

El partido socialdemócrata alemán condenó a Bernstein casi por unanimidad, pero, en la práctica, la política de sus dirigentes reformistas fue, en todo caso, aún más moderada que la que él recomendaba. Los revisionistas húngaros de 1956 afirmaban que su propósito era volver a un leninismo más puro y democrático, pero, como señala justamente W. Griffith en una de las escasas contribuciones útiles al tema en el Congreso por la Libertad de la Cultura en torno al *Revisionismo*,[1] la orientación real de los acontecimientos en Hungría durante aquellos agitados días estuvo muy alejada de cualquier clase de leninismo. En suma, un estudio del "revisionismo", que es principalmente, como pretende el libro en cuestión, un conjunto de "ensayos sobre la historia de las ideas marxistas", probablemente va a crear más confusión en vez de arrojar luz sobre el fenómeno.

Esto no equivale a negar el interés del estudio de las ideas como tales, aunque incluso en esta atmósfera espe-

1. Leopold Labedz, ed., *Revisionism, Essays on the History of Marxist Ideas*, Londres, 1962.

cializada y enrarecida debemos precavernos contra la deformación profesional de los teóricos propiamente dichos como contra la de los cazadores de herejes; es decir, contra la sobreestimación de la falta de ambigüedad y de la fuerza coercitiva de los conceptos intelectuales. Se suele subestimar la capacidad de la mente humana, aunque sea dotada de suficientes estímulos, en encontrar fundamentación teórica a casi cualquier realización práctica. Podría parecer difícil convertir el marxismo ortodoxo, que es el anuncio específico de la revolución por obra del proletariado, en una ideología del gradualismo o del liberalismo burgués. Pero muchísimos de los marxistas socialdemócratas de Occidente hicieron lo primero, arguyendo que no había llegado aún el momento de la revolución porque el capitalismo no había alcanzado todavía su polarización final; los "marxistas legales" rusos (a quienes apenas se alude en esta obra) hicieron lo segundo, utilizando el argumento de Marx de que hubo una fase del proceso histórico (a saber, el momento presente) en que el capitalismo liberal era progresivo y debía ser estimulado. Hubo razones históricas que explican estas dos maneras de proceder aparentemente desnaturalizadoras: la fuerza del marco marxista en los movimientos obreros continentales, que los gradualistas de los países del continente (a diferencia de los fabianos británicos) eran reacios a abandonar, y la ausencia de toda tradición intelectual poderosa en Rusia, que permitió a los empresarios tener confianza en sí mismos y sentirse socialmente útiles, aunque fuera por un espacio de tiempo histórico limitado. Sin embargo, el fenómeno de que una teoría, sin demasiadas modificaciones aparentes, se convierta en fundamento de una práctica opuesta debería poner en guardia a los historiadores entusiastas de la pura doctrina así como a los que creen en el *post hoc ergo propter hoc*.

Es evidentemente peligroso confundir el contexto de una idea con sus consecuencias. Así, sabemos que la herencia "hegeliana" en el análisis marxista de la primera época

(la "alienación") ha atraído vigorosamente a los revisionistas de la década de 1950. Les permite lanzar una acusación contra el capitalismo, la "sociedad alienadora", que sobrevive a las conquistas materiales de la era de la abundancia, a la vez que subraya los aspectos humanistas de Marx, su pasión moral y su aspiración a la libertad. No obstante, como señala Daniel Bell, este razonamiento es relativamente nuevo. En los años treinta la "alienación" desempeñó un papel insignificante, o no desempeñó absolutamente ninguno, en las argumentaciones tanto de los marxistas ortodoxos como de los disidentes, y el alejamiento de Hegel, contemplado como una reliquia en la *Historia abreviada del PCUS*, mereció pocos comentarios. Además, los escasos marxistas o paramarxistas hegelianos estaban fuera de la vida política y de la lucha de partido, como Ernst Bloch y el grupo de Frankfurt, o eran comunistas stalinistas leales, como Lukács y Lefèbvre. Y, a la inversa, si al marxismo heterodoxo o "liberal" y "gradualista" hay que buscarle alguna raíz filosófica, ésta era kantiana más que hegeliana (como en el caso de Bernstein, los "marxistas legales" y últimamente Kolakowski), tendencia apenas mencionada en este libro.

Por consiguiente, es probable que lo que atrajo a los "revisionistas" al Marx hegeliano no era tanto lo que iban a encontrar en él en la década de 1950 —las inferencias que Lukács sacaba de él estaban lejos de ser liberales—, sino el hecho de que se definiera como heterodoxo y de que sus adalides, expuestos a la reprimendas y excomuniones de los plumíferos del partido, atraían a los jóvenes de talante crítico. Atribuir las raíces del "revisionismo" al Marx de 1844 o al Lukács de 1923 es un error de enfoque en una medida mucho mayor de lo que parecen percibir tanto los ortodoxos como los autores del symposium. También supone simplificar en exceso el proceso por el que las ideas, unas más aptas para su finalidad y otras menos, se adaptan a ciertas actitudes políticas, puesto que es la actitud la que

reclama la idea en vez de a la inversa.

Estas maneras de proceder no son las únicas tendentes a confundir al lector de este libro que trata de descubrir principalmente qué representa el "revisionismo" como fenómeno histórico. Aunque uno no se esperaría tal cosa de un symposium que trata imparcialmente a Bernstein y Trotski, Bujarin y Otto Bauer, Luxemburg, Plejánov, Deborin, Lukács y Tito, históricamente el "revisionismo" abarca dos períodos relativamente breves en la historia doctrinal del marxismo: uno al término del pasado siglo y comienzos del actual y el otro desde los años cincuenta. Ambos tienen cosas en común. Ambos ocurrieron en momentos en que el curso de los acontecimientos –en particular el vigor y la prosperidad del capitalismo en el mundo occidental– parecía arrojar graves dudas sobre las predicciones de su final inminente en que los marxistas creían, y por ende en el análisis general en que se consideraba que éstos se fundaban. Ambos fueron asociados, por consiguiente, con una "crisis del marxismo" (la expresión fue acuñada por T.G. Masaryk en 1897), es decir, con intentos de revisarlo o de completarlo y de buscar bases satisfactorias o realistas para la acción socialista. Estos dos períodos de vacilación resultaron pasajeros, pero mientras duraron estuvieron principalmente confinados a aquellos países en que las perspectivas revolucionarias al viejo estilo del marxismo se habían ido empañando o perdiendo sentido. Los otros países en que esto no ocurrió quedaron bastante inmunizados contra el fenómeno.

Así como en 1896-1905 los rusos, polacos, búlgaros y servios fueron los más tenaces defensores de las viejas verdades de la lucha de clases y de los grandes avances revolucionarios, en la década de 1950 Asia, África y América Latina se mantuvieron bastante al margen de las inquietudes que turbaron a los partidos comunistas de Europa. Ha sido en estos países donde los chinos, ahora defensores de la vieja verdad contra su moderna dilución, han buscado y

hallado a la mayoría de sus partidarios dentro de los movimientos comunistas.

En ambos casos, además, no se aplica el "revisionismo" genuino –o no debiera aplicarse, como sugiere el coordinador de este volumen– a todas las desviaciones no oficiales respecto a la ortodoxia marxista admitida, sino sólo a un tipo: a la que se sitúa a la derecha en la topografía política del socialismo. Fue evidente en 1900, cuando "revisionismo" era equivalente al fabianismo marxista de Bernstein, y este término se acuñó precisamente para designarlo. No lo fue tanto en la década de los cincuenta, en que los dirigentes comunistas ortodoxos se apresuraban a aplicar este adjetivo (que sugería claramente el abandono de la lucha de clases, la revolución y el socialismo) a todos los disidentes a quienes se pudiera aplicar con alguna razón plausible. Paradójicamente y a este respecto, tenían mucho en común con los participantes en el presente symposium. No obstante, está claro también en este período que, a propósito de las cuestiones globales que separaban a los "revisionistas" de sus oponentes –la estabilidad y las perspectivas del capitalismo, el gradualismo frente a la revolución al viejo estilo, las virtudes de la democracia burguesa o del pensamiento burgués y otras cosas por el estilo–, los "revisionistas" eran los que estaban a la derecha en el espectro del comunismo.

Naturalmente, se podía distinguir entre ellos varios grados de moderación, y sería deseable limitar la denominación a aquellos que, en la teoría o en los hechos, abandonaron su leninismo originario para pasarse a posiciones difíciles de distinguir de la socialdemocracia occidental o del liberalismo, como por ejemplo Djilas. En la práctica es imposible mantener claramente una tal distinción, en parte porque muchos de estos revisionistas de la Europa oriental prefieren, por razones obvias, camuflarse tras un ropaje leninista, en parte también porque las distinciones estáticas falsifican la naturaleza de unas ideas que están aún en evo-

lución y en parte porque todo el mundo desea tener a su derecha a algún revisionista del que pueda distinguirse visiblemente. Sin embargo, tiene sentido mantenerla. Gomulka, aunque era claramente un derechista, según las pautas del debate comunista clásico, era lisa y llanamente un comunista que con toda probabilidad no iba a dejar de serlo. Éste no era el caso de varios de los jóvenes revisionistas polacos del círculo *Po Prostu*.

Los dos revisionismos se distinguen, desde luego, en un aspecto. El revisionismo de los años cincuenta se preocupaba mucho de los problemas internos del socialismo –especialmente del stalinismo–, que no existían en 1900. Por esto se confundió inextricablemente con varias tendencias tradicionales en el seno del movimiento socialista, como la que oponía el socialismo libertario al socialismo de estado, o la controversia en torno a los consejos obreros de los años veinte. Éstas no tenían ningún lazo de conexión con el revisionismo de derechas. Al contrario, se trataba de cuestiones a menudo suscitadas por la izquierda utópica o no utópica o, en todo caso, por quienes tenían credenciales incontrovertibles como revolucionaristas radicales, como Rosa Luxemburg y Trotski, y como adversarios vociferantes del primer revisionismo. Además, en la reacción contra el stalinismo era natural que unos comunistas buscaran antecedentes e inspiradores entre los marxistas no stalinistas y los pre-stalinistas, y casi cualquiera de los marxistas olvidados o divergentes valía para ese fin. Esto ha sido fuente de inacabables confusionismos. Así, la eliminación de Trotski por Stalin y la justicia de las críticas de aquél hacia muchas de las tendencias del régimen soviético dieron popularidad a Trotski entre algunos revisionistas. Al mismo tiempo, el ala del movimiento comunista que entonces representaba con mayor claridad el enfoque trotskista a la revolución mundial era, sin duda, la china.

Ninguna de estas confusiones queda eficazmente disipada por el symposium de veintisiete estudios o temas elegidos muy arbitrariamente y varios de ellos publicados ya de una u otra manera, que Leopold Labedz ha editado. Proporcionará al lector una útil visión general de la obra de algunos pensadores relativamente poco conocidos, algunos razonamientos interesantes (por ejemplo, acerca de Lukács) y alguna información sobre escritores, periódicos o grupos de importancia secundaria en Occidente. Con la salvedad de dos capítulos menores sobre la India y el Japón, ignora completamente el mundo extraeuropeo. A excepción del capítulo de Galli sobre Italia, dedica poca atención a las crisis dentro de los partidos comunistas occidentales, que constituyen una parte evidente del fenómeno del "revisionismo". El profesor Coser, en un ensayo sobre los Estados Unidos, realiza la hazaña de no mencionar ni una sola vez el PC norteamericano, y Duvignaud, autor del más localista de todos los capítulos del libro, nos deja enteramente en la oscuridad acerca de la situación política francesa –por ejemplo, sobre el papel de la guerra de Argelia en la cristalización del descontento en el interior del PC– y omite incluso a marxistas disidentes tan destacados como Lucien Goldmann y Serge Mallet.

Algunas de estas omisiones se deben sin la menor duda a las dificultades inevitables que supone editar un symposium, que es la manera más rápida, pero una de las menos satisfactorias, de confeccionar un libro. Otras, sin embargo, se deben a las limitaciones generales del enfoque histórico que esta obra representa. Todavía esperamos la obra que situará el "revisionismo" de los años cincuenta en su perspectiva propia como fenómeno histórico. La serie de ensayos aquí comentada puede alimentar una curiosidad pasajera entre "estudiosos del comunismo" no profesionales y entre "sovietólogos", pero es legítimo dudar de que deje una huella permanente y destacada en la literatura sobre el comunismo moderno.

(1962)

14

EL PRINCIPIO ESPERANZA

En nuestra época los hombres no creen en el universo occidental y no esperan demasiado del futuro, salvo quizás la suerte de Robinson Crusoe, una isla personal al margen de los caminos trillados. Las más altas ambiciones de los intelectuales de ambas orillas del Atlántico consisten en resistir los asaltos de las enormes máquinas hechas por y con los hombres o en sobrevivir a los efectos de la locura humana colectiva. Incluso el sueño de los hambrientos, un continente lleno de tajadas de carne y concursos de televisión, se transmuta en una realidad de úlceras y degeneración adiposa. Una modosa cautela parece ser la mejor postura para el ser humano y la ausencia de pasiones su objetivo social menos dañino.

¿Podemos, al fin y al cabo, esperar algo más —se nos dice— que evitar que la raza humana haga estallar el planeta en que vivimos; que las instituciones políticas mantengan un orden apacible entre seres humanos insensatos o pecadores, con alguna pequeña mejora aquí y allá; que se establezca una tregua entre ideales y realidades, entre individuos y colectividades? Probablemente no es casual que los cuatro principales estados de Occidente estuvieran presididos a finales de los años cincuenta por imágenes paternales o avunculares procedentes (por lo menos en Europa) de las evocaciones de la última época de estabilidad que

nuestro continente recuerda: los años anteriores a 1914.

Una generación entera fue educada en esta mediocridad emotiva en las sociedades opulentas e inseguras del Occidente de la posguerra, y sus ideólogos han sido los ideólogos de la desesperación o el escepticismo. Afortunadamente, la educación ha sido ineficaz. Ya los últimos productos de la década de 1950, obras como *End of Ideology* de Daniel Bell o *High Tide of Political Messianism* del profesor Talmon, desentonan extrañamente con la atmósfera apasionada, turbulenta, confusa, pero esperanzada, de ese fenómeno de ámbito internacional que se conoce como la "nueva izquierda" intelectual. Quizás haya llegado el tiempo de la obra de Ernst Bloch, *Das Prinzip Hoffnung*.[1] Puede ser que el historiador del futuro, al considerar esta noble y voluminosa obra —cada una de sus 1.657 páginas da testimonio de su objeto de reflexión—, la vea sobresalir por encima de la década de 1960 como la arcada que hay en el exterior de la estación de Euston: anticipando nuevas salidas, pero de manera simbólica y no funcional.

La esperanza es el tema del profesor Bloch, y lo ha sido desde que su trayectoria como filósofo de los sueños humanos, indebidamente ignorada, empezó con *Geist der Utopie* (1918) y *Thomas Münzer als Theologe der Revolution* (1921). La esperanza le sostuvo a través de los años de su exilio americano, época en que fue escrita la obra aquí comentada (1938-1947). Hoy se nos ofrece en una edición germano-oriental y en otra germano-occidental, revisadas en los años 1953 y 1959.

Se trata de una obra extraña, sobreabundante y a veces absurda, pero sin embargo soberbia. El lector británico puede juzgarla poco menos que inverosímil, porque en nuestro país el filósofo a la antigua, tal como lo conocieron nuestros abuelos, se está extinguiendo como el bisonte de las praderas, ahuyentado por los lógicos matemáticos y

1. Ernst Bloch, *Das Prinzip Hoffnung*, 2 vols., Frankfurt, 1959.

los definidores de preguntas bien formuladas. El lector alemán reconocerá en él a un ejemplar espléndido de la tradicional filosofía romántica alemana, una especie de Schelling marxista, como ha dicho de él con bastante justicia un comentarista. Pero incluso en su país natal los filósofos como él son actualmente escasos. Sin duda, como ocurre con varios otros aspectos de la cultura alemana tradicional, les resulta más fácil sobrevivir en la Alemania del Este, bajo una costra de marxismo doctrinario, que en el Occidente americanizado. En todo caso ha chocado por lo menos a un crítico germano-occidental como algo "irritante" que un fenómeno tan esplendoroso y arquetípicamente alemán como la filosofía del profesor Bloch viniera de "más allá del Elba". Sin embargo, ha seguido siendo una figura algo aislada desde su traslado a la República Federal.

El punto de partida de la argumentación del profesor Bloch es la observación empírica de que el hombre, aunque les pese a los más sombríos *littérateurs*, es un animal con esperanza. Sentir insatisfacción, desear representarse un estado más general en el que las cosas pudieran ser distintas (esto es, mejores) de lo que son, es la forma más elemental de esta fundamental exigencia humana. Su forma más elevada es la utopía, es decir, la construcción de la perfección que los seres humanos buscan o tratan de realizar o que por lo menos brilla por encima de sus cabezas como un sol intelectual. Esta utopía no se limita a la construcción de comunidades ideales. Hay imágenes de deseo en todas partes: en nuestros sueños de perfecta salud y belleza corporales, de hacer retroceder la enfermedad, la vejez e incluso la muerte; en los de una sociedad sin privaciones. Hay las imágenes de un mundo transformado por el control técnico de la naturaleza, los edificios y ciudades de ensueño imperfectamente reflejados en la arquitectura más modestamente funcional de la vida real. La utopía de un Edén o Eldorado perdidos o no descubiertos obsesionaba

a los exploradores; el paisaje soñado de perfección –"un mundo más adecuadamente apto para el hombre"– obsesiona a la poesía, la ópera y la pintura. Las perspectivas de la sabiduría absoluta.

Pero para el profesor Bloch la utopía es más aún que esta amplia gama de "anticipaciones, imágenes del deseo y contenidos de la esperanza". Reside en todos los seres humanos que se esfuerzan por "realizarse", es decir, por llevar a realidad aquí y ahora el ideal de plena humanidad que sabemos está latente en nosotros. Reside en el sueño de eternidad en esta vida, como en la aspiración de Fausto por el momento de la vida que será sempiterno: "*Verweile doch, du bist so schön*". Este sueño del presente intensificado hasta la eternidad halla expresión para Bloch en el arte de la música. Reside finalmente en la rebelión contra los límites de la vida y del destino del hombre, en las imágenes de la esperanza frente a la muerte, que hallaron una expresión mítica en nuestras religiones.

Pero la esperanza, el deseo de cambio, la utopía, no son meramente aspectos fundamentales del comportamiento humano. Representan la realidad, porque para el profesor Bloch hacen resonar el eco fundamental del cambio en la naturaleza, que a través de ellos se orienta hacia el futuro. La vida misma, por estar en permanente evolución, por ser "inacabada" y, por consiguiente, transformable y susceptible de perfección, da al hombre un ámbito para la utopía y es su contrapartida objetiva. Hay para el profesor Bloch en la filosofía una tradición utópico-materialista de la que dice provenir: la de la "izquierda aristotélica" que tomó la doctrina del maestro sobre la entelequia como punto de partida y desarrolló un concepto de materia semoviente y autocreativa. Algunos griegos tardíos, los aristotélicos musulmanes de la Edad Media y toda la corriente de pensamiento herético cristiano que culminó con Giordano Bruno pertenecen a esta tradición; también pertenece a ella Hegel, por lo menos parcialmente, a pesar de su

deliberado idealismo filosófico. Y también pertenece a ella, usándola para contribuir a poner el hegelianismo en pie, el propio Marx, en quien la tradición y esperanza utópicas alcanzan su primera expresión práctica y filosófica realmente correcta. Porque en Marx la brecha entre el deseo y su satisfacción, entre el presente y el futuro, queda por fin cerrada.

La esperanza es un hecho, pero para el profesor Bloch es también un hecho deseable. La finalidad de su trabajo no es sólo su estudio, sino también su propagación: el filósofo no debe ser únicamente analista, sino también entusiasta. Su propósito primordial es enseñar a los hombres a esperar del modo correcto y a esperar las cosas oportunas, a reconocer lo que implica esperar. Por consiguiente, es esencial criticar lo que niega la esperanza, o más aún lo que la oscurece y la desvía, porque el *desiderium* (el "sueño anticipativo") está tan profundamente arraigado en el hombre que puede ponerse de manifiesto que hasta las actitudes más pesimistas (en realidad, especialmente las más pesimistas) no son más que desviaciones y no negaciones de la exigencia utópica; incluso la angustia o el concepto de "nada". Quienes realmente niegan la utopía son los que crean un mundo cerrado y mediocre del que están excluidas las grandes avenidas que se abren a la perfección: la burguesía.

Porque el mundo burgués sustituye la utopía por la "adaptación" o la huida; la sociedad sin privaciones ni infelicidad por la vida de escaparates de tiendas y anuncios en el *New Yorker*; la vida antifilistea por las novelas de crímenes; el Edén incógnito por vacaciones en Positano y botellas de Chianti como portalámparas. En vez de esperanza hay mentiras; en vez de verdad, una máscara. (El profesor Bloch muestra respeto y una cierta ternura por el ideal de clase media de la época preindustrial, tal como viene ejemplificado en la pintura holandesa del siglo XVII y en los interiores de Biedermeier. Difícilmente puede encajar en su concepto ampliado de utopía, pero él lo intenta; De Hooch pinta "aquellas minúsculas pinturas de contornos tan delineados que llevan consigo la nostalgia". Pero tenía claridad y honradez, y en él "la tienda de felicidad de la esquina estaba hecha para parecer una auténtica habitación del tesoro".) Con todo, la naturaleza de la esperanza es tal que hay verdad incluso en las mentiras del capitalismo. El deseo de un "final feliz", aunque sea explotado comercialmente, es el deseo del ser humano de una buena vida; nuestro optimismo, siempre frustrado y superior al pesimismo incondicional, es la creencia de que algo puede hacerse al respecto.

Los ataques del profesor Bloch contra las teorías que obstaculizan el reconocimiento de la esperanza, y especialmente su desdeñosa disección del psicoanálisis freudiano y su rechazo aún más desdeñoso del de Adler y Jung, son por consiguiente esenciales para su razonamiento. Sin embargo, aunque a veces coinciden con lo que solía ser la ortodoxia marxista, no deben ser confundidas con ella. Su crítica de las modas de Occidente no es indiscriminada: si desestima el pragmatismo filosófico o el funcionalismo en arquitectura y desprecia a D. H. Lawrence (no sin cierta inconfesada simpatía por parte de algunos de nosotros) como a "poeta peniano sentimental", le gusta Schönberg y respeta la pintura abstracta. Además, sus razonamientos son estrictamente suyos, porque, cualesquiera que sean sus conclusiones, el origen filosófico del profesor Bloch es amarxista o, mejor dicho, sólo marxista en una tercera parte.

De hecho es un "filósofo natural" alemán, superviviente de la época de Coleridge, que se ha vuelto revolucionario; un rebelde espontáneo contra el racionalismo mecánico, un ciudadano genuino de aquel mundo de armonías cósmicas medio místicas, de principios vitales, de organismos vivientes, de evolución, de acciones recíprocas entre polos opuestos y cosas así, en el que se movían

Herder, Schelling y hasta Goethe, por no hablar de Paracelso y Jacob Boehme. (Es muy característico del libro de Bloch que Paracelso sea citado en él más veces que Descartes, Hobbes, Locke y Darwin juntos.) Debe admitirse que el marxismo tiene en esta tradición raíces más profundas, a través de Hegel, de lo que suele reconocerse. En una obra tan tardía como el *Anti-Dühring*, Engels escribe aún un fragmento característico donde exalta a Kepler por encima de Newton, así como una defensa concreta de los aspectos positivos de la "filosofía natural". Sin embargo, los otros dos componentes reconocidos del marxismo, el británico y el francés, tienen un linaje del todo diferente y su fuerza reside en la combinación de las tradiciones de pensamiento tanto "clásicas" como "románticas", si se puede usar el término en el contexto presente. Pero el profesor Bloch es casi enteramente un "romántico".

De ahí derivan la fuerza y la debilidad de su obra. Sus ideas acerca de las ciencias naturales chocarán a los lectores anglosajones como premeditadamente absurdas, quizás porque vivimos en un tiempo en que los principales progresos científicos son obra de matemáticos y de un complicado neomecanismo. Pero, si sus críticas pueden chocar a los científicos como incomprensibles por la misma razón que el rechazo de la óptica newtoniana por parte de Goethe, lo mismo ocurre con las aberraciones de los locos. Por otra parte, el enfoque del profesor Bloch le confiere una gran penetración en la lógica de lo que se muestra irracional (como el mundo de las afirmaciones visionarias y simbólicas), un dominio para navegar en los océanos del corazón humano y una profunda comprensión de las aspiraciones de los seres humanos. Éstos son los dones del artista, y el profesor Bloch lo es con la penetración psicológica propia de un gran escritor y un estilo notable en el que concisos y sentenciosos montículos flanquean vigorosas cordilleras de prosa, atravesadas por cascadas de espléndida retórica y sobre las que los glaciares de ingenio

centellean y relucen.

Pero no es un artista que se haya extraviado por el terreno de la filosofía. Es un filósofo que también requiere las técnicas del artista para quien es tan esencial no sólo, pongamos por caso, efectuar un análisis agudo de los prejuicios pequeño-burgueses de Freud, sino también expresar las aspiraciones de Spinoza de manera metafórica, aunque no vaga, como "ver el mundo como un cristal con el sol en su cenit y de manera en que nada arroje ninguna sombra". El romanticismo ha enseñado al profesor Bloch que hay cosas no fácilmente expresables en cantidades o proposiciones verificables, como se dice ahora, y que sin embargo "están ahí" y deben ser expresadas. Lo que queda del amor después de que Kinsey haya contado sus orgasmos, de que se hayan medido sus actitudes a través de encuestas, de que los fisiólogos hayan descrito su mecanismo y los lógicos las proposiciones que pueden formularse en torno a él, sigue teniendo un sentido, y no sólo subjetivo, para los amantes.

Das Prinzip Hoffnung es un libro extenso, discursivo y a veces reiterativo. Intentar hacer un resumen de su contenido que vaya más allá de una breve y enjuta esquematización simplificadora es completamente impracticable, puesto que se trata de una obra de dimensiones gigantescas y de nivel enciclopédico. (¿Cuántos libros filosóficos, marxistas u otros, contienen análisis de la relación entre la música y la lógica medieval escolástica; reflexiones sobre el feminismo como una variante de la utopía; sobre don Juan, don Quijote y Fausto como mitos; sobre la ley natural en el siglo XVIII, la evolución de los rosacruces, la historia de la planificación urbana, el yoga, el barroco, Joaquín de Fiore, Zoroastro, la naturaleza de la danza, el turismo y el simbolismo de los alquimistas?) Probablemente la mayoría de los lectores gozarán del libro sobre todo por su variedad y como suma de varias partes a menudo profundamente brillantes, a veces bastante insólitas y siempre es-

timulantes. Probablemente haya pocos lectores que sigan al autor durante todo el trayecto, aunque ninguno dejará de descubrir en él destellos de visiones deslumbrantes o los más pulidos aforismos, encastrados en párrafos larguísimos como trozos de mica en el granito.

Sin embargo, aun el más propenso a la crítica debería intentar seguirle hasta el final de su viaje, donde el hombre, "*ein unterdrücktes und verschollenes Wesen*", descubre que "la verdadera Génesis no está al comienzo sino al final", donde Blake se funde con Marx y la alienación termina con el descubrimiento por el hombre de su auténtica situación. Porque no es frecuente que nos recuerden con tanta sabiduría, erudición, ingenio y dominio del lenguaje que la esperanza y la construcción del paraíso terrenal son el destino del hombre.

(1961)

15

LA ESTRUCTURA DEL CAPITAL

Hace unos pocos años, cualquier observador inteligente y agudo del marxismo podía apuntar que la historia de su evolución como teoría había llegado prácticamente a su fin; o, en todo caso, que se había detenido. Ya no es posible sostener hoy este punto de vista. El resquebrajamiento de la superficie aparentemente lisa y fuertemente congelada del stalinismo en la Unión Soviética y del movimiento comunista internacional, unificado y aparentemente integrado, no sólo ha provocado —o puesto al descubierto— resquebrajamientos equivalentes en el compendio sistemático de dogmas elaborado en los años treinta y simplificado inteligentemente con fines pedagógicos en la *Historia abreviada del PCUS*. La costra de hielo también regó, al derretirse, las numerosas plantas de la heterodoxia o el cisma, o los meros brotes de pensamiento no oficial que habían sobrevivido en las márgenes del gigantesco glaciar o bajo su superficie. Florecieron las cien flores, las escuelas empezaron de nuevo a competir de manera insólita para todos, excepto los veteranos, que podían revivir sus recuerdos de los años veinte, o para los más viejos, que recordaban los días anteriores a 1914. El marxismo, que aparentemente había aspirado a convertirse —y que en gran medida se había convertido por fuerza mayor— en un

sistema cerrado, que se comunicaba con el mundo exterior a través de una serie de operaciones destinadas a mostrar que no tenía ninguna necesidad de hacerlo, se abrió de nuevo.

Si dejamos a un lado, por no tener demasiado interés teórico, los intentos de preservar sin modificación algo parecido a la vieja ortodoxia (como en China o entre algunos grupos de sectarios de otros países) y los pasos para aceptar teorías y técnicas útiles procedentes del mundo "burgués" sin integrarlas en el sistema marxista, formalmente inmodificado (como ocurrió en cierta medida en la Unión Soviética), el renovado pensamiento marxista de los últimos diez años ha seguido, en términos generales, cuatro vías. Primero, ha abordado lo que podría calificarse de operación arqueológica, tratando de identificar los diversos estratos del pensamiento teórico que se fueron acumulando sobre las primeras ideas de Marx e intentando determinar, con este fin, su evolución a través de etapas sucesivas. Segundo, ha tratado de identificar y continuar los distintos desarrollos teóricos originales realizados de vez en cuando sobre la base del marxismo, pero, por razones diversas, expulsados del núcleo central de sus ideas o jamás absorbidos en él. Tercero, ha intentado llegar a un acuerdo, allí donde parecía oportuno, con los distintos desarrollos intelectuales que habían tenido lugar fuera del marxismo y que también habían sido excluidos deliberadamente de su seno en el período stalinista. Por último, ha tratado de volver a un análisis del mundo (esto es, de sus procesos sociales, económicos y políticos) después de un largo período en que la interpretación oficial se había ido alejando cada vez más de la realidad.

Entre las corrientes pre-stalinistas del marxismo, una ha probado durante mucho tiempo ser particularmente fecunda y atractiva para quienes se han empeñado en la renovación intelectual del marxismo; a saber, la corriente "centroeuropea", por usar la oportuna expresión de

George Lichtheim. La mayor parte de los escasos escritores comunistas que conservaron cierta fama como espíritus independientes en la década de los cuarenta y comienzos de los cincuenta petenecieron a esta tradición, como Georg Lukács, Henri Lefèbvre o Gramsci, quien se alimentó de la versión italiana del hegelianismo más que de la alemana. Los centroeuropeos participaron en esa apasionada reacción contra el positivismo evolucionista y el determinismo mecanicista a que los dirigentes teóricos de la Segunda Internacional habían tendido a reducir el marxismo y que, de una u otra forma, constituyó la base intelectual para un retorno a la ideología revolucionaria en los años anteriores y siguientes a la Revolución de Octubre. Durante un breve período tras el colapso del sindicalismo (que había absorbido a una parte de esta reacción de izquierdas frente a los Kautsky del período anterior a 1914), prácticamente todas las corrientes rebeldes confluyeron en la catarata única del bolchevismo. Después de la muerte de Lenin empezaron a diverger de nuevo; o, mejor dicho, la construcción gradual y sistemática de un único cauce teórico oficial que vino a llamarse "leninismo" obligó a todo lo demás a quedar fuera de la corriente dominante. Pero, si bien el pensamiento de Lenin era una de las formas de esa reafirmación de la teoría revolucionaria frente al "revisionismo" y el "reformismo", y, con mucho, la más importante en la práctica, no había sido en absoluto la única. Luxemburg y Mehring en Alemania, los hegelianos centroeuropeos y otros confluyeron con Lenin en la práctica revolucionaria sin ser en absoluto leninistas, ni por sus orígenes ni por su proceder intelectual.

Políticamente, la tendencia centroeuropea era revolucionaria, por no decir ultraizquierdista. Socialmente constituían no tanto un conjunto de intelectuales —todas las escuelas ideológicas lo son en una u otra medida— como uno de hombres y mujeres inclinados hacia la agitación, la actividad literaria y el debate, más que hacia la organización y

la actividad práctica propias de los bolcheviques. En el terreno de la teoría eran sobre todo hostiles a las versiones darwinistas y positivistas del marxismo al estilo de Kautsky y recelosos incluso hacia aquellos aspectos del Marx maduro y de Engels que hubieran podido fomentar el determinismo en detrimento del voluntarismo. Incluso el joven Gramsci, en Turín, reaccionó ante la Revolución de Octubre proclamando una "revolución contra el *Capital*" de Marx. Filosóficamente, tendía a subrayar –frente a los teóricos más oficiales de la socialdemocracia y los revisionistas– los orígenes hegelianos de Marx y los escritos juveniles de éste que entonces eran conocidos. La publicación de los *Fruehschriften* por Landshut y Mayer en 1932 iba a proporcionar a los centroeuropeos lo que ha resultado ser un texto básico, los Manuscritos de 1944, y su principal instrumento operativo, la "alienación". Por aquellos momentos, sin embargo, la situación política había cambiado. Los centroeuropeos ya no se situaban en la extrema izquierda del movimiento, lugar ocupado entonces por los trotskistas (aunque en Occidente la mayoría de éstos, como ha señalado J. P. Nettl, eran de hecho luxemburguistas). Su apasionado voluntarismo, su propio desprecio por la ciencia burguesa y su idealización de la conciencia proletaria habían sido selectivamente absorbidos e incluso exagerados por la doctrina soviética oficial. La principal ventaja que conservaron los centroeuropeos fue la capacidad para combinar la pasión por la revolución social y la disposición para aceptar la disciplina jesuítica de los partidos comunistas, con los intereses de los intelectuales occidentales de mediados del siglo xx –como la cultura de vanguardia y el psicoanálisis– y una versión de la teoría marxista que, frente a la visible marcha de los acontecimientos en la mismísima Unión Soviética, reafirmaba la utopía humanista de Marx. La guerra y la resistencia les aportaron el refuerzo político, especialmente en Francia, de intelectuales revolucionarios a quienes el descubrimiento de la filosofía

alemana (en este caso no mediada por el marxismo) dio una justificación para afirmar la libertad humana, para el acto de esta afirmación y lucha y, por consiguiente, para la función de intelectual "comprometido". A través de los fenomenologistas, Sartre pasó a ocupar una posición de centroeuropeo honorario, y, de ésta, al terreno de lo que él, en todo caso, consideraba marxismo. El colapso del stalinismo atenuó lo que en el seno del movimiento comunista había llegado a ser una presión cada vez más intolerable sobre los centroeuropeos –la teoría stalinista había ido mostrando una tolerancia decreciente hacia los elementos hegelianos o anteriores a 1848 en Marx–, a quienes hizo aparecer como el núcleo ideológico más natural de cara a un desarrollo del pensamiento comunista crítico. Paradójicamente, una línea de ideas que empezó en la ultraizquierda, terminó en la derecha del movimiento revolucionario.

Había que esperar, más tarde o más temprano, una reacción. Esta reacción ha surgido ahora bajo la dirección de Louis Althusser, filósofo que ha dejado la penumbra de la gran École Normale Supérieure de la Rue d'Ulm para colocarse ante las candilejas de la celebridad intelectual parisina; o en todo caso celebridad en el quinto y sexto *arrondissements*, cosa aún más difícil de lograr. Su ascenso ha sido extrañamente rápido. Antes de 1965 era prácticamente desconocido incluso para el público de izquierda, salvo como autor de un ensayo sobre *Montesquieu* y una selección de *Feuerbach*. En ese año se publicaron tres volúmenes de una colección titulada "*Théorie*", bajo la dirección de Althusser: una colección de trabajos agrupados bajo el título *Pour Marx* [1] y dos volúmenes que, en esencia, recogían las intervenciones de Althusser y sus seguidores en un

1. Louis Althusser, *Pour Marx*, París, 1960.

seminario intensivo y bajo el título de *Lire le Capital*.[2] (Los títulos lacónicos son un sello de marca althusseriano.) Su éxito ha sido sobrecogedor. No constituye demérito para las considerables dotes del autor —de las que no es la menos notable esa mezcla tan francesa de inteligencia, lucidez y estilo— observar que ha tenido suerte por el momento en que ha surgido. La atmósfera del Barrio Latino es tal que cualquier estudiante de bachillerato o de universidad que se respete es maoísta o por lo menos castrista, que Sartre y Henri Lefèbvre son monumentos antiguos y las autolaceraciones de los antiguos comunistas de 1956 tan incomprensibles como el "oportunismo" de Waldeck Rochet y Roger Garaudy. Una nueva generación de rebeldes exige una nueva versión de la ideología revolucionaria, y Althusser es esencialmente un duro de la ideología, que desafía el relajamiento político e intelectual vigente a su alrededor. Es muy característico que, pese a ser miembro del partido comunista, eligiera como editor de sus obras a François Maspéro, portavoz de la ultraizquierda.

Esto no le convierte en un "neo-stalinista", como han sugerido sus detractores. Las páginas, elocuentes y bastante emotivas, de autobiografía intelectual con las que se abre *Pour Marx* no muestran la menor indulgencia para con el stalinismo, pero el blanco al que apuntan no es tanto "le contagieux et implacable système de gouvernement et de pensée [qui] provoquait ces délires" —la prosa althusseriana pertenece a la tradición clásica— como las "condiciones de vacío teórico" en que se desarrolló el comunismo francés y que el stalinismo contribuyó a encubrir detrás de aquella "primacía de la política" tan propia, en cualquier caso, de los franceses. Llevó a los filósofos a quienes no bastaba con "limitarse a comentarios y pobres

2. Louis Althusser, Jacques Rancière y Pierre Macherey, *Lire le Capital* (vol. 1); Louis Althusser, Étienne Balibar y Roger Establet, *Lire le Capital* (vol. 2), Paris, 1960.

variaciones sobre el tema de las Grandes Citas" en una actitud de pura autodefensa intelectual, a negar la posibilidad de toda filosofía o a mantener alguna clase de diálogo con sus colegas profesionales, "disfrazándose a sí mismos —presentando a Marx con los ropajes de un Husserl, un Hegel o del joven Marx, humanista y preocupado por la ética— con el riesgo de confundir, más tarde o más temprano, la máscara con el rostro". El fin del dogmatismo stalinista no nos "devolvió la filosofía marxista en su integridad". Nos reveló meramente su ausencia. Pero su ausencia no se debía únicamente a los defectos de la izquierda intelectual francesa, y en esto Althusser se aparta de un camino bastante trillado y al mismo tiempo se permite introducir una cantidad notable de innovaciones propias. La filosofía marxista no estaba presente porque, "fundada por Marx en el acto mismo de fundar su teoría de la historia, todavía tiene en gran medida que ser construida"; el ambicioso propósito de Althusser es construirla.

En un cierto sentido esta posición se parece a algunas tendencias de pensamiento de la era de Stalin, puesto que una de las características de ese período era la afirmación sistemática de la absoluta originalidad de Marx: el corte abrupto que le separaba de Hegel y de su propia juventud hegeliana, así como de los socialistas utópicos (Roger Garaudy se vio obligado a revisar sus *Sources françaises du socialisme scientifique* sobre estas bases a finales de los años cuarenta). Althusser habla también de la "coupure" en la evolución de Marx, y, a la vez que la sitúa, como la mayoría de los estudiosos, hacia 1845, parece reacio a aceptar que algo sea plenamente "marxista" antes de *La miseria de la filosofía* y el *Manifiesto comunista*.[3] Pero, naturalmente, las teorías

3. Althusser posteriormente ha desplazado notablemente hacia adelante las fronteras del Marx "premarxista": hasta poco antes de 1875 no se le puede considerar como propiamente no hegeliano. Por desgracia esto elimina la mayor parte de los escritos de Marx.

stalinistas no tenían dudas sobre la filosofía marxista. Althusser está dispuesto a admitir que algunos pensadores del pasado empezaron a plantear la cuestión crucial sobre el modo, por ejemplo, en que el objeto del *Capital* difiere del de la economía política, a saber: Lenin, Labriola, Plejánov, Gramsci y varios eruditos seguidores del subvalorado Galvano della Volpe, los austromarxistas (que cayeron en el neokantismo) y algunos comentaristas soviéticos (que no eran del todo conscientes de las implicaciones de sus análisis). Pero niega que se haya dado aún una respuesta satisfactoria.

Porque no hay respuesta alguna en el propio Marx. Del mismo modo que la economía política clásica no percibió del todo el eje central de lo que ella misma observó, de manera que Adam Smith, por ejemplo, dio respuestas correctas a preguntas que no se había planteado conscientemente, análogamente Marx mismo sobrepasó su propia visión de la realidad, dejando a las generaciones posteriores la tarea de descubrir los presupuestos de esta visión:

> Lo que la economía política no ve no es algo preexistente que pudiera haber visto, pero no vio, sino algo que ella misma ha producido en su operación de conocer [connaissance], y que no existía antes de esta operación. Es precisamente la producción [de conocimiento] quien es idéntica a ese objeto. Lo que la economía política no ve es lo que hace: su producción de una nueva respuesta sin pregunta, y al mismo tiempo su producción de una nueva pregunta latente implícitamente planteada en esta nueva respuesta (*Lire Le Capital*, I, pp. 25-26).

Marx mismo padece la misma debilidad, que es inevitablemente concomitante con el proceso de la comprensión. Era un personaje de mucho mayor envergadura que Adam Smith porque, aun sin ser capaz de tomar plena conciencia de la propia novedad introducida por él, llega a plantear "su" pregunta, formulándola en uno u otro lugar

de su obra, quizás en un contexto distinto, en busca de respuesta, "multiplicando las imágenes aptas para su presentación". Nosotros, sin embargo, podemos hoy saber lo que le faltaba: "le concept de l'Efficace d'une structure sur ses effets" (*ibid.*, pp. 33-34). Al descubrir esta carencia podemos no sólo empezar a comprender la filosofía marxista –la filosofía que Marx fundó pero no construyó–, sino también avanzar más allá de ella. Porque

> una ciencia progresa, es decir, vive, sólo prestando una atención extrema a sus puntos de fragilidad teórica. A este respecto, se mantiene en vida menos por lo que sabe que por lo que no sabe; con la condición absoluta de circunscribir lo no sabido y de formularlo rigurosamente como problema.

Es evidente que el núcleo del análisis de Althusser es epistemológico. La naturaleza de su ejercicio intelectual es la exploración del proceso de comprensión de Marx, y su principal método una lectura crítica intensamente detallada de las obras de éste, con la ayuda de todos los recursos de las disciplinas lingüística, literaria y filosófica. La primera reacción de sus propios lectores críticos puede ser muy bien la de que los métodos y conceptos que él aplica no son necesariamente los que surgen del proceso por él tan apreciado de avance epistemológico, a partir del mismo Marx. Decir que "por otras vías, la teoría contemporánea en psicoanálisis, lingüística y otras disciplinas como la biología y tal vez la física, se ha enfrentado con el problema sin darse cuenta de que Marx lo había 'producido' mucho antes", puede ser verdad; pero no es imposible que el problema haya sido descubierto en Marx debido a la nueva e importante inclinación francesa por el "estructuralismo" lingüístico y por Freud. (De hecho, mientras que son fácilmente reconocibles en Marx elementos estructural-funcionalistas, no es en modo alguno tan claro cuál

haya de ser la contribución de Freud a la comprensión del *Capital*.) Pero si en realidad se trata de visiones desde el exterior ("nous devons ces connaissances bouleversantes... à quelques hommes: Marx, Nietzsche et Freud"), cabe preguntarse si el esfuerzo crítico se limita meramente a "hacer manifiesto lo que está latente" en Marx.

Una segunda reflexión es que el tipo de análisis althusseriano encuentra difícil, si no imposible, salirse de la estructura formal del pensamiento de Marx. Althusser es consciente de este rasgo ("en ningún punto pisamos la frontera absolutamente infranqueable que separa el 'desarrollo' de la especificación del concepto del desarrollo y la particularidad de las cosas") y parece justificarlo mediante un argumento abstracto ("hemos demostrado que la validación de una proposición científica como conocimiento en una práctica científica determinada venía asegurada por la interacción de formas particulares, que garantizan la presencia de cientificidad [*scientificité*] en la producción del conocimiento, en otras palabras, por formas específicas que confieren el carácter de conocimiento –verdadero– a un acto de conocimiento"). Sin embargo, aunque esto sea verdad y este método de validación pueda ser aplicado tan fácilmente al *Capital* como a las proposiciones matemáticas (lo cual no está claro), todos los matemáticos saben que aún queda una distancia considerable entre sus demostraciones y los fenómenos de la vida real –como por ejemplo la evolución y el funcionamiento del sistema capitalista– que puedan corresponder a sus descubrimientos. Uno puede estar de acuerdo con la profunda y persistente aversión de Althusser hacia el empirismo, y sin embargo sentirse incómodo por su aparente marginación de cualquier criterio exterior de la práctica, como el desarrollo histórico real, pasado o futuro ("nous considérons le résultat sans son devenir"). Porque, en la práctica, Marx descendió al difícil problema de lo concreto. De no haberlo hecho, no habría escrito el *Capital*, sino que se habría quedado en la

esfera de generalidad que domina su *Introducción a la crítica de la economía política*, obra maravillosa y subestimada, que en muchos sentidos es la obra clave del Marx althusseriano, como los Manuscritos de 1844 son la obra clave del Marx hegeliano-humanista que él rechaza.

Efectivamente, en cuanto Althusser desciende del nivel en que el marxismo establece lo que la historia o la economía pueden o no pueden hacer ("la formalización matemática de la econometría debe subordinarse a la formalización conceptual") y aborda el tema que le es propio, dice pocas cosas nuevas o interesantes. Hace una crítica brillante de las vulgares concepciones marxistas sobre "base" y "sobrestructura", y una formulación satisfactoria de su interacción. Pero las aplicaciones prácticas del principio general que se usan para ilustrarlo provienen de marxistas que han utilizado un camino más directo e intelectualmente menos completo.

Mientras que estudiosos como M. Godelier [4] abordan los problemas concretos de la periodización histórica planteados por Marx, y han tenido, por ejemplo, un papel predominante en el redescubrimiento y el reexamen del "modo de producción asiático", que es uno de los resultados intelectuales más interesantes del renacer del pensamiento original entre los intelectuales comunistas desde Stalin, la dilatada exposición por E. Balibar del materialismo histórico (*Lire Le Capital*, vol. 2) se queda resueltamente en las alturas de lo que cabría llamar meta-historia.

Además, el tipo de enfoque de Althusser, por valioso que sea, reduce por simplificación algunos de los problemas de Marx; por ejemplo, el del cambio histórico. Es correcto mostrar que la teoría marxiana del desarrollo histórico no es "evolucionista" o "historicista" en el sentido decimonónico, sino que reposa sobre una firme base "es-

4. Maurice Godelier, *Rationalité et irrationalité en économie*, París, 1966.

tructuralista": el desarrollo es la totalidad de las combinaciones, reales o posibles, del limitado número de los distintos elementos de la "producción" que el análisis define; los que se realizaron efectivamente en el pasado constituyen la sucesión de las formaciones socioeconómicas. Pero se podría objetar a esto, del mismo modo que a la concepción no muy distinta de Lévi-Strauss, que por sí mismo no explica cómo ni por qué una formación socioeconómica se transforma en otra, sino que sólo establece los límites fuera de los cuales carece de sentido hablar de desarrollo histórico. Y también que Marx dedicó una parte extraordinaria de su tiempo y energía tratando de contestar a estas cuestiones. La obra de Althusser pone de manifiesto, si es que aún hacía falta, la notable potencia teorética de Marx como pensador, su *status* y originalidad como "filósofo" en el sentido técnico de la palabra, y expone de manera persuasiva que está lejos de ser un mero Hegel traspuesto del idealismo al materialismo. No obstante, aun si su lectura de Marx es correcta, es sólo una lectura parcial.

Esto no disminuye la fuerza de su análisis como instrumento de crítica negativa. Con independencia de lo que podamos pensar de la formulación polémica de sus argumentos ("desde el punto de vista de la teoría, el marxismo no tiene más de historicismo que de humanismo"), la fuerza de sus objeciones a la interpretación de Marx basada en el hegelianismo de éste o en las ideas de los Manuscritos de 1844 es indudable, la agudeza de su crítica a ciertas debilidades del pensamiento de Gramsci (y de sus razones) o de Sartre es impresionante, y la crítica de la "construcción de modelos", incluidos los tipos ideales weberianos, muy ajustada. Esto se debe, en cierta medida, a las capacidades personales del hombre a quien *Le Monde* (al dar cuenta de la sesión especial del Comité Central del partido comunista francés dedicada a discutir sus puntos de vista y los de Garaudy) califica de "philosophe de grande

qualité", una calidad manifestada, entre otras cosas, por el respeto intelectual que cree deber tributar a quienes critica. Sin embargo, también se debe al pensador mismo y a la causa que tan obviamente inspira su apasionada labor de estudio.

A Althusser se le lee con atención e incluso con excitación. No cabe duda de su capacidad para inspirar a la juventud inteligente, y aunque pueda temerse que la escuela althusseriana que le va a rodear sea más escolástica que brillante, el efecto neto de su irrupción en el debate teórico marxista puede ser positivo. Porque su proceder, casi por definición, consiste en plantear interrogantes más que en dar respuestas: consiste en negar que las respuestas adecuadas existan ya y deban ser simplemente restablecidas ni aunque sea a través de la referencia más estricta a la fuentes textuales de autoridad, porque lo que hay que hacer es elaborarlas. Para Althusser la relación entre Marx y sus lectores es una relación de actividad por ambas partes, de confrontación dialéctica, que, al igual que la realidad, no tiene fin. Es curioso y peculiar de este autor que, como filósofo (haciendo las veces de crítico dramático en uno de los ensayos del *Pour Marx*), elija la metáfora del teatro –no hace falta decir que habla del teatro brechtiano– para describir tanto el proceso de exposición de Marx de lo que está más allá de él (la *Darstellung* de "ce mode de présence de la structure dans ses effets, donc la causalité structurale ellemême") como la relación de los lectores con él:

> C'est alors que nous pouvons nous souvenir de ce terme hautement symptomatique de la "*Darstellung*", le rapprocher de cette "machinerie", et le prendre au mot, comme l'existence même de cette machinerie en ses effets: le mode d'existence de cette mise-en-scène, de ce théâtre qui est à la fois sa propre scène, son propre texte, ses propres acteurs, ce théâtre dont les spectateurs ne peuvent en être, d'occasion, spectateurs, que parce qu'ils en sont d'a-

bord les acteurs forcés, pris dans les contraintes d'un texte et de rôles dont ils ne peuvent en être les auteurs, puisque c'est, par essence, un théâtre sans auteur (*Lire Le Capital*, vol. 2, p. 177).

Pero el gusto de leer a un pensador inteligente y original no debe cegarnos respecto a sus debilidades. La manera en que aborda a Marx no es sin duda la más fecunda. Tal como ha sugerido discretamente la exposición anterior, puede dudarse incluso de que sea demasiado marxista, puesto que no pone demasiado interés en muchas cosas que Marx consideraba fundamentales y está de uñas con algunos de los argumentos más apreciados de Marx, como están mostrando cada vez con mayor claridad sus escritos posteriores, aunque no sean muchos. Pone de manifiesto la recién descubierta libertad poststalinista, incluso dentro de los partidos comunistas, para leer e interpretar a Marx con independencia. Pero, para abordar con seriedad este proceso, hace falta una genuina erudición textual que Althusser no manifiesta poseer. Indudablemente parece ignorar, tanto en el *Pour Marx* como en el *Lire Le Capital*, la existencia de los famosos *Grundrisse*, aunque estuvieran disponibles desde 1953 en una excelente edición alemana, e incluso cabe sospechar que la interpretación ha precedido a la lectura de algunos de los textos que comenta. Aunque es víctima de los efectos del período stalinista, que estableció un divorcio entre la antigua generación de cultísimos estudiosos de Marx, por un lado, y, por otro, los activistas políticos y neomarxistas más jóvenes.

Además, el renacer del marxismo requiere una disposición genuina para ver lo que Marx trataba de hacer, aunque esto no suponga un acuerdo con todas sus afirmaciones. El marxismo, que es a la vez un método, un cuerpo de pensamiento teórico y un conjunto de textos considerados por sus seguidores como fuente de autoridad, ha sufrido siempre de la propensión de los marxistas a decidir lo que

Marx hubiera debido decir, para buscar luego la confirmación de los puntos de vista elegidos mediante la autoridad de los textos. Un tal eclecticismo ha venido normalmente compensado por un serio estudio de la evolución del pensamiento de Marx. El descubrimiento de Althusser de que el mérito de Marx no reside tanto en sus propios escritos, como en permitir a Althusser que diga lo que Marx hubiera debido, suprime aquella compensación. Es de temer que no sea el único teórico que sustituya al verdadero Marx por uno de fabricación propia. No obstante, la cuestión de si el Marx althusseriano, u otra construcción análoga, puede resultar tan interesante como el Marx original, es una cuestión completamente distinta.

(1966)

16

KARL KORSCH

La búsqueda de un marxismo poststalinista viable ha tendido a ser, a la vez, una búsqueda en pos de pensadores marxianos viables y anteriores al stalinismo. No hay ninguna razón lógica de que sea así, aunque los motivos psicológicos que llevan a los hombres (especialmente a los jóvenes) a buscar no sólo la verdad, sino también maestros, sean muy fuertes. En cualquier caso, debemos a ello el redescubrimiento –casi podría decirse el descubrimiento– de varios escritores interesantes. Karl Korsch (1886-1961) es el caso más reciente. Una serie de circunstancias conspiraron para mantenerle en la oscuridad durante su vida. Aunque fue comunista durante la primera mitad de la década de los veinte, sus escritos no tuvieron relación con ninguna "desviación" de importancia, o se vieron injustamente asociados con las heterodoxias del Lukács de *Geschichte und Klassenbewusstsein*, aunque no sin cierta plausibilidad. Por esto no tenía ninguna posibilidad de sobrevivir a la era de Stalin como el guru de ningún grupo de marxistas por pequeño que fuera. Los anarcosindicalistas españoles, hacia los que se sentía atraído, no constituían un grupo susceptible de divulgar –ni de entender– las ideas de un teórico de considerable complejidad y perteneciente a una tradición académica altamente desarrollada. La victoria de Hitler enterró sus escritos de los años veinte; las bombas de Hitler, el stock sobrante de ejemplares de su *Karl Marx* publicado en Londres en 1938 en la serie sobre "Sociólogos Modernos" de Chapman and Hall, y que en todo caso había pasado casi inadvertido en la atmósfera del marxismo anglosajón de aquellos días.

El renacimiento inesperado de interés por el marxismo entre los intelectuales germano-occidentales de los años sesenta le ha devuelto a la vida. *Marxismus und Philosophie* (1923-1931) fue publicado en 1966 con una extensa introducción de Erich Gerlach y algunos textos menores de los años veinte; [1] *Karl Marx*, en una edición erudita completa hecha por Goetz Langkau en 1967.[2]

A primera vista el interés de Korsch parece residir en el hecho de que aportó al marxismo la mezcla relativamente rara de un académico alemán –logró ser distinguido con el incómodo honor de una cátedra en la ultraderechista universidad de Jena–, de un político activo, ministro de Turingia y diputado al Reichstag, y de un revolucionario apasionado. Sin embargo, lo más importante es su pertenencia a la "izquierda centroeuropea" que se formó, durante los años anteriores a la primera guerra mundial y en el curso de ésta, como movimiento de resistencia teórica a las ortodoxias kautskianas de la Segunda Internacional, y que se fundió por un espacio de tiempo más o menos largo con el "bolchevismo" después de la Revolución de Octubre. Korsch compartía con la mayoría de aquella generación de pensadores de tan notable talento la convicción de que la socialdemocracia alemana había justificado su pasividad política con una versión del marxismo que, efectivamente,

1. Karl Korsch (ed. Erich Gerlach), *Marxismus und Philosophie*, Frankfurt, 1966 [hay traducciones castellanas: *Marxismo y filosofía*, Ediciones Era, México, 1971; Ariel, Barcelona, 1978].

2. Karl Korsch, *Karl Marx*, Frankfurt 1967 [hay traducción castellana: *Karl Marx*, Ariel, Barcelona, 1975].

convirtió a éste en una forma del evolucionismo positivista del siglo XIX. La izquierda debe pasar del determinismo políticamente desorientador de las ciencias naturales a la filosofía (esto es, al Marx filosófico de la década de 1840), aunque sólo fuera porque había dado en cierta manera de lado a la ortodoxia marxista. La finalidad no era cerrar el marxismo como "sistema" metafísico, sino abrirlo. Era oponer la constante –y hasta entonces incompleta– crítica filosófica de la realidad y de la ideología (incluyendo la del propio marxismo) a las estériles certezas del positivismo.

Es objeto de controversia saber hasta qué punto este retorno a una filosofía marxista tuvo lugar al precio de una "rehegelianización" sistemática de Marx, tal como era común en todas partes en el ámbito de la izquierda centroeuropea. En cualquier caso, la convergencia entre Korsch y Lukács resultó ser tan sólo transitoria. Porque, desde el comienzo, Korsch parece haber diferido de sus contemporáneos en algunos aspectos importantes. Su primitiva crítica premarxista de la ortodoxia, desarrollada en Londres, antes de 1914, no había reclamado tanto la revolución como un contenido positivo del socialismo tal y como él descubrió en el sindicalismo y –curiosamente– en la Sociedad Fabiana en que había ingresado. El sindicalismo lo veía como una auténtica concepción proletaria del socialismo, tal vez la forma inevitable de esta concepción. De los fabianos pensaba que introducían un elemento voluntarista en el socialismo por su insistencia en la educación socialista del pueblo, y una "fórmula positiva para la construcción del socialismo", mediante sus discusiones en torno al control de la industria.

Aunque esta línea de pensamiento difería de las de otros antikautskianos, convergía con ellas. Todos los contestatarios izquierdistas reclamaban activismo y planificación y rechazaban el determinismo histórico; todos ellos negaban que la frase de Marx "el hombre sólo se plantea aquellos problemas que puede resolver" significara que la

solución de estas tareas fuera tan automática como su solubilidad. Por otra parte, Korsch difería de lo que se podría designar como ala europeo-oriental de esta nueva izquierda en la medida en que apuntaba enteramente a los problemas del capitalismo en los países industriales avanzados. Ciertamente, cabe argüir que su redescubrimiento se debe a este hecho. Porque nunca ha habido demasiadas dificultades para saber, o por lo menos para proponer, lo que los marxistas harían en países subdesarrollados. El problema ha sido siempre, desde finales del siglo XIX, el de indicar qué iban a hacer en países industrializados estables sin perspectivas revolucionarias visibles. Korsch se centró en este problema, aunque por desgracia no tenía ninguna solución para el mismo.

La orientación "occidental" de Korsch explica la coherencia crítica teórica del bolchevismo que le hizo estar, incluso en su período comunista, mucho menos ligado a la revolución rusa (como cambio distinto a la revolución deseable en occidente) que Rosa Luxemburg, pongamos por caso, y le condujo a abandonar muy pronto cualquier juicio positivo acerca de la Unión Soviética. En esta cuestión divergía de su amigo y admirador Bertolt Brecht y de otros muchos de la izquierda centroeuropea. Para él el leninismo era tan erróneo como el kautskismo y por las mismas razones. Señaló con agudeza que conceptos cruciales del leninismo, como la idea de que el socialismo se introduce en el movimiento proletario a través de intelectuales, podían derivarse de Kautsky. Filosóficamente, los razonamientos de Korsch contra *Materialismo y empiriocriticismo* eran correctos. Al centrarse en la defensa del "materialismo" (que no constituía una cuestión seria), Lenin dirigía sus tiros contra un enemigo ficticio, el "idealismo", sin atacar el peligro real: el de una "concepción materialista teñida por la ciencia natural". Ésta había sido la corriente fundamental del pensamiento burgués en filosofía, en las ciencias naturales y sociales, y había constituido el modelo

principal para la vulgarización del propio marxismo. Por esto era vano el deseo, perfectamente sincero, de Lenin de ser un hegeliano; Lenin se veía retrotraído hacia una concepción simplificada, de hecho prehegeliana, de la oposición entre materialismo e idealismo, lo cual a su vez llevaba a una concepción ultrasimplificada de lo que pudiera significar la tarea marxiana de "poner la dialéctica hegeliana sobre los pies" y a una vulgarización del concepto de unidad entre teoría y práctica. En última instancia, se vio llevado a una posición que había de inhibir la capacidad del marxismo para contribuir al ulterior desarrollo de las ciencias empíricas de la naturaleza y de la sociedad.

Admitía que Lenin no había pretendido tanto hacer filosofía como criticar las tendencias filosóficas que le parecían ser nocivas, por varias razones, para la política del partido. Pero, ¿podían los marxistas tratar de filosofía o de otros campos de pensamiento exclusivamente en términos de su utilidad o nocividad para la política? Naturalmente, no.

La crítica de Lenin es justa en muchos sentidos, pero Korsch olvidó los factores que hacían del leninismo no simplemente una versión distinta de la teoría kautskiana, sino un fenómeno histórico enteramente distinto, una teoría revolucionaria para el mundo subdesarrollado. Admitió a regañadientes que se trataba de una teoría de esta clase. Negó que constituyera "una expresión teórica adecuada a las necesidades prácticas de la fase actual de la lucha de clases". Después de su expulsión del partido comunista alemán fue asimilando cada vez más la Unión Soviética al fascismo. Ambos eran aspectos de la misma contrarrevolución estatista y totalitaria que siguió al efímero brote de movimiento revolucionario de 1917-1923 y que se proponía evitar su repetición. Una concepción históricamente absurda como ésta sólo es plausible suponiendo que el bolchevismo fuera "una evasión respecto a las demandas teóricas y prácticas del proletariado industrial", reflejo de

la situación del "este atrasado" que aún afrontaba el problema de hacer su revolución burguesa. Korsch hizo esta suposición. Observó el movimiento revolucionario del mundo subdesarrollado y lo menospreció como algo irrelevante para el proletariado industrial de los países industriales.

La dificultad de esta posición le dejó sin alternativa revolucionaria para occidente después de que la oleada revolucionaria de la postguerra hubiera refluido. En realidad, le dejó sin ninguna perspectiva política concreta tras el fracaso de los anarcosindicalistas españoles. Hay indicios de que Korsch, como otros revolucionarios frustrados y desengañados durante largo tiempo, empezó a pensar que el futuro era ligeramente menos negro después de 1956, pero, como no escribió nada sustancial en sus últimos años, no vale la pena especular sobre cómo hubiera podido modificar sus opiniones.

Inevitablemente, a medida que crecía la desilusión, el proceso de "desarrollo" del marxismo se convertía en su proceso de crítica, o, mejor dicho, de eliminación de tantos de sus elementos que era dudoso que el resto, pese a las protestas de Korsch, pudiera seguir calificándose propiamente de marxismo. La dialéctica, por ejemplo, no era una "superlógica" que pudiera manejarse como la lógica corriente –cosa muy razonable–, sino la manera en que, durante una época revolucionaria, las clases, los grupos y los individuos producen nuevas ideas, disuelven los sistemas existentes de conocimiento y "los sustituyen por sistemas más flexibles o, mejor aún, por la supresión de todo sistema; es decir, por la implantación del uso enteramente libre y sin trabas del pensamiento, aplicado al proceso constantemente cambiante de desarrollo". Si a esto unimos el rechazo de la mayor parte de las afirmaciones de Marx sobre el mundo real en cuanto "dogmatización de los resultados de la investigación marxista" –como dice Gerlach– "que tiene una validez históricamente limitada y la deriva-

ción especulativa del desarrollo, en lugar de la empírica", no queda mucho del conjunto efectivo de los escritos de Marx. Lo que resta es un método para una ciencia social empírica, que ha heredado de Marx principalmente una sana negativa a identificarse con las ciencias naturales, y un proletariado organizado en partido capaz de utilizar aquel método para sus fines. No había ninguna razón evidente por la que el marxismo debiera ser, o tender a ser, la forma de conciencia del proletariado, y en el futuro sería, en el mejor de los casos, uno de los elementos de la teoría proletaria, si el movimiento revolucionario, al renacer, quedara confinado dentro de los límites del proletariado. El mismo Marx sería considerado "como uno más entre los muchos precursores, fundadores e impulsores del movimiento socialista de la clase obrera".

Podía parecer, pues, que en el período de la "contrarrevolución" Korsch se halló en la misma dificultad que él advirtió en Marx y Engels después de 1848: la ausencia de perspectivas revolucionarias realistas hacía imposible mantener la "unidad de teoría y práctica" y creaba un salto inevitable de la "práctica" a la investigación teórico-empírica. Sin embargo, es muy dudoso que la manera de adaptarse de Korsch a esta situación pueda ser caracterizada, a diferencia del caso de Marx, como "teoría todavía comprensible de la revolución social". Su lado práctico queda reducido a la trivialidad y la esperanza. El teórico establece un puente sistemático desde lo que la mayoría de anglosajones llamarían (tal vez erróneamente) metafísica al método científico moderno; como en el razonamiento de que Hegel, cuyo método no era del todo diferente a los procedimientos axiomáticos de las ciencias naturales modernas, no debía considerarse en conflicto con la investigación empírica, y en la exploración por parte de Korsch de los modelos matemáticos en las ciencias sociales como la "teoría del campo" de su amigo Kurt Lewin en psicología y quizás la teoría de los juegos. Indudablemente, recordar

que la más comprometida de las ciencias sociales debe sujetarse a los criterios usuales de comprobación de la verdad es algo perfectamente válido. Otra cosa es que, dejando aparte las conexiones biográficas, tenga demasiada conexión concreta con el marxismo.

Vale la pena destacar esta evolución hacia el análisis teórico y político de Korsch, porque constituye el necesario trasfondo a sus escritos, y aunque el tema está presente de forma bastante explícita en *Marxismus und Philosophie* (o mejor dicho en la introducción polémica a la segunda edición de esta obra), está lejos de explicitarse en *Karl Marx*, obra que en cualquier caso no es de acceso fácil al no especialista. De ahí no se sigue que la postura extrema que expresó en el período de 1950 –fase de desmoralización aguda para más de un pensador educado dentro de la tradición marxista– sea la misma que la de ciertas obras escritas en los años veinte y treinta. Sin embargo, unas y otras posiciones siguen una línea única de desarrollo. Esto no disminuye el interés de estas obras tanto para el estudioso de Marx como para el de las ulteriores transformaciones y modificaciones del pensamiento marxista. Korsch tenía un conocimiento erudito y crítico de las obras del maestro, una conciencia marxista admirable de los cambios históricos que subyacían a sus actividades teóricas y a las de sus seguidores y un punto de vista que hace que su manera de escribir resulte muy distinta de los estilos predominantes durante la última generación y mucho más estimulante.

Por esto es útil recordar a los jóvenes educados con expresiones etéreas como "alienación" y "sociología" que Marx fue ante todo un economista, en la medida en que su "crítica de la economía política" fue constituyendo cada vez más la espina dorsal analítica de su teoría, mientras que los otros aspectos del análisis se iban reduciendo cada vez más a *aperçus* incidentales, aunque incisivos y brillantes. Ésta no es una afirmación que marque ningún hito histórico, pero hay que decirlo en unos momentos en que el

Capital puede ser considerado por algunos como un tratado de epistemología o sociología: "La ciencia materialista de la sociedad de Marx no es la sociología, sino la economía". También es útil someter el proceso histórico de "recepción" del marxismo en la Alemania y Europa de finales del XIX a un análisis frío, equilibrado y convincente. Korsch muestra que el "revisionismo" no fue un rechazo de una teoría y una práctica antes preponderantes de marxismo revolucionario, sino, por así decir, la imagen duplicada de una ortodoxia marxista formalizada que nacía en la misma época, siendo ambas respuestas de una teoría revolucionaria a una realidad no revolucionaria. Y así sucesivamente.

Estas observaciones son útiles, aunque no conmuevan los cimientos del mundo. Y si bien Korsch pensaba evidentemente de otra manera, es difícil excitarse por las afirmaciones a las que él atribuía una importancia crucial. No hay duda de que en los años veinte la aplicación del materialismo histórico al estudio del propio marxismo era infrecuente. Hoy ya no lo es:

> Mientras la base material de la sociedad burguesa existente pueda ser sólo atacada y sacudida, pero no derrocada, por la lucha revolucionaria práctica del proletariado, la teoría revolucionaria del proletariado sólo podrá criticar las formas socialmente arraigadas de pensamiento de la época burguesa, pero no, en definitiva, ir más allá de ellas.

El reconocimiento de que el marxismo es "incompleto" en sí mismo no basta. La afirmación de Korsch se queda en un nivel de vulgaridad, aunque sea ese tipo de vulgaridad que puede estimular a quienes no están acostumbrados a ella. Está bastante bien, pero ¿adónde vamos después? En última instancia, es su incapacidad en superar este nivel lo que le impide hacer una aportación más importante al desarrollo del marxismo. Vale la pena leerle, puesto que era a la vez inteligente y culto. Escribió con cierta fuerza y lucidez, comparado con el estilo habitual de los teóricos marxistas centroeuropeos, aunque no sea fácil detectar esto en las traducciones inglesas. Merece la pena estar atento a lo que dice, aunque algunas de sus mejores ideas, como la del carácter esencialmente proletario del sindicalismo, preceden a su período marxista y no tienen relación necesaria con él. Pero, en definitiva, no hay actualmente ninguna razón fundamental por la que debiéramos leerle.

Aplicando a este fracaso sus propios criterios y los del marxismo, podríamos tal vez decir que refleja la dificultad esencial de la corriente comunista "occidental" a la que pertenecía Korsch. Se trataba políticamente de un callejón sin salida. Ser un revolucionario social entre las dos guerras mundiales significaba habitualmente elegir, de una u otra manera, el bolchevismo, aunque fuera bajo alguna forma herética. Hasta comienzos de los años 20, y en España hasta finales de los 30, podía parecer aún como si supusiera también elegir algo como el sindicalismo, pero éste era un caballo que desfallecía ya visiblemente bajo el jinete que deseaba espolearlo hacia la meta de la victoria revolucionaria. No había otra opción para un revolucionario, aunque el marxismo hubiera tolerado varias formas de adaptación y de desarrollo teórico que lo hacían apto para funciones no revolucionarias. Por razones comprensibles desde el punto de vista afectivo, Korsch rechazó tales adaptaciones "revisionistas". Y, al rechazar también el bolchevismo, se quedó aislado, estéril tanto teórica como prácticamente y en una situación no poco trágica, como un san Simeón ideológico encima de su columna.

(1968)

IV

SOLDADOS Y GUERRILLAS

17

VIETNAM Y LA DINÁMICA DE LA GUERRA DE GUERRILLAS

Tres factores han hecho ganar las guerras convencionales en este siglo: mayores reservas de mano de obra, mayor potencial industrial y un sistema de administración civil que funcione decentemente. La estrategia de los Estados Unidos en las dos últimas décadas se ha basado en la esperanza de que el segundo de estos factores (en que ellos ocupan el primer lugar) sobrepase en importancia al primero, en el que se creía que la URSS llevaba ventaja. Esta teoría se basaba en un error aritmético de los días en los que la única guerra prevista era la guerra contra Rusia, puesto que las potencias del Pacto de Varsovia no rebasan en población a las de la OTAN. Simplemente, ocurría que Occidente era más reacio a movilizar su mano de obra en formas convencionales. Sin embargo, en la actualidad el argumento es probablemente más válido, porque algunos de los estados occidentales (como Francia) se mantendrán neutrales, casi con toda seguridad, en cualquier guerra mundial que llegara a producirse, y China tiene por sí sola más habitantes que los reunidos por todas las potencias occidentales que podrían luchar unidas. En cualquier caso, sean válidos o erróneos estos argumentos, los Estados Unidos han apostado enteramente desde 1945 por la superio-

ridad de su poderío industrial y por su capacidad de dedicar a la guerra más maquinaria y más explosivos que cualquier otro país.

Por consiguiente, han sufrido una pésima conmoción al descubrir que en nuestra época se ha desarrollado un nuevo método para ganar guerras, y que este método supera con creces la organización y la potencia industrial de las operaciones militares convencionales. Se trata de la guerra de guerrillas, y la cantidad de Goliats que han sido derribados por Davids con honda es ya impresionante: los japoneses en China, los alemanes en Yugoslavia durante la guerra, los británicos en Israel, los franceses en Indochina y Argelia. Actualmente, los propios Estados Unidos sufren el mismo trato en Vietnam del Sur. De ahí los angustiados intentos de derramar bombas y más bombas contra unos pequeños hombres ocultos tras los árboles o de descubrir el truco (pues tiene que haber alguno...) que permite a unos pocos millares de campesinos mal armados tener a raya a la mayor potencia militar de la tierra. De ahí también la simple negativa a creer que pueda ser así. Si los Estados Unidos son contrariados, tiene que haber alguna otra razón, mensurable y bombardeable: los agresivos norvietnamitas, que simpatizan con sus hermanos del sur y les pasan suministros de contrabando; los terribles chinos, que tienen la desfachatez de tener una frontera común con Vietnam del Norte, y, en último caso, sin ninguna duda, los rusos. Antes de que el sentido común quede del todo maltrecho, vale la pena echar una ojeada al carácter de la moderna guerra de guerrillas.

Las actuaciones militares de tipo guerrillero no son un fenómeno nuevo. Cualquier sociedad campesina tiene sus bandidos "generosos" o su Robín de los Bosques, que "roba al rico para dar al pobre" y que escapa de las groseras trampas de soldados y policías hasta que es traicionado. Porque mientras ningún campesino lo entregue y mientras muchos de ellos le tengan al corriente de los movimientos de sus enemigos, es tan inmune a las armas hostiles y tan invisible para las miradas enemigas como pretenden invariablemente las leyendas y canciones en su torno.

En nuestra época es posible encontrar tanto la realidad como la leyenda, literalmente desde la China al Perú. Los recursos militares de las guerrillas, como los de los bandidos, son los que cabe esperar: un armamento elemental reforzado por un conocimiento detallado del terreno más difícil e inaccesible, la movilidad, una resistencia física superior a la de los perseguidores y, por encima de todo, la negativa a luchar en condiciones favorables al enemigo; esto es, con las fuerzas concentradas y frente a frente. Pero la principal reserva de la guerrilla no es militar, y sin ella está indefensa: debe tener la simpatía y el apoyo, activos y pasivos, de la población local. Todo Robín de los Bosques que los pierda es hombre muerto y lo mismo le ocurre a la guerrilla. Cualquier manual de guerra de guerrillas empieza destacando esto, y es lo único que la instrucción militar sobre "contrainsurgencia" no puede enseñar.

La principal diferencia entre las formas antiguas –y endémicas en la mayoría de sociedades campesinas– de bandidismo y la guerrilla moderna consiste en que el bandido social del tipo Robín de los Bosques tiene unos objetivos militares extremadamente modestos y limitados (y habitualmente una fuerza sólo muy pequeña y localizada). La prueba de fuego de un grupo guerrillero se produce al plantearse tareas tan ambiciosas como el derrocamiento de un régimen político o la expulsión de una fuerza regular de ocupación, y especialmente cuando se lo propone no en algún rincón remoto de un país (la "zona liberada") sino en todo un territorio nacional. Hasta comienzos del siglo xx, apenas ningún movimiento de guerrillas afrontó esta prueba; operaban en regiones extremadamente inaccesibles y marginales –las zonas montañosas son el ejemplo más corriente– o se oponían a gobiernos relativamente

primitivos e ineficaces, ya fueran nativos o extranjeros. Las acciones guerrilleras han desempeñado a veces un papel importante en guerras modernas de envergadura, ya como factor exclusivo en condiciones excepcionalmente favorables, como en el caso de los tiroleses contra los franceses en 1809, o –lo que es más corriente– como operaciones auxiliares en apoyo de fuerzas regulares, en las guerras napoleónicas, por ejemplo, o en la España y Rusia del siglo actual. No obstante, por sí mismas y durante mucho tiempo, casi nunca han tenido otra utilidad que la de molestar al enemigo, como en la Italia meridional, donde los franceses de Napoleón nunca fueron seriamente perturbados por ellas. Ésta puede ser una de las razones por las que nunca; hasta el siglo XX, preocuparon demasiado a los pensadores militares. Otra razón que puede explicar por qué ni siquiera los luchadores revolucionarios reflexionaron demasiado en torno a ellas es que prácticamente todas las guerrillas existentes han sido ideológicamente conservadoras, aunque socialmente rebeldes. Pocos campesinos habían sido convertidos a conceptos políticos de izquierdas o habían seguido a dirigentes políticos de la misma tendencia.

Lo nuevo en la moderna guerra de guerrillas, por consiguiente, no es militar. Las guerrillas de hoy pueden tener a su disposición equipos mucho mejores que los de sus predecesores, pero siguen estando invariablemente mucho peor armados que sus oponentes (obtienen una gran parte de su armamento –y, en las primeras fases, probablemente la mayor parte del mismo– de lo que puedan capturar, comprar o robar a la parte contraria y no, como pretende el folklore del Pentágono, de suministros extranjeros). Hasta la última fase de la guerra de guerrillas en que las fuerzas guerrilleras se convierten en un ejército y se ponen en condiciones de hacer frente y derrotar a sus adversarios en una batalla abierta, como Dienbienphu, no hay nada en las páginas puramente militares de Mao, Vo Nguyen Giap, Che Guevara u otros manuales de lucha guerrillera que un

guerrillero tradicional o un jefe de banda no considerara sino de simple sentido común.

La novedad es política y de dos tipos. En primer lugar, hoy son más frecuentes las situaciones en que la fuerza guerrillera puede confiar en un apoyo de masas en zonas muy distintas de su país. Esto lo logra en parte apelando al interés común de los pobres contra los ricos, de los oprimidos contra el gobierno, y en parte explotando el nacionalismo o el odio hacia los ocupantes extranjeros (a menudo de otro color). Decir que "lo único que desean los campesinos es que los dejen tranquilos" no es sino una más de las consabidas tesis de los expertos militares. Y no es cierto. Cuando no tienen comida, quieren comida; cuando no tienen tierras, quieren tierras; cuando son timados por los funcionarios de una capital remota, quieren librarse de ellos. Pero, por encima de todo, quieren gozar de sus derechos como seres humanos y, cuando son dominados por extranjeros, quieren librarse de los extranjeros. Habría que añadir que una guerra de guerrillas eficaz sólo es posible en países donde tales llamamientos puedan lanzarse con éxito a un alto porcentaje de la población rural y en una parte importante del territorio del país. Una de las razones principales de la derrota de la guerra de guerrillas en Malaya y Kenya fue que no se cumplieron estas condiciones: las guerrillas se reclutaron casi enteramente entre los chinos o los kikuyu, mientras que los malayos (que constituían la mayoría de la población rural) y el resto de la población de Kenya se mantuvieron en gran medida al margen del movimiento.

La segunda novedad política es la nacionalización no sólo del apoyo a las guerrillas, sino de las propias fuerzas guerrilleras, a través de partidos y movimientos de ámbito nacional y a veces internacional. La unidad guerrillera deja de ser un producto puramente local; se convierte en un cuerpo de cuadros permanentes y móviles a cuyo alrededor se articula la fuerza local. Estos cuadros la conectan con

otras unidades hasta formar un "ejército guerrillero" capaz de desarrollar una estrategia a escala nacional y de transformarse en un "auténtico" ejército. También la conectan generalmente con el movimiento nacional no involucrado de manera directa en la lucha armada y particularmente con las ciudades políticamente decisivas. Esto supone un cambio fundamental en el carácter de tales fuerzas: significa que los ejércitos guerrilleros ya no están compuestos sólo de núcleos de revolucionarios puros llegados de fuera del territorio. Por numerosos y entusiastas que sean los voluntarios, el reclutamiento exterior de guerrilleros viene limitado en parte por consideraciones técnicas y en parte porque muchos reclutas potenciales, especialmente los intelectuales y obreros de las ciudades, carecen simplemente de aptitud para esta lucha; les falta el tipo de experiencia que sólo puede adquirirse mediante la acción guerrillera o la vida campesina. Las guerrillas pueden iniciarse partiendo de un núcleo de cuadros, pero incluso una fuerza totalmente exterior, como las unidades comunistas que se mantuvieron durante unos años después de 1945 en Aragón, tuvo que empezar pronto a reclutar sistemáticamente entre la población local. Para lograr éxitos una fuerza guerrillera debe reclutar a la mayoría de sus miembros entre la población local, o entre luchadores profesionales que fueron en su tiempo reclutados de entre la población local; las ventajas militares de esto son inmensas, como ha subrayado Che Guevara, porque el hombre que procede de la población local "tiene amigos, a quienes puede pedir personalmente ayuda; conoce el terreno y lo que en él pueda ocurrir, y contará también con el entusiasmo adicional del hombre que está defendiendo su propia patria".

Pero, si bien la fuerza guerrillera es una amalgama de cuadros procedentes de fuera y de reclutas de la misma zona, deberá sufrir además una transformación completa. No sólo tendrá una cohesión, una disciplina y una moral

sin precedentes, desarrolladas por una educación sistemática (tanto en leer y escribir como en técnicas militares) y por una formación política, sino también una movilidad sobre el terreno sin precedentes. La "Larga Marcha" hizo pasar el ejército rojo de Mao de una punta de China a otra, y los maquis de Tito efectuaron migraciones semejantes después de derrotas parecidas. Dondequiera que vaya un ejército guerrillero aplicará los principios esenciales de la guerra de guerrillas que son inaplicables por los ejércitos convencionales casi por definición: (*a*) pagar todo lo que suministre la población local; (*b*) no violar a las mujeres de la región; (*c*) entregar tierras, justicia y escuelas dondequiera que vaya, y (*d*) no vivir nunca mejor que los habitantes de la zona, ni de una manera distinta.

Estas fuerzas han demostrado ser extraordinariamente poderosas operando como parte de un movimiento político de ámbito nacional y con el apoyo popular. Cuando están en su mejor forma, no pueden ser derrotadas por operaciones militares convencionales. E incluso cuando están en las condiciones peores, sólo pueden ser derrotadas –de acuerdo con los cálculos de los expertos británicos en contrainsurgencia de Malaya y de los demás sitios– en una proporción *mínima* de diez hombres contra uno sobre el terreno; lo que equivale a decir, en Vietnam del Sur, con un *mínimo* de algo así como un millón de norteamericanos y de soldados del régimen títere vietnamita. (Un dato a retener es que los 8.000 guerrilleros malayos inmovilizaron a 140.000 soldados y policías.) Como están descubriendo ahora los Estados Unidos, los métodos militares ortodoxos no vienen en absoluto al caso; las bombas no sirven a menos que haya algo más que arrozales en los que producir cráteres. Las fuerzas "oficiales" o extranjeras pronto se dan cuenta de que la única manera de combatir las guerrillas es la de atacar su base, es decir, la población civil. Han sido propuestas varias maneras de llevar esto a la práctica, desde el anticuado método nazi consistente en tratar a to-

dos los civiles como guerrilleros en potencia, pasando por las matanzas y torturas más selectivas, hasta el sistema hoy popular de secuestrar poblaciones enteras y concentrarlas en recintos fortificados, con la esperanza de privar a las guerrillas de su fuente indispensable de suministros e información. Las fuerzas norteamericanas, con su inclinación habitual a resolver los problemas sociales con medios tecnológicos, muestran preferencia por destruir todo lo que encuentran en amplias superficies, esperando presumiblemente que todas las guerrillas de la zona mueran junto con toda vida humana, animal y vegetal o que, de alguna manera, todos los árboles y arbustos desaparezcan dejando a los guerrilleros sin protección, y de modo que sea posible bombardearlos como a soldados auténticos. El plan de Barry Goldwater de desfoliar los bosques de Vietnam mediante bombas nucleares no era más grotesco que lo que actualmente se está llevando a la práctica según los criterios descritos.

La dificultad de tales métodos consiste en que no hacen sino reafirmar a la población local en su voluntad de apoyo a las guerrillas y promover un constante flujo de reclutas hacia ellas. De ahí la elaboración de planes antiguerrilleros para segar la hierba bajo los pies de los enemigos a través del mejoramiento de las condiciones económicas y sociales de la población local, a la manera del rey Federico Guillermo I de Prusia, de quien se decía que corría tras sus súbditos golpeándoles con el bastón y gritando: "¡Quiero que me améis!" Pero no es fácil convencer a la gente de que sus condiciones de vida están siendo mejoradas mientras sus esposas e hijos son víctimas de bombas incendiarias, especialmente cuando los incendiarios viven como príncipes, si se les juzga según los niveles de vida vietnamitas.

Para los gobiernos antiguerrilla es más fácil hablar de dar la tierra a los campesinos, pongamos por caso, que darla de verdad, pero, incluso cuando llevan a cabo algu-

nas reformas de esta clase, no por ello se ganan necesariamente la gratitud de los campesinos. Los pueblos oprimidos no sólo desean mejoras económicas. Los movimientos insurreccionales de mayor envergadura (entre los cuales figura de manera muy destacada el de Vietnam) son los que combinan elementos nacionales y sociales. Un pueblo que desea pan y *también* independencia no puede contentarse tan sólo con una distribución más generosa de pan. Los británicos contrarrestaron la agitación revolucionaria de los irlandeses, bajo Parnell y Davitt, en la década de 1880, mediante una combinación de coerción y reformas económicas, y no sin cierto éxito; aunque esto no impidió el movimiento revolucionario irlandés que los expulsó en 1916-1922.

Sin embargo, hay limitaciones a la capacidad de un ejército guerrillero de ganar una guerra, aunque habitualmente tenga medios efectivos para evitar perderla. En primer lugar, la estrategia guerrillera no es en modo alguno aplicable en todas partes a escala nacional, y ésta es la razón por la que ha fracasado, totalmente o en parte, en una serie de países, como Malaya y Birmania, por ejemplo. Las divisiones y hostilidades internas —de carácter racial, religioso, etc.— dentro de un país o región pueden limitar la base de la guerrilla a una parte del pueblo, dando automáticamente una base potencial a la acción antiguerrillera en otra u otras partes del mismo. Un caso evidente lo tenemos en la revolución irlandesa de 1916-1922, que fue esencialmente una operación guerrillera y que triunfó en los veintiséis condados pero no en la Irlanda septentrional, pese a contar con una frontera común y una ayuda, activa o pasiva, desde el Sur. (El gobierno británico, dicho sea de paso, nunca tomó esta actitud de simpatía como pretexto para bombardear la presa de Shannon a fin de obligar al gobierno de Dublín a detener su agresión contra el mundo libre.)

Puede haber también pueblos tan poco experimenta-

dos o tan desprovistos de cuadros adecuados que permitan que una guerrilla numerosa y ampliamente arraigada sea liquidada, al menos por un tiempo. Éste quizá sea el caso de Angola. O bien la geografía de un país puede facilitar la acción guerrillera localizada, haciendo a la vez notablemente difícil el despliegue de una guerra de guerrillas coordinada (como tal vez sea el caso en algunos países de Latinoamérica). O un pueblo puede ser simplemente demasiado pequeño para conquistar su independencia con la acción directa sin contar con una ayuda exterior importante frente a una alianza de países ocupantes decididos a eliminarlo. Éste puede ser el caso de los kurdos, espléndidos y tenaces luchadores guerrilleros al estilo tradicional que jamás han logrado su independencia.

Además de estos obstáculos, que varían de uno a otro país, hay el problema de las ciudades. Por muy grande que sea el apoyo al movimiento insurreccional en las ciudades y aunque el origen de sus dirigentes sea urbano, las ciudades y, especialmente, las capitales son el último reducto que un ejército guerrillero capturará. A menos de estar pésimamente aconsejado, son el último punto que un ejército guerrillero atacará. La ruta de los comunistas chinos a Shangai y Cantón pasaba por Yenan. Los movimientos de resistencia italianos y franceses organizaron sus insurrecciones urbanas (París, 1944; Milán y Turín, 1945) para los últimos momentos antes de la llegada de los ejércitos aliados, y los polacos, que no lo hicieron (Varsovia, 1943), fueron derrotados. El poder de la industria, los transportes y la administración modernos sólo puede ser neutralizado por largo tiempo allí donde su densidad sobre el terreno sea escasa. El hostigamiento en pequeña escala y con la interrupción de una o dos carreteras o vías férreas puede bloquear los movimientos militares o la marcha de la administración en zonas rurales de difícil acceso, pero no en la gran ciudad. La acción guerrillera, o su equivalente, es pefectamente posible en la ciudad —al fin y al cabo, ¿cuán-

tos asaltadores de bancos son detenidos en Londres en cualquier época?— y tenemos ejemplos recientes de ello, por ejemplo en la Barcelona de finales de la década de 1940 y en varias ciudades latinoamericanas. Pero su eficacia va poco más allá de una simple perturbación y sólo sirve para crear un clima general de falta de confianza en la eficacia del régimen o para inmovilizar fuerzas de la policía y de otros cuerpos armados que podrían emplearse en otros menesteres.

Finalmente, la limitación más decisiva de la guerra de guerrillas es que no puede vencer hasta que se convierte en guerra *regular*, y en este caso debe afrontar a sus enemigos en el terreno en que éstos son más fuertes. Es comparativamente sencillo para un movimiento guerrillero sólidamente respaldado eliminar el poder oficial de las zonas rurales, excepto en los puntos fuertes donde se concentran físicamente grandes contingentes de fuerzas armadas, y no dejar bajo el control del gobierno o de las fuerzas de ocupación más que las ciudades y guarniciones aisladas y unidas entre sí por unas pocas carreteras o vías férreas (y sólo durante el día) y por aire y radio. El problema real consiste en ir más allá de esta situación. Los manuales dedican mucha atención a esta última fase de la guerra de guerrillas que los chinos y vietnamitas desarrollaron con éxitos muy brillantes contra Chiang Kai-shek y los franceses. Pero estos éxitos no deben llevar a generalizaciones erróneas. La auténtica fuerza de las guerrillas no reside en su capacidad para convertirse en ejércitos regulares capaces de derrotar a otras fuerzas convencionales, sino en su poderío político. La retirada completa del apoyo popular puede producir el colapso de gobiernos locales, a menudo precedido por deserciones masivas que pasan a engrosar las fuerzas guerrilleras, como en China y Vietnam; una victoria militar decisiva de las guerrillas puede precipitar este colapso. El ejército rebelde de Fidel Castro no ganó La Habana; cuando había demostrado que podía no sólo dominar Sierra

Maestra, sino también tomar la capital provincial de Santiago, el aparato gubernamental de Batista se derrumbó.

Las fuerzas de ocupación extranjera suelen ser menos vulnerables y a la vez menos ineficaces. Sin embargo, pueden estar incluso convencidas de su involucración en una guerra que no pueden ganar y de que su precaria dominación sólo puede mantenerse a un costo totalmente desproporcionado. La decisión de suspender el juego devastador es, naturalmente, humillante, y siempre hay buenas razones para postergarla, puesto que raramente ocurre que las fuerzas extranjeras sufran una derrota decisiva, ni siquiera en acciones locales como la de Dienbienfu. Los norteamericanos están todavía en Saigón, bebiendo su aguardiente en un clima de aparente paz, aunque de vez en cuando estalle alguna bomba en un café. Sus columnas cruzan aún el país en todas direcciones, aparentemente a su antojo, y sus pérdidas no son muy superiores a las que causan los accidentes de tráfico en la metrópoli. Sus aviones sueltan bombas donde les place, y todavía hay alguien que ocupa el cargo de primer ministro del Vietnam "libre", aunque sea difícil predecir de un día para otro quién va a ser.

De esta manera, siempre puede sostenerse que un esfuerzo más va a inclinar la balanza: más tropas, más bombas, más matanzas y torturas, más "misiones sociales". La historia de la guerra de Argelia anticipa, a este respecto, la de Vietnam. En el momento de su terminación, había allí medio millón de franceses vestidos de uniforme (frente a una población musulmana total de nueve millones, es decir, un soldado para diociocho habitantes, sin contar la población blanca local profrancesa), y el ejército aún pedía más. Entre otras cosas pedía la destrucción de la República francesa.

Es difícil, en tales circunstancias, poner fin a las propias pérdidas, pero hay ocasiones en que no tiene sentido ninguna otra decisión. Algunos gobiernos pueden tomarla

antes que otros. Los británicos evacuaron Irlanda e Israel mucho antes de que su situación militar se hubiese hecho insostenible. Los franceses se aferraron durante nueve años a Vietn m y durante siete años a Argelia, pero al final se marcharon. Porque, ¿cuál es la alternativa? Las acciones guerrilleras locales o marginales de viejo estilo, tales como las incursiones fronterizas por miembros de tribus, podían ser aisladas o contenidas por varios procedimientos relativamente poco costosos que no interfirieran con la vida corriente de un país o de sus habitantes. Unas pocas escuadrillas de aviación podían bombardear ocasionalmente ciertas poblaciones (procedimiento favorito de los británicos en el Medio Oriente durante el período de entreguerras), se podía establecer una zona fronteriza militar (como en la antigua frontera noroccidental de la India) y en casos extremos el gobierno podía abandonar tácitamente a su suerte y durante un tiempo alguna región remota y agitada, procurando simplemente que la agitación no se extendiera. Pero en una situación como la del Vietnam de hoy o la de Argelia de finales de la década de los 50, tales procedimientos no habrían funcionado. Si un pueblo no quiere seguir siendo gobernado al viejo estilo, no se puede hacer gran cosa. Naturalmente, si se hubieran celebrado elecciones en Vietnam del Sur en 1956, tal como habían establecido los acuerdos de Ginebra, las opiniones de sus habitantes se habrían dado a conocer a un costo considerablemente inferior.

¿Qué les queda en tal caso a los contrainsurgentes? Sería absurdo pretender que la guerra de guerrillas es una receta infalible para el triunfo revolucionario o que sus perspectivas de éxito, hoy por hoy, son realistas más allá de en un escaso número de países relativamente subdesarrollados. Los teóricos de la "contrainsurgencia" pueden por consiguiente tranquilizarse con la convicción de que no están destinados *siempre* a perder. Pero ésta no es la cuestión. Cuando por una u otra razón una guerra de guerrillas llega

a ser genuinamente nacional en carácter y en alcance territorial, y cuando ha expulsado a la administración oficial de amplias zonas del campo, las probabilidades de derrotarla son nulas. Que los mau-mau fueran derrotados en Kenya no es ningún consuelo para los norteamericanos en Vietnam y menos si se tiene en cuenta que Kenya es ahora independiente y que los mau-mau son considerados pioneros y héroes de la lucha nacional. El hecho de que el gobierno birmano no haya sido derrocado jamás por las guerrillas no era ningún consuelo para los franceses en Argelia. El problema, para el presidente Johnson, es Vietnam y no las Filipinas, y la situación en Vietnam está perdida.

Lo único que queda en tales situaciones es una suma de ilusiones y de terror. Las racionalizaciones de la actual política de Washington estuvieron todas anticipadas en Argelia. Portavoces franceses oficiales nos dijeron que el argelino corriente estaba del lado de Francia o que, si no lo estaba explícitamente, quería sólo paz y tranquilidad, pero que el FLN lo aterrorizaba. Se nos decía, prácticamente una vez por semana, que la situación había mejorado, que ya estaba estabilizada, que al mes siguiente podría verse como las fuerzas del orden recobraban la iniciativa, que todo lo que se necesitaba eran otros pocos miles de soldados y otros pocos millones de francos. Se nos decía que la rebelión pronto decaería, una vez privada de sus santuarios extranjeros y de sus fuentes de suministros. Esos santuarios (Túnez) fueron bombardeados y la frontera cerrada herméticamente. Se nos dijo que con la sola supresión del gran centro de subversión musulmana en El Cairo todo se arreglaría. Los franceses, por consiguiente, declararon la guerra a Egipto. En los últimos períodos se nos dijo que podía haber algunas gentes que desearan *realmente* librarse de los franceses, pero que, como el FLN obviamente no representaba al pueblo argelino, sino sólo a una banda de infiltrados ideológicos, sería una infame deslealtad hacia los argelinos aceptar negociar con ellos. Se nos habló de

las minorías que debían ser protegidas contra el terror. Lo único que no se nos dijo fue que Francia, si fuera necesario, usaría armas nucleares, porque Francia en aquellos momentos no tenía ninguna. ¿Cuál fue el resultado de todo ello? Que Argelia hoy está gobernada por el FLN.

El medio por el que las ilusiones se tornan reales es el terror, principalmente el que se ejerce —por el peso de las propias circunstancias— contra la población no combatiente. Hay el terror al viejo estilo, ejercido contra la población civil por soldados temerosos y desmoralizados por el hecho de que en esta clase de guerras cualquier civil puede ser un luchador enemigo y que culmina en las infamantes represalias masivas de las que son ejemplo los arrasamientos de poblaciones, como Lidice y Oradour por parte de los nazis. Los artífices inteligentes de la contrainsurgencia desaconsejan este tipo de actuaciones porque convierten a la población local en una masa totalmente hostil. Sin embargo, esta clase de terror y de represalias no dejan de producirse. Por añadidura, se dará la más selectiva de las torturas a prisioneros para lograr información. En el pasado, tal vez hubiera alguna limitación moral a este tipo de tortura, pero no la hay, por desgracia, en nuestro tiempo. La verdad es que hemos llegado tan lejos en el olvido de los más elementales reflejos de humanidad que en Vietnam fotografiamos a torturadores y víctimas y publicamos las fotografías en la prensa.

Un segundo tipo de terror es el que está en la base de toda guerra moderna, cuyos objetivos hoy en día son esencialmente las poblaciones civiles más que los combatientes. (Nadie habría desarrollado los arsenales nucleares de ser otros los fines de la guerra.) Según la ortodoxia bélica, el propósito de la destrucción masiva indiscriminada es el de quebrantar la moral de la población y del gobierno y destruir la base industrial y administrativa sobre la que debe reposar todo esfuerzo ortodoxo de guerra. Ninguna tarea es tan fácil en la guerra de guerrillas, porque apenas hay

ciudades, fábricas, comunicaciones u otras instalaciones que destruir, ni nada parecido a la vulnerable máquina administrativa central de un estado avanzado. Por otra parte, ciertos éxitos más modestos pueden dar buenos resultados. Si el terror llega a convencer a una sola zona de que retire su apoyo a las guerrillas, empujándolas así hacia otras zonas, es una ganancia neta para la acción antiguerrillera. De manera que la tentación de seguir bombardeando e incendiando a placer es irresistible, especialmente para países como los Estados Unidos, que podrían despojar enteramente de vida toda la superficie de Vietnam del Sur sin consumir más que limitadamente sus reservas de armamento y dinero.

Finalmente, hay la forma más desesperante y desesperada de terror que los Estados Unidos están ahora aplicando: la amenaza de extender la guerra a otras naciones a menos que logren detener en alguna medida la acción guerrillera. Esto no tiene ninguna justificación racional. Si la guerra de Vietnam fuera realmente lo que el Departamento de Estado pretende, a saber, una agresión extranjera "indirecta" sin ninguna "rebelión espontánea y autóctona", entonces no sería necesario ningún bombardeo de Vietnam del Norte. El Vietcong no tendría más importancia en la historia que los intentos de desencadenar una guerra de guerrillas en España después de 1945, intentos que se fueron desvaneciendo y que dejaron pocas huellas, salvo algunas narraciones en periódicos locales y unas escasas publicaciones por parte de policías españoles. A la inversa, si el pueblo de Vietnam del Sur apoyara realmente al general de turno que pretende encabezar su gobierno o si se limitara tan sólo a desear que se le dejara en paz, no habría en ese país más problema que los existentes en los vecinos reinos de Camboya y Birmania, donde han existido o existen todavía movimientos guerrilleros.

Pero está claro hoy —y debería haberlo estado siempre— que el Vietcong no se irá tranquilamente, y que ningún milagro transformará Vietnam del Sur en una estable república anticomunista en un futuro previsible. Como saben la mayoría de los gobiernos del mundo (aunque uno o dos, como el británico, son demasiado dependientes del de Washington para decirlo abiertamente), no puede haber solución militar en Vietnam sin por lo menos una guerra terrestre convencional de gran envergadura en el Extremo Oriente, que probablemente se convertiría en una guerra mundial cuando los Estados Unidos, antes o después, descubrieran que tampoco podían ganar esa guerra convencional. Y esta guerra sería librada por varios centenares de miles de soldados norteamericanos, porque los aliados de los Estados Unidos, aunque sin duda dispuestos a enviar un batallón o una unidad sanitaria como prueba de buena voluntad, no son tan insensatos como para involucrarse seriamente en un conflicto de esta clase. La presión para escalar un poco más irá en aumento, así como la creencia del Pentágono en la más suicida de todas las numerosas ilusiones vietnamitas: la de que, en la última acción decisiva, los norvietnamitas y chinos puedan ser empujados hacia la derrota o retirada mediante el terror provocado por la perspectiva de una guerra nuclear.

No pueden serlo, y por tres razones. En primer lugar, porque nadie cree (digan lo que digan las computadoras) que un gobierno de los Estados Unidos, realmente interesado en un mundo estable y pacífico, vaya a desencadenar una guerra nuclear sobre Vietnam. Vietnam del Sur es una cuestión de importancia vital para Hanoi y Pekín, del mismo modo que la retirada de los cohetes soviéticos del Caribe era considerada en Washington como una cuestión vital; en cambio, en Vietnam sólo se plantea para los Estados Unidos un problema de salvar la cara, como las bases cubanas de cohetes no eran más que una cuestión marginal para Jruschov. Los rusos se retiraron en el caso de Cuba porque para ellos no merecía ninguna clase de guerra mundial, ni nuclear ni convencional. Por la misma razón

cabe esperar que los Estados Unidos se retiren de Vietnam del Sur, suponiendo que estén interesados en la paz mundial y que pueda encontrarse, como es de suponer, algún tipo de fórmula que permita salvar la cara.

En segundo lugar, y suponiendo que los Estados Unidos realmente no estén dispuestos a ningún arreglo realista en Vietnam del Sur, su amenaza nuclear no funcionará a largo plazo porque Vietnam del Norte y China (y unos pocos otros países) llegarán a la conclusión de que no se puede esperar nada de las concesiones, a no ser una nueva escalada de exigencias por parte de los Estados Unidos. Se habla tanto de "Munich" en Washington estos días que se olvida hasta qué punto la situación debe parecerse a "Munich" desde el otro bando. Un gobierno que se considera libre para bombardear un país con el que no está en guerra no puede sorprenderse de que China y Vietnam del Norte se nieguen a creer que ésta sea la última concesión que se les pida que hagan. Hay situaciones hoy en día, y el gobierno de los Estados Unidos lo sabe perfectamente, en que algunos países están dispuestos a afrontar los riesgos de una guerra mundial e incluso de una guerra nuclear. Para China y Vietnam del Norte, Vietnam del Sur es una de esas situaciones y los chinos siempre lo han dicho con claridad. Creer lo contrario es una ensoñación peligrosa.

En tercer y último lugar, la amenaza de guerra nuclear contra China y Vietnam del Norte es relativamente ineficaz, porque se trata de una amenaza que pesa más contra los países beligerantes que estén *industrializados*. Supone que en la guerra moderna llega un momento en que un país o un pueblo tiene que ceder porque su espinazo está quebrado. Éste es el desenlace cierto de una guerra nuclear para estados industriales de pequeña y media dimensión, y un desenlace probable para grandes países (incluidos los Estados Unidos), pero no es el desenlace necesario para un estado relativamente subdesarrollado, especialmente para uno tan gigantesco como China. Es indudable que China

(sin la URSS) no tiene ninguna posibilidad de derrotar a los Estados Unidos. La fuerza de su posición consiste en que tampoco puede ser vencida en ningún sentido realista de la palabra. Sus bombas nucleares –más testimoniales que efectivas– pueden ser destruidas, así como sus industrias, sus ciudades y muchos de entre sus 700 millones de ciudadanos. Pero todo esto no haría más que retrotraer el país al nivel en que estaba en tiempos de la guerra de Corea. No hay bastantes norteamericanos para conquistar y ocupar el país.

Es importante para los generales norteamericanos (y para cualquier otro que elabore previsiones en torno a la guerra partiendo de suposiciones derivadas de una sociedad industrial) darse cuenta de que una amenaza nuclear será considerada por los chinos o bien como algo inverosímil o como algo inevitable, pero no algo decisivo. Por consiguiente, no actuará *como una amenaza*, aunque sin duda los chinos no se precipitarán con ligereza hacia una guerra de envergadura, y especialmente hacia una guerra nuclear, aunque crean que es inevitable. Como en el caso de la guerra de Corea, no es probable que entren en guerra hasta ser directamente agredidos o amenazados. Por consiguiente, queda en pie el dilema de la política norteamericana. El hecho de tener tres veces más bombas nucleares que el resto del mundo es muy impresionante, pero no impedirá a los pueblos hacer las revoluciones que el señor McGeorge Bundy desapruebe. Las bombas nucleares no pueden ganar guerras de guerrillas como la que los vietnamitas están ahora librando, y sin estas armas es improbable que incluso las guerras convencionales puedan ser ganadas en esa región. (La guerra de Corea fue, en el mejor de los casos, un empate.) Las bombas nucleares no pueden usarse como una *amenaza* para ganar una pequeña guerra que está perdida, ni siquiera para una guerra de dimensiones medias, ya que, aunque las masas pueden ser diezmadas, el enemigo no puede ser llevado a la rendición. Si los

Estados Unidos pueden llegar a admitir las realidades del Sudeste asiático, volverán a encontrarse aproximadamente en la posición que ocupaban antes, esto es, la posición de la potencia más formidable del mundo, cuya posición e influencia nadie quiere disputar, aunque sólo sea porque nadie puede, pero que, al igual que todas las demás potencias del presente y del pasado, debe vivir en un mundo que no es plenamente de su agrado. Si los Estados Unidos no llegan a admitirlo, antes o después lanzarán aquellos cohetes. El peligro es que los Estados Unidos, afectados por la conocida enfermedad del infantilismo de gran potencia –un sueño de omnipotencia–, se dejen arrastrar hacia la guerra nuclear antes que afrontar la realidad.[1]

(1965)

1. Aunque la situación ha cambiado después de haber sido escrito este artículo, poco después de la decisión de los Estados Unidos de proceder a la escalada de 1965 en la guerra vietnamita, he preferido volverlo a publicar sin modificaciones, en parte porque las argumentaciones generales siguen siendo válidas, pero en parte también por el gusto de dejar constancia de una predicción que se ha cumplido.

18

CIVILES CONTRA MILITARES EN LA POLÍTICA DEL SIGLO XX

Desde la Revolución francesa todos los gobiernos modernos se han enfrentado con el problema de las relaciones entre el poder civil y los militares. La mayor parte de ellos han vivido de vez en cuando bajo la amenaza de un golpe militar. Ya Napoleón Bonaparte proporcionó el primer ejemplo moderno de este fenómeno y, durante largo tiempo, su denominación característica: el bonapartismo. Naturalmente, los gobiernos tenían también, en épocas anteriores, problemas con sus fuerzas armadas. Los oficiales de la guardia eran proverbiales hacedores de reyes, o bien asesinos de emperadores en la Rusia del siglo XVIII, como lo habían sido los jenízaros en el Imperio otomano. Pero en los estados feudales y absolutistas de la Europa central y occidental, las fuerzas armadas eran pocas veces separables de la nobleza, de entre la cual se reclutaban sus oficiales. En los casos extremos, no podía surgir ningún conflicto político entre civiles y militares, ya que unos y otros procedían del mismo grupo social: la aristocracia y la nobleza feudal. Mejor dicho, podían surgir conflictos, pero sólo, por así decir, acerca de las líneas de demarcación. Era prácticamente imposible para los rebeldes armados (es decir, nobles) concebir cualquier gobierno que no

fuera el de la legítima dinastía hereditaria o de quien pretendiera por lo menos pertenecer a ella. Podían desafiar a un miembro concreto de la misma o disputar acerca de un arreglo particular dentro del marco de la propia monarquía, pero constitucionalmente no ofrecían una alternativa. De hecho, como muestra muy bien la Restauración Meiji en Japón, en última instancia incluso el más inactivo y nominal de los reyes o emperadores legítimos tenía, por esta razón, reservas sorprendentes de poder político contra los nobles más poderosos que gobernaban en su nombre, siempre que optara por ejercerlas.

Pero no estamos considerando ahora las sociedades aristocráticas y absolutistas tradicionales, sino sociedades modernas, donde las fuerzas armadas son un departamento especial del poder público, diferente –por su personal y generalmente por el reclutamiento social de sus oficiales– de otras partes del aparato del poder y no ligado necesariamente a las partes civiles del mismo por una lealtad de tipo tradicional y casi ritual. A veces hallamos supervivencias de la vieja relación, como en la Prusia decimonónica y en la Alemania imperial, donde los cuerpos de oficiales del ejército (aunque no los de la marina) estaban formados en gran proporción por *junkers*, quienes difícilmente habrían considerado siquiera imaginable la rebelión contra el rey, que era la piedra angular de su clase; por lo menos, mientras se comportara tal como ellos imaginaban que un rey debía comportarse. En una forma más atenuada, lo encontramos incluso en la Alemania de Hitler, donde el hecho de haber pronunciado un juramento personal de lealtad al jefe del estado significaba indudablemente mucho para los oficiales. Pero estos fenómenos son cada vez más marginales en los estados modernos, que han tendido cada vez más a ser repúblicas, donde la lealtad no se debe formalmente a una dinastía o incluso a una persona, sino a un concepto ("el pueblo", "la república", "la constitución", etc.), y a grupos particulares de individuos –tales como los gobiernos–, en la medida en que representan tales conceptos. Es muy fácil decidir que se es leal a la república, al pueblo o a la constitución (si ésta viene definida con la suficiente vaguedad), mientras que el gobierno no lo es. Muchos soldados lo han decidido así, y en algunos países, especialmente en los ibéricos y latinoamericanos desde comienzos del siglo XIX, los soldados se han atribuido un derecho permanente al golpe de estado por cuanto se consideran defensores *ex officio* del pueblo, de la república, de la constitución y de los valores básicos, ideológicos o de otro tipo, del estado.

Virtualmente todos los estados modernos han adoptado el principio, por lo menos desde Napoleón, de que la relación ideal entre los militares y los gobiernos civiles es la subordinación de aquéllos a éstos. Se ha dedicado un generoso esfuerzo intelectual en algunos países a garantizar esta subordinación, y en ninguna parte con mayor fuerza que en los estados surgidos más directamente de la tradición revolucionaria, los que están bajo el gobierno de partidos comunistas. Su problema ha sido siempre particularmente agudo, ya que los gobiernos revolucionarios surgidos de la insurrección y la lucha armada son vulnerables a los hombres que han sido sus artífices. Como atestiguan los debates de los años veinte en la Rusia soviética, eran muy sensibles a los peligros de "bonapartismo". Su decisión de que el ejército esté subordinado al partido ha sido absoluta, e incluso los chinos, que durante la "Gran Revolución Cultural" se apartaron de esta tradición, parecieron volver a ella en 1971. Hasta ahora, los regímenes comunistas han logrado, con éxito notable, mantener la supremacía civil –no hace falta que aventuremos ninguna profecía–, si bien puede argüirse que al fijarse únicamente en los peligros de un golpe militar han subestimado otro peligro, por lo menos hasta 1956. Se trata del peligro de una dominación *de facto* por parte de la policía, abierta o secreta, contra el que la historia de la Revolución francesa no

proporcionaba ningún ejemplo admonitorio. El término "policía" se usa aquí no para designar el aparato tradicional y relativamente modesto de orden público y espionaje interior, sino el fenómeno, con escasos precedentes en el siglo XIX, de amplios y cada vez más poderosos centros paralelos de fuerzas armadas, administración y poder, como las SS alemanas. Sin embargo, los estados gobernados por los comunistas se han visto regidos por una mentalidad apasionadamente civil, y así lo han tenido que descubrir incluso reconocidos héroes nacionales, como el mariscal soviético Zhukov.

Las democracias parlamentarias occidentales no han renunciado, en general, al valor publicitario de la gloria militar. No sólo la República de Weimar eligió para la presidencia a su general más eminente. El mariscal MacMahon y el general De Gaulle en Francia, el duque de Wellington en Gran Bretaña y una lista notablemente larga de generales presidentes en los Estados Unidos, que termina (por el momento) con el general Eisenhower, dan fe del atractivo político que posee un uniforme con altas condecoraciones. Y dan fe también, dicho sea de paso, de la actitud de renuncia que los gobiernos comunistas han adoptado a este respecto. En general, no obstante, los estados occidentales típicos –el término es suficientemente claro para no requerir ninguna definición pedante– no han tenido demasiados problemas en cuanto a la amenaza de un golpe militar. Los militares han tenido en ellos una gran influencia y han cambiado gobiernos o han creado las condiciones bajo las cuales los gobiernos podían cambiar, pero, aunque no es corriente admitirlo, raramente han gobernado *ellos mismos* o se han considerado a sí mismos como posibles rivales de los gobiernos integrados por civiles, ni como sus custodios.

Su homólogo político ha sido más bien la función pública, cuerpo de personas obligadas, sean cuales sean sus opiniones personales, a llevar a cabo los deseos de cual-

quier gobierno dotado de soberanía formal y de responsabilidad para tomar decisiones políticas. Esto no excluye que los funcionarios públicos no puedan haraganear en sus tareas, entregarse a formas livianas de sabotaje y a cabildeos secretos en favor de sus puntos de vista políticos o interpretar la política oficial en términos próximos a sus opiniones. Pero significa que formalmente han sido y son *brazos* del gobierno, no el gobierno mismo. A.B. Cobban, en su última época, subrayó esta analogía en el caso del ejército francés. Es cierto en gran medida, a pesar de las diversas intervenciones de ese ejército en política, y del hecho de que durante largos períodos los orígenes sociales de sus oficiales, su ideología y sus concepciones políticas (católicas y monárquicas) contrastaban casi frontalmente con las de sus superiores políticos. El primer Napoleón fue la gran excepción, pero sólo mientras no estuvo en el poder. Después fue un gobernante normal que de vez en cuando partía a ganar batallas. El ejército no era más importante en su régimen que bajo cualquier otro en guerra. Napoleón III ni siquiera era militar, y su subida al poder puede atribuirse en muy escasa medida al ejército; si éste le apoyó en 1851 fue porque *ya* era el gobierno real. El ejército que llevó al mariscal Pétain al poder fue alemán y no francés. En cuanto al general De Gaulle, se libró de los conspiradores militares que le elevaron al poder tan pronto como pudo, después de lo cual puso el ejército bajo el control del poder civil, al modo habitual y sin demasiadas dificultades. Apeló nuevamente a él en 1968, pero evidentemente (hasta el momento actual) sin volver a despertar sus ambiciones políticas.

A la inversa, en tales países –como es el caso de Francia– los intentos del ejército de coaccionar a los políticos han tenido, en conjunto, un éxito notablemente escaso. En los casos en que el ejército francés no ha aceptado como legítimo el gobierno existente y actuante, cualquiera que éste haya sido –y en 1830, 1848, 1851 y 1870 se produjeron sin

pestañear cambios de lealtad hacia el gobierno constituido—, el ejército ha probado ser más débil que el gobierno. Durante la Tercera República, cuando el ejército se enfrentó con los gobernantes civiles, como en el curso de las crisis Boulanger y Dreyfus, ganaron los civiles. Creo que puede decirse con toda seguridad que la negativa del ejército británico a poner en funcionamiento el *Home Rule* en Irlanda en 1914 fue consecuencia no de una determinación propia, sino de las medrosas vacilaciones del gobierno liberal. Éste no dio órdenes firmes, de tal manera que un ejército basado en el principio de obediencia se encontró sin ninguna directriz. Truman nunca estuvo seriamente amenazado por MacArthur. En el caso más extremo de ejército conscientemente opuesto al gobierno establecido, la rebelión de los dirigentes militares alemanes contra Hitler, el desenlace era claro. La vía por la que los ejércitos de los países occidentales han intervenido en las cuestiones de gobierno ha sido la de la acción política, y los generales que han logrado éxitos en este terreno no son los que han conseguido movilizar a sus compañeros de armas, sino los que han logrado apoyos en las cortes o en los grupos de presión de los parlamentos. De hecho, una de las causas de la fuerza del general De Gaulle residía en su rara mezcla de las dotes del jefe militar y las del político notablemente sutil, por no decir tortuoso. Ésta es una mezcla cuya eficacia debería haber aprendido, a partir de un siglo y medio de historia, cualquier general francés deseoso de desempeñar un papel político. Pero pocos han sido capaces de aprender esa lección.

Todo lo anterior sugiere que los ejércitos son políticamente neutros, que sirven a cualquier régimen con parecida obediencia, aunque no con la misma lealtad. Ésta es la situación de muchos policías, y se sabe de muchos casos en que se enorgullecen de su hobbesiana disposición para ponerse al servicio de cualquier Leviathan que se ponga por delante, aunque los revolucionarios que se han visto interrogados por el mismo funcionario de policía, primeramente bajo un régimen capitalista y luego bajo uno socialista, no hayan apreciado tanto las virtudes de esta teoría política. Sin embargo, las fuerzas armadas y de policía, aunque coincidan en su disciplina y jerarquización, en que son fuerzas provistas casi siempre de uniforme y de armas y destinadas a poner en ejecución las decisiones políticas y no a elaborarlas, son completamente distintas en su comportamiento político. En cuanto a los ejércitos, hay límites a su lealtad. ¿Aceptarán regímenes sociales revolucionarios? La respuesta es que probablemente no, aunque se trata de un tema habitualmente rodeado de mitos. (Por ejemplo, no sabemos con la suficiente exactitud cuántos miembros de las fuerzas armadas españolas se mantuvieron leales a la República en 1936; probablemente fueron más de los que se suele suponer. Ni sabemos qué proporción de oficiales zaristas sirvieron, o hubieran servido, lealmente al gobierno soviético.) Como la mayoría de revoluciones obtienen la victoria porque los ejércitos que deberían contenerlas han dejado de ser instrumentos fiables para mantener el orden y por consiguiente se yerguen sobre las ruinas (tal vez temporales) de las fuerzas armadas anteriores, pocos han dudado de que los ejércitos están fundamentalmente en contra de la revolución social. Ciertamente, lo están. La observación empírica muestra, con mucho, que los oficiales de los ejércitos de los países occidentales son socialmente conservadores y que también lo son los militares de carrera, a diferencia de los soldados del reemplazo.

El hecho de que la Reichswehr del período de entreguerras estuviera en disposición de ser leal primero a la República de Weimar y después a Hitler, regímenes ambos hacia los que los generales no tenían la menor simpatía, no prueba que hubiera mostrado la misma lealtad hacia un régimen comunista. Lo más probable es que no. Los ejércitos que rehusaran la obediencia a tal tipo de regímenes

permitir la acción de otros) debido en parte a las notorias rivalidades y ambiciones de los altos oficiales, cuyo testimonio abunda en la literatura autobiográfica de los hombres de armas, y en parte porque sus fortunas personales dependen directamente de los gobiernos civiles; es decir, dependen de la práctica ortodoxa de la política. Tienen mucho que ganar en el interior del sistema existente y más que perder si se deciden a abandonarlo. Los oficiales de menor graduación tienen más que ganar, pero les resulta difícil concertar su acción fuera del marco estrecho del regimiento, la guarnición o la pequeña fuerza expedicionaria, aunque la pertenencia a alguna asociación de ex combatientes puede ayudarles a ensanchar su radio de acción. En conjunto, en los países desarrollados los golpes de estado no organizados o, por lo menos, respaldados por generales parecen poco probables. Las situaciones más peligrosas suelen ser aquellas en que los oficiales de menos graduación se organizan y movilizan políticamente, por ejemplo en sociedades secretas nacionalistas, y toman la iniciativa de golpes de estado o amotinamientos que, aunque fracasen, obligan a los generales a mostrar su solidaridad con movimientos hacia los que, en cualquier caso, sienten más simpatía que hacia los desacreditados gobernantes civiles. No necesitamos abordar el problema del papel especial de ciertos cuerpos y unidades de élite destinados a un tipo de acción rápida, como los de paracaidistas y "comandos". En los países desarrollados, se puede vaticinar sobre seguro que los coroneles, que están a medio camino entre los generales y los oficiales de graduación inferior, constituyen el grupo militar probablemente más peligroso desde el punto de vista político.

Por lo demás, los golpes dados por suboficiales son raros incluso en los países subdesarrollados, independientemente de la envergadura del ejército, y prácticamente inviables en países desarrollados. Si la tropa de cualquier ejército desempeña un papel político, ya no se trata de política militar. En tal caso intervienen en política como civiles. Su arma más poderosa es análoga a la huelga de los trabajadores civiles, a saber: la negativa a cumplir las órdenes. En momentos cruciales, puede decidir la suerte de los gobiernos. El ejemplo más reciente es tal vez la negativa de los soldados franceses del reemplazo en Argelia a seguir a sus oficiales en un *putsch* contra De Gaulle. Hasta cierto punto, los ejércitos obligatorios tienen una cierta capacidad intrínseca de resistencia a los golpes militares, pero no habría que especular demasiado acerca del posible alcance de esta capacidad de resistencia. Probablemente no sería demasiada.

Lo dicho vale tanto en los países occidentales como en los comunistas. Sin embargo, queda la muy extensa porción del mundo donde la política militar desempeña un papel más importante, especialmente en tiempos de crisis. Se trata de la mayor parte del llamado "Tercer Mundo" o "mundo subdesarrollado", es decir, los estados ibéricos y latinoamericanos, los estados islámicos, la parte de África situada al sur del Sahara y extensas superficies de Asia. Japón pertenece más al "mundo desarrollado", en el sentido de que la política militar aparece allí más como expediente temporal que como probabilidad permanente. Con todo, conozco poco de este país para hablar de él con seguridad.

En esta amplísima zona, la norma la han constituido frecuentemente los gobiernos militares, que siempre han venido determinados por la existencia misma de un ejército, de tal manera que su supresión ha parecido exigir a menudo la de las propias fuerzas armadas.[1] Esta vulnerabilidad al intervencionismo político de los militares se ha he-

1. Esto no es tan impracticable como podría parecer. Aunque sólo un estado (Costa Rica) ha abolido el ejército, México ha reducido sus fuerzas armadas a algo así como setenta mil hombres —en un país de quizás cincuenta millones— y ha conseguido así evitar los golpes militares desde los años sesenta.

cho patente durante más de 150 años en la América Latina, única región del Tercer Mundo que ha gozado durante tanto tiempo de independencia política bajo regímenes republicanos, y resultó asimismo patente a los pocos años de la implantación de la independencia política en la mayoría de los restantes países subdesarrollados. Es muy fácil hacer una lista de los países occidentales que nunca han estado bajo dominio militar en los últimos 150 años, aunque algunas veces, como Gran Bretaña y Bélgica, se hayan visto envueltos en guerras importantes. Hay muy pocos países del Tercer Mundo gobernados hoy por una administración civil donde las probabilidades de que ésta continúe durante los próximos veinte años no se modifiquen. Se suele convenir en que la reciente tendencia a la implantación de regímenes militares no ha sido en modo alguno enteramente espontánea.

El porqué es un interrogante que no puede contestarse simplemente mediante un análisis de la composición social o de los intereses corporativos de las fuerzas armadas. Estos intereses corporativos no son nada insignificantes, ya que los gastos militares pueden llegar a absorber más del 20 por ciento del presupuesto anual del gobierno, por citar un estimación hecha sobre Latinoamérica a comienzos de los años sesenta, y la presión para mantener esta desproporcionada asignación presupuestaria involucra claramente a las fuerzas armadas (entre las cuales los ejércitos son con mucho el grupo más numeroso) en la política nacional. Su propia composición social tampoco es ilustrativa. El cuerpo de oficiales raramente se extrae de modo predominante de una aristocracia terrateniente, como los *junkers* prusianos, o de los sectores de esta clase con tradicionales lazos familiares con la vida militar. Estos estratos sociales o no existen o han sido desplazados por oficiales de diferente origen social, como en la Argentina, donde sólo el 28 por ciento de los mandos superiores del ejército y de la aviación proceden de las familias "tradicionales". Dejando

aparte los casos especiales en que grupos importantes de las fuerzas armadas son reclutados en el seno de determinadas minorías nacionales, tribus u otros grupos (como las "razas marciales", tan convenientemente empleadas por antiguos gobiernos colonialistas y que a veces han sobrevivido a la independencia de sus países), la mayoría de los oficiales del mundo subdesarrollado pueden incluirse de una u otra manera en la "clase media". Pero esta caracterización por sí misma significa muy poco.

"Clase media" puede querer decir que la oficialidad se recluta en los estratos acomodados que poseen el poder económico y político, como en la Argentina, donde el 73 por ciento de los generales del ejército y la aviación provienen de la "burguesía acomodada".[2] En este caso, sus inclinaciones políticas, dejando de lado los intereses corporativos y los esquemas mentales particulares de la vida militar, tienden a parecerse a los de su clase, es decir, tienden a ser conservadores. O, por referirnos a un caso más típico, pueden provenir de la clase inferior o de la burguesía provincial modesta, y en tal caso el ejército es una de las carreras más prometedoras para la promoción social de los hijos de estas capas. Un cuerpo de oficiales compuesto en gran medida por miembros de una clase media militar que aspiran a ascender, cada vez más profesionalizados y formados técnicamente, tendrá menos propensión a identificarse con la clase alta ya establecida allí donde exista. Pueden ser políticamente más avanzados (o "modernizadores") en el sentido civil (por ejemplo, en el siglo XIX, "liberales") o en algún sentido militar (como el "nasserismo" del siglo XX). También hay, por supuesto, los dirigentes militares que realmente se han forjado a sí mismos saliendo de la tropa. Abundan durante las revoluciones y después de ellas, así como en los largos períodos de desorden político, por ejemplo en la América Latina del

2. José Luis Imaz, *Los que mandan*, Buenos Aires, 1968, p. 58.

siglo XIX, donde el caudillo era a veces un simple soldado que había labrado su ascensión hasta llegar a mandar una fuerza suficientemente grande para rodear el palacio presidencial más próximo. Hoy en día los jefes que se han hecho a sí mismos y se han promovido a sí mismos de esta manera sólo suelen abundar en ex-colonias que antes de la independencia no poseían unidades armadas nativas ligadas al territorio del que había de ser estado independiente, o por lo menos carecían de un número significativo de oficiales indígenas. Esto es lo que ha ocurrido en la mayor parte del África situada al sur del Sahara.

Sea cual sea la composición social de tales cuerpos de oficiales, la tendencia al gobierno militar refleja no tanto sus características propias cuanto la ausencia de estructura política estable en el país. ¿Por qué es menos frecuente en los estados comunistas, algunos de los cuales eran igualmente "atrasados" antes de la revolución? Esencialmente, porque las revoluciones sociales genuinas establecen una legitimación convincente del poder civil —el propio movimiento de masas y las organizaciones (partidos, etc.) que dicen hablar en su nombre— y asimismo porque inmediatamente se dedican a construir unos mecanismos de gobierno que llegan hasta la base misma de la sociedad. El ejército que emerge de ellas, por consiguiente, tiende a ser no el creador, sino la creación del régimen o del partido, y no es más que una entre las muchas instituciones creadas por él. Es más: tiene dos funciones primarias que lo mantienen ocupado: la defensa y la educación de las masas. Esto no elimina del todo el peligro. Hay casos particulares, como el de Argelia, donde el "movimiento" no tenía la preeminencia o, mejor dicho, donde el "ejército" coexistió independientemente con él durante largos períodos antes de la independencia; o en Bolivia, donde el "movimiento", que en gran medida había destruido el viejo ejército en la revolución de 1952, no pudo conservar el dominio del suyo propio, tal vez y principalmente porque uno y

otro dependían considerablemente de los Estados Unidos. Pero en conjunto —y esto vale para regímenes como el mexicano que, aun no siendo comunistas, son producto de revoluciones sociales auténticas— el ejército está subordinado al partido o a la organización civil, si no llega a subordinársele.[3]

Sin embargo, la mayor parte del Tercer Mundo no ha logrado la independencia política a través de movimientos de masas o de revoluciones sociales. Una gran parte de él ni siquiera contenía las bases iniciales de un estado moderno, y, de hecho, como ha ocurrido en tantos países africanos, la principal función del nuevo aparato de estado ha sido la génesis de una burguesía o de una clase dirigente nacional que anteriormente no existía. En tales países, la legitimación del estado es incierta. En la América Latina del siglo XIX, como en el África de mediados del siglo XX, ocurre que ni siquiera se sabe claramente qué territorio pertenece al estado, puesto que sus fronteras han sido determinadas por accidentes históricos tales como las divisiones administrativas del antiguo poder colonial, por las antiguas rivalidades imperialistas o por accidentes económicos como la distribución de grandes latifundios. Sólo el poder militar es real, porque el más ineficaz e inexperto de los ejércitos es lo bastante eficaz como para rodear el palacio presidencial y ocupar la estación de radio y el aeropuerto sin apelar a ninguna otra fuerza; además, raras veces hay otra fuerza a la que apelar y, si la hay, el gobierno puede dudar en llamarla. Incluso ese poder a menudo no es demasiado real. Como muestran los golpes de estado

3. El caso mexicano es particularmente interesante porque la revolución estuvo conducida en gran medida por generales insurrectos que actuaban cada uno por su cuenta y que fueron eliminados como fuerza política importante en el transcurso de unos veinte años, dando a México la ventaja de un presupuesto militar de menos de un uno por ciento del PNB del país en la década de 1960, porcentaje menor aún que el de Uruguay.

fracasados en unas u otras zonas de la antigua África británica y francesa, una fuerza europea muy pequeña puede neutralizarlo. (Y, a la inversa, más de un golpe en los últimos años se ha debido al aliento, oficial o no, de potencias extranjeras.) Pero en términos generales puede decirse que el Tercer Mundo es golpista porque no ha tenido revoluciones auténticas, y, hoy, más golpistas que nunca porque tanto las fuerzas internas como las potencias exteriores quieren evitar las revoluciones. Los casos mucho más raros en los que los militares se hacen cargo del poder porque hay una base para la revolución, aunque ninguna fuerza civil apta para llevarla a efecto, serán examinados más adelante.

La política militar, tanto en los países avanzados como en el Tercer Mundo, no es, por consiguiente, una clase particular de política, sino algo que llena el vacío dejado por la ausencia de política en el sentido corriente. Puede establecer o restablecer el curso normal de la vida política cuando ésta, por una u otra razón, se ha visto interrumpida. En el peor de los casos, impide la revolución social sin substituirla por nada, salvo por la esperanza de que, tarde o temprano, se produzca una solución alternativa. Éste es el caso de tantos y tantos regímenes militares latinoamericanos, como el argentino y el brasileño, el de los "coroneles" polacos en el período de entreguerras y el griego en la actualidad.[4] Si los golpes militares salen bien, las ruedas de la economía girarán, los motores de la administración marcharán y los generales victoriosos podrán escoger un retiro apacible o consumar un prolongado liderazgo como presidentes, benefactores o liberadores de su patria. Si no salen tan bien, puede haber un hundimiento de los precios de materias primas y las ruedas de la economía pueden detenerse; esto es: los impuestos pueden dejar de pagarse y la deuda exterior paralizarse. Esto ha

4. Este ensayo lleva la fecha de 1967. [*N. del T.*]

costado el cargo a no pocos gobernantes militares en su día, como a mediados de la década de 1950. Si los militares tienen menos suerte aún, y no hay detrás de ellos ni economía ni aparato institucional, ni siquiera un gobierno militar tendrá estabilidad. Durará hasta que el siguiente coronel crea llegado el momento de probar suerte en la carrera. Los países más atrasados y dependientes son los que han tenido la historia más repleta de regímenes militares de corta vida.

Una de las razones del carácter negativo de la política militar consiste en que los oficiales del ejército raramente quieren gobernar ellos mismos o que pocas veces tienen competencia en actividades que no sean la milicia y, a veces, ni siquiera en ella. Las crecientes profesionalización y tecnificación de las fuerzas armadas modernas no han modificado esto sustancialmente. Su cualificación y adiestramiento como grupo son negativos para la gobernación. Para probarlo, basta una mirada al revoltijo que organizaron los oficiales brasileños después de 1964, cuando se pusieron a administrar o a purgar la administración. El curso normal de la política de los militares consiste, por consiguiente, en decidir quién debe ocupar el gobierno y en encontrar luego a algunos civiles que puedan hacerse cargo de él, reservándose el derecho a derrocarlos en el momento en que dejen de cumplir su función satisfactoriamente y a nombrar tal vez —con toda probabilidad, habría que decir— al jefe del golpe de estado militar para el cargo de presidente o primer ministro. Pero pueden darse situaciones en que se vean empujados a desempeñar un papel más positivo.

Tales situaciones son comparativamente infrecuentes. El "nasserismo", es decir, aquellos golpes militares que tienen el efecto de auténticas revoluciones o por lo menos de movimientos importantes de reforma social en profundidad, no debe confundirse con la frecuente simpatía que muestran jóvenes oficiales de países atrasados hacia movi-

mientos de izquierdas tales como los de tipo radical, nacionalista, antiimperialista, anticapitalista, antilatifundista, etc., o incluso con su disposición a establecer alianzas políticas con fracciones diversas de la izquierda. La opinión, ampliamente difundida en los Estados Unidos en recientes décadas, según la cual los militares son más de fiar, desde un punto de vista imperial, que los civiles en los países satélites, se basa parcialmente en la creencia, fundada en la experiencia occidental, de que forman un grupo conservador, y en parte en la de que el envío de consejeros e instructores militares extranjeros no sólo aporta formación técnica sino también adoctrinamiento político; pero, tal vez por encima de todo, se basa en la capacidad de los estados imperiales para sobornarlos con suministros tales como equipo y tecnología modernos que satisfacen el amor propio de las fuerzas armadas. En realidad, esa opinión no está justificada en absoluto. Algunos de los elementos más revolucionarios de las fuerzas armadas nativas han salido, en América Latina, de entre la élite militar local adiestrada por los norteamericanos (por ejemplo, como *rangers* contrainsurgentes); ése fue el caso en Guatemala a mediados de la década de 1960.[5] En la medida en que los militares son una fuerza de "modernización" y renovación social, son prooccidentales sólo mientras el modelo occidental se muestre capaz de resolver los problemas de sus países, lo cual está cada vez menos claro en la mayoría de éstos.

Sin embargo, la idea contraria, que a veces han sostenido algunos movimientos izquierdistas relativamente débiles (por ejemplo y esporádicamente, los de Brasil y Venezuela) y según la cual cabe esperar que el ejército, o una parte del mismo, los lleve al poder, está también injustificada. Las revoluciones raramente triunfan (a menos que sean el resultado de guerras de guerrillas prolongadas) sin la desintegración, la abstención o el apoyo parcial de las fuerzas armadas, pero los movimientos revolucionarios que confían en golpes del ejército para acceder al poder se arriesgan a amargos desengaños.

Todavía nos quedan por examinar unos pocos casos de regímenes militares genuinamente innovadores: el Egipto de Nasser, el Perú desde 1960 y quizá la Turquía de Ataturk. Podemos conjeturar que tal tipo de regímenes sobrevienen en países donde la necesidad de una revolución es obvia y donde se dan algunas de las condiciones objetivas para su realización, pero también donde las bases sociales o instituciones de la vida civil son demasiado débiles para llevarla a cabo. Las fuerzas armadas, por ser en algunos casos la única fuerza existente con capacidad para tomar decisiones y llevarlas a la práctica, pueden verse obligadas a substituir a las fuerzas civiles ausentes, incluso llegando a convertir a sus oficiales en miembros de una administración civil. Naturalmente, sólo tomarán este camino si el cuerpo de oficiales se compone de jóvenes radicales o "modernizadores" procedentes de estratos sociales medios descontentos, y si entre ellos se cuentan un número suficiente de hombres instruidos y técnicamente cualificados. Existen, incluso hoy en día, fuerzas armadas que serían tan incompetentes para dirigir los asuntos de un estado moderno (que no es lo mismo que mandar a los que los dirigen) como pudieran serlo los ostrogodos respecto a los asuntos del Imperio romano. Sin embargo, y aunque no sea frecuente, se dan casos —como hemos visto— de fuerzas armadas que tratan de proceder como factor revolucionario. De ahí no se sigue que las fuerzas revolucionarias civiles vayan a saludar sus esfuerzos. Y, aunque el balance de sus esfuerzos pueda ser importante —es prácticamente imposible pensar en que Egipto, Perú y Turquía retrocedan a sus respectivos viejos regímenes—, es muy improbable que

5. Turcios Lima, el jefe de las guerrillas del PC en este país, empezó su carrera como oficial de los *rangers*.

den lugar a cambios tan radicales como los que conllevan las revoluciones sociales auténticas. El radicalismo de las fuerzas armadas sigue siendo una opción de segundo orden, aceptable sólo porque es mejor llenar un vacío político que dejarlo sin llenar. Además, por ahora no hay pruebas fehacientes de que pueda implantar soluciones políticas permanentes.

Resumiendo, la intervención militar en la política es síntoma de enfermedad social o política. En los países desarrollados, es síntoma de una interrupción –temporal, en el mejor de los casos– del proceso normal de la vida política, o signo de que el *status quo* ya no puede seguir resistiendo las presiones conducentes a rupturas o a revoluciones. Si ocurriera en algún país comunista, sería también un síntoma de crisis análoga, pero hay demasiado pocos elementos para calibrar hasta qué punto lo resistiría la estructura política de estos países. En el Tercer Mundo es un síntoma bastante seguro de revolución incompleta o abortada.

Hay dos matizaciones a este juicio negativo. En países no revolucionarios es posible que la intervención militar gane tiempo, permitiendo que un sistema económico y una administración relativamente eficaces se vean libres del colapso que supone una crisis política. En países subdesarrollados, los militares pueden substituir, por lo menos temporalmente, al partido o movimiento revolucionario. No obstante, si lo hace con éxito, el ejército tiene que dejar de ser, tarde o temprano, una fuerza militar y debe constituirse –todo él o una parte del mismo– en un partido, un movimiento o una administración. Ambos casos son infrecuentes. En todos los restantes, los resultados de la acción política de los militares son negativos. Puede detener revoluciones y derrocar gobiernos sin substituirlos por nada, ni siquiera –por mucho que hablen los oficiales tecnócratas– por unos u otros mecanismos de "modernización" y de "desarrollo económico". Puede implantar el

orden, pero, contrariamente al lema brasileño que ha inspirado a muchas generaciones, el "orden" en este sentido es generalmente incompatible con el "progreso". Es posible que ni siquiera sobreviva al general o al grupo de oficiales que lo ha restablecido, porque lo que consigue una conspiración de oficiales puede provocar una serie sucesiva de otras conspiraciones.

La tragedia del mundo subdesarrollado en los años cincuenta y sesenta de este siglo fue que los Estados Unidos y sus aliados, cuando se planteaban la cuestión, prefirieron siempre el "orden" al "progreso": prefirieron Mobutu a Lumumba, Ky o Thieu a Ho Chi Minh y cualquier general latinoamericano a Fidel Castro. Es posible que los límites de esta política se hayan puesto ahora en evidencia, aunque es difícil decir que haya dejado de tentar a unos gobiernos que temen al comunismo por encima de todo lo demás. Pero, entretanto, una gran parte del mundo se ha convertido en el equivalente contemporáneo de las viejas "repúblicas banana" de Latinoamérica y probablemente permanecerá en esta infeliz situación aún durante mucho tiempo.

(1967)

19

GOLPES DE ESTADO

Desde tiempos de Maquiavelo no han dejado de existir observadores inteligentes que hayan explotado uno de los recursos estilísticos más efectivos para la literatura que no es de ficción: el contraste entre las versiones oficiales de la vida política y la realidad. Se trata de un recurso efectivo por tres razones: porque es de fácil uso (lo único que hay que hacer es abrir bien los ojos), porque la realidad política está notoriamente lejos de la tramoya moral, constitucional o legalista que envuelve las acciones políticas y finalmente –y ésta es la razón más sorprendente– porque el público aún conserva una buena predisposición a dejarse impresionar por ello. El señor Luttwack es, sin duda, un observador inteligente y muy bien informado.[1] Uno se pregunta si no le ocurre lo que a Maquiavelo: que goza de la verdad no sólo por ser verdad, sino también porque choca al ingenuo. Por esto ha presentado su excelente librito sobre el golpe de estado como manual para potenciales golpistas.

En cierto sentido es una lástima, porque desvía la atención del verdadero interés de la obra y, además, condiciona su argumentación. Aunque no cabe duda de que su lectura será recomendada en los cursos organizados por la CIA u otras entidades interesadas en el rápido y eficaz derrocamiento de gobiernos indeseables, el libro no enseña a los expertos en la materia –que en numerosos países abarcan a la totalidad de los oficiales y jefes del ejército y la policía, de teniente para arriba– demasiado que no sepan y practiquen ya, salvo quizá la aplicación de cierta racionalidad económica a la represión consecutiva al golpe de estado (ver el útil Apéndice *A*). Los conspiradores con inclinaciones literarias pueden también sacar provecho del análisis conciso, devastador y muy cómico que hace el autor de los distintos tipos de comunicados que anuncian que el país está a punto de ser salvado. Pero, en conjunto, la información de Luttwack, que resulta sensacionalista en Londres o Washington, es moneda corriente en Buenos Aires, Damasco o incluso París, donde la reacción del pueblo ante la aparición de carros blindados por las calles se basa en la experiencia. Los que tienen más probabilidades de efectuar golpes de estado no necesitan, obviamente, que el señor Luttwack les diga cómo hacerlo.

¿Quiénes son éstos? La obra *Coup d'État* deja bien claro –porque su autor conoce el asunto– que pertenecen a un grupo bastante restringido, puesto que los golpes de estado son obra de las fuerzas armadas y nunca, prácticamente, de nadie más. Esto impone limitaciones a la vez políticas y técnicas que nos excluyen a la mayoría de nosotros. A pesar de la insinuación de Luttwack en sentido contrario, los golpes de estado no son políticamente neutros. Aunque la oficialidad –y por ende los golpes que protagoniza– pueda favorecer ocasionalmente a la izquierda, las circunstancias en que lo hace son relativamente raras, y en modo alguno universales ni siquiera en el mundo subdesarrollado. Por desgracia, el autor no aborda el examen de estas condiciones. La inclinación general de los oficiales como la de los golpes de estado va en dirección opuesta. El

1. Edward Luttwack, *Coup d'État, a Practical Handbook*, Londres, 1968.

"bonapartismo" tiende normalmente a ser un cambio político hacia el lado conservador o, en el mejor de los casos, una autoafirmación corporativa de las fuerzas armadas como grupo particular de presión económica y profesional dentro del *status quo*.

Los regímenes surgidos de revoluciones sociales, vivamente conscientes de ello desde los tiempos de Napoleón I, han sido siempre y por esta razón (por lo menos hasta Mao Tse-tung) los más firmes partidarios de las revoluciones hechas por civiles y de la supremacía civil en la política; hasta el punto de sacrificar el gran valor publicitario que poseen los generales con una brillante hoja de servicios, del cual han ofrecido durante mucho tiempo buenos testimonios las elecciones presidenciales en los Estados Unidos y otras partes. El papel ideal del ejército en las revoluciones sociales clásicas es negativo: debería, en el momento crucial, negarse a obedecer al viejo régimen y después, preferiblemente, disolverse. La izquierda que deposita su confianza en militares progresistas (como en Cuba en los días del joven Batista y en Brasil hasta 1964) ha tenido más desencantos que lo contrario. Incluso los ejércitos genuinamente rojos son tradicionalmente vistos con reservas. Cuando los regímenes revolucionarios han necesitado generales, han preferido en el pasado vestir de uniforme a sus dirigentes políticos civiles.

La limitación técnica que pesa sobre los organizadores de golpes consiste en que hay poca gente que ocupe la posición apropiada para subvertir al necesario grupo de oficiales. (Los suboficiales son menos prometedores y la subversión de la tropa no produce golpes de estado, sino revoluciones.) Prácticamente los únicos civiles que pueden llevarlo a cabo están ya en el gobierno, sea en el del propio país, en el de alguna potencia extranjera dominante o influyente o en el de alguna vasta organización internacional que puede desempeñar un papel análogo en relación con un estado pobre y atrasado. Esta clase de gente puede organizar un golpe de estado de manera relativamente sencilla y con bastante eficacia, y tal vez por esta razón dicho proceso carece del interés necesario para provocar la atención del señor Luttwack, aunque sea el que de hecho haya dado lugar a mayor número de golpes de estado. También ofrece, por supuesto, escasas perspectivas para el golpista autóctono y hecho con su propio esfuerzo, a menos que antes haya llegado hasta la cumbre en la vida política de su país.

Cualquier otro que haga la intentona debe tener –como muestra convincentemente el autor– lazos tan potentes de solidaridad con sus potenciales reclutas que pueda confiar en su discreción aun cuando se nieguen a unirse a él. La mejor manera de establecer tales lazos con ellos es: (*a*) ser un oficial o jefe, y (*b*) compartir con los restantes potenciales conspiradores algún fuerte lazo emotivo, como la pertenencia a la misma familia, tribu, secta (generalmente una secta minoritaria), hermandad ritual, etc., o la camaradería de un regimiento, una academia militar, un club o incluso una ideología. Naturalmente, en países con una larga tradición golpista, todos los oficiales considerarán potencialmente factibles cualesquiera planes de golpes de estado y, por consiguiente, vacilarán en revelar el secreto de los mismos. En aquellos casos, como en el clásico pronunciamiento ibérico, en que se ha impuesto la tácita convención según la cual los del bando perdedor no han de ser penalizados con demasiada severidad (al fin y al cabo, pueden estar en el bando vencedor cualquier día), los riesgos que supone el comprometerse en una aventura incierta disminuyen.

Con todo, el número de los que, en cualquier país, pueden abordar la preparación de un golpe con alguna probabilidad de éxito es casi tan exiguo como el de los que pueden convertirse en importantes banqueros. El resto de los mortales es mejor que nos dediquemos a otros tipos de actividad política.

Pero si cabe desestimar *Coup d'État* como manual para conspiraciones, en cambio podemos apreciarlo como contribución al estudio de la estructura del poder político. Un golpe de estado es un juego con tres jugadores (omitimos la potencia extranjera dominadora o la corporación que pueden poseer un efectivo derecho de veto o los triunfos de la baraja). Éstos son las fuerzas armadas que pueden llevarlo a cabo, los políticos y burócratas cuya disposición a aceptarlo lo hace viable y las fuerzas políticas, pertenezcan o no a la esfera oficial, que pueden contenerlo o derrotarlo. Porque el éxito de un golpe de estado depende esencialmente de la pasividad del aparato de estado existente y del pueblo. Si uno de ellos, o ambos, resiste, puede aún triunfar, pero no ya como golpe de estado. El régimen de Franco fracasó como *putsch* militar, pero ganó después de una guerra civil. Luttwack tiene algunas cosas sumamente interesantes que decir acerca cada uno de esos tres agentes.

Donde mejor se desenvuelve es en el medio de los militares profesionales, miembros de ese curioso mundo esotérico que tan escaso contacto mantiene con el mundo civil y que funciona de maneras tan diferentes. El militar no profesional, el soldado del reemplazo o el oficial provisional, así como el policía en la mayoría de los casos, por muy fuertemente armado que esté, tiende a reaccionar de manera mucho más similar a la de los civiles a cuyo mundo se reintegrará o entre los cuales desarrolla su acción. Los ejércitos profesionales, que viven separados del resto de la sociedad por una vida consistente –en tiempo de paz– en el porte de una indumentaria caprichosa, en instrucción y prácticas, en juegos y aburrimiento, que están organizados bajo el supuesto de que sus miembros a todos los niveles son bastante estúpidos y siempre superfluos, y que están cohesionados por los valores, cada vez más anómalos, de la bravura, el honor y el desprecio y la suspicacia hacia los civiles, casi por definición tienden a la excentricidad ideológica.

Como justamente nos recuerda el señor Luttwack, las actitudes políticas de los cuerpos de oficiales son a menudo muy distintas de las de sus mandos civiles; generalmente son más reaccionarias y más románticas. Además, no están preparados ni acostumbrados a afrontar situaciones fuera de lo normal, y consecuentemente tienden a asimilarlas a otras que les sean habituales. Como el autor no deja de notar, uno de los mecanismos más adecuados para zanjar situaciones inhabituales consiste en verlas como un ejemplo más de los líos que los políticos siempre andan armando. La situación de los militares profesionales es realmente paradójica: combina el poder colectivo con la irrelevancia individual. Después de treinta y cinco años, Alemania no se ha recuperado totalmente de la marcha de unos pocos centenares de científicos del país hacia laboratorios y universidades extranjeros. En cambio, una y otra vez, los ejércitos han visto aumentar prácticamente su eficacia mediante la emigración masiva, la expulsión u otras formas de eliminación de sus oficiales y jefes más veteranos, hasta el punto en que uno siente la tentación de creer que pocas guerras pueden ganarse a menos de "purgar" antes a los mandos militares. Pero el poder político de los científicos es insignificante, mientras que, en circunstancias oportunas, media docena de coroneles pueden echar abajo un gobierno.

De las burocracias se ha escrito más, y la mayoría de nosotros tenemos experiencias más constantes de ellas. Por esto las observaciones de Luttwack a este respecto producen más bien el placer de lo reconocido que el de lo descubierto. Sin embargo, vale la pena recordar dos de los temas que trata. El primero es que los únicos métodos jamás descubiertos para controlar la tendencia parkinsoniana de las burocracias, ya sean públicas o privadas, a crecer hasta el infinito, son también burocráticos. Uno de estos métodos consiste en establecer otro departamento "que satisface sus instintos oponiéndose al crecimiento de todas las restantes organizaciones burocráticas", papel que suele desempeñar

la burocracia financiera; otro confía en que cada departamento constructor de imperio haga todo lo posible por mantener en jaque a sus posibles rivales.

La segunda observación es la de que las instituciones son instituciones esencialmente hobbesianas, de las que no cabe confiar que defiendan los poderes existentes en cuanto atisban la probable victoria de un nuevo poder. Esto vale tanto para la policía como para todos los restantes componentes del aparato estatal, aunque con algunas matizaciones. Sin embargo, Luttwack no es capaz de advertir que esto no los hace políticamente neutrales. Ni el ejército ni la policía opusieron ninguna resistencia al derrocamiento del fascismo en Italia, pero, como demuestran acontecimientos recientes en este país, la persistencia del aparato de la era fascista hace casi imposible la solución de ciertos problemas fundamentales de la Italia postfascista. Las observaciones de Marx según las cuales las revoluciones no pueden simplemente "tomar posesión de la maquinaria estatal tal como existe y usarla para sus propios fines" por muchas ganas que tenga de ser poseída, tienen aún mayor sentido hoy que en 1872.

Por último, los comentarios de Luttwack sobre las organizaciones y movimientos políticos son originales e instructivos. Esencialmente, dice, debemos distinguir entre movimientos preparados para la acción real y movimientos de cara a la acción simbólica, como la organización del voto, el ritual de la negociación institucionalizada o el conflicto político verbal. Confrontado con un golpe de estado, el partido laborista británico, con toda seguridad, no haría nada, y los sindicatos británicos ("Trade Union Congress"), casi con toda seguridad, tampoco; la Unión Nacional de Estudiantes tal vez saliera a la calle, aunque sin ningún resultado. En cambio, no sería de esperar que la principal federación sindical italiana, ligada a un partido comunista, con una larga tradición de huelgas políticas y —más importante aún— de liberación del fascismo a través

de la acción directa de masas, se quedara impasible. Tampoco podría esperarse de los partidos insurreccionales, si bien es cierto que organizaciones en otros tiempos insurreccionales se han convertido en puras maquinarias para la distribución de favores y empleos o, como es el caso de algunos partidos comunistas, han dejado que prolongados períodos de estabilidad política atrofiaran su capacidad para una acción rápida. Además, los partidos insurreccionales reúnen a la vez las desventajas y las ventajas de la centralización: una vez decapitados, pierden drásticamente y con suma rapidez su eficacia.

En lo que respecta al caso particular de los golpes de estado, basta con la distinción entre los movimientos políticos que actúan y los que no lo hacen. Porque, en los casos más favorables, un golpe de estado puede ser derrotado por *cualquier* signo de resistencia organizada que inmediatamente revela las debilidades de los que buscan el poder, y que puede también dar tiempo al resto del aparato civil y militar para decidir que no hay motivo para cambiar de bando. En casos mucho menos favorables, se puede todavía movilizar una resistencia efectiva frente a un nuevo régimen débil, inseguro y de orígenes irregulares. Pero el interés de las observaciones de Luttwack va mucho más lejos. Vivimos una época en que múltiples formas de acción política directa cobran de nuevo significación en los países desarrollados. En estos países, tanto las doctrinas políticas oficiales como los conocimientos prácticos de la gente en cuestiones públicas excluyen el ámbito de lo extralegal. Los viejos han olvidado que los gobiernos pueden ser derrocados, o han abandonado la perspectiva de una tal posibilidad; los jóvenes tan sólo creen que pueden hacerlo, aunque no tienen la menor idea de cómo proceder. En circunstancias así, cualquier obra que examine de modo realista la toma del poder como operación resulta particularmente útil.

El librito de Luttwack ha de ser, por tanto, de enorme

utilidad para poner al día la educación política de gente de todas edades. Los estudiosos de temas internacionales, y especialmente del Medio Oriente, sobre el cual el autor parece saber mucho, apreciarán también su excelente información. Es una obra que se lee con gusto, tanto por su estilo inexpresivo como, sobre todo, porque demuestra que los grandes problemas pueden ser adecuadamente tratados en libros breves y siempre que el escritor use palabras para expresar pensamientos y no sucedáneos de éstos.

(1968)

V

REBELDES Y REVOLUCIONES

20

HANNAH ARENDT ACERCA DE LA REVOLUCIÓN

La revolución social es un fenómeno con el que todos nosotros debemos ajustar cuentas en un siglo que ha asistido a más y mayores revoluciones que cualquier otro de la historia escrita. Sin embargo, por el carácter mismo de sus efectos, las revoluciones son muy difíciles de analizar satisfactoriamente, porque están envueltas –y deben estarlo– por un halo de esperanza y desilusión, de amor, odio y temor, de sus propios mitos y de los de la contrapropaganda. Al fin y al cabo, son pocos los historiadores de la Revolución francesa anteriores al primer centenario de su estallido que sean hoy leídos, y la historiografía real de la Revolución rusa, a pesar de cierta acumulación de material preliminar, está tan sólo empezando. El estudio científico de las revoluciones no significa estudio desapasionado. Es bastante seguro que las principales realizaciones en este terreno serán "comprometidas", en general con simpatía hacia las revoluciones, si hemos de guiarnos por el precedente de la historiografía de la Revolución francesa. Un estudio comprometido no es necesariamente un panfleto, como han demostrado Mommsen y Rostovzeff. Pero es lógico que, en los primeros pasos de la investigación de las revoluciones sociales, el mercado tienda a ser inundado

por panfletos, a veces sin rebozo, pero a veces encubiertos bajo el disfraz de trabajos históricos y sociológicos serios, que reclaman por tanto ser sometidos a una seria crítica. Su público no es normalmente el de los especialistas ni el de los estudiosos serios. Por esto tal vez no carezca de significado que los cuatro elogios impresos en la cubierta del libro de Hannah Arendt, *Acerca de la revolución*,[1] sean obra no de historiadores ni sociólogos, sino de figuras literarias. Pero, naturalmente, tales obras pueden encerrar, no obstante, un gran interés para los especialistas. Lo que se plantea a propósito del libro de Hannah Arendt es si ocurre así o no.

La respuesta, por lo que concierne a los conocedores de la Revolución francesa y de la mayoría de las restantes revoluciones modernas, ha de ser que no. No estoy en condiciones de juzgar su contribución al estudio de la Revolución americana, aunque sospecho que no es demasiado grande. El libro, por consiguiente, se sostiene o sucumbe no por los descubrimientos o las percepciones de la autora en torno a ciertos fenómenos históricos específicos, sino por el interés de sus ideas e interpretaciones generales. Sin embargo, como éstas no se basan en un estudio adecuado de la materia que pretenden interpretar, y de hecho, por su mismo método, parecen casi excluir un tal tipo de estudio, carecen de fundamentación firme. La autora tiene méritos nada desdeñables: un estilo lúcido, a veces henchido de retórica intelectual, pero siempre lo bastante transparente como para dejar traslucir la genuina pasión de la escritora; su inteligencia vigorosa, su vasta cultura y sus percepciones ocasionales sumamente penetrantes, aunque de un tipo que se compagina mejor, al parecer, con el difuso ámbito que hay entre la literatura, la psicología y lo que, por falta de mejor vocablo, podría denominarse profecía social, que con las ciencias sociales tal como actualmente se desarro-

1. Hannah Arendt, *On Revolution*, Nueva York y Londres, 1963.

llan. No obstante, incluso es posible decir de sus intuiciones lo que Lloyd George hacía notar de Lord Kitchener: que sus rayos de luz iluminan de vez en cuando el horizonte, pero dejando en completa oscuridad el escenario entre uno y otro resplandor.

La primera dificultad que halla en la señorita Arendt el historiador o el sociólogo dedicado al estudio de las revoluciones es cierto matiz metafísico y normativo de su pensamiento que se compagina bien con un idealismo filosófico anticuado y a veces plenamente explícito.[2] La autora no se toma las revoluciones tal como vienen, sino que se construye para sí un tipo ideal de las mismas y define el objeto de su estudio en función de aquél, y excluyendo lo que no cuadra. De paso puede observarse que excluye todo lo que rebasa la clásica zona de la Europa occidental y el Atlántico Norte, ya que su libro no contiene ni siquiera una referencia pasajera a los casos que primero acuden a la mente: China o Cuba, y que algunas afirmaciones contenidas en la obra no figurarían en ella de haber considerado la autora estos casos.[3] Su "revolución" es un cambio político de envergadura en el cual los protagonistas son conscientes de inaugurar una época enteramente nueva en la historia humana que supone (aunque sólo incidentalmente, por decirlo así) la abolición de la pobreza y que se expresa en términos de una ideología secular. Su tema es "la emergencia de la libertad" según la define la autora.

Parte de esta definición le permite, tras un breve combate con enemigos imaginarios, excluir del estudio todas

2. Véase, por ejemplo: "Existían personas en el Viejo Mundo que soñaban con la libertad pública, existían personas en el Nuevo Mundo que habían saboreado la felicidad pública: he aquí, en última instancia, los hechos que dieron lugar a que el movimiento [...] se transformara en una revolución a ambas orillas del Atlántico" (p. 139).

3. Por ejemplo: "Las revoluciones siempre triunfan con sorprendente facilidad en su etapa inicial" (p. 112). ¿Y China? ¿Y Vietnam? ¿Y Yugoslavia durante la guerra?

las revoluciones y todos los movimientos revolucionarios anteriores a 1776, aunque al precio de hacer imposible un estudio serio del fenómeno actual de la revolución. El resto le permite avanzar en el examen de la parte fundamental de su trabajo, consistente en una extensa comparación entre la revolución norteamericana y la francesa muy acusadamente en beneficio de la primera. La segunda se toma como paradigma de todas las revoluciones subsiguientes, aunque parece que Hannah Arendt piensa principalmente en la Revolución rusa de 1917. La "libertad" para cuyo establecimiento se producen las revoluciones es un concepto esencialmente político. Aunque no muy claramente definida –emerge gradualmente en el curso de la argumentación de la autora–, esta libertad no tiene nada que ver con la abolición de la pobreza (la "solución del problema social"), que la señorita Arendt contempla como el factor que corrompe toda revolución sea cual fuere la forma que adopte e incluyendo la capitalista.[4] De ahí cabe inferir que cualquier revolución en la que el elemento social y económico juegue un papel destacado se invalida a sí misma ante la señorita Arendt, quien elimina en mayor o menor grado toda revolución susceptible de interesar a los estudiosos del tema. Cabe deducir además que, con la excepción parcial de la revolución norteamericana, que, como afirma la autora, tuvo la suerte de estallar en un país carente de una población libre muy pobre, ninguna revolución pudo ni hubiera podido implantar la libertad y que, incluso en la América del Norte del siglo XVIII, la esclavitud la colocó en un dilema insoluble. La revolución no podía "implantar la libertad" sin abolir la esclavitud, pero –de acuerdo con el razonamiento de Hannah Arendt– no hubiera podido hacerlo tampoco si la hubiera abolido. El problema fundamental de las revoluciones, en otras palabras –en sus propias palabras–, es, pues, el siguiente: "Aunque todas las experiencias de pasadas revoluciones demuestran sin lugar a dudas que cualquier intento de resolver la cuestión social con medios políticos conduce al terror y que es el terror quien las conduce a su perdición, difícilmente puede negarse que es casi imposible evitar este error fatal cuando una revolución estalla en sociedades donde grandes masas están sumidas en la pobreza".

La "libertad" para cuyo establecimiento se producen las revoluciones es más que la mera ausencia de represiones sobre las personas o que la existencia de garantías para las "libertades civiles" ya que ni la primera ni la segunda requieren una forma particular de gobierno (como la Arendt justamente observa), sino sólo la ausencia de tiranía y despotismo.[5] Parece consistir en el derecho y la posibilidad de participar activamente en los asuntos de la colectividad, en las alegrías y gratificaciones de la vida pública tal y como tal vez se concebían originalmente en la *polis* griega (pp. 123-124). No obstante –aunque aquí no se trata de seguir el razonamiento de la autora como de reconstruirlo–, la "libertad pública" en este sentido sigue siendo un sueño, aunque los padres de la constitución norteamericana fueran lo bastante sensatos –y se vieran lo bastante libres de la molesta presencia de los pobres– como para implantar un gobierno dotado de garantías razonables contra la tiranía y el despotismo. Lo esencial de la

4. "Como [los Estados Unidos] nunca estuvieron abrumados por la pobreza, fue 'la pasión fatal por el enriquecimiento súbito', más que la simple necesidad, lo que constituyó un obstáculo para los fundadores de la república" (p. 134).

5. Sin embargo, Hannah Arendt parece olvidar esta distinción suya cuando observa posteriormente (p. 111) que "nosotros también sabemos, a pesar nuestro, que la libertad se ha conservado mejor en países donde jamás tuvo lugar ninguna revolución, por ultrajantes que fueran las circunstancias del poder existente, que en los países donde han triunfado movimientos revolucionarios". Aquí "libertad" se emplea en un sentido que ella había anteriormente rechazado. La afirmación, en todo caso, es objetable.

genuina tradición revolucionaria es que mantiene vivo este sueño. Así lo ha hecho mediante una constante tendencia a dar nacimiento a órganos espontáneos capaces de realizar las libertades públicas y tales como las asambleas o consejos (*soviets, Räte*) locales o de sección, electivos o directivos, que han surgido en el curso de las revoluciones sólo para ser suprimidos por la dictadura del partido. Estos consejos deberían tener una función puramente *política*. Siendo cosas distintas el gobierno y la administración, el intento de usarlos, por ejemplo, para la gestión de los asuntos *económicos* ("control obrero") no es deseable y está condenado al fracaso, aunque no forma parte de ningún complot por parte del partido revolucionario el "apartar [los consejos] del ámbito de la política y retrotraerlos a las fábricas". Soy incapaz de descubrir las opiniones que Hannah Arendt tiene acerca de quién debe llevar la "administración de las cosas al servicio del interés público" en el terreno económico, por ejemplo, o acerca de cómo debe llevarse esta administración.

El razonamiento de la Arendt nos dice mucho sobre el tipo de gobierno que a ella le gusta, e incluso más cosas sobre su estado de ánimo. Su validez como afirmación general sobre los ideales políticos no se discute aquí. Por otra parte, es importante observar que el carácter de sus argumentos no sólo imposibilita su utilización en el análisis de las actuales revoluciones —por lo menos en unos términos que tengan algún sentido para el historiador o el estudioso en ciencias sociales—, sino que además elimina la posibilidad de todo diálogo significativo entre ella y los que se interesan por las revoluciones actuales. En la medida en que Hannah Arendt escribe sobre historia —sobre revoluciones tal como pueden ser hoy observadas, estudiadas retrospectivamente o planteadas prospectivamente—, su conexión con ella es tan incidental como la de los teólogos medievales y los astrónomos. Unos y otros hablaban de los planetas y se referían, por lo menos en parte, a los mismos cuerpos

celestes, pero sus puntos de contacto no pasaban de esto.

El historiador o el sociólogo, por ejemplo, sentirá irritación, a diferencia de lo que le ocurre a la autora, por una cierta falta de interés por los simples hechos. Esto no puede atribuirse a descuido o ignorancia, porque Hannah Arendt es suficientemente culta e ilustrada como para darse cuenta de tales inconsecuencias cuando opta, en gran medida como preferencia, por las construcciones metafísicas o el sentimiento poético por encima de la realidad. Cuando observa que "aunque viejo, Marx, en 1871, era aún bastante revolucionario como para saludar con entusiasmo la Comuna de París, aunque aquel estallido contradijera todas sus teorías y predicciones" (p. 58), tiene que saber que la primera parte de su proposición es falsa (Marx tenía, en realidad, 58 años de edad), y la segunda por lo menos muy controvertida. Su afirmación no es realmente una afirmación histórica, sino más bien, por así decir, un fragmento de un drama intelectual que sería tan injusto juzgar con criterios históricos como el *Don Carlos* de Schiller. Ella sabe que la fórmula de Lenin para el desarrollo ruso —"soviets más electrificación"— no tenía por finalidad, tal como arguye, eliminar el papel del partido en la construcción del socialismo (p. 60). Pero su interpretación añade un elemento de convicción al supuesto que ella hace de que la revolución soviética debiera haberse desarrollado por la senda de una tecnología políticamente neutral y de un sistema político de base "ajeno a todos los partidos". Objetar que "no era esto lo que Lenin quería decir" equivale a introducir cuestiones pertenecientes a un universo del discurso diferente al suyo.

Y, sin embargo, ¿pueden estas cuestiones dejarse enteramente de lado? En la medida en que la Arendt pretende reflexionar no sólo en torno a la idea de revolución, sino también en torno a ciertos acontecimientos e instituciones identificables, no se puede. Desde el momento que la tendencia espontánea a dar origen a órganos como los soviets

tiene claramente una gran importancia para Hannah Arendt y le proporciona pruebas para su interpretación, cabía esperar, por ejemplo, que mostrara algún interés por las formas efectivas que tales órganos populares adoptan. De hecho, la autora manifiesta con claridad no estar interesada en ello. Incluso es difícil descubrir qué es exactamente lo que tiene en la cabeza, porque habla a renglón seguido de organizaciones políticamente muy distintas. Los antepasados de los soviets (que consistían en asambleas de delegados de agrupaciones funcionales de personas, como fábricas, regimientos o poblaciones), sostiene, fueron bien las secciones parisinas de la Revolución francesa (que eran esencialmente formas de democracia directa de todos los ciudadanos en pública asamblea) o bien las sociedades políticas (que eran cuerpos voluntarios del tipo familiar). Es posible que el análisis sociológico pudiera mostrar la semejanza de estas formas, pero Hannah Arendt no acude a él.[6]

Además, "la verdad histórica de la cuestión" *no* estriba, evidentemente, en que "los sistemas de partidos y de consejos son casi coetáneos; ambos eran desconocidos antes de las revoluciones y son consecuencia del credo moderno y revolucionario según el cual todos los habitantes de un territorio determinado tienen derecho a ser admitidos en el ámbito de lo público, de la política" (p. 275). Aun admitiendo que la segunda parte de la frase sea sostenible (en la medida en que definimos el ámbito de lo público en unos términos que valen para los grandes estados modernos, territoriales o nacionales, pero no para otras formas históricamente más difundidas de organización política), la primera mitad no lo es. Los consejos, incluso en la forma de delegaciones electas, son un mecanismo político tan evidente en comunidades por encima de un determinado tamaño, que preceden con mucho a los partidos políticos, quienes están lejos de ser instituciones obvias, por lo menos en el sentido usual del término. Los consejos como instituciones revolucionarias son corrientes desde mucho antes de 1776, año en que empiezan las revoluciones de la señorita Arendt, como por ejemplo en el Consejo General del Nuevo Ejército Modelo, en los comités de Francia y los Países Bajos del siglo XVI, e incluso en la vida política de las ciudades medievales. Un "sistema de consejos", con este nombre, es sin duda coetáneo o bastante posterior a los partidos políticos de la Rusia de 1905, puesto que fueron éstos los que reconocieron las posibles implicaciones de los soviets para el gobierno revolucionario de las naciones; pero la idea de gobierno descentralizado mediante órganos comunales autónomos, tal vez relacionados por una estructura piramidal de organismos superiores compuestos de delegados, es, por razones prácticas, muy antigua.

Tampoco es verdad que los consejos "hayan sido siempre primordialmente políticos, habiendo desempeñado en ellos un papel secundario las reivindicaciones sociales y económicas" (p. 278). No lo ha sido porque los obreros y campesinos rusos no hacían distinciones tajantes entre lo político y lo económico, ni podían hacerlas de ser ciertos los argumentos de Hannah Arendt.[7] Además, los consejos

6. De haber acudido a él, hubiera estado menos segura de que los delegados de los soviets "no eran nombrados desde arriba ni apoyados desde abajo" sino que "se habían seleccionado a sí mismos" (p. 282). En los soviets de campesinos podían ser seleccionados institucionalmente (como, por ejemplo, a través del nombramiento automático del maestro de escuela o de los cabezas de ciertas familias), análogamente a como en los sindicatos británicos de jornaleros agrícolas el ferroviario del lugar —independiente de los campesinos y de los terratenientes— era a menudo elegido automáticamente como secretario. También es cierto que las divisiones locales de clases tendían *a priori* a favorecer o a inhibir la selección de delegados.

7. Puesto que los pobres, a su juicio, están primordialmente determinados por la "necesidad" más que por la "libertad", es decir, por motivos económicos más que políticos. Actualmente esto también es falso.

obreros primitivos de Rusia, como los de los delegados de taller ("shop stewards") británicos y alemanes durante la primera guerra mundial o los consejos sindicales ("Trades Councils") que a veces asumieron funciones casi de soviet en las grandes huelgas, eran consecuencia de la organización sindical y huelguística; esto es, de actividades más bien económicas que políticas, si es que cabe alguna distinción entre ambas.[8] En tercer lugar, se equivoca, puesto que la tendencia inmediata de los soviets que realmente funcionaron, es decir, los de las ciudades, era, en 1917, la de convertirse en órganos de administración, iniciando una victoriosa rivalidad con las municipalidades y, como tales, ir obviamente más allá del terreno de la deliberación política. De hecho, fue esta capacidad de los soviets para convertirse en órganos tanto de ejecución como de debate lo que sugirió a los pensadores políticos que iban a constituir la base de un nuevo sistema político. Más aún, la indicación de que reivindicaciones como la de "control obrero" son en cierto sentido una desviación respecto a la línea espontánea de evolución de los consejos y de otros organismos similares, no resiste al examen más somero. Las consignas de "la mina para los mineros" o "la fábrica para los obreros" –en otras palabras, la exigencia de una forma de producción democrática y cooperativa en lugar de una forma capitalista– se retrotraen a las primeras etapas del movimiento obrero. Desde entonces ha constituido siempre un elemento importante en el pensamiento popular espontáneo, cosa que no nos obliga a considerarlo como algo distinto a la utopía. En la historia de la democracia radical, la cooperación en unidades comunales y su apoteosis, la "comunidad cooperativa" (que fue la primera definición del socialismo entre los obreros), desempeñan un papel crucial.

8. Hannah Arendt está confundida por el hecho de que en los momentos culminantes de una crisis revolucionaria todas las organizaciones dedican la mayor parte del tiempo a discutir de política.

No hay pues prácticamente ningún punto en que el examen de la Arendt de lo que ella considera como la institución crucial de la tradición revolucionaria tenga contacto alguno con los fenómenos históricos reales que se propone describir, institución sobre cuya base se lanza a elaborar generalizaciones. Y el estudioso de revoluciones, sea historiador, sociólogo o incluso especialista en sistemas e instituciones políticos, se sentirá igualmente frustrado por el resto de su obra. Su aguda inteligencia a veces arroja luz sobre algunos libros, incluyendo entre ellos los clásicos de la teoría política. La autora muestra una notable percepción hacia las motivaciones y los mecanismos psicológicos de los individuos –su examen de Robespierre, por ejemplo, es de útil lectura– y tiene ocasionales destellos de clarividencia; esto es, a veces hace afirmaciones que, pese a no estar particularmente bien asentadas sobre pruebas o razonamientos, sorprenden al lector como certeras y reveladoras. Pero esto es todo. Y no basta. Habrá sin duda lectores que encontrarán interesante y provechoso el libro de Hannah Arendt. No es probable que entre ellos se cuenten los estudiosos, sean historiadores o sociólogos, de las revoluciones.

(1965)

21

LAS REGLAS DE LA VIOLENCIA

De todas las palabras en boga a finales de los años sesenta, "violencia" es casi la que más está en la avanzadilla de la moda y, a la vez, la más carente de significado. Todo el mundo habla de ella, pero nadie piensa en ella. Como señala el recién publicado informe de la Comisión Nacional de Etiología y Prevención de la Violencia, de los Estados Unidos, la *International Encyclopedia of the Social Sciences*, publicada en 1968, no contiene ningún artículo encabezado por dicho vocablo.

Tanto la moda como la imprecisión son significativas. Porque la mayoría de personas que van a leer libros con títulos como *La edad de la violencia* (no precisamente sobre poesía simbolista) o *Hijos de la violencia* (que trata de vidas físicamente bastante sosegadas) son conscientes de la violencia del mundo, pero su relación con ella es novedosa y enigmática. La mayoría de ellas, a menos que lo busquen deliberadamente, pueden pasar toda su vida adulta sin ninguna experiencia directa de "comportamiento destinado a infligir perjuicios físicos a personas o daños a cosas" (por usar la definición de la mencionada Comisión norteamericana), ni con la "fuerza" definida como "empleo efectivo o la amenaza de la violencia para obligar a otros a hacer lo que no harían en otras condiciones".

Normalmente, la violencia física sólo acierta a dar con ellos de una manera directa y de tres maneras indirectas. Directamente, está omnipresente bajo la forma del accidente de tráfico, casual, involuntario, imprevisible e incontrolable para la mayoría de sus víctimas y que prácticamente constituye la única contingencia que puede llevar, en tiempos de paz, a la mayor parte de personas que trabajan en hogares y oficinas a tomar contacto real con cuerpos sangrantes o mutilados. Indirectamente, está presente en los *mass-media* y en los espectáculos. Probablemente no pasa ni un solo día sin que la mayoría de telespectadores y lectores dejen de topar con la imagen de un cadáver, lo que constituye uno de los espectáculos más infrecuentes en la vida real de un ciudadano británico. De una manera más remota, somos sabedores de la existencia en nuestra época de vastos fenómenos de destrucción masiva, inimaginables de manera concreta, para los cuales hay símbolos adecuados (la bomba atómica, "Auschwitz" y otros por el estilo), así como de la presencia de los sectores y situaciones de la sociedad en los que la violencia física es un hecho común y probablemente creciente. La tranquilidad y la violencia, pues, coexisten.

Se trata de experiencias curiosamente irreales, y por consiguiente nos es muy difícil comprender la violencia como fenómeno histórico o social, como lo pone de manifiesto la extraordinaria devaluación de términos como "agresión" en la jerga psicosociológica popular o "genocidio" en política. Las ideas predominantes del pensamiento liberal no facilitan las cosas, ya que dan por supuesta una dicotomía totalmente irreal entre "violencia" o "fuerza física" (mala y retrógrada) y "no violencia" o "fuerza moral" (buena e hija del progreso). Naturalmente, no simpatiza con ésta y con otras esquematizaciones pedagógicas en la medida en que contribuyen a evitar que la gente ande propinándose mamporros, cosa que aprueba toda persona cuerda y civilizada. Pero con estas ideas ocurre lo mismo

las revoluciones y todos los movimientos revolucionarios anteriores a 1776, aunque al precio de hacer imposible un estudio serio del fenómeno actual de la revolución. El resto le permite avanzar en el examen de la parte fundamental de su trabajo, consistente en una extensa comparación entre la revolución norteamericana y la francesa muy acusadamente en beneficio de la primera. La segunda se toma como paradigma de todas las revoluciones subsiguientes, aunque parece que Hannah Arendt piensa principalmente en la Revolución rusa de 1917. La "libertad" para cuyo establecimiento se producen las revoluciones es un concepto esencialmente político. Aunque no muy claramente definida –emerge gradualmente en el curso de la argumentación de la autora–, esta libertad no tiene nada que ver con la abolición de la pobreza (la "solución del problema social"), que la señorita Arendt contempla como el factor que corrompe toda revolución sea cual fuere la forma que adopte e incluyendo la capitalista.[4] De ahí cabe inferir que cualquier revolución en la que el elemento social y económico juegue un papel destacado se invalida a sí misma ante la señorita Arendt, quien elimina en mayor o menor grado toda revolución susceptible de interesar a los estudiosos del tema. Cabe deducir además que, con la excepción parcial de la revolución norteamericana, que, como afirma la autora, tuvo la suerte de estallar en un país carente de una población libre muy pobre, ninguna revolución pudo ni hubiera podido implantar la libertad y que, incluso en la América del Norte del siglo XVIII, la esclavitud la colocó en un dilema insoluble. La revolución no podía "implantar la libertad" sin abolir la esclavitud, pero –de acuerdo con el razonamiento de Hannah Arendt– no hubiera podido hacerlo tampoco si la hubiera abolido. El problema fundamental de las revoluciones, en otras palabras –en sus propias palabras–, es, pues, el siguiente: "Aunque todas las experiencias de pasadas revoluciones demuestran sin lugar a dudas que cualquier intento de resolver la cuestión social con medios políticos conduce al terror y que es el terror quien las conduce a su perdición, difícilmente puede negarse que es casi imposible evitar este error fatal cuando una revolución estalla en sociedades donde grandes masas están sumidas en la pobreza".

La "libertad" para cuyo establecimiento se producen las revoluciones es más que la mera ausencia de represiones sobre las personas o que la existencia de garantías para las "libertades civiles" ya que ni la primera ni la segunda requieren una forma particular de gobierno (como la Arendt justamente observa), sino sólo la ausencia de tiranía y despotismo.[5] Parece consistir en el derecho y la posibilidad de participar activamente en los asuntos de la colectividad, en las alegrías y gratificaciones de la vida pública tal y como tal vez se concebían originalmente en la *polis* griega (pp. 123-124). No obstante –aunque aquí no se trata de seguir el razonamiento de la autora como de reconstruirlo–, la "libertad pública" en este sentido sigue siendo un sueño, aunque los padres de la constitución norteamericana fueran lo bastante sensatos –y se vieran lo bastante libres de la molesta presencia de los pobres– como para implantar un gobierno dotado de garantías razonables contra la tiranía y el despotismo. Lo esencial de la

4. "Como [los Estados Unidos] nunca estuvieron abrumados por la pobreza, fue 'la pasión fatal por el enriquecimiento súbito', más que la simple necesidad, lo que constituyó un obstáculo para los fundadores de la república" (p. 134).

5. Sin embargo, Hannah Arendt parece olvidar esta distinción suya cuando observa posteriormente (p. 111) que "nosotros también sabemos, a pesar nuestro, que la libertad se ha conservado mejor en países donde jamás tuvo lugar ninguna revolución, por ultrajantes que fueran las circunstancias del poder existente, que en los países donde han triunfado movimientos revolucionarios". Aquí "libertad" se emplea en un sentido que ella había anteriormente rechazado. La afirmación, en todo caso, es objetable.

genuina tradición revolucionaria es que mantiene vivo este sueño. Así lo ha hecho mediante una constante tendencia a dar nacimiento a órganos espontáneos capaces de realizar las libertades públicas y tales como las asambleas o consejos (*soviets, Räte*) locales o de sección, electivos o directivos, que han surgido en el curso de las revoluciones sólo para ser suprimidos por la dictadura del partido. Estos consejos deberían tener una función puramente *política*. Siendo cosas distintas el gobierno y la administración, el intento de usarlos, por ejemplo, para la gestión de los asuntos *económicos* ("control obrero") no es deseable y está condenado al fracaso, aunque no forma parte de ningún complot por parte del partido revolucionario el "apartar [los consejos] del ámbito de la política y retrotraerlos a las fábricas". Soy incapaz de descubrir las opiniones que Hannah Arendt tiene acerca de quién debe llevar la "administración de las cosas al servicio del interés público" en el terreno económico, por ejemplo, o acerca de cómo debe llevarse esta administración.

El razonamiento de la Arendt nos dice mucho sobre el tipo de gobierno que a ella le gusta, e incluso más cosas sobre su estado de ánimo. Su validez como afirmación general sobre los ideales políticos no se discute aquí. Por otra parte, es importante observar que el carácter de sus argumentos no sólo imposibilita su utilización en el análisis de las actuales revoluciones —por lo menos en unos términos que tengan algún sentido para el historiador o el estudioso en ciencias sociales—, sino que además elimina la posibilidad de todo diálogo significativo entre ella y los que se interesan por las revoluciones actuales. En la medida en que Hannah Arendt escribe sobre historia —sobre revoluciones tal como pueden ser hoy observadas, estudiadas retrospectivamente o planteadas prospectivamente—, su conexión con ella es tan incidental como la de los teólogos medievales y los astrónomos. Unos y otros hablaban de los planetas y se referían, por lo menos en parte, a los mismos cuerpos

celestes, pero sus puntos de contacto no pasaban de esto.

El historiador o el sociólogo, por ejemplo, sentirá irritación, a diferencia de lo que le ocurre a la autora, por una cierta falta de interés por los simples hechos. Esto no puede atribuirse a descuido o ignorancia, porque Hannah Arendt es suficientemente culta e ilustrada como para darse cuenta de tales inconsecuencias cuando opta, en gran medida como preferencia, por las construcciones metafísicas o el sentimiento poético por encima de la realidad. Cuando observa que "aunque viejo, Marx, en 1871, era aún bastante revolucionario como para saludar con entusiasmo la Comuna de París, aunque aquel estallido contradijera todas sus teorías y predicciones" (p. 58), tiene que saber que la primera parte de su proposición es falsa (Marx tenía, en realidad, 53 años de edad), y la segunda por lo menos muy controvertida. Su afirmación no es realmente una afirmación histórica, sino más bien, por así decir, un fragmento de un drama intelectual que sería tan injusto juzgar con criterios históricos como el *Don Carlos* de Schiller. Ella sabe que la fórmula de Lenin para el desarrollo ruso —"soviets más electrificación"— no tenía por finalidad, tal como arguye, eliminar el papel del partido en la construcción del socialismo (p. 60). Pero su interpretación añade un elemento de convicción al supuesto que ella hace de que la revolución soviética debiera haberse desarrollado por la senda de una tecnología políticamente neutral y de un sistema político de base "ajeno a todos los partidos". Objetar que "no era esto lo que Lenin quería decir" equivale a introducir cuestiones pertenecientes a un universo del discurso diferente al suyo.

Y, sin embargo, ¿pueden estas cuestiones dejarse enteramente de lado? En la medida en que la Arendt pretende reflexionar no sólo en torno a la idea de revolución, sino también en torno a ciertos acontecimientos e instituciones identificables, no se puede. Desde el momento que la tendencia espontánea a dar origen a órganos como los soviets

tiene claramente una gran importancia para Hannah Arendt y le proporciona pruebas para su interpretación, cabía esperar, por ejemplo, que mostrara algún interés por las formas efectivas que tales órganos populares adoptan. De hecho, la autora manifiesta con claridad no estar interesada en ello. Incluso es difícil descubrir qué es exactamente lo que tiene en la cabeza, porque habla a renglón seguido de organizaciones políticamente muy distintas. Los antepasados de los soviets (que consistían en asambleas de delegados de agrupaciones funcionales de personas, como fábricas, regimientos o poblaciones), sostiene, fueron bien las secciones parisinas de la Revolución francesa (que eran esencialmente formas de democracia directa de todos los ciudadanos en pública asamblea) o bien las sociedades políticas (que eran cuerpos voluntarios del tipo familiar). Es posible que el análisis sociológico pudiera mostrar la semejanza de estas formas, pero Hannah Arendt no acude a él.[6]

Además, "la verdad histórica de la cuestión" *no* estriba, evidentemente, en que "los sistemas de partidos y de consejos son casi coetáneos; ambos eran desconocidos antes de las revoluciones y son consecuencia del credo moderno y revolucionario según el cual todos los habitantes de un territorio determinado tienen derecho a ser admitidos en el ámbito de lo público, de la política" (p. 275). Aun admitiendo que la segunda parte de la frase sea sostenible (en la medida en que definimos el ámbito de lo público en unos términos que valen para los grandes estados modernos, territoriales o nacionales, pero no para otras formas históricamente más difundidas de organización política), la primera mitad no lo es. Los consejos, incluso en la forma de delegaciones electas, son un mecanismo político tan evidente en comunidades por encima de un determinado tamaño, que preceden con mucho a los partidos políticos, quienes están lejos de ser instituciones obvias, por lo menos en el sentido usual del término. Los consejos como instituciones revolucionarias son corrientes desde mucho antes de 1776, año en que empiezan las revoluciones de la señorita Arendt, como por ejemplo en el Consejo General del Nuevo Ejército Modelo, en los comités de Francia y los Países Bajos del siglo XVI, e incluso en la vida política de las ciudades medievales. Un "sistema de consejos", con este nombre, es sin duda coetáneo o bastante posterior a los partidos políticos de la Rusia de 1905, puesto que fueron éstos los que reconocieron las posibles implicaciones de los soviets para el gobierno revolucionario de las naciones; pero la idea de gobierno descentralizado mediante órganos comunales autónomos, tal vez relacionados por una estructura piramidal de organismos superiores compuestos de delegados, es, por razones prácticas, muy antigua.

Tampoco es verdad que los consejos "hayan sido siempre primordialmente políticos, habiendo desempeñado en ellos un papel secundario las reivindicaciones sociales y económicas" (p. 278). No lo ha sido porque los obreros y campesinos rusos no hacían distinciones tajantes entre lo político y lo económico, ni podían hacerlas de ser ciertos los argumentos de Hannah Arendt.[7] Además, los consejos

6. De haber acudido a él, hubiera estado menos segura de que los delegados de los soviets "no eran nombrados desde arriba ni apoyados desde abajo" sino que "se habían seleccionado a sí mismos" (p. 282). En los soviets de campesinos podían ser seleccionados institucionalmente (como, por ejemplo, a través del nombramiento automático del maestro de escuela o de los cabezas de ciertas familias), análogamente a como en los sindicatos británicos de jornaleros agrícolas el ferroviario del lugar —independiente de los campesinos y de los terratenientes— era a menudo elegido automáticamente como secretario. También es cierto que las divisiones locales de clases tendían *a priori* a favorecer o a inhibir la selección de delegados.

7. Puesto que los pobres, a su juicio, están primordialmente determinados por la "necesidad" más que por la "libertad", es decir, por motivos económicos más que políticos. Actualmente esto también es falso.

obreros primitivos de Rusia, como los de los delegados de taller ("shop stewards") británicos y alemanes durante la primera guerra mundial o los consejos sindicales ("Trades Councils") que a veces asumieron funciones casi de soviet en las grandes huelgas, eran consecuencia de la organización sindical y huelguística; esto es, de actividades más bien económicas que políticas, si es que cabe alguna distinción entre ambas.[8] En tercer lugar, se equivoca, puesto que la tendencia inmediata de los soviets que realmente funcionaron, es decir, los de las ciudades, era, en 1917, la de convertirse en órganos de administración, iniciando una victoriosa rivalidad con las municipalidades y, como tales, ir obviamente más allá del terreno de la deliberación política. De hecho, fue esta capacidad de los soviets para convertirse en órganos tanto de ejecución como de debate lo que sugirió a los pensadores políticos que iban a constituir la base de un nuevo sistema político. Más aún, la indicación de que reivindicaciones como la de "control obrero" son en cierto sentido una desviación respecto a la línea espontánea de evolución de los consejos y de otros organismos similares, no resiste al examen más somero. Las consignas de "la mina para los mineros" o "la fábrica para los obreros" —en otras palabras, la exigencia de una forma de producción democrática y cooperativa en lugar de una forma capitalista— se retrotraen a las primeras etapas del movimiento obrero. Desde entonces ha constituido siempre un elemento importante en el pensamiento popular espontáneo, cosa que no nos obliga a considerarlo como algo distinto a la utopía. En la historia de la democracia radical, la cooperación en unidades comunales y su apoteosis, la "comunidad cooperativa" (que fue la primera definición del socialismo entre los obreros), desempeñan un papel crucial.

8. Hannah Arendt está confundida por el hecho de que en los momentos culminantes de una crisis revolucionaria todas las organizaciones dedican la mayor parte del tiempo a discutir de política.

No hay pues prácticamente ningún punto en que el examen de la Arendt de lo que ella considera como la institución crucial de la tradición revolucionaria tenga contacto alguno con los fenómenos históricos reales que se propone describir, institución sobre cuya base se lanza a elaborar generalizaciones. Y el estudioso de revoluciones, sea historiador, sociólogo o incluso especialista en sistemas e instituciones políticos, se sentirá igualmente frustrado por el resto de su obra. Su aguda inteligencia a veces arroja luz sobre algunos libros, incluyendo entre ellos los clásicos de la teoría política. La autora muestra una notable percepción hacia las motivaciones y los mecanismos psicológicos de los individuos —su examen de Robespierre, por ejemplo, es de útil lectura— y tiene ocasionales destellos de clarividencia; esto es, a veces hace afirmaciones que, pese a no estar particularmente bien asentadas sobre pruebas o razonamientos, sorprenden al lector como certeras y reveladoras. Pero esto es todo. Y no basta. Habrá sin duda lectores que encontrarán interesante y provechoso el libro de Hannah Arendt. No es probable que entre ellos se cuenten los estudiosos, sean historiadores o sociólogos, de las revoluciones.

(1965)

21

LAS REGLAS DE LA VIOLENCIA

De todas las palabras en boga a finales de los años sesenta, "violencia" es casi la que más está en la avanzadilla de la moda y, a la vez, la más carente de significado. Todo el mundo habla de ella, pero nadie piensa en ella. Como señala el recién publicado informe de la Comisión Nacional de Etiología y Prevención de la Violencia, de los Estados Unidos, la *International Encyclopedia of the Social Sciences*, publicada en 1968, no contiene ningún artículo encabezado por dicho vocablo.

Tanto la moda como la imprecisión son significativas. Porque la mayoría de personas que van a leer libros con títulos como *La edad de la violencia* (no precisamente sobre poesía simbolista) o *Hijos de la violencia* (que trata de vidas físicamente bastante sosegadas) son conscientes de la violencia del mundo, pero su relación con ella es novedosa y enigmática. La mayoría de ellas, a menos que lo busquen deliberadamente, pueden pasar toda su vida adulta sin ninguna experiencia directa de "comportamiento destinado a infligir perjuicios físicos a personas o daños a cosas" (por usar la definición de la mencionada Comisión norteamericana), ni con la "fuerza" definida como "empleo efectivo o la amenaza de la violencia para obligar a otros a hacer lo que no harían en otras condiciones".

Normalmente, la violencia física sólo acierta a dar con ellos de una manera directa y de tres maneras indirectas. Directamente, está omnipresente bajo la forma del accidente de tráfico, casual, involuntario, imprevisible e incontrolable para la mayoría de sus víctimas y que prácticamente constituye la única contingencia que puede llevar, en tiempos de paz, a la mayor parte de personas que trabajan en hogares y oficinas a tomar contacto real con cuerpos sangrantes o mutilados. Indirectamente, está presente en los *mass-media* y en los espectáculos. Probablemente no pasa ni un solo día sin que la mayoría de telespectadores y lectores dejen de topar con la imagen de un cadáver, lo que constituye uno de los espectáculos más infrecuentes en la vida real de un ciudadano británico. De una manera más remota, somos sabedores de la existencia en nuestra época de vastos fenómenos de destrucción masiva, inimaginables de manera concreta, para los cuales hay símbolos adecuados (la bomba atómica, "Auschwitz" y otros por el estilo), así como de la presencia de los sectores y situaciones de la sociedad en los que la violencia física es un hecho común y probablemente creciente. La tranquilidad y la violencia, pues, coexisten.

Se trata de experiencias curiosamente irreales, y por consiguiente nos es muy difícil comprender la violencia como fenómeno histórico o social, como lo pone de manifiesto la extraordinaria devaluación de términos como "agresión" en la jerga psicosociológica popular o "genocidio" en política. Las ideas predominantes del pensamiento liberal no facilitan las cosas, ya que dan por supuesta una dicotomía totalmente irreal entre "violencia" o "fuerza física" (mala y retrógrada) y "no violencia" o "fuerza moral" (buena e hija del progreso). Naturalmente, no simpatiza con ésta y con otras esquematizaciones pedagógicas en la medida en que contribuyen a evitar que la gente ande propinándose mamporros, cosa que aprueba toda persona cuerda y civilizada. Pero con estas ideas ocurre lo mismo

que con otro producto de la moral liberal; es decir, la afirmación de que "la fuerza no resuelve nunca nada": llega un momento en que el estímulo hacia lo bueno se hace incompatible con la comprensión de la realidad y, por lo tanto, con lo único que puede poner sólidos cimientos para el estímulo a la bondad.

Porque lo esencial a propósito de la violencia como fenómeno social es que sólo existe bajo una gran multiplicidad de formas. Hay acciones de diferentes grados de violencia que suponen manifestaciones cualitativas distintas de la misma. Todos los movimientos campesinos son manifestaciones de pura fuerza física, aunque algunos sean insólitamente parcos en derramar sangre y otros degeneren en matanzas, porque su carácter y sus objetivos difieren. Los campesinos ingleses de comienzos del siglo XIX consideraban legítima la violencia contra las propiedades, justificable bajo ciertas circunstancias una violencia moderada contra personas, pero se abstenían sistemáticamente de matar, aunque en circunstancias particulares (como en los enfrentamientos entre cazadores furtivos y guardabosques) los mismos hombres no vacilaban en luchar hasta la muerte. Es del todo estéril tratar estos distintos tipos y grados de acción violenta como esencialmente indiscernibles, salvo como excusa legal para la represión o como punto de controversia en torno al tema de "no ceder jamás ante la fuerza". Además, acciones del mismo grado de violencia pueden diferir fuertemente en cuanto a legitimidad o justificación por lo menos ante la opinión pública. El gran bandido calabrés Musolino, al pedírsele que definiera la palabra "mal", dijo que quería decir "matar a un cristiano sin tener una razón muy seria".

Las sociedades verdaderamente violentas siempre tienen una aguda conciencia de estas "reglas", precisamente porque la violencia privada es esencial para su desenvolvimiento cotidiano, mientras que a nosotros se nos pueden escapar por parecernos intolerablemente alta la cantidad

de sangre que se vierte en condiciones normales en tales sociedades. En los países donde, como en las Filipinas, los muertos en cada campaña electoral se cuentan por centenares, parece irrelevante el que, según las normas del país, unos casos estén más sujetos a condena que otros. Y, sin embargo, *existen* reglas. En las montañas de Cerdeña constituyen un código vigente de derecho consuetudinario que algunos observadores exteriores han descrito formalmente en términos jurídicos.[1] Por ejemplo, el robo de una cabra no es un "delito" a menos que la leche de la cabra sea consumida por la familia de los ladrones o que haya un claro intento de "ofender" o mortificar a la víctima. En tal caso, la venganza es progresivamente más y más seria, hasta llegar a la muerte.

Por vinculante que sea la obligación de matar, los miembros de familias enemistadas entre sí e implicadas en matanzas mutuas quedarán sinceramente consternados si, por cualquier circunstancia fortuita, un curioso o persona ajena a la pugna resulta muerto. Las situaciones de violencia en que la naturaleza de ésta pueda causar daños a quienes no deseen participar en ella quedan, pues, al menos en teoría, eliminadas, y no como en la proverbial pregunta del irlandés: "¿Es una pelea privada o puede meterse en ella cualquiera?" De modo que el riesgo efectivo que corren las personas ajenas, aunque sin duda mayor que en nuestras sociedades, es calculable. Probablemente las únicas aplicaciones incontroladas de fuerza son las que puedan ejercer quienes ocupan puestos elevados en la escala social contra sus inferiores (que no tienen, casi por definición, ningún derecho frente a ellos), e incluso en estos casos existe probablemente algún tipo de reglas.

En la práctica, algunas de tales reglas sobre la violencia nos son todavía familiares. ¿Por qué, por ejemplo, basan

1. Véase A. Pigliaru, *La vendetta barbaricina come ordinamento giuridico*, Milán, 1959.

los abolicionistas, en la supuesta convicción de que todas las ejecuciones son indeseables, una parte tan importante de sus campañas en el argumento de que la pena de muerte a veces se cobra víctimas inocentes? Porque para la mayoría de nosotros, incluyendo probablemente la mayoría de los abolicionistas, la muerte del "inocente" produce una reacción cualitativamente distinta a la del "culpable".

Uno de los principales peligros de las sociedades donde la violencia directa ya no tiene un papel demasiado destacado para regular las relaciones cotidianas entre los pueblos y los grupos humanos o en las que la violencia se ha despersonalizado, es que pierdan el sentido de tales distinciones. Al ocurrir esto, desmantelan al mismo tiempo ciertos mecanismos sociales que controlan el empleo de la fuerza física. Esto no importaba demasiado en los días en que las formas tradicionales de violencia en las relaciones sociales, o por lo menos las más peligrosas, iban disminuyendo rápida y visiblemente. Pero puede ser que hoy se encuentren de nuevo en una fase ascendente y que nuevas formas de violencia social vayan adquiriendo mayor importancia.

Es posible que las viejas formas de violencia estén en alza, porque los sistemas establecidos para mantener el orden público creados durante la era liberal se ven sometidos a esfuerzos crecientes y ciertas formas de violencia política, como la acción física directa, el terrorismo y otras por el estilo, son más frecuentes que en el pasado. El nerviosismo y desaliño de las autoridades públicas y el resurgimiento de los guardias de seguridad en las empresas privadas y de los movimientos de defensa civil son casos evidentes. Ya han llevado a un cierto redescubrimiento de la violencia controlada, como en el retorno de tantas fuerzas de policía a un curioso medievalismo —yelmos, escudos, armaduras y todo lo demás— y al uso de varios gases temporalmente paralizantes, balas de goma, etc., todo lo cual refleja el punto de vista, muy sensato, de que hay varios grados de violencia necesaria o deseable en una sociedad; punto de vista que la antigua ley consuetudinaria de Inglaterra jamás ha abandonado.[2] Por otra parte, las propias autoridades públicas se han acostumbrado a usar ciertas formas terroríficas de violencia, especialmente la tortura, que hasta hace unas décadas se consideraban bárbaras y enteramente inaceptables en sociedades civilizadas, mientras que una opinión pública "respetable" reclama histéricamente la aplicación de un terror indiscriminado.

Esto es parte de la nueva *clase* de violencia que hoy emerge. La violencia tradicional (incluidas las variantes de la misma que hoy vuelven) supone que la fuerza física debe emplearse en tanto no haya otros medios más a mano o más eficaces y, por consiguiente, que las acciones violentas normalmente tienen un fin específico e identificable, siendo el uso de la fuerza proporcionado al mismo. Pero una buena parte de la violencia privada contemporánea puede permitirse no tener objetivos concretos, y de hecho no los tiene, de modo que la violencia pública siente la tentación de proceder a acciones indiscriminadas.

La violencia privada no consigue ni puede conseguir demasiado contra los detentadores realmente importantes e institucionalizados de la fuerza, tengan éstos o no su violencia en reserva. Allí donde se da, por lo tanto, tiende a substituir la acción por sucedáneos de ésta. Las insignias y las cruces de hierro del ejército nazi tenían una finalidad práctica, aunque no la aprobemos. En cambio, los mismos símbolos, en el caso de los Ángeles del Infierno y otros grupos semejantes, no tienen más que una justificación: el deseo de ciertos jóvenes débiles y desvalidos de compensar

2. Durante el período de entreguerras la Royal Air Force británica se opuso a todos los proyectos para utilizarla en el mantenimiento del orden público basándose en que su armamento era demasiado indiscriminado y que esto podría ser motivo de procesamiento en virtud de la ley consuetudinaria. No aplicaba este argumento a los bombardeos de aldeas tribales en la India o en el Medio Oriente...

sus frustraciones con actos y símbolos de violencia. Algunas formas de violencia sedicentemente políticas (como los secuestros o algunos atentados neoanarquistas mediante la colocación de bombas) son análogamente irracionales ya que en la mayor parte de los casos su efecto político es insignificante o contraproducente, siendo esto último lo más frecuente.

Las ciegas agresiones actuales no son necesariamente más peligrosas para la vida y la integridad física (hablando en términos estadísticos) que la violencia de sociedades tradicionalmente "sin ley", aunque probablemente inflijan mayores daños a las cosas o, más bien, a las compañías en que estén aseguradas. Por otra parte, estos actos son más temibles, tal vez justificadamente, porque son a la vez más azarosos y más crueles, en la medida en que su fin no es otro que la violencia misma. Como mostró el caso del asesinato de los Moor, lo terrible de la fascinación que por las grandes botas de los uniformes nazis aletea actualmente por varios submundos y subculturas occidentales no estriba simplemente en su nostalgia por los Himmler y Eichmann, burócratas de un aparato de poder cuyas finalidades eran demenciales. Estriba en que, para ciertos sectores marginales, compuestos de pobres débiles y desamparados, sumidos en la desorientación, la violencia y la crueldad —a veces en sus formas sexuales socialmente más ineficaces y personalizadas— son un substitutivo del éxito personal y del poder social.

Lo que resulta lacerante en las grandes urbes norteamericanas es la combinación de viejas formas renacidas y nuevas formas emergentes de violencia en situaciones de tensión y crisis social. Y se trata de situaciones a las que la sabiduría convencional de las ideas liberales es totalmente incapaz de hacer frente, ni aun conceptualmente; de ahí la tendencia a recaer en una reacción conservadora instintiva, que apenas es más que una imagen refleja del desorden que pretende controlar. Por tomar el ejemplo más sencillo: la tolerancia y la libertad de expresión liberales contribuyen a saturar la atmósfera de esas imágenes de sangre y tortura que tan escasamente compatibles son con el ideal liberal de una sociedad basada en el consentimiento y la fuerza moral.[3]

Probablemente estamos entrando de nuevo en una era de violencia dentro de la sociedad, que no debe confundirse con la naturaleza crecientemente destructiva de los conflictos entre unas y otras sociedades. Haríamos mejor, por consiguiente, en un intento de comprender las manifestaciones sociales de la violencia, en aprender de nuevo a distinguir entre los diversos tipos de actividad violenta y, por encima de todo, en construir o reconstruir unas reglas sistemáticas de la misma. Es lo más difícil para gentes educadas en una cultura liberal, penetradas de la creencia de que cualquier manifestación violenta es peor que la no violencia, suponiendo que todo lo demás no varíe (cosa que no ocurre). Naturalmente que es peor, pero, por desgracia, una generalización moral abstracta de esta clase no proporciona ninguna guía para los problemas prácticos de la violencia en nuestra sociedad. Lo que ha sido en otro momento un principio útil de mejoramiento de los hábitos sociales ("resolved los conflictos pacíficamente y no mediante la lucha", "la propia dignidad no exige derramamiento de sangre", etc.) se convierte en mera retórica, tanto en un sentido como en el opuesto. Deja sin reglas el área creciente de la vida humana en que la violencia tiene lugar y, paradójicamente, la deja también sin siquiera principios morales aplicables prácticamente; lo atestigua el resurgir universal de la práctica de la tortura por las fuer-

3. El argumento de que no es posible probar que estas imágenes afectan a la acción de nadie no es más que un mero intento de racionalizar esta contradicción y no resiste a un examen mínimamente serio. Tampoco valen los argumentos de que la cultura popular siempre se ha regodeado con imágenes de violencia, o que tales imágenes actúan como sucedáneo de la realidad.

zas de los estados. La abolición de la tortura fue uno de los pocos logros del liberalismo que puede alabarse sin reservas. Pero hoy la tortura se practica de nuevo, aceptada por los gobiernos y propagada por los medios de comunicación de masas.

Los que creen que toda violencia es mala por principio no pueden hacer ninguna distinción sistemática entre los diferentes tipos de violencia práctica, ni percibir sus efectos tanto sobre los que la sufren como sobre los que la infligen. Lo más probable es que tan sólo provoquen, por reacción, la actitud de considerar buena toda forma de violencia, ya sea desde un punto de vista conservador o revolucionario, es decir, la actitud de no ver más que la satisfacción psicológica subjetiva producida por la violencia sin tener en cuenta su efectividad. En este sentido, los reaccionarios que reclaman la vuelta de los balazos, los vapuleos y las ejecuciones sin discriminación se parecen a aquellos, cuyos sentimientos han sido sistematizados por Fanon y otros, para quienes la acción mediante los fusiles o las bombas es *ipso facto* preferible a la acción no violenta.[4] El liberalismo no establece ninguna distinción entre la enseñanza de las formas más suaves de judo y las formas potencialmente más mortíferas de karate, mientras que la tradición japonesa es perfectamente consciente de que éstas deben destinarse al aprendizaje de quienes tengan el suficiente juicio y formación moral para usar su poder en matar responsablemente.

Hay síntomas de que tales distinciones se están aprendiendo de nuevo, lentamente y de manera empírica, pero en un clima general de desorientación e histeria que dificulta el uso racional y limitado de la violencia. Ya es hora de que situemos este proceso de aprendizaje sobre una base más sistemática mediante la comprensión de los usos sociales de la violencia. Podemos pensar que toda violencia es peor que la no violencia, suponiendo que los demás factores no varíen. Pero la peor violencia es la que escapa a todo control humano.

(1969)

4. Los revolucionarios racionales siempre han valorado enteramente la violencia en virtud de sus fines y de sus resultados probables. Cuando Lenin supo en 1916 que el secretario de la socialdemocracia austríaca había asesinado al primer ministro austríaco en signo de protesta contra la guerra, se limitó a preguntarse por qué un hombre que ocupaba un puesto como el suyo no había tomado la decisión menos espectacular, aunque más efectiva, de difundir a través de los activistas del partido un llamamiento contra la guerra. Para él era evidente que una acción no violenta y aburrida, pero efectiva, era preferible a una acción romántica pero carente de eficacia. Lo cual no le impidió seguir recomendando la insurrección armada cuando fuera necesaria.

22

REVOLUCIÓN Y SEXO

Che Guevara se habría sorprendido mucho y se habría irritado sobremanera de haber podido descubrir que su retrato figura actualmente en la portada de la *Evergreen Review*, que su personalidad es tema de un artículo en *Vogue* y su nombre la excusa ostensible de cierto exhibicionismo homosexual en un teatro de Nueva York (ver el *Observer*, 8 de mayo de 1969). Podemos dejar *Vogue* de lado. Su finalidad es decir a las mujeres qué es lo que está de moda en el vestir o cuáles son los temas de moda para conversar; su interés por Che Guevara no tiene más implicaciones políticas que las del director del *Who's Who*. Las otras dos bromas, en cambio, reflejan una creencia muy extendida según la cual hay algún tipo de relación entre movimientos revolucionarios sociales y permisividad en el comportamiento sexual público o en otras formas de comportamiento personal. No hay ninguna base real para esta opinión.

En primer lugar, debería ser hoy evidente que las convenciones sobre el comportamiento sexual permitido en público no tienen ninguna relación específica con los sistemas de poder político o de explotación social y económica. (Una excepción la constituye el dominio de los hombres sobre las mujeres y la explotación de mujeres por hombres, que suponen limitaciones más o menos estrictas para el comportamiento público del sexo inferior.) La "liberación" sexual tiene relaciones sólo indirectas con cualquier otra clase de liberación. Los sistemas de dominación y explotación de clase pueden imponer estrictas convenciones de comportamiento personal (por ejemplo, sexual) en público o en privado, pero pueden también no hacerlo. La sociedad hindú no era en ningún sentido más libre ni igualitaria que la comunidad no conformista galesa por el mero hecho de que la primera utilizase los templos para plasmar en imágenes una gran variedad de actividades sexuales de las maneras más tentadoras, mientras que la segunda impusiera rígidas restricciones a sus miembros, por lo menos en teoría. Todo lo que podemos deducir de esta concreta diferencia cultural es que los hindúes piadosos que desearan variar su rutina sexual podían aprender a hacerlo con mucho mayor facilidad que los galeses piadosos.

De hecho, si alguna generalización aproximada es posible sobre la relación entre dominio de clase y libertad sexual, es la de que los dominadores encuentran conveniente fomentar la permisibilidad o laxitud sexuales entre sus sujetos sólo para distraer su atención del estado de sometimiento en que se hallan. Nadie ha impuesto jamás el puritanismo sexual a los esclavos; al contrario. Las sociedades en las que los pobres son rígidamente mantenidos en el lugar que ocupan cuentan entre sus costumbres ciertas explosiones masivas, regulares e institucionalizadas, de libertad sexual, como los carnavales. En la práctica, dado que el sexo es la forma más barata de goce y, a la vez, la más intensa (como dicen los napolitanos, la cama es la gran ópera del pobre), es políticamente muy ventajoso, siendo iguales los demás factores, hacer que disfruten de él cuanto más mejor.

En otras palabras, no hay conexión necesaria entre la censura social o política y la censura moral, aunque a menudo se suponga que la hay. Reclamar que algunos tipos

de comportamiento no permitidos sean públicamente admitidos sólo es un acto político si implica un cambio en las relaciones políticas. Conquistar el derecho de hacer el amor entre blancos y negros en África del Sur sería un acto político, no por ampliar el ámbito de lo sexualmente permitido, sino por atacar la opresión racial. Conquistar el derecho de publicar *Lady Chatterly* no tiene este significado, aunque pueda saludarse como un éxito en otros terrenos.

Esto viene abundantemente corroborado por nuestra propia experiencia. En los últimos años las prohibiciones oficiales o convencionales sobre lo que puede decirse, escucharse, hacerse y mostrarse en público en materia sexual —o también en privado— han sido prácticamente abolidas en varios países occidentales. La creencia de que una moralidad sexual estrecha es un bastión esencial del sistema capitalista no puede seguir manteniéndose. Y tampoco lo es la creencia de que la lucha contra una moralidad de esta clase es muy urgente. Quedan aún pocos cruzados anacrónicos que pueden imaginar que asaltan una fortaleza puritana, pero la verdad es que sus murallas han sido ya prácticamente allanadas.

No hay duda de que hay todavía cosas que no pueden publicarse ni mostrarse, pero es cada vez más difícil encontrar a quien se indigne por ellas. La abolición de la censura es una actividad unidimensional, como la altura de los escotes y las faldas de las mujeres, y si esta altura va demasiado lejos en una misma dirección, la gratificación revolucionaria de los cruzados disminuye rápidamente. El derecho de los actores a hacer el acto sexual en el escenario es palpablemente un avance menos importante, incluso de emancipación personal, que lo que representó el derecho de las muchachas victorianas a montar en bicicleta. Hoy se está haciendo cada vez más difícil incluso poner en pie aquellas campañas acusatorias contra la obscenidad en las que durante mucho tiempo han confiado los editores y productores para tener publicidad gratuita.

Para fines prácticos, la batalla por la publicidad de lo sexual ha sido ya ganada. ¿Ha conseguido esto aproximar la revolución social o traer otro cambio, fuera de la cama, la página impresa y el entretenimiento público (cambio que puede ser o no deseable)? No hay ningún signo de ello. Lo único que, sin la menor duda, ha traído es una mayor abundancia de manifestaciones públicas del sexo en un contexto social por lo demás no transformado.

Pero si bien no hay ninguna conexión intrínseca entre permisibilidad sexual y organización social, sí hay en cambio —y debo decirlo con cierto pesar— una afinidad persistente entre revolución y puritanismo. No conozco ningún movimiento o régimen revolucionario, sólido y organizado, que no haya desarrollado acentuadas tendencias puritanas. Incluyendo los marxistas, cuyos fundadores elaboraron una doctrina nada puritana (que en el caso de Engels era activamente antipuritana). Incluyendo casos como el de Cuba, cuya tradición nativa es lo contrario del puritanismo. Incluyendo la mayoría de los oficialmente anarquistas-libertarios. Quien crea que la moralidad de los viejos militantes anarquistas era libre y fácil no sabe de qué está hablando. El amor libre (en el cual creían apasionadamente) significaba no beber alcohol, no tomar drogas y practicar la monogamia sin estar casados.

La componente libertaria, o más exactamente antinómica, de los movimientos revolucionarios, aunque a veces fuerte e incluso dominante en el momento mismo de la liberación, nunca ha sido capaz de resistir a la puritana. Los Robespierre siempre acaban venciendo a los Danton. Los revolucionarios para quienes la absoluta libertad sexual o la cultural, que para el caso es lo mismo, son realmente cuestiones centrales de la revolución, son marginados por ella tarde o temprano. Wilhelm Reich, el apóstol del orgasmo, empezó realmente, según nos recuerda la "nueva izquierda", como un revolucionario marxista-freudiano y de gran capacidad, a juzgar por su obra *La psi-*

cología de masas del fascismo (que llevaba como subtítulo *La economía sexual de la reacción política y la política sexual proletaria*). Pero ¿puede realmente sorprendernos que un hombre así terminara centrando su atención en el orgasmo y no en la organización? Ni los stalinistas ni los trotskistas sentían ningún entusiasmo por los surrealistas revolucionarios que llamaban a sus puertas pidiendo ser admitidos. Los que sobrevivieron en política no sobrevivieron como surrealistas.

Por qué son así las cosas es una cuestión importante y oscura que no puede ser resuelta aquí. Saber si han de ser necesariamente así es una cuestión aún más importante, en todo caso para los revolucionarios que piensan que el puritanismo oficial de los regímenes revolucionarios es excesivo y a menudo se pasa de la raya. Pero difícilmente puede negarse que las grandes revoluciones de nuestro siglo no se han entregado precisamente a la permisibilidad sexual. Han hecho avanzar la libertad sexual (y fundamentalmente) no aboliendo las prohibiciones sexuales, sino mediante un acto transcendente de emancipación social: la liberación de las mujeres de su opresión. Y también está fuera de duda que los movimientos revolucionarios han visto en la absoluta libertad personal un inconveniente. Entre los jóvenes rebeldes, aquellos que están más cerca del espíritu y de las aspiraciones de la revolución social a la antigua usanza tienden a ser también los más hostiles al consumo de drogas, la exhibición indiscriminada de lo sexual u otros estilos y símbolos de disidencia personal: los maoístas, los trotskistas y los comunistas. Las razones invocadas suelen ser que "los trabajadores" no entienden ni simpatizan con estas clases de comportamientos. Sea o no así, lo que no puede negarse es que consumen tiempo y energía y es difícilmente compatible con la organización y la eficacia.

Todo el asunto es en realidad parte integrante de una cuestión mucho más amplia. ¿Cuál es el papel que desempeña en toda revolución o cambio social esa revolución cultural que hoy constituye una vertiente tan visible de la "nueva izquierda" y que en algunos países, como los Estados Unidos, es el aspecto dominante? No hay ninguna revolución social importante que no se entremezcle, cuando menos periféricamente, con este tipo de disidencia cultural. Tal vez hoy en Occidente, donde la fuerza motriz principal de la rebeldía es la "alienación" más que la pobreza, ningún movimiento que no ataque también el sistema de relaciones personales y de satisfacciones privadas puede ser revolucionario. Pero en sí mismas la rebelión cultural y la disidencia cultural son síntomas, no fuerzas revolucionarias. Políticamente no son demasiado importantes.

La Revolución rusa de 1917 redujo a los vanguardistas de la época y a los disidentes culturales, muchos de los cuales simpatizaban con ella, a sus proporciones sociales y políticas reales. Cuando los franceses fueron a la huelga general en mayo de 1968, los sucesos del teatro del Odeón y las maravillosas inscripciones murales ("Está prohibido prohibir", "Cuando hago la revolución siento como si hiciera el amor" y otras) podían considerarse como formas menores de literatura y teatro, marginales respecto a la corriente principal de los hechos. Cuanto más visibles son tales fenómenos, más seguridad podemos tener de que no suceden los hechos realmente decisivos. *Épater* a la burguesía es, por desgracia, más fácil que derrocarla.

(1969)

23

CIUDADES E INSURRECCIONES

Las ciudades, entre muchas otras cosas, son lugares habitados por una aglomeración de gente pobre y, en la mayoría de casos, la sede de un poder político que afecta a sus vidas. Históricamente, una de las cosas que las poblaciones urbanas han hecho a este respecto es manifestarse, amotinarse, sublevarse o ejercer bajo otras formas presiones directas sobre las autoridades que incurren dentro de su ámbito. Al habitante corriente de la ciudad no le importa demasiado que el poder sito en ella sea a veces de alcance sólo local mientras que en otras ocasiones puede serlo regional, nacional o incluso global. En cambio, los cálculos tanto de las autoridades como de los movimientos políticos que aspiran a hacer caer gobiernos varían si las ciudades son o no capitales (o ciudades-estado independientes, que para el caso es lo mismo) o sede de compañías gigantes de ámbito nacional o internacional, pues, en caso de serlo, los motines y las sublevaciones urbanos pueden tener, obviamente, implicaciones mucho más amplias que si la autoridad urbana es sólo local.

El tema del presente trabajo es cómo ha afectado la estructura de las ciudades a los movimientos populares de esta clase y, a la inversa, qué efectos ha tenido sobre la estructura urbana el temor a tales movimientos. El primero

tiene una significación mucho más general que el segundo. El motín, la insurrección o la manifestación populares constituyen un fenómeno urbano casi universal, y, según sabemos hoy, ocurren incluso en la megalópolis opulenta del mundo industrial de finales del siglo xx. Por otro lado, el temor a tales movimientos es intermitente. Pueden darse por descontados como hecho inherente a la realidad urbana en la mayor parte de las ciudades preindustriales o como un tipo de intranquilidad que periódicamente estalla para después apaciguarse y sin producir ninguna consecuencia importante en la estructura del poder. Es posible que sea subestimado porque durante largo tiempo no haya habido ninguna rebelión ni alzamiento o porque existan alternativas institucionales como, por ejemplo, sistemas de gobierno local por elección popular. Al fin y al cabo, hay escasas ciudades perennemente levantiscas. La propia Palermo, que probablemente detenta el récord europeo con doce insurrecciones entre 1512 y 1866, ha pasado larguísimos períodos durante los cuales las masas populares se han mantenido tranquilas. Por otra parte, desde el momento en que las autoridades deciden alterar la estructura urbana debido a la inquietud política imperante, es probable que los resultados sean substanciales y duraderos, como en el caso de los bulevares de París.

La eficacia de un motín o insurrección depende de tres aspectos de la estructura urbana: con qué facilidad puedan ser movilizados los pobres, cuán vulnerables sean para éstos los centros de autoridad y cuán fácilmente puedan ser liquidados. Estos aspectos vienen determinados en parte por factores sociológicos, por factores urbanísticos y por factores tecnológicos, aunque los tres no sean independientes entre sí. Por ejemplo, la experiencia muestra que, entre las diversas formas de transporte urbano, los tranvías, sea en Calcuta o en Barcelona, son particularmente adecuados para los insurrectos; en parte porque la subida de sus tarifas, que tiende a afectar a todos los pobres si-

multáneamente, es un detonador muy lógico de los disturbios y en parte porque estos enormes vehículos supeditados al carril, cuando son incendiados o volcados, pueden bloquear calles y producir colapsos circulatorios con gran facilidad. Los autobuses no han desempeñado un papel tan importante en alzamientos ni nada que se les parezca; los ferrocarriles metropolitanos parecen ser totalmente irrelevantes (salvo para el transporte de los insurrectos) y los coches pueden ser usados en el mejor de los casos como obstáculos o barricadas sin demasiada eficacia, a juzgar por la reciente experiencia de París. Aquí la diferencia es puramente tecnológica.

Por otra parte, las universidades en el centro de las ciudades son evidentemente centros más peligrosos de motín potencial que las situadas en las afueras o tras algún cinturón verde, fenómeno del que son muy conscientes los gobiernos latinoamericanos. Las concentraciones de pobres son más peligrosas cuando están en los centros de las ciudades o cerca de ellos, como es el caso de los *ghettos* negros en muchas ciudades norteamericanas del siglo XX, que cuando se encuentran en suburbios relativamente alejados, como en la Viena del siglo XIX. En tales casos la diferencia es urbanística y depende del tamaño de la ciudad y del tipo de especialización funcional que se dé en su interior. Sin embargo, un centro de agitación estudiantil potencial en las afueras de una ciudad, como Nanterre en París, tiene condiciones mucho más aptas para provocar disturbios en el centro urbano que los barrios de chabolas ocupados por argelinos en el mismo suburbio, porque los estudiantes tienen más movilidad y su universo social es más metropolitano que el de los trabajadores inmigrados. En este caso la diferencia es primordialmente sociológica.

Supongamos, entonces, que construimos la ciudad ideal para el motín o insurrección. ¿Qué aspecto tendrá? Deberá estar densamente poblada y no tener una superficie demasiado extensa. Por sus dimensiones, debería ser posible atravesarla a pie, aunque tal vez otras experiencias insurreccionales en sociedades plenamente motorizadas puedan modificar esta apreciación. Quizá no debería estar dividida por ningún río de cauce ancho, y no sólo porque los puentes son fácilmente tomados por la policía, sino también porque es un hecho frecuentemente comprobado por la geografía y la psicología social que las dos orillas de un río viven de espaldas una de la otra, como puede comprobar cualquiera que viva en el Londres meridional o en el París de la orilla izquierda.

Su población más desfavorecida deberá ser relativamente homogénea desde un punto de vista social o racial, aunque naturalmente hemos de recordar que, en ciudades preindustriales o en los sumideros gigantescos del desempleo del Tercer Mundo de hoy, lo que a primera vista parece una población muy heterogénea puede de hecho tener un grado considerable de unidad, como lo atestiguan ciertos términos muy usados en historia, como "los pobres", "el pueblo trabajador", "*le menu peuple*" o "el populacho". La ordenación de la ciudad debería ser centrípeta; es decir, sus partes deberían orientarse naturalmente hacia las instituciones centrales de la ciudad, cuanto más centralizadas mejor. La república urbana medieval, cuya estructura consistía en un sistema de flujos circulatorios hacia y desde el principal lugar de asamblea, que podía ser también el principal centro ritual (catedral), el principal mercado y el lugar de localización del gobierno, era ideal para la insurrección por este motivo. El esquema de especialización funcional y de segregación residencial debería ser bastante rígido. Así, el modelo preindustrial de suburbio, basado en la exclusión fuera de una ciudad nítidamente definida de varios indeseables —a menudo necesarios para la vida de la ciudad—, como inmigrantes carentes de ciudadanía, oficios o grupos proscritos, etc., no rompía demasiado la cohesión del complejo urbano: Triana formaba una unidad indisoluble con Sevilla del mismo modo que Shore-

ditch con la ciudad de Londres.

Por otra parte, el modelo decimonónico de suburbio, que rodeaba un núcleo urbano de barrios residenciales de clase media y de barriadas industriales, en general en extremos opuestos de la ciudad, afecta muy sustancialmente la cohesión urbana. El "East End" y el "West End" están alejadísimos entre sí tanto física como espiritualmente. Los que en París viven al oeste de la Concorde pertenecen a un mundo distinto de los que viven al este de la Plaza de la República. Siguiendo algo más hacia afuera, el famoso "cinturón rojo" de suburbios obreros que rodean París era políticamente significativo, pero no tenía ninguna importancia perceptible desde el punto de vista insurreccional. Simplemente, ya no pertenecía a París y tampoco formaba con él una unidad, salvo desde el punto de vista geográfico.[1]

Todas estas consideraciones afectan a la movilización de los pobres de las ciudades, pero no a su efectividad política. Esto, naturalmente, depende de la facilidad con que los amotinados o insurrectos puedan acercarse a las autoridades y de la facilidad con que puedan ser dispersados. En la ciudad ideal para sublevaciones, los poderosos —los ricos, la aristocracia, el gobierno o la administración local— deberán estar lo más entremezclados posible con las concentraciones centrales de pobres. El rey de Francia residirá en el Palais Royal o en el Louvre y no en Versalles, el emperador austríaco en el Hofburg y no en Schönbrunn. Las autoridades serán de preferencia vulnerables. Los gobernantes que puedan contemplar una ciudad hostil desde

1. Una cuestión interesante es saber hasta qué punto tales suburbios obreros pueden ser separados del centro urbano y seguir constituyendo un factor directo en las insurrecciones. En Barcelona, el barrio de Sans, gran bastión del anarquismo, no desempeñó ningún papel importante en la revolución de 1936, mientras que, en Viena, Floridsdorf, bastión también sólido del socialismo, sólo pudo resistir aisladamente cuando los restantes movimientos insurreccionales de la ciudad habían sido ya derrotados en 1934.

alguna plaza fuerte aislada, como la prisión-fortaleza de Montjuich de Barcelona, pueden aumentar la hostilidad popular, pero están en condiciones técnicas de hacerle frente. Al fin y al cabo, seguramente la Bastilla habría resistido en julio de 1789 si alguien hubiera previsto de verdad que iba a ser atacada. Las autoridades municipales son naturalmente vulnerables casi por definición, puesto que su fortuna política depende de la creencia de que representan a los ciudadanos y no a un gobierno exterior o a sus agentes. De ahí proviene tal vez la tradición francesa clásica según la cual los insurrectos se dirigen antes al ayuntamiento que al palacio real o imperial, proclamando allí el gobierno provisional, como ocurrió en 1848 y 1871.

Las autoridades locales, por consiguiente, suscitan relativamente pocos problemas a los sublevados (al menos hasta que han empezado a practicar la planificación urbana). Por supuesto, el desarrollo de las ciudades puede hacer que el ayuntamiento pase de una posición central a otra más remota: hoy en día un largo trecho separa la orla exterior de Brooklyn del ayuntamiento de Nueva York. Por otra parte, la presencia de gobiernos en las capitales, que favorece la eficacia de las revueltas, es compensada por las características especiales de las ciudades donde residen los príncipes u otros gobernantes que desean realzar su figura, basadas en la incorporación a sus estructuras de una intención contrainsurreccional. Esto deriva, a la vez, de las necesidades de relaciones públicas de los estados y, quizás en menor medida, de la seguridad.

En términos generales, los habitantes de las ciudades corrientes desempeñan, por lo que a actividades públicas se refiere, un papel de participantes, mientras que en las ciudades cortesanas o que son sede de gobiernos constituyen una audiencia dispuesta a la aprobación y el aplauso. Amplias avenidas rectas, aptas para desfiles, con vistas sobre el palacio, la catedral o la sede del gobierno, amplios espacios frente a la fachada oficial, a ser posible con un

buen balcón desde el cual dirigirse a las multitudes o bendecirlas: he aquí el marco ceremonial de una ciudad imperial. Desde el Renacimiento, las principales capitales y ciudades residenciales de Occidente han sido construidas o modificadas según este patrón. Cuanto más desee el soberano impresionar o mayor sea su *folie de grandeur*, tanto más ancho, recto y simétrico será el trazado urbano de su preferencia. Es difícil imaginar escenarios menos aptos para alzamientos espontáneos que Nueva Delhi, Washington, San Petersburgo o también el Mall y el palacio de Buckingham. No es sólo la división entre un este popular y de clases medias y un oeste oficial lo que motiva que los Campos Elíseos sean el escenario del desfile oficial y militar del 14 de julio en París, mientras que las manifestaciones no oficiales de masas tienen lugar en el triángulo Bastilla-République-Nation.

Estos lugares ceremoniales implican una cierta separación entre gobernantes y gobernados, una confrontación entre una majestad y una pompa remotas y grandilocuentes por un lado y un público admirativo por otro. Es el equivalente urbanístico del escenario de teatro clásico; o, mejor aún, de la ópera, ese invento tan característico de la monarquía absoluta occidental. Afortunadamente para los revolucionarios potenciales, ésta no es o no era la única relación entre gobernantes y gobernados en las capitales. A menudo, de hecho, era la propia capital la que ponía de manifiesto mediante su misma ordenación la grandeza del soberano, a la vez que sus habitantes, incluyendo los más pobres, gozaban de alguna modesta participación en los beneficios del encumbramiento del soberano y de la urbe. Gobernantes y gobernados vivían en una especie de simbiosis. En tales circunstancias, las grandes rutas ceremoniales pasaban por el centro de las ciudades, como en Edinburgh o Praga. Los palacios no necesitaban así erigir barreras entre ellos y los barrios bajos. El Hofburg de Viena, que ofrece un amplio espacio ceremonial al mundo

exterior, incluyendo a los suburbios vieneses, apenas estaba separado del casco antiguo de la ciudad, al que visiblemente pertenece, por unos metros de calle o de plaza.

Esta clase de ciudades, donde se combinaban las formas de las ciudades corrientes y las de las cortesanas, eran una ostensible invitación al motín, puesto que en ellas los palacios y las residencias de la gran aristocracia, los mercados, las catedrales, las plazas públicas y los barrios bajos se entremezclaban, los gobernantes estaban a merced del populacho. En tiempos de disturbios, podían retirarse a sus residencias campestres, pero eso era todo. Su única salvaguarda consistía en movilizar a los pobres respetables contra los no respetables después de una insurrección victoriosa; como, por ejemplo, los gremios de artesanos contra el "populacho" o la Guardia Nacional contra los desposeídos. Su único sosiego era saber que el motín y el levantamiento incontrolados raramente duraban demasiado y que aun más raramente se dirigían contra la estructura de la riqueza y del poder establecidos. Pero no puede negarse que era una razón de peso para estar tranquilo. El rey de Nápoles y la duquesa de Parma, por no mencionar al Papa, sabían que si sus súbditos se sublevaban era porque estaban pasando hambre indebidamente y para recordar al soberano y a la nobleza sus deberes, a saber, que debían abastecer el mercado de alimentos suficientes a precios adecuados, y que debían proporcionar trabajo, limosnas y distracciones públicas de acuerdo a sus necesidades, por lo demás modestísimas. Su lealtad y su piedad religiosa apenas vaçilaban, e incluso, cuando hacían verdaderas revoluciones (como en Nápoles el año 1799), lo más probable era que las hicieran en defensa del Altar y del Trono contra tropas extranjeras y contra las impías clases medias...

De ahí la importancia crucial, en la historia del orden público urbano, de la Revolución francesa de 1789-1799, que estableció la moderna ecuación entre insurrección y revolución social. Cualquier gobierno prefiere, natural-

mente, evitar los disturbios y las sublevaciones, del mismo modo que prefiere mantener una reducida tasa de asesinatos, pero en ausencia de verdadero peligro revolucionario las autoridades probablemente no pierden su sangre fría. La Inglaterra del siglo XVIII era una nación notoriamente levantisca y con un aparato de mantenimiento del orden público a todas luces insuficiente. Incluso grandes zonas del propio Londres, y no sólo ciudades de menor tamaño, como Liverpool y Newcastle, podían permanecer durante días y días en manos de los revoltosos. Sin embargo, desde el momento en que nada decisivo estaba en peligro en tales disturbios –sólo peligraban una cierta cantidad de bienes, fáciles de reponer en un país rico–, la reacción general entre las clases superiores era tranquila e incluso de satisfacción. La nobleza *whig* se sentía orgullosa del estado de libertad imperante que negaba a los déspotas potenciales la posibilidad de echar mano de tropas con las cuales reprimir a sus sujetos y de una fuerza de policía con que hostigarlos. Hasta la Revolución francesa no se desarrolló la afición por multiplicar los cuarteles dentro de las ciudades, y hasta la época de los radicales y los cartistas de la primera mitad del siglo XIX las virtudes de la fuerza de policía pesaron más que las de las libertades inglesas. (Como que no siempre podía confiarse en la democracia local, la Policía Metropolitana fue puesta directamente bajo la dependencia del Ministerio del Interior, donde hoy sigue estando.)

De hecho se apuntaban tres principales métodos administrativos para oponerse a los movimientos insurreccionales: medidas sistemáticas para el despliegue de tropas, desarrollo de las fuerzas de policía (que apenas existían en su forma moderna antes del siglo XIX) y remodelación de las ciudades de manera que se minimizaran las posibilidades de la revuelta. Los dos primeros no tuvieron ninguna influencia decisiva en la configuración y estructura de las ciudades, aunque un estudio de la construcción y localización de los acuartelamientos urbanos en el siglo XIX podría

dar tal vez resultados interesantes, lo mismo que un estudio de la distribución de puestos de policía en los barrios. El tercero, en cambio, afectó fundamentalmente el panorama urbano, como en París y Viena, ciudades donde es sabido que las necesidades de la contrainsurgencia influyeron en la remodelación urbana después de las revoluciones de 1848. En París, la principal finalidad militar de esta remodelación parece haber sido abrir anchas avenidas rectilíneas a lo largo de las cuales la artillería pudiera disparar y las tropas avanzar, fragmentando al mismo tiempo –cabe suponer– las principales concentraciones de posibles insurrectos constituidas por los barrios populares. En Viena la remodelación tomó sobre todo la forma de dos anchas avenidas anulares concéntricas: el anillo interior (ampliado por un cinturón de espacios abiertos, parques y edificios públicos muy espaciados) separaba la ciudad vieja y el palacio de los suburbios interiores, habitados principalmente por la clase media, mientras que el anillo exterior separaba a unos y otros de los suburbios exteriores, ocupados por un número cada vez mayor de obreros.

Tales reconstrucciones pueden haber tenido un sentido militar o no. No lo sabemos porque el tipo de revoluciones que trataban de dominar prácticamente terminó en la Europa occidental después de 1848. (No obstante, es un hecho que los principales centros de la resistencia popular y de luchas de barricadas en la Comuna de París de 1871, Montmartre y nordeste de la ciudad, por un lado, y la orilla izquierda del Sena, por otro, estaban separados uno de otro y ambos del resto de la ciudad.) Pero sin duda influyeron en los cálculos de los posibles insurrectos. En las discusiones entre socialistas de los años ochenta, los especialistas en temas militares de los ambientes revolucionarios, encabezados por Engels, coincidían en que el tipo clásico de insurrección tenía ahora pocas posibilidades de triunfo y mantenían ciertas discrepancias acerca del valor de algunas innovaciones tecnológicas, tales como los potentes ex-

plosivos que entonces estaban haciendo rápidos avances (dinamita y otros). En cualquier caso, las barricadas, que habían dominado la táctica insurreccional entre 1830 y 1871 (durante la gran Revolución francesa de 1789-1799 no se habían usado en gran escala), despertaban entonces menos interés. En cambio, las bombas de uno u otro tipo se convirtieron en el artefacto predilecto de los revolucionarios, si bien no de los marxistas, y no para fines genuinamente insurreccionales.

La remodelación urbana, sin embargo, tuvo otra consecuencia, probablemente involuntaria, sobre las rebeliones potenciales ya que las nuevas y anchas avenidas proporcionaban un espacio ideal para lo que llegó a ser un aspecto cada vez más importante de los movimientos populares: las manifestaciones de masas o los, más bien, desfiles de las mismas. Cuanto más sistemáticas eran estas avenidas radiales y de circunvalación y más eficazmente quedaban aisladas de las zonas habitadas de su alrededor, más fácil era que estas concentraciones de gente se convirtieran en cortejos rituales en vez de en preliminares de una insurrección. En Londres, que carecía de ellas, siempre ha sido difícil evitar los disturbios incidentales en el curso de las concentraciones de masas efectuadas en Trafalgar Square para asistir a mítines y sobre todo en el momento de su dispersión. La plaza se encuentra demasiado próxima a puntos neurálgicos como Downing Street o a símbolos de la riqueza y el poder como los clubs del Pall Mall, cuyas ventanas eran rotas en los años ochenta por manifestantes.

Por supuesto, se puede exagerar el peso de unos factores tan primordialmente militares en el proceso de renovación urbana. En todo caso, no pueden distinguirse de modo tajante de otros cambios en las ciudades, durante los siglos XIX y XX, que también disminuyeron tajantemente su potencial insurreccional. Tres de ellos son particularmente significativos.

El primero es, simplemente, el tamaño. El crecimiento

de las ciudades las reduce a una abstracción administrativa y a un conglomerado de comunidades o distritos separados. La ciudad se hizo demasiado grande para constituir el marco de un solo movimiento insurreccional. Londres, que además carece de un símbolo tan visible de la unidad urbana como es la figura del alcalde (el Lord Mayor de la ciudad de Londres es una figura ceremonial que tiene aproximadamente tanta relación con Londres como. ciudad como la que tiene el Lord Chancellor), es un ejemplo excelente. Dejó de ser una ciudad levantisca aproximadamente en el lapso de tiempo en el que pasó de tener un millón de habitantes a tener dos; es decir, en la primera mitad del siglo XIX. El cartismo londinense, por ejemplo, apenas si duró uno o dos días como fenómeno genuinamente metropolitano. Su verdadera fuerza radicaba en las "localidades" en las que estaba organizado; es decir, en comunidades y barrios como Lambeth, Woolwich o Marylebone, cuyas relaciones recíprocas eran a lo sumo laxamente federales. Del mismo modo, los radicales y activistas de finales del siglo XIX tenían bases esencialmente locales. Su organización más característica era la Federación Radical Metropolitana, consistente en principio en una alianza de clubs obreros masculinos de importancia puramente local y en barrios con tradición de radicalismo: Chelsea, Hackney, Clerkenwell, Woolwich, etc. La tendencia corriente en Londres de hacer edificios bajos, origen de una contextura urbana desparramada, hacía que las distancias entre estos centros de disturbios fueran demasiado grandes para la propagación espontánea de las insurrecciones. ¿Cuántos contactos debían de tener Battersea o Chelsea (que entonces era aún un sector obrero que mandaba a hombres de izquierda al Parlamento) con el turbulento East End de los portuarios huelguistas de 1889? ¿Cuánto contacto debía de haber entre Whitechapel y Canning Town? La verdad es que las amorfas aglomeraciones de edificios que resultaban de la expansión de una gran ciu-

dad o de la fusión de comunidades próximas en vías de crecimiento, mayores o menores en tamaño, y para las cuales había que inventar nombres artificiales ("conurbación", el "Gran" Londres, Berlín o Tokyo), no eran ciudades en el sentido tradicional, aunque administrativamente estuvieran algunas unificadas.

El segundo es el modelo, cada vez más implantado, de segregación funcional en las ciudades de los siglos XVIII y XIX; es decir, por una parte el desarrollo de centros o espacios abiertos especializados en actividades industriales, comerciales, de administración pública u otros y, por otra, la separación geográfica de clases. También en este caso Londres fue pionera, al ser combinación de tres unidades separadas: el centro político y administrativo de Westminster, la *City* mercantil de Londres y el barrio popular de Southwark, al otro lado del río. Hasta un determinado momento, el crecimiento de esta metrópoli mixta estimuló a los posibles insurrectos. Los bordes septentrional y oriental de la *City* y de Southwark, donde la comunidad mercantil lindaba con distritos obreros y de artesanos y con el puerto –todos ellos, a su manera, igualmente dispuestos a la lucha insurreccional, como los tejedores de Spitalfield o los radicales de Clerkenwell–, constituían los focos naturales del estallido revolucionario. En estas zonas fue donde estallaron varios de los grandes motines del siglo XVIII. Westminster tenía también su población de artesanos y su multitud abigarrada de pobres que se convirtieron, debido a la proximidad del rey y del Parlamento y por el azar de una ordenación insólitamente democrática en su distrito electoral, en un grupo de presión formidable durante varias décadas a finales del siglo XVIII y en el XIX. La zona situada entre la *City* y Westminster, donde se juntó una aglomeración insólitamente densa de chabolas habitadas por trabajadores, inmigrantes y marginados sociales (Drury Lane, Covent Garden, St. Giles, Holborn), aumentaba la ebullición de la vida pública metropolitana.

Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, el esquema se simplificaba. La *City* del siglo XIX dejó de ser residencial y pasó a ser cada vez más un puro distrito de negocios, mientras que el puerto se trasladaba río abajo y las clases medias y medias-bajas de la ciudad se mudaban hacia suburbios más o menos remotos, dejando el East End como zona cada vez más homogénea de los pobres. Los límites norte y oeste de Westminster se fueron convirtiendo en asentamiento de la clase media y media-alta, proyectado como tal por los propietarios de terrenos y los constructores especuladores, de tal manera que los barrios de artesanos, trabajadores y otras capas proclives al radicalismo y al motín (Chelsea, Notting Hill, Paddington, Marylebone) eran empujados hacia una periferia cada vez más alejada del resto del Londres radical. Los barrios bajos entre las dos ciudades sobrevivieron más tiempo, pero a comienzos del siglo XX también habían quedado fragmentados en pequeños islotes por la renovación urbana que ha dado a Londres algunas de sus arterias más sombrías (Shaftesbury Avenue, Rosebery Avenue) y también algunas de las más pomposas (Kingsway, Aldwych), así como una impresionante acumulación de viviendas populares de aspecto cuartelario destinadas a aumentar la felicidad del proletariado de Drury Lane y Saffron Hill. Covent Garden y Soho (que eligieron concejales locales comunistas en 1945) son tal vez la última reliquia de la turbulencia metropolitana a la antigua usanza en el centro de la ciudad. A finales del siglo XIX, la potencialmente inquieta ciudad de Londres había sido ya fragmentada en segmentos periféricos de dimensiones varias (el más extenso de los cuales era el enorme y amorfo East End) que rodeaban una *City* y un West End residenciales y un sólido bloque de distritos de clases medias que, a su vez, estaban rodeados por otros suburbios exteriores habitados por la clase media y media-baja.

Tales modelos de segregación se desarrollaron en las

ciudades occidentales más grandes, y crecientes desde comienzos del siglo XIX, aunque las partes de sus centros históricos no convertidos en distritos de negocios o institucionales conservaban a veces rastros de su vieja estructura, como puede observarse aún en los barrios donde florece la prostitución, por ejemplo en Amsterdam. Las nuevas ubicaciones residenciales de la clase obrera y la organización de las redes de transporte mediante vehículos motorizados desintegraron aún más la ciudad como centro potencial de sublevaciones. (La ordenación ferroviaria del siglo XIX había tenido, en todo caso, un efecto opuesto y había creado muchas veces barrios marginales y socialmente muy heterogéneos en torno a las nuevas terminales.) La tendencia reciente a alejar los principales servicios urbanos, como los mercados centrales, desde los centros hacia las zonas periféricas de las ciudades, las desintegrará sin duda aún más.

¿Están pues destinados a desaparecer los motines y las insurrecciones de las ciudades? Evidentemente, no, puesto que hemos podido ver en años recientes una fuerte recrudescencia de este fenómeno en algunas de las urbes más modernas, aunque también un declinar en algunos de los centros con más tradición en tales actividades. Las razones son principalmente sociales y políticas, pero vale la pena examinar brevemente las características del urbanismo moderno que lo fomentan.

Una de ellas es el transporte moderno de masas. El transporte a motor ha contribuido hasta aquí poderosamente a la movilización de un sector social normalmente no levantisco, las clases medias, mediante procedimientos tales como la manifestación motorizada (los franceses y argelinos recuerdan aún las multitudes reaccionarias haciendo sonar los claxons al ritmo de *Al-gé-rie fran-çaise*) o esa otra modalidad natural de sabotaje y apasionamiento: los atascos de circulación. Los automóviles han sido usados por activistas en los disturbios de los Estados Unidos, y

dificultan la acción de la policía cuando circulan, porque pueden formar efímeras barricadas cuando se detienen. Además, el transporte a motor distribuye las noticias de los motines más allá de la zona inmediatamente afectada, puesto que tanto los coches particulares como los autobuses tienen que ser desviados en gran escala.

El transporte público, y especialmente los ferrocarriles metropolitanos, que están siendo de nuevo construidos a gran escala en varias grandes ciudades, tiene una relevancia más directa. No hay mejor medio de transporte para trasladar rápidamente a grandes cantidades de posibles rebeldes a largas distancias que trenes que circulen en intervalos frecuentes. Ésta es una de las razones por las que los estudiantes de Berlín Oeste son un núcleo de alborotadores bastante eficaz: el metro une la Universidad Libre, instalada entre las villas y los jardines burgueses —los remotos y espectaculares jardines y villas burgueses de Dahlem—, con el centro de la ciudad.

Hay otros dos factores más importantes que el transporte: el aumento del número de edificios contra los que vale la pena amotinarse o que vale la pena ocupar, y el desarrollo en su vecindad de acumulaciones de alborotadores potenciales. Porque si bien es cierto que los cuarteles generales de los gobiernos centrales y municipales están cada vez más alejados de los barrios levantiscos y que los ricos o nobles raramente viven en palacios situados en los centros de las ciudades (los pisos son a la vez menos vulnerables y más anónimos), se han multiplicado en cambio instituciones cruciales de otras clases. Están los centros de comunicaciones (telégrafos, teléfonos, radio, televisión). El más inexperto de los organizadores de un golpe militar o de una insurrección sabe la enorme importancia que tienen. Hay las gigantescas oficinas de los periódicos, por suerte tantas veces concentradas en los centros urbanos más antiguos, que proporcionan materiales ocasionales admirables para erigir barricadas o para protegerse de las

armas de fuego, como camionetas de reparto, rollos de papel y paquetes de periódicos. Estos materiales fueron usados para la lucha callejera muchos años atrás, en 1919, en Berlín, aunque no muchas más veces desde entonces. Hay también, como todos sabemos, las universidades. Aunque la tendencia general a trasladarlas fuera de los centros urbanos ha hecho disminuir en cierto grado su potencial alborotador, quedan los suficientes recintos académicos en los centros de las grandes ciudades como para satisfacer a los activistas. Además, el crecimiento explosivo de la enseñanza superior ha hinchado las universidades hasta ponerlas en peligro de reventar, con miles y aun decenas de miles de manifestantes o luchadores. Y hay, por encima de todo, los bancos y las grandes compañías, símbolos y realidad de la estructura de poder, cada vez más concentrados en esos bloques macizos de cristal y cemento por los que el viajero reconoce los centros de una típica ciudad de finales del siglo xx.

Teóricamente, estos edificios deberían ser blanco de los ataques de los manifestantes tanto como los ayuntamientos o parlamentos, puesto que la IBM, Shell y General Motors tienen por lo menos tanto peso como la mayoría de los gobiernos. Los bancos son conscientes desde hace tiempo de su vulnerabilidad, y en algunos países latinos —España es un buen ejemplo— su combinación de simbólica opulencia arquitectónica y de fortificación pesada es lo que más se parece a las ciudades amuralladas donde la nobleza feudal se parapetaba en los tiempos medievales. Ver cómo son colocados bajo una fuerte custodia policíaca en momentos de tensión es una experiencia instructiva, aunque, de hecho, los únicos campeones de la acción directa sistemáticamente atraídos por ellos son los simples atracadores apolíticos o los "expropiadores" revolucionarios. Pero si se exceptúan símbolos política y económicamente desdeñables de la forma de vida americana, como los hoteles Hilton, y ciertos blancos ocasionales de una hostilidad especializada, como Dow Chemicals, las movilizaciones callejeras raras veces han apuntado directamente a ninguno de los edificios de las grandes compañías. Hay que decir además que son poco vulnerables. Se necesita mucho más que la rotura de unas lunas o la ocupación de unos metros cuadrados de oficinas para perturbar la continuidad de las operaciones de una moderna compañía de petróleo.

Por otra parte, también es vulnerable el núcleo de los servicios administrativos y comerciales de una gran ciudad. El colapso del tránsito, el cierre de bancos, el absentismo voluntario o forzoso del personal de oficinas, los hombres de negocios bloqueados en hoteles con líneas telefónicas sobrecargadas o imposibilitados para alcanzar sus destinos: todo esto puede interferir muy seriamente las actividades de una ciudad. De hecho, estuvo a punto de suceder durante los disturbios de 1967 en Detroit. Es más: en ciudades que crecen según el modelo norteamericano no es nada improbable que tales cosas ocurran tarde o temprano. Porque es sabido que las zonas centrales de las ciudades y sus aledaños van siendo ocupadas por negros pobres a medida que los blancos acomodados se mudan a otros barrios. Los *ghettos* rodean y cubren los centros urbanos como oceános oscuros y turbulentos. Es esta aglomeración de los más descontentos y turbulentos en las proximidades de unos centros urbanos relativamente escasos que cumplen funciones neurálgicas lo que da a los militantes de una reducida minoría la importancia política que las rebeliones negras sin duda no tendrían si el 10 o 15 por ciento de la población norteamericana constituida por negros estuviera más uniformemente repartido por todo el territorio de aquel vasto y complejo país.

Con todo, incluso este resurgimiento de disturbios en ciudades occidentales es comparativamente modesto. Un jefe de policía inteligente y cínico probablemente consideraría que todos los disturbios acaecidos en ciudades occidentales durante los últimos años no son más que pertur-

baciones menores, magnificadas por las vacilaciones o incompetencias de las autoridades y los efectos de una publicidad excesiva. A excepción de los del Barrio Latino de mayo de 1968, ninguno parecía ser capaz de hacer vacilar a ningún gobierno, ni tener semejante intención. El que quiera juzgar qué es y qué puede lograr una auténtica insurrección al viejo estilo de las masas populares urbanas o un alzamiento armado en serio, tiene que ir todavía a las ciudades del mundo subdesarrollado: a Nápoles, que se alzó contra los alemanes en 1943; a la Casbah argelina de 1956 (se han hecho películas excelentes sobre ambas insurrecciones); a Bogotá en 1948; tal vez a Caracas, y sin duda a Santo Domingo en 1965.

La efectividad de los recientes disturbios urbanos en Occidente no se debe tanto a las actuaciones de los combatientes como a su contexto político. En los *ghettos* de los Estados Unidos han demostrado que los negros no están dispuestos a seguir aceptando pasivamente su destino, y así han acelerado sin lugar a dudas el desarrollo de la conciencia política negra y el temor blanco, pero nunca han aparecido como una amenaza inmediata seria ni siquiera para la estructura del poder local. En París pusieron de manifiesto la inestabilidad de un régimen aparentemente firme y monolítico. (La capacidad efectiva de lucha de los insurrectos nunca fue puesta de hecho a prueba, aunque su heroísmo no se pone en duda: no murieron más de dos o tres personas y estos casos fueron seguramente accidentales.) En los demás sitios las manifestaciones y disturbios estudiantiles, aunque muy eficaces dentro de las universidades, fuera de ellas apenas han pasado de ser un mero problema policial rutinario.

Pero esta circunstancia puede, por supuesto, hacerse extensiva a todos los desórdenes urbanos, razón por la cual el estudio de su relación con diferentes tipos de ciudades es un ejercicio comparativamente trivial. El Dublín de tiempos de Jorge V no era fácilmente proclive a insurrecciones,

y su población no ha mostrado demasiada inclinación para iniciar o incluso participar en alzamientos. El de Pascua tuvo lugar allí porque era la capital, donde se supone que se toman las decisiones principales de ámbito nacional, y, pese a fracasar muy de prisa, desempeñó un papel importante en la conquista de la independencia irlandesa, porque el carácter de la situación de Irlanda en 1917-1921 lo permitía. Petrogrado, construida a partir de cero según un gigantesco plan geométrico, es particularmente inadecuada para las barricadas o la lucha callejera, pero la Revolución rusa empezó y triunfó allí. Por el contrario, la proverbial turbulencia de Barcelona, cuyo casco antiguo ofrece casi el marco ideal para los movimientos insurreccionales, pocas veces ha desembocado —o ha parecido desembocar— en revoluciones. El anarquismo catalán, con todos sus dinamiteros, pistoleros y entusiasmo por la acción directa, no fue para las autoridades hasta 1936 más que un problema normal de orden público, tan modesto que el historiador queda sorprendido por el reducido número de agentes de policía que se empleaba para mantener la tranquilidad (de manera bastante ineficaz, dicho sea de paso).

Las revoluciones nacen de situaciones políticas y no porque algunas ciudades sean estructuralmente aptas para la insurrección. Sin embargo, unos desórdenes callejeros o un alzamiento espontáneo en una ciudad pueden constituir el mecanismo de arranque que ponga en marcha el motor de la revolución. Es más fácil que este mecanismo funcione en ciudades que estimulan o facilitan la insurrección. Un amigo mío, que había dirigido el alzamiento de 1944 contra los alemanes en el Barrio Latino de París, caminaba por la zona la mañana siguiente a la noche de las barricadas en 1968, impresionado y emocionado porque muchachos jóvenes que aún no habían nacido en 1944 habían construido varias de sus barricadas en los mismos sitios que entonces. O en los mismos sitios —podría añadir el

historiador– donde se habían erigido barricadas en 1830, 1848 y 1871. No todas las ciudades se libran de un modo tan natural a un ejercicio de esta clase; no siempre, por consiguiente, cada generación de rebeldes recuerda o vuelve a descubrir los campos de batalla de sus antecesores. Así, en mayo de 1968 la confrontación más violenta tuvo lugar a través de las barricadas de la rue Gay Lussac y detrás de la rue Soufflot. Casi cien años antes, en la Comuna de 1871, el heroico Raoul Rigault, que fue capturado –en el mismo mes de mayo– y muerto por los versalleses, mandaba las barricadas en la mismísima zona. No todas las ciudades son como París. Su peculiaridad tal vez ya no baste para revolucionar a Francia, aunque sus tradiciones y su marco sean aún lo bastante fuertes para hacer precipitar lo que más se parece a una revolución en un país occidental desarrollado.

(1968)

24

MAYO DE 1968

De los numerosos acontecimientos inesperados de fines de la década de los sesenta, período extremadamente malo para profetas, el movimiento de mayo de 1968 en Francia fue sin duda el más sorprendente y, para los intelectuales de izquierda, probablemente el más excitante. Pareció demostrar algo en que prácticamente ningún revolucionario de más de veinticinco años creía, incluyendo a Mao Tse-tung y Fidel Castro: que era posible llevar a cabo una revolución en un país industrial avanzado en condiciones de paz, prosperidad y aparente estabilidad política. La revolución no triunfó y, como veremos, se discute mucho si existía alguna posibilidad de que triunfara. Sin embargo, el régimen político más orgulloso y satisfecho de sí mismo de Europa fue llevado al borde del colapso. Hubo un día en que la mayoría del gabinete de De Gaulle, y muy posiblemente el propio general, consideraron la derrota inevitable. Lo habría logrado un movimiento popular de base, sin la ayuda de nadie dentro de la estructura de poder. Y fueron los estudiantes los que iniciaron e inspiraron ese movimiento, haciéndose portavoces de él en momentos cruciales de su desarrollo.

Probablemente no haya habido jamás ningún movimiento revolucionario protagonizado por un porcentaje

mayor de personas que leen o escriben libros; por consiguiente, no es nada sorprendente que la industria editorial francesa se abalanzara para satisfacer una demanda aparentemente ilimitada. A fines de 1968 habían aparecido por lo menos cincuenta y ocho libros sobre los hechos de mayo, y la tendencia continúa. Todos son trabajos apresurados, algunos no son más que breves artículos, rellenados con reimpresiones de viejos escritos, entrevistas de prensa, alocuciones o discursos, etc.

Sin embargo, no hay ninguna razón para juzgar sin validez los reportajes hechos de inmediato si son obra de personas inteligentes, y el Barrio Latino de París es probablemente el que tiene más por metro cuadrado de todo el mundo. En todo caso, las revoluciones y contrarrevoluciones de Francia, en su momento, han estimulado algunos de los escritos de circunstancia más distinguidos de la historia, y notoriamente *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* de Karl Marx. Además, los intelectuales franceses no sólo son numerosos, sino que están acostumbrados a escribir de prisa y copiosamente, aptitud desarrollada por años de trasnochar escribiendo artículos de revistas y otros trabajos para editores no muy generosos. Si sumamos los libros, las revistas y los artículos de periódico, encabezados por los del majestuoso e indispensable *Le Monde*, veremos que el típico revolucionario parisiense probablemente ha reunido el equivalente a varios miles de páginas sobre sus experiencias; o, por lo menos, habla como si así fuera.

¿Qué puede enseñarnos esa enorme cantidad de letra impresa? Con gran diferencia, la mayor parte trata de explicar el movimiento, analizar su naturaleza y sus contribuciones posibles al cambio social. Una buena proporción trata de adecuarlo en una u otra de las categorías analíticas de sus simpatizantes —que son la abrumadora mayoría de los autores— con mayor o menor originalidad y argumentaciones especiales. Esto es natural. Sin embargo, no

aporta otro *Dieciocho Brumario*, es decir, un estudio de la política de mayo de 1968. Sin duda los acontecimientos actuales están grabados con tanta intensidad en las cabezas de la mayor parte de los intelectuales franceses que éstos creen saberlo todo acerca de aquéllos. No es casual que lo que más se acerca a una narración analítica coherente de la crisis proceda de dos periodistas británicos, Seale y McConville. No es un trabajo excepcional, pero sí competente, favorable al movimiento e inestimable para los no franceses, aunque sólo sea por la cuidadosa explicación que hace de lo que representan las desorientadoras siglas de los diversos grupos ideológicos del Barrio Latino.

Sin embargo, si el mayo de 1968 fue una revolución que sólo fracasó en el objetivo de derribar a De Gaulle, merece ser analizada la situación que permitió llevar a cabo este intento a lo que unas semanas antes era un conjunto de sectas universitarias enfrentadas entre sí. Y merece análisis, asimismo, el fracaso de estas sectas. Así pues, puede ser útil dejar de lado el carácter y la novedad de las fuerzas revolucionarias y tratar de esclarecer la cuestión menos apasionante de su éxito inicial y de su relativamente rápido fracaso final.

Hubo dos claras etapas en la movilización de las fuerzas revolucionarias, ambas totalmente inesperadas por parte del gobierno, de la oposición oficial e incluso de la no oficial, aunque reconocida, de los importantes intelectuales escritores de izquierdas de París. (La intelectualidad consagrada de la izquierda no desempeñó ningún papel significativo en los acontecimientos de mayo; Jean-Paul Sartre, con gran tacto e intuición, lo reconoció colocándose en un segundo plano frente a Daniel Cohn-Bendit, ante quien actuó como mero entrevistador.) En la primera etapa, aproximadamente del 3 al 11 de mayo, se movilizaron los estudiantes. Gracias a la falta de previsión, complacencia y estupidez del gobierno, un movimiento de activistas en una universidad de las afueras se convirtió en un movimiento

de masas que incluía prácticamente a todos los estudiantes de París, rodeado de una opinión pública ampliamente favorable —en aquellos momentos el 61 por ciento de los parisienses simpatizaban con los estudiantes y sólo el 16 por ciento eran claramente hostiles—, y después en una especie de insurrección simbólica del Barrio Latino. El gobierno dio marcha atrás ante él y, al hacerlo, extendió el movimiento a las provincias y en especial a los obreros.

La segunda etapa de la movilización, del 14 al 27 de mayo, consistió en la propagación de una huelga general espontánea, la mayor de la historia de Francia y tal vez del mundo, y culminó con el rechazo por parte de los huelguistas del acuerdo negociado en su nombre por los dirigentes sindicales oficiales y el gobierno. Durante este período, hasta el 29 de mayo, el movimiento popular conservó la iniciativa: el gobierno, que había abordado la situación con mal pie, fue incapaz de recobrarse y se fue desmoralizando más y más. Lo mismo ocurrió con la opinión conservadora y moderada, que en aquellos momentos era pasiva e incluso se encontraba paralizada. La situación cambió rápidamente cuando De Gaulle, por fin, tomó la iniciativa el 29 de mayo.

Lo primero que debe observarse es que sólo la segunda etapa creó posibilidades revolucionarias (o, por decirlo de otra manera, creó al gobierno la necesidad de emprender una acción contrarrevolucionaria). El movimiento estudiantil en sí mismo era algo perturbador, pero no un peligro político. Las autoridades lo subestimaron groseramente, aunque esto se debió en gran parte a que estaban pensando en otras cosas, entre las que se contaban otros problemas universitarios y las querellas burocráticas entre varios departamentos gubernamentales, que les parecían más importantes. Touraine, el autor del libro más esclarecedor publicado inmediatamente después de los hechos de mayo, dice acertadamente que lo que fallaba en el sistema francés no es que fuera demasiado napoleónico, sino que

se parecía demasiado al régimen de Luis Felipe, cuyo gobierno fue también cogido de improviso por los desórdenes de 1848 que, como consecuencia de ello, se transformaron en revolución.

Pero, paradójicamente, la misma falta de importancia del movimiento estudiantil hizo de él un detonante sumamente efectivo para la movilización obrera. Al haberlo subestimado y desconocido, el gobierno trató de deshacerlo por la fuerza. Y cuando los estudiantes se negaron a volver a sus casas, la única alternativa era disparar o aceptar una retirada pública y humillante. Pero, ¿cómo podían optar por disparar? La carnicería es uno de los últimos recursos del gobierno en las sociedades industriales estables, puesto que destruye la impresión de consenso popular sobre la que descansa (a menos que se dirija contra marginados de una u otra clase). Una vez puesto el guante de terciopelo sobre el puño de hierro, es políticamente muy arriesgado quitárselo. Una matanza de estudiantes, que son hijos de la respetable clase media, por no hablar de los ministros del gobierno, es aún menos atractiva políticamente que una matanza de obreros y campesinos. Precisamente por ser los estudiantes tan sólo una muchedumbre de muchachos desarmados que no ponían el régimen en peligro, el gobierno no tenía más opción que retirarse ante ellos. Pero al actuar así creaba exactamente la situación que deseaba evitar. Pareció mostrar su impotencia y dio a los estudiantes una victoria barata. El jefe de policía de París, persona inteligente, había dicho más o menos a su ministro que convenía evitar el tomar la palabra a lo que prácticamente era una baladronada. El hecho de que los estudiantes no creyeran que se trataba de una baladronada no modificaba la realidad de la situación.

Por el contrario, la movilización de los trabajadores puso al régimen en una posición arriesgada, razón por la cual De Gaulle se dispuso finalmente a utilizar el último recurso, la guerra civil, apelando al ejército. Y no lo hizo

porque alguien se hubiera planteado seriamente la insurrección como objetivo, ya que ni los estudiantes, que pudieron haberla deseado, ni los obreros, que con toda seguridad no la desearon, pensaron o actuaron en unos términos políticos de esta naturaleza. Lo hizo porque el progresivo desmoronamiento de la autoridad del gobierno dejó un vacío y porque la única alternativa viable de gobierno era un frente popular inevitablemente dominado por el partido comunista. Los estudiantes revolucionarios tal vez no lo habrían considerado como un cambio político particularmente significativo y la mayoría de los franceses seguramente lo habrían aceptado, de buena o mala gana.

De hecho, hubo unos momentos en que incluso esas dos instituciones hobbesianas, la policía y el ejército franceses, acostumbradas desde mucho tiempo atrás a evaluar el justo momento en que el viejo régimen debe ser abandonado y el nuevo aceptado, dieron a entender que no iban a considerar un gobierno de Frente Popular legalmente constituido como una insurrección que estuvieran obligadas a combatir. En sí mismo, este gobierno no habría sido revolucionario —salvo en la manera de llegar al poder— y no habría sido considerado como tal. Por otra parte, es difícil imaginar cualquier otra salida política positiva de la crisis, incluso teniendo en cuenta las expectativas de los revolucionarios.

Pero el Frente Popular no estaba preparado para ocupar el vacío dejado por la desintegración del gaullismo. Los no comunistas de la eventual alianza remoloneaban, puesto que la crisis ponía de manifiesto que no representaban a nadie salvo a unos pocos políticos, mientras que el partido comunista, a través de su control de la más poderosa confederación sindical, era por aquel entonces la única fuerza civil de verdadera significación y, por consiguiente, habría dominado inevitablemente al nuevo gobierno. La crisis suprimió la política postiza de cálculos electorales y dejó a la vista sólo la política real de los poderes efectivos. Pero los comunistas, a su vez, no tenían medios para forzar la fecha de su matrimonio forzado con los otros grupos de la oposición. Porque ellos mismos habían participado en el juego electoral. No habían movilizado ellos a las masas cuya acción les había llevado a tener el poder al alcance de la mano ni habían pensado en utilizar una acción de quel tipo para forzar la mano de sus aliados. Por el contrario, si es cierto lo que dice Philippe Alexandre, parece que consideraron la huelga como algo que podía impedirles dedicarse a la tarea realmente importante de mantener a sus aliados bajo control.

De Gaulle, un político de extraordinaria brillantez, percibió tanto el momento en que sus oponentes perdían su oportunidad como la ocasión suya de recuperar la iniciativa. Con la aparente inminencia de un Frente Popular dirigido por los comunistas, un régimen conservador podía por lo menos jugar su principal triunfo: el miedo a la revolución. Tácticamente hablando, fue una hazaña espléndida. De Gaulle no tuvo ni siquiera que tirar. Realmente, un aspecto que no es el menos curioso de toda la crisis de mayo es que constituyó sólo un simulacro de fuerza durante todo el proceso, de modo semejante a las maniobras de los proverbiales generales chinos de tiempos antiguos. Nadie intentó seriamente matar a nadie. En total, según parece, murieron cinco personas, aunque muchísimas otras recibieron golpes o resultaron heridas.

En cualquier caso, gaullistas y revolucionarios coincidieron en atacar al partido comunista francés, ya fuera por planear la revolución, ya por sabotearla. Ninguno de los dos argumentos es demasiado significativo, salvo como indicación del papel crucial del partido comunista en los hechos de mayo. Fue claramente la única organización civil, y sin duda la única parte de la oposición política, que conservó su fuerza y su serenidad. Esto no debe sorprender a nadie, a menos que suponga que los trabajadores eran revolucionarios en la misma forma que los estudiantes o que

estaban tan disgustados como ellos con el partido comunista.

Pero, aunque los trabajadores eran ciertamente mucho más avanzados que sus dirigentes, por ejemplo en su prontitud para plantear cuestiones como el control social en la industria, en las que la Confederación General del Trabajo simplemente no se había parado a pensar, las divergencias entre dirigentes y seguidores en los hechos de mayo fueron más potenciales que efectivas. Las propuestas políticas del partido comunista reflejaban casi con toda certeza lo que deseaba la mayoría de los trabajadores y, con toda seguridad, la manera tradicional de pensar de la izquierda francesa ("defensa de la república", "unión de toda la izquierda", "gobierno popular", "abajo el poder personal", etc.). Por lo que respecta a la huelga general, los sindicatos la hicieron suya casi inmediatamente. Sus dirigentes negociaron con el gobierno y los patronos y, hasta que regresaron con acuerdos insatisfactorios, no hubo el menor motivo para esperar ninguna revuelta importante contra ellos. En suma, mientras que los estudiantes iniciaron su rebelión con igual hostilidad hacia De Gaulle que hacia el partido comunista (del cual la mayoría de sus dirigentes se habían separado o habían sido expulsados), no ocurrió lo mismo con los obreros.

El partido comunista se encontraba, por consiguiente, en condiciones de actuar. Su dirección se reunía diariamente para valorar la situación. Creyó saber lo que debía hacer. Pero, ¿qué hizo? Sin duda, no intentó salvar el gaullismo, ya fuese en virtud de la política exterior soviética, ya fuese por otra razón. Tan pronto como pareció posible la caída de De Gaulle, esto es, a los tres o cuatro días de que empezaran a propagarse las asambleas espontáneas, presentó formalmente su reivindicación inmediata, para sí y para el Frente Popular, de acceder al gobierno. Por otra parte, rechazó coherentemente toda posible implicación en una llamada a la insurrección, sobre la base de que esto jugaría en favor de De Gaulle.

En eso tenía razón. La crisis de mayo no era una situación revolucionaria clásica, aunque las condiciones para una situación de este tipo habrían podido desarrollarse muy rápidamente como consecuencia de una ruptura súbita e inesperada en un régimen que resultó ser mucho más frágil de lo que nadie había previsto. Las fuerzas del gobierno y la amplia base política en que se apoyaba no estaban en modo alguno divididas y desintegradas, sino sólo desorientadas y momentáneamente paralizadas. Las fuerzas de la revolución eran débiles, salvo en el hecho de llevar la iniciativa. Aparte de los estudiantes, los obreros organizados y algunos simpatizantes entre los estratos profesionales de formación universitaria, su base de apoyo consistía no tanto en aliados propiamente dichos sino en la predisposición de una amplia masa de ciudadanos, sin afiliación determinada e incluso hostiles, a abandonar toda esperanza en el gaullismo y aceptar pasivamente la única alternativa viable. A medida que la crisis avanzaba, la opinión pública en París se hizo mucho menos favorable al gaullismo y algo más favorable a la vieja izquierda, pero de los sondeos de opinión no se desprendía en aquellos momentos una clara preponderancia por una u otra opción. Si hubiera advenido el Frente Popular, seguramente habría ganado las siguientes elecciones igual que De Gaulle ganó las suyas: la victoria es un factor importante para decidir lealtades.

El mejor modo de derribar al gaullismo, por consiguiente, era dejar que se destruyera a sí mismo. En un determinado momento, entre el 27 y el 29 de mayo, su credibilidad se había descompuesto hasta tal punto que incluso sus funcionarios y seguidores podían haberlo dado por perdido. La peor política habría sido la de dar al gaullismo la posibilidad de reagrupar a sus partidarios, al aparato de estado y a la masa indefinida frente a una minoría claramente definida y militarmente impotente de obreros y es-

tudiantes. El ejército y la policía, que no deseaban expulsar de las fábricas a los obreros en huelga, merecían toda confianza ante una insurrección. Así lo manifestaron. Y de hecho De Gaulle se recuperó precisamente porque convirtió la situación en una defensa del "orden" contra la "revolución roja". Que el partido comunista no estuviera interesado en una "revolución roja" es otro asunto. Su estrategia general era justa para todo el mundo incluidos los revolucionarios, quienes inesperadamente descubrieron una posibilidad de derrocar al régimen en una situación básicamente no revolucionaria. Dando naturalmente por supuesto que deseaban tomar el poder.

Los verdaderos errores de los comunistas fueron otros. El banco de prueba de un movimiento revolucionario no es su afición a levantar barricadas a la menor ocasión, sino su aptitud para reconocer cuándo dejan de actuar las condiciones normales de la rutina política, y para adaptar su comportamiento a la nueva situación. El partido comunista francés falló ambas pruebas, y en consecuencia no sólo fue incapaz de derrocar al capitalismo (cosa que no deseaba hacer en aquel momento), sino también de instaurar el Frente Popular (cosa que sin duda deseaba). Como ha observado sarcásticamente Touraine, su verdadero fracaso no fue como partido revolucionario, sino como partido reformista. En consecuencia se mantuvo a la zaga de las masas, siendo incapaz de reconocer la seriedad del movimiento estudiantil hasta que las barricadas estuvieron levantadas, la disposición de los trabajadores para una huelga general indefinida hasta que las ocupaciones espontáneas forzaron la mano de sus dirigentes sindicales, quienes de nuevo se vieron sorprendidos cuando los obreros rechazaron los términos del acuerdo para poner fin a la huelga.

A diferencia de la izquierda no comunista, no quedó marginado, puesto que contaba a la vez con la organización y todo el apoyo de las masas. Igual que esa izquierda,

siguió jugando el juego de la política rutinaria y del sindicalismo rutinario. Explotó una situación que no había creado, pero nunca la dirigió ni la comprendió siquiera salvo en lo que representaba de amenaza para su posición dentro del movimiento obrero por parte de una ultraizquierda amargamente hostil. Si el partido comunista hubiera valorado la existencia y el alcance del movimiento popular en lo que era y si hubiera actuado de acuerdo con ello, habría podido ganar el suficiente impulso para forzar a sus aliados reticentes de la izquierda tradicional a seguir su línea. No se puede decir mucho más que esto, porque las perspectivas de derribar al gaullismo, aunque reales durante unos pocos días, nunca pasaron de ser una posibilidad razonable. Tal como estaban las cosas, se condenó a sí mismo, durante las jornadas cruciales del 27 al 29 de mayo, a esperar y a emitir llamamientos. Pero en tales ocasiones la espera es fatal. Quien pierde la iniciativa pierde la partida.

Las probabilidades de derrocar al régimen disminuyeron no sólo por el fracaso de los comunistas, sino por el carácter del movimiento de masas. No tenía por sí mismo objetivos políticos, aunque usara una fraseología política. Sin profundos motivos de malestar social y cultural prontos a emerger al más ligero estímulo, no puede haber revolución social importante. Pero sin cierta concentración sobre objetivos concretos, aunque sean periféricos con relación a los fines generales, la fuerza de tales energías revolucionarias se dispersa. Una crisis política o económica determinada, una situación dada, pueden proporcionar automáticamente esta clase de enemigos y de fines: una guerra a la que poner fin, un ocupante extranjero que expulsar, una quiebra en la estructura política que impone opciones específicas y limitadas, tales como si hay que ayudar o no al gobierno español de 1936 contra el alzamiento de los generales. La situación francesa no proporcionaba este tipo de objetivos unificadores automáticos.

Al contrario, la misma profundidad de la crítica social contenida implícitamente o formulada por el movimiento popular lo dejó sin objetivos concretos. Su enemigo era "el sistema". Por citar a Touraine: "El enemigo ya no es una persona o una categoría social, el monarca o la burguesía. Es la totalidad de los modos de acción del poder socioeconómico, despersonalizado, racionalizado y burocratizado..." El enemigo, por definición, carece de rostro y no es ni siquiera una cosa o institución, sino un programa de relaciones humanas, un proceso de despersonalización; no es la explotación, que implica explotadores, sino la alienación. Es significativo que la mayor parte de los estudiantes mismos (a diferencia de los obreros, menos revolucionarios) no hicieran caso de De Gaulle, salvo en la medida en que el objetivo real, la sociedad, quedaba oscurecido por el fenómeno puramente político del gaullismo. El movimiento popular era, por consiguiente, o subpolítico o antipolítico. A largo plazo esto no disminuye su importancia o influencia histórica. A corto plazo, en cambio, fue fatal. Como dice Touraine, el mayo de 1968 es menos importante, incluso en la historia de las revoluciones, que la Comuna de París. Probó no que las revoluciones pueden triunfar hoy en los países occidentales, sino únicamente que pueden estallar.

Varios de los libros sobre los acontecimientos de mayo pueden dejarse de lado inmediatamente. Sin embargo, el de Touraine merece una consideración aparte.[1] El autor es un estudioso de sociología industrial de procedencia marxista, el maestro de Daniel Cohn-Bendit en Nanterre, foco originario de la revuelta estudiantil; estuvo profundamente involucrado en ella desde sus primeras fases. Su análisis refleja todo esto hasta cierto punto. Su valor no reside tanto en su originalidad —cuando se ha escrito tanto,

1. Alain Touraine, *Le mouvement de mai ou le communisme utopique*, París, 1969.

la mayoría de ideas han sido ya sugeridas e impugnadas en uno u otro lugar— como en la lucidez y en el sentido histórico del autor, su falta de ilusiones, su conocimiento de los movimientos de la clase obrera, así como el hecho incidental de tener experiencia de primera mano. Por ejemplo, él ha escrito el mejor análisis de la huelga general, fenómeno insuficientemente documentado y analizado si se compara con la cantidad de letra impresa sobre el Barrio Latino. (No conocemos prácticamente nada de lo que ocurrió en todas las industrias y oficinas que, en definitiva, dieron diez millones de huelguistas cuya mayoría carecía de todo contacto con los estudiantes y los periodistas.) Para lectores extranjeros, tiene la ventaja adicional de proporcionar un conocimiento de primera mano de otras partes del mundo, especialmente de los Estados Unidos y Latinoamérica, lo cual ayuda a corregir el innato provincianismo francés.

El razonamiento de Touraine es elaborado y complejo, aunque pueden señalarse algunos de sus puntos. Lo que está ocurriendo hoy es la "gran mutación" de una vieja y burguesa sociedad a otra nueva y tecnocrática, lo cual, como muestra el movimiento de mayo, engendra conflicto y disidencia no sólo en su periferia sino también en su mismo centro. La línea divisoria de la "lucha de clases" que revela pasa por el centro de las "clases medias", entre los "tecnoburócratas" por un lado y los "titulados" por otro. Estos últimos, aunque no sean en modo alguno víctimas evidentes de la opresión, representan en la economía tecnológica moderna algo así como la élite de los trabajadores cualificados en una anterior época industrial, y por razones análogas hacen cristalizar la nueva fase de la conciencia de clase:

> La principal protagonista del movimiento de mayo no fue la clase obrera, sino la totalidad de quienes llamamos titulados [...] y, entre ellos, los más activos fueron los más independientes de las grandes organizaciones para quienes

trabaja, directa o indirectamente, tal tipo de gente: estudiantes, gente de radio y televisión, técnicos de oficinas de planificación, investigadores, tanto del sector privado como del público, enseñantes, etc.

Fueron ellos y no las viejas colectividades obreras de mineros, estibadores o ferroviarios, quienes dieron a la huelga general su carácter específico. Su sector de punta radicó en las nuevas industrias: el complejo automoción-electrónica-química.

De acuerdo con Touraine, está surgiendo un nuevo movimiento social adaptado a la nueva economía, pero se trata de un movimiento curiosamente contradictorio. En un determinado sentido, es una rebelión primitiva de personas que deben basarse en antiguas experiencias para comprender una nueva situación. Esto puede producir un renacimiento de viejos esquemas de militancia, o bien, entre los nuevos reclutas del movimiento social carentes de una tal experiencia militante, algo parecido a los movimientos populistas del mundo subdesarrollado o, más exactamente, al movimiento obrero de principios del siglo XIX. Un movimiento así es importante no por la lucha que ahora lleva a cabo siguiendo viejas orientaciones políticas, sino por lo que revela respecto al futuro: por su visión anticipada más que por sus escasos frutos prácticos. Porque la fuerza de esta visión de futuro, el "comunismo utópico" que creó en 1968 análogamente al joven proletariado anterior a 1848, va ligada a su impotencia práctica. Por otra parte, este movimiento social también incluye o implica un cierto reformismo puesto al día, una fuerza que puede servir para modificar las estructuras rígidas y obsoletas de la sociedad: el sistema educativo, las relaciones industriales, la gestión, las formas de gobierno. Los futuros dilemas de los revolucionarios residen en esto.

Dejando de lado su formulación "revolucionaria" de una "contra-utopía" de comunismo libertario que se opone a la "utopía dominante" de los sociólogos y politicólogos académicos, ¿era "revolucionario" este nuevo movimiento de mayo? En Francia, según Touraine, dio lugar a una crisis genuinamente revolucionaria, aunque con pocas probabilidades de llevar a la victoria una revolución, porque en ella se entremezclaban, por razones históricas, la lucha social, la política y una "revolución cultural" contra todas las formas de manipulación e integración de la conducta individual. No puede haber hoy ningún movimiento social que no combine estos tres elementos, debido a la "progresiva desaparición del divorcio entre estado y sociedad civil". Pero al mismo tiempo esto hace cada vez más difícil la concentración de la lucha en torno a objetivos puntuales y el desarrollo de instrumentos eficaces para la acción, como los partidos de tipo bolchevique.

En los Estados Unidos, por el contrario —tal vez por la falta de centralización estatal o de una tradición revolucionaria proletaria que sirva de referencia—, no ha habido una tal combinación de fuerzas. Los fenómenos de rebelión cultural, que son más sintomáticos que operativos, son los más visibles allí. "Mientras que en Francia", escribe Touraine, "la lucha social estaba en el centro mismo del movimiento y la rebelión cultural era, por así decir, el subproducto de una crisis de cambio social, en los Estados Unidos la rebelión cultural se sitúa en el centro." Éste es un síntoma de debilidad.

El propósito de Touraine no es tanto el de hacer juicios o profecías —que le habrían merecido justificadas críticas— como el de establecer que el movimiento de mayo no fue ni un episodio ni una simple continuación de movimientos sociales anteriores. Ha hecho ver que "un nuevo período de la historia social" está empezando o ha empezado ya y también que el análisis de su naturaleza no puede derivarse de las palabras de los propios revolucionarios de mayo. Probablemente tiene razón en ambas cosas.

(1969)

25

LOS INTELECTUALES Y LA LUCHA DE CLASES

El revolucionario típico de hoy es estudiante o intelectual, generalmente joven, entendiendo por tal el que se gana la vida o espera ganársela con alguna de las ocupaciones en que se suelen emplear quienes poseen un título de enseñanza superior o equivalente. En países atrasados o subdesarrollados, se incluye en ese grupo quien haya pasado por la escuela secundaria o incluso, en ciertas zonas, por la primaria; en los países desarrollados, quien tenga estudios postsecundarios, aunque no necesariamente quien, a cualquier nivel, haya recibido una enseñanza primordialmente práctica, como ocurre con los contables, ingenieros, directivos de empresas o artistas. Cabría decir que el intelectual es alguien que desempeña una tarea para la cual se exige una cualificación en cuya obtención no ha habido que aprender a realizar ningún trabajo concreto. En este sentido, la definición aquí empleada coincide con la concepción más corriente del intelectual como alguien que usa su intelecto; a veces, para definirlo, se cae en un círculo vicioso y no se suele hacer con demasiada claridad. Sin embargo, es preferible subrayar el aspecto de la ocupación. No es el hecho de pensar, independientemente o de otra manera, lo que da a los intelectuales ciertas caracterís-

ticas políticas, sino la situación social particular en que desarrollan su actividad de pensar.

El que los revolucionarios típicos de hoy sean intelectuales (lo que no significa que todos los intelectuales se caractericen por ser revolucionarios) puede verificarse examinando la composición de las organizaciones o grupos, generalmente muy pequeños, que hoy se proclaman partidarios de la revolución en su sentido más literal, es decir, de la insurrección o del total rechazo del *status quo*. Esto no sería probablemente verdad en países donde esté en curso una revolución o en situaciones revolucionarias, insurreccionales o cuasi-insurreccionales, pero es absolutamente cierto no sólo en países "occidentales" desarrollados, sino también en países en los que la situación de las masas laboriosas es tal que se podría esperar que fuesen revolucionarias.[1] Incluso allí encontramos a menudo que predominan los intelectuales, como en las guerrillas peruanas de la década de 1960 o entre los naxalitas de la India. Así pues, aunque la siguiente reflexión tratará primordialmente acerca de los países "desarrollados", puede ser en parte relevante para otros países, aunque sólo sea tal vez marginalmente.

Decir que la mayoría de revolucionarios hoy son intelectuales no equivale a decir que harán la revolución. Quién vaya a hacer la revolución, suponiendo que ésta se produzca, es una cuestión más complicada, como lo es el problema, bastante más superficial, de quién está habilitado para llamarse revolucionario, aparte de los partidarios de la insurrección o la lucha armada inmediata que pretenden tener el monopolio de este calificativo. Para lo que se proponen las presentes líneas no es esencial responder a ninguna de las dos cuestiones ya que se van a ocupar

1. Estos países no se encuentran necesariamente por ello en situaciones revolucionarias tales como las definen Lenin u otros. La Rusia zarista reclamó una revolución social durante un largo período, pero sólo de vez en cuando atravesó situaciones revolucionarias.

no tanto del elemento objetivo como del subjetivo de la práctica revolucionaria. Quienes rechazan cualquier compromiso con el *status quo*, cualquier actividad no destinada directa y exclusivamente a oponerse frontalmente al capitalismo, son ciertamente revolucionarios en el sentido más literal del término, y para los fines de mi argumentación no importa que otros puedan también reivindicar serlo, quizás de una manera más eficaz. La cuestión es que la mayoría de estos revolucionarios extremos son intelectuales, lo cual plantea interesantes problemas tanto a propósito de los intelectuales como a propósito del "ser revolucionario".

Desde luego puede decirse que los intelectuales no pueden ser revolucionarios sin esta conciencia subjetiva mientras que otras capas sociales sí pueden. Cuando Marx habló de los obreros como clase revolucionaria, no quería decir simplemente que se rebelaban "contra las condiciones individuales de una sociedad existente hasta hoy", sino "contra la mismísima 'producción de la vida' existente hasta hoy y la 'totalidad de la actividad' sobre la que se basa". No suponía que este rechazo debía ser explícito, aunque imaginaba que en un determinado estadio del desarrollo histórico lo iba a ser. Para él el proletariado era una clase de estas características debido a la naturaleza de su existencia social y no (excepto a un nivel bastante más bajo del análisis de las situaciones históricas concretas) a causa de la conciencia de sus fines. "No puede abolir sus propias condiciones de vida sin abolir *todas* las condiciones inhumanas de la vida de la sociedad actual que se condensan en su situación. No se trata de lo que tal o cual proletario o incluso la totalidad del proletariado *imagine* que es su objetivo en un momento u otro. Se trata de *lo que es*, y de lo que, de acuerdo con este *ser*, se verá históricamente obligado a hacer." [2] Los intelectuales como capa social no tienen esta característica. Son revolucionarios sólo en la medida en que sus miembros individualmente creen deber serlo. Así pues, debemos empezar considerando qué es lo que hace pensar de esta manera a la gente. Naturalmente, estas reflexiones no pueden quedar confinadas simplemente al ámbito de los intelectuales.

2. *La Sagrada Familia*, MEGA, 1/3, pp. 206-207.

¿Por qué hay hombres y mujeres que se hacen revolucionarios? En primer lugar y sobre todo, porque creen que lo que ellos desean subjetivamente de la vida no puede lograrse sin un cambio fundamental en la sociedad. Hay, por descontado, este substrato permanente de idealismo o, si se prefiere, de utopismo, que forma parte de toda vida humana y puede convertirse en determinados momentos en dominante para los individuos, como durante la adolescencia o un amor romántico, y para las colectividades en los momentos históricos ocasionales que corresponden al enamoramiento, es decir, los grandes momentos de la liberación o la revolución. Todo ser humano, por cínico que sea, puede imaginar una vida personal o una sociedad que no sea imperfecta. Todo el mundo estaría de acuerdo en que esto sería maravilloso. La mayoría de las personas, en uno u otro momento de su vida, piensan que una vida o una sociedad así son *posibles* y muchas de ellas piensan que deberíamos convertirlas en realidad. Durante los momentos decisivos de las luchas de liberación o de las revoluciones, la mayoría piensa, brevemente o aun sólo unos momentos, que se está logrando la perfección, que está siendo construida la Nueva Jerusalén; el paraíso terrenal al alcance de la mano. Pero la mayoría de gente durante la mayor parte de su vida adulta, y la mayoría de grupos sociales durante la mayor parte de su historia, viven a un nivel de expectativas mucho menos exaltadas.

Es cuando las expectativas relativamente modestas de la vida cotidiana empiezan a ser consideradas irrealizables sin una revolución, cuando los individuos se vuelven revo-

lucionarios. La paz es un objetivo modesto y negativo, pero durante la primera guerra mundial fue esta reivindicación elemental lo que convirtió a la gente corriente, primero objetivamente y después subjetivamente también, en personas dedicadas al derrocamiento inmediato del orden social vigente, ya que la paz parecía inalcanzable sin él. Es posible que una tal evaluación de la situación esté equivocada. Por ejemplo, puede suceder que los obreros británicos, en general, gocen de pleno empleo y de un alto nivel de vida durante un largo período sin derribar antes el capitalismo, previsión difícilmente verosímil cuarenta años atrás.[3] Pero ésta es otra cuestión. Las expectativas modestas de la vida cotidiana no son, por supuesto, puramente materiales. Incluyen todas las demandas que hacemos para nosotros mismos o para las comunidades de las que nos consideramos miembros: respeto y autoconsideración, unos determinados derechos, un trato justo y otras por el estilo. Pero ni siquiera éstas son demandas utópicas para una vida nueva, diferente y perfecta, sino que tienen que ver con la vida corriente que observamos a nuestro alrededor. Las reivindicaciones que convierten a los negros norteamericanos en revolucionarios son bastante elementales, y la mayoría de los blancos pueden dar por descontado que se cumplirán.

Una vez más, lo que empuja a la gente hacia un revolucionarismo consciente no es lo ambicioso de sus objetivos, sino el aparente fracaso de todas las vías alternativas para alcanzarlos, el cierre de todas las puertas que conducen a ellos. Si nos dejan fuera de nuestra casa con la puerta cerrada, hay normalmente varias maneras de volver a entrar en ella, aunque algunas supongan una esperanzada paciencia. Sólo cuando ninguna de ellas parece realista pensamos

3. La función de una ideología revolucionaria como el socialismo en los movimientos de masas consiste en liberar a sus miembros de la dependencia de tales fluctuaciones en sus expectativas personales.

en derribar la puerta. Sin embargo, vale la pena observar que, incluso en este caso, probablemente no nos decidiremos a derribar la puerta a menos que tengamos la sensación de que va a ceder. El convertirse en revolucionario implica no sólo una medida de desesperación, sino también alguna esperanza. Así es como se explica la típica alternancia de pasividad y activismo entre algunas clases o algunos pueblos notoriamente oprimidos.[4]

La entrega a la revolución depende, pues, de una mescolanza de motivaciones: los deseos de mejora en la vida cotidiana, tras los que, esperando surgir, están los sueños de la vida realmente buena; la sensación de que todas las puertas se cierran ante uno, pero, a la vez, la de que es posible echarlas abajo; el sentimiento de *urgencia*, sin el cual los llamamientos a la paciencia o a las mejoras parciales no dejan de tener fuerza. Tales motivaciones, mezcladas en distintas proporciones, pueden dar lugar a una multitud de situaciones históricas diversas, de las cuales vamos a destacar dos. Existe el caso relativamente específico de ciertos grupos particulares en el seno de una sociedad, como los negros en los Estados Unidos, para quienes las puertas aparecen cerradas, mientras que están abiertas, o pueden abrirse, para el resto de la población. Tenemos también el caso más general y significativo de ciertas sociedades en crisis que parecen incapaces de satisfacer las demandas sean cuales sean, de la mayor parte de la gente, de modo que todos los grupos —con excepciones relativamente escasas— se sienten desorientados, frustrados y convencidos de la necesidad de algún cambio fundamental, aunque no necesariamente el mismo para todos. La Rusia

4. Esto puede ser ilustrado mediante la historia de los campesinos indios de América del Sur en los pasados siglos. Mientras la estructura de poder les parecía estable y firme, permanecían inactivos, pero empezaban a ocupar las tierras comunales que nunca habían dejado de reivindicar como propias en cuanto aquella estructura les parecía mostrar los más ligeros signos de crisis.

zarista es un ejemplo clásico de ello: era una sociedad en cuyo futuro pocos creían. La mayoría de los países desarrollados del mundo occidental normalmente han pertenecido al primer tipo durante más de un siglo después de 1848, pero es posible que desde los años sesenta de este siglo varios de ellos estén pasando al segundo.

Vale la pena repetir que hablo de lo que produce revolucionarios, no de lo que produce revoluciones. Las revoluciones pueden producirse sin demasiados revolucionarios en el sentido en que empleo la palabra. Al comienzo de la Revolución francesa de 1789, probablemente se podían encontrar pocos revolucionarios fuera del mundo marginal de la *bohème* literaria y del medio de la intelectualidad ilustrada de clase media (mucho menos activos que los anteriores). Había descontento, militancia y fermentación popular, y, en el contexto de una crisis económica y política del régimen, todo esto desembocó en una revolución, mientras que en otras condiciones no habría provocado más que desórdenes públicos de cierta envergadura, pero pasajeros. Ahora bien, los revolucionarios franceses, en su gran mayoría, se hicieron durante la revolución, en ella y por obra suya. Inicialmente, ellos no la hicieron.

Déjenme puntualizar brevemente otra cuestión. Contrariamente a una opinión en otro momento de moda entre sociólogos y politicólogos norteamericanos, las personas no se vuelven normalmente revolucionarias porque tengan un comportamiento individual alienado o divergente, aunque las actividades revolucionarias atraigan indudablemente a una gama de lunáticos, y algunas de ellas —especialmente las menos organizadas y disciplinadas— puedan atraer a inadaptados. El estudio de la composición de los partidos comunistas, y aun más la de su base electoral, muestra claramente que sus miembros no pertenecen por regla general a este tipo de gente, incluso en partidos muy pequeños. Es verdad, por supuesto, que ciertas clases de personas encuentran más fácil o atractivo que otras el

unirse a los movimientos revolucionarios; por ejemplo, los jóvenes más que los viejos o la gente arrancada de su ambiente de origen, como los emigrantes, o los miembros de algunos grupos socialmente marginales. Sin embargo, se trata de categorías regionales y no de conjuntos de individuos inadaptados. Los jóvenes judíos que se hacían revolucionarios marxistas no eran más alienados ni divergentes que otros judíos, ya fueran de Zamosc, Wilna o Brooklyn. (Dicho sea de paso, ni está establecido ni es siquiera demasiado probable que tuvieran mayor tendencia a hacerse socialistas revolucionarios en la emigración que en el país de origen.) Simplemente, elegían una opción entre varias posibles, todas ellas normales para personas que se hallaran en su situación.

Durante mi vida ha habido dos épocas en que numerosos intelectuales se han hecho revolucionarios: los años de entreguerras y los posteriores a los últimos de la década de los cincuenta, sobre todo a partir de mediados de los años sesenta. Me gustaría examinar ambas épocas y tratar de contrastarlas y compararlas.

Puede resultar más sencillo aproximarse al problema de mi propia generación, hacerlo a través de la introspección o, si se quiere, de la autobiografía.

Un titulado de posición y edad medias difícilmente puede considerarse un revolucionario, dando un sentido real a la palabra. Pero quien se haya considerado a sí mismo comunista durante cuarenta años tiene por lo menos un largo recuerdo para contribuir a la discusión. Pertenezco a un medio hoy prácticamente extinguido, el de la clase media judía centroeuropea posterior a la primera guerra mundial y soy tal vez uno de sus supervivientes más jóvenes. Este medio vivió bajo el triple impacto del colapso del mundo burgués en 1914, la Revolución de Octubre y el antisemitismo. Para la mayoría de mis parientes austríacos más viejos la vida normal terminó con el asesinato de Sara-

jevo. Cuando decían "en tiempo de paz", querían decir antes de 1914, cuando la vida de "la gente como nosotros" se abría ante ellos como un camino ancho y recto, predecible incluso en lo imprevisto, cómodamente segura y aburrida, que comprendía desde el nacimiento y pasaba por las vicisitudes de la escuela, la carrera, las noches de ópera, las vacaciones veraniegas y la vida de familia, hasta llegar a una tumba en el Cementerio Central de Viena. Después de 1914 todo fue catástrofe y supervivencia precaria. Nos sobrevivíamos a nosotros mismos, y lo sabíamos. Hacer planes a largo plazo parecía algo sin sentido para una gente cuyo mundo se había derrumbado ya dos veces en el plazo de diez años (primero con la guerra y luego con la gran inflación). Sabíamos de la Revolución de Octubre: estoy hablando aquí de mis parientes austríacos, si bien como ciudadano inglés de segunda generación me diferenciaba ligeramente de ellos. La Revolución de Octubre probó que el capitalismo podía y debía terminar nos gustase o no. Recuérdese que éste es el trasfondo del libro de Schumpeter, *Capitalismo, socialismo y democracia*, obra notable y muy típicamente centroeuropea. No podíamos ignorar el antisemitismo, como no pueden ignorar el racismo ni siquiera los negros de clase media más asimilados.

La primera conversación política que recuerdo tuvo lugar cuando yo tenía seis años, en un sanatorio de los Alpes, entre dos señoras judías del mismo estilo que mi madre. Giraba en torno a Trotski. ("Diga lo que quiera, es un muchacho judío llamado Bronstein".) El primer acontecimiento político que me produjo algún impacto como tal, a la edad de diez años, fueron los grandes desórdenes de 1927, cuando los obreros vieneses incendiaron el Palacio de Justicia. El segundo acontecimiento político que recuerdo, a la edad de trece años, fueron las elecciones generales alemanas de 1930, en que los nazis ganaron 107 escaños. Sabíamos lo que esto significaba. Poco después nos trasladamos a Berlín, donde estuve hasta 1933. Aquéllos

fueron los años de la depresión. Marx ha dicho en algún sitio que la historia se repite, primero como tragedia y después como farsa; pero hay un género más siniestro de repetición: primero tragedia, después desesperación. En los años 1918-1923 el mundo de la Europa central había llegado a su punto más bajo. Durante un breve lapso, a mediados de los años veinte, pareció posible algún tipo de esperanza, pero de nuevo se disipó. No basta con decir que los que no tenían nada que perder, los parados, las clases medias desorientadas y desmoralizadas, estaban desesperados. Hay que añadir que estaban dispuestos a cualquier cosa. Así eran los tiempos en que desperté a la política.

¿Qué credo podían abrazar los jóvenes intelectuales judíos en tales circunstancias? No el liberal en ninguna de sus formas, puesto que el mundo del liberalismo (incluyendo la socialdemocracia) era precisamente el que había fracasado. Como judíos no podíamos, por definición, dar nuestro apoyo a los partidos basados en la confesionalidad o en un nacionalismo que excluyera a los judíos y en ambos casos en el antisemitismo. Nos volvimos comunistas o abrazamos alguna fórmula equivalente del marxismo revolucionario o bien, en caso de optar por nuestra propia forma de nacionalismo visceral, nos hicimos sionistas. Pero incluso la mayoría de los jóvenes intelectuales sionistas se consideraban como una especie de nacionalistas revolucionarios marxistas. No había prácticamente otra opción. No tomábamos partido contra la sociedad burguesa y el capitalismo puesto que parecían estar con toda evidencia en los estertores de la muerte. No hacíamos más que optar por *un* futuro, en lugar de resignarnos a no tener *ningún* futuro, y eso significaba la revolución. Pero significaba la revolución en un sentido positivo y no negativo: un mundo nuevo antes que ningún mundo en absoluto. La gran Revolución de Octubre y la Rusia soviética nos probaban que un nuevo mundo era posible y que tal vez estaba ya en marcha. "He visto el futuro, y funciona",

dijo Lincoln Steffens. Si tenía que ser el futuro, *tenía* que funcionar, de modo que estábamos convencidos de que lo era.[5]

Así pues, nos hicimos revolucionarios no principalmente a causa de nuestros problemas económicos, aunque algunos de nosotros éramos pobres y la mayoría afrontábamos un porvenir incierto, sino porque la vieja sociedad no parecía viable por más tiempo. Carecía de perspectivas. Esto también estaba claro para los intelectuales jóvenes de países donde el orden social no se encontraba tan visiblemente al borde del colapso, como Gran Bretaña. Los argumentos de la obra de John Strachey *The Coming Struggle for Power*, producto significativo de los años de crisis y muy influyente, también se basaban en la alternativa siguiente: socialismo o barbarie. El triunfo de Hitler pareció confirmarlo. (Y, a la inversa, la conversión de Strachey a la creencia de que Keynes había aportado al capitalismo una alternativa frente al colapso, reforzada sin duda por la recuperación económica de finales de la década de los treinta, le hizo abandonar sus posiciones revolucionarias y convertirse en un reformista.) Es evidente que hubo también intelectuales que se hicieron revolucionarios porque estaban proletarizados, hambrientos y desesperados, como tal vez en Polonia y, con toda seguridad, entre la pequeña burguesía revolucionaria de las ciudades bengalíes, pero aquí no me ocupo de ellas.

5. "La comprobación de que todo intento de restaurar el capitalismo debía fracasar en los escollos de esta insoluble contradicción, de que la lucha de clases iba a terminar con la destrucción recíproca de las clases en lucha si no lograba imponerse la reconstrucción revolucionaria de toda la sociedad, llevó al campo del bolchevismo a muchos marxistas con conocimientos económicos; yo me contaba entre ellos" (Eugen Varga, *Die wirtschaftspolitischen Probleme der proletarischen Diktatur*, Viena, 1921, p. 19). Este fragmento autobiográfico del famoso economista comunista ilustra la fuerza de la alternativa en aquellos momentos: o revolución o ruina.

Nuestras motivaciones, por consiguiente, diferían en dos aspectos cruciales de las de aquellos obreros que, con la misma orientación que nosotros, también se hicieron revolucionarios durante aquel período. En primer lugar y dado que pocos de nosotros procedíamos de medios donde las ideas marxistas u otras socialistas tuvieran alguna tradición, nuestra ruptura era normalmente más brusca. (Éste quizás no sea el caso de países como Francia, donde la juventud burguesa siempre ha tenido a su alcance la posibilidad de abrazar un cierto revolucionarismo verbal.) En segundo lugar, también fue menos determinante para nosotros la simple desesperación económica que empujó a tantos trabajadores en paro en Alemania hacia las filas del partido comunista en 1930-1933. Pero, naturalmente, compartíamos con los trabajadores la sensación de que el viejo sistema se estaba derrumbando y el sentimiento de urgencia y la convicción de que la Revolución soviética era la alternativa positiva.

No hay ningún muchacho o muchacha con los veinte años recién cumplidos que haya vivido una etapa de su vida en que el viejo sistema haya parecido derrumbarse de tal manera. Al contrario, hasta hace muy poco ha florecido económicamente como nunca lo había hecho antes. Ya no es el tipo de capitalismo liberal cuya agonía vivíamos en los años de entreguerras, pero tampoco es el socialismo, por desgracia, y menos aún el socialismo soviético. Es un sistema que se ha adaptado a la existencia de un conjunto de países socialistas más extenso y poderoso (aunque atravesado por crisis internas mucho mayores de lo que preveíamos); a una descolonización política global; a una existencia permanente con guerras localizadas y la sombra de la catástrofe nuclear. Sin embargo, hasta fines de la década de 1960, ha constituido un éxito notable en el aspecto económico, en el tecnológico y también —no nos equivoquemos en esto— en la provisión de prosperidad material para las masas (o de una esperanza razonable de conseguirla).

Éste es el trasfondo de los revolucionarios de los años sesenta.

Esto es cierto incluso de los revolucionarios de muchos países del Tercer Mundo. Es verdad que los intelectuales revolucionarios de estos países son como los de mi generación, en la medida en que se enfrentan con los problemas de la pobreza de grandes masas, la opresión y la injusticia y que hacen aparecer como algo casi obsceno cualquier llamamiento a la paciencia y el gradualismo, del mismo modo en que están convencidos de que el actual sistema no tiene solución para los problemas de sus sociedades. En cualquier caso, el neocapitalismo y el neocolonialismo no han resuelto hasta aquí el problema del subdesarrollo, sino que lo han agudizado. Sin embargo, si exceptuamos algunas zonas donde toda esperanza parece realmente agotarse, como Bengala, ni siquiera los países pobres y subdesarrollados se encuentran hoy, en su conjunto, estancados o en regresión absoluta. Puede no haber ninguna esperanza para ellos en tanto que sociedades, pero hay muchas para sus miembros tomados individualmente, muchos de los cuales, como trabajadores, gente emigrada del campo e incluso campesinos, gozan hoy de mejores condiciones de vida y mejores expectativas de futuro que hace un par de décadas. Lo que hace que la gente del Tercer Mundo prefiera la revolución a la inactividad o al reformismo no suele ser la previsión de un derrumbamiento inmediato o inminente de la economía o del orden social. Es más bien (dejando de lado la opresión extranjera o racial) la amplitud enorme del abismo entre ricos y pobres, probablemente creciente, y entre países desarrollados y subdesarrollados, unida al patente fracaso de las alternativas reformistas. La perspectiva de un derrumbamiento a medio o largo plazo también juega algún papel. Incidentalmente, el trasfondo de cambio y expansión afecta personalmente a la intelectualidad nativa, en la medida en que sus propias perspectivas de promoción individual son mucho mejores

que las que tuvo mi generación. El revolucionarismo de los estudiantes en muchos países del Tercer Mundo, por ejemplo en algunos lugares de Latinoamérica, es notablemente efímero por esta razón. Difícilmente sobrevive al fin de la carrera.

No obstante, si bien el Tercer Mundo se asemeja, en algunos aspectos importantes, al mundo de entreguerras, el floreciente neocapitalismo de Occidente no se le parece. El revolucionarismo de la "nueva izquierda" occidental es producto no de una crisis capitalista en un sentido económico, sino de lo opuesto. En este sentido es comparable a la rebeldía y al revolucionarismo de los años inmediatamente anteriores a la primera guerra mundial, con los que tiene sorprendentes afinidades según vengo pensando desde hace tiempo. Tales afinidades pueden incluso hacerse extensivas mucho más allá de lo que parece a primera vista. Porque la rebeldía de un mundo occidental anterior a 1914 y aparentemente floreciente se transformó pronto en el revolucionarismo de la crisis de aquel mundo. Si de nuevo hemos entrado en un período de crisis general del capitalismo, como parece probable, los movimientos de finales de los años sesenta y comienzo de los setenta pueden parecer retrospectivamente otro preludio, como los de 1907-1914.

Lo que hay detrás del renacimiento del revolucionarismo de los años sesenta es, *en primer lugar*, una transformación tecnológica y social de una rapidez y una profundidad sin precedentes y, *en segundo lugar*, el descubrimiento de que la solución dada por el capitalismo al problema de la escasez material revela, e incluso crea, nuevos problemas (o "contradicciones", en términos marxistas) básicos en el sistema y, posiblemente, en toda la sociedad industrial. No es fácil separar ambos aspectos y la mayoría de los revolucionarios no lo hacen, aunque ambos son importantes. Por una parte, hemos estado viviendo una etapa de expan-

sión económica, de revolución científico-técnica y de reestructuración de la economía sin precedentes tanto en lo relativo a la creación de riqueza material como a la destrucción de una gran parte de la base y el equilibrio del orden social. Pero aunque en los últimos veinte años pareció que podían finalmente llegar a realizarse por vez primera ciertas predicciones de largo alcance formuladas a mediados del siglo XIX –que el capitalismo iba a destruir el campesinado europeo, la religión tradicional y la vieja estructura familiar–,[6] no deberíamos olvidar que las más modestas conmociones sociales del pasado carecían también de precedentes para sus protagonistas. Se trataba de un ajuste a la nueva situación, y en los últimos veinte años el enorme incremento de riqueza, unido a varios mecanismos de gestión y de bienestar sociales no conocidos o no usados en anteriores períodos, ha tenido que facilitar ese ajuste. Éste fue, en todo caso, el razonamiento de los ideólogos norteamericanos de la anti-ideología de los años cincuenta.

Por otra parte, se ha ido patentizando que no estamos simplemente ante el problema de la adaptación de unos seres humanos a un cambio rápido e intenso dentro del marco de un sistema existente –es decir, ante algo parecido al problema de la inmigración masiva a los Estados Unidos entre la década de 1890 y la de 1920–, sino también ante dificultades importantes del sistema. No estoy pensando ahora en lo que podrían llamarse contradicciones macroeconómicas o macropolíticas del sistema, que hoy son evidentes –por ejemplo, la base precaria de la economía capitalista internacional o el abismo creciente entre los mundos "desarrollado" y "subdesarrollado"–, ni en los riesgos crecientes de una tecnología sin restricciones que está a punto de hacer inhabitable nuestro planeta o de

6. La crisis del catolicismo es a este respecto más significativa que la del protestantismo.

precipitar un cataclismo demográfico. El punto que debe subrayarse a propósito de "la sociedad opulenta" o "el nuevo estado industrial" (por usar las expresiones del más eminente de sus críticos de pensamiento liberal) es que hasta finales de los años sesenta el capitalismo funcionó espléndidamente como mecanismo económico; probablemente mejor que cualquier otra alternativa en aquel momento. Lo que parecía "no marchar", en algún sentido profundo pero no fácilmente especificable, era la *sociedad* basada en la abundancia capitalista, y sobre todo en su bastión principal, los Estados Unidos. Se multiplicaban el malestar, la desorientación y los signos de desesperación, seguidos y reforzados por oleadas omnipresentes de violencia, de disturbios y rebeliones, de procesos de marginación de amplios sectores sociales, síntomas todos ellos de un estado socialmente patológico, que es lo que acude a la mente de cualquier observador norteamericano cuando compara el estado de ánimo de su país con el de la República de Weimar. En consecuencia, también la crítica económica de la sociedad dejó de estar de moda para dejar paso a la sociológica: sus términos básicos dejaron de ser pobreza, explotación o incluso crisis, y pasaron a ser "alienación", "burocratización", etc.

En consecuencia también, el nuevo espíritu revolucionario en los países occidentales quedó confinado casi enteramente a los intelectuales y otros estratos marginales de la clase media (por ejemplo, los artistas creadores), o a los jóvenes de clase media que se tomaban como algo natural los logros de la sociedad de la abundancia y centraban su atención, muy justamente, en sus defectos. Dejando aparte las minorías específicas como los negros, cuyos motivos de descontento eran más simples, el revolucionario típico era un adolescente de la clase media (por regla general un estudiante), que solía colocarse a la izquierda del movimiento obrero, tanto del socialista como del comunista. Incluso cuando ambos movimientos resultaban conver-

gentes, como en Francia en mayo de 1968 y en Italia durante el "otoño caliente" de 1969, los estudiantes eran quienes daban por agonizante al capitalismo, mientras que los obreros, independientemente de su grado de combatividad, todavía se situaban dentro de sus límites.

He apuntado que la fase de finales de los años sesenta puede ser pasajera, como los años anteriores a 1914. De momento parece como si el mundo occidental no sólo haya entrado en una nueva fase del capitalismo científico-técnico (a veces designado con el término confusionista de "sociedad post-industrial") con una nueva versión de las contradicciones básicas del capitalismo, sino también en otro período prolongado de crisis económica. Los movimientos revolucionarios suelen producirse no en un trasfondo de "milagros económicos", sino de dificultades económicas. Es demasiado pronto para evaluar cuantitativa y cualitativamente la radicalización política que puede producir, aunque vale la pena recordar que, durante la última fase histórica de análogas características, la extrema derecha sacó más provecho que la extrema izquierda.[7] Hasta ahora los síntomas más violentos de agitación revolucionaria en los países industriales son los que tuvieron lugar en los años culminantes de 1967-1969. Si hubiera que aventurar una predicción, bastaría decir que la suma de desintegración *social* y de crisis *económica* probablemente será más explosiva que cualquiera de lo ocurrido entre las dos guerras mundiales en los países industriales, con la posible excepción de Alemania. Pero, también, que la revolución social al estilo tradicional no es, en modo alguno, su única salida, ni la más probable.

7. Preguntado por sus alumnos sobre cuáles habían sido las consecuencias políticas de la gran crisis de 1929, un amigo contestó: "Primero, Hitler llegó al poder. Luego, perdimos la guerra de España. Finalmente, nos encontramos con la segunda guerra mundial y Hitler dominó la mayor parte de Europa".

No obstante, hay una diferencia muy notable entre el nuevo movimiento revolucionario y el de mi generación en los años de entreguerras. Nosotros contábamos, tal vez erróneamente, con una esperanza y un modelo concreto de la sociedad ofrecida como alternativa: el socialismo. Hoy en día aquella fe en la gran Revolución de Octubre y la Unión Soviética ha desaparecido en gran medida —esto es una observación de hecho, no un juicio— y no hay nada que la haya substituido. Porque, aunque los nuevos revolucionarios busquen posibles modelos y objetos de lealtad, ni los regímenes revolucionarios pequeños y localizados —Cuba, Vietnam del Norte, Corea del Norte o el que sea— ni la propia China son hoy lo mismo que la Unión Soviética en mi época.[8] Lo que ha reemplazado a nuestro ideal de entonces es una mezcla de utopía y de odio negativo hacia la sociedad existente. Análogamente, esa plasmación tremendamente poderosa de un movimiento revolucionario que constituye el partido de masas disciplinado ha perdido también mucha garra entre los nuevos revolucionarios, que actúan en pequeñas sectas o en grupos libertarios no estructurados, más próximos a la tradición anarquista que a la marxista. Todo esto tal vez sea históricamente inevitable. Pero también es probable que cave un foso mucho más profundo entre el fermento revolucionario y la acción eficaz revolucionaria que durante mi juventud. Hago estas afirmaciones sin el menor agrado, y sin la intención de desvalorizar a los nuevos revolucionarios. Es mejor tener un movimiento revolucionario que no tener ninguno. Éste es el único que tenemos de momento, y debemos arreglarnos con él como mejor podamos. Queda

8. Vale la pena señalar que ésta fue la primera fase del socialismo revolucionario mundial desde 1848 que no ha tenido como consecuencia el establecimiento de una Internacional de verdad; porque las internacionales de las pequeñas sectas izquierdistas son demasiado minúsculas para cumplir realmente esta función.

una cosa: que se trata de un movimiento con mucho que aprender, o con mucho que volver a aprender.

Dejadme, finalmente, volver a la cuestión del papel de los intelectuales en los movimientos revolucionarios; en otras palabras, no la razón por la que algunos de ellos como individuos se hacen revolucionarios, sino qué orientación política tienden a adoptar como miembros de un determinado estrato de la sociedad y qué papel tienden a desempeñar como tales con su actividad. No hace falta precisar que los dos tipos de cuestiones son, o pueden ser, completamente independientes. Marx y Engels eran ciertamente intelectuales, pero el número y la proporción de intelectuales alemanes socialdemócratas era reducido y probablemente insignificante. Mi generación de estudiantes comunistas formaba una pequeña minoría que no iba más allá, según recuerdo, de cuatrocientos o quinientos, como máximo, de entre cincuenta mil estudiantes universitarios justo antes de la guerra; en Oxford y Cambridge hasta los más numerosos clubs socialistas eran una minoría, aunque nada desdeñable. El que nuestra insignificante minoría comprendiera, a veces, una proporción notablemente elevada de los estudiantes más brillantes no carece, por supuesto, de significación, aunque no cambia el hecho de que la gran mayoría de los estudiantes europeos de antes de 1939 no estaban en la izquierda, y menos aún en la revolucionaria, mientras que la mayoría probablemente lo estaba en países como Yugoslavia.

Además, incluso cuando podemos decir que los intelectuales como estrato son revolucionarios (como es el caso frecuente y tal vez general entre los jóvenes del Tercer Mundo), no podemos asimilar automáticamente su actitud o su comportamiento político con el de otras fuerzas revolucionarias. Por tomar un claro ejemplo: los estudiantes jugaron un papel dirigente en las revoluciones de 1848. ¿Qué les ocurrió a todos esos liberales revolucionarios de la era bismarckiana? Nuevamente los estudiantes (incluso

de enseñanza secundaria) volvieron a destacarse en la Revolución rusa de 1905, pero *no* en la de 1917 a juzgar por lo que uno sabe. Esto no contradice el hecho de que los órganos dirigentes bolcheviques estaban compuestos por una mayoría abrumadora de intelectuales, como ocurría en todos los demás partidos populares de oposición. Veamos un tercer ejemplo, tal vez completamente local y transitorio. Los estudiantes en su conjunto, hoy, en Gran Bretaña, ocupan probablemente posiciones políticas situadas muy a la izquierda de las de los obreros. Pero en este momento, en que hay una mayor militancia y predisposición para la acción industrial entre los obreros que en cualquier otro momento después de la Huelga General, la actividad política de masas de los estudiantes está a un nivel seguramente más bajo que en cualquier otro momento de los últimos tres años. Los dos grupos, evidentemente, no se mueven en el mismo camino, en la misma dirección y por las mismas fuerzas y motivos.

¿Qué podemos decir sobre los intelectuales como grupo social en los países industriales de hoy? *En primer lugar*, que forman efectivamente un grupo social que no puede seguir siendo subsumido como simple variante especial de las clases medias. Son más numerosos, puesto que el crecimiento de la tecnología científica y la expansión del sector terciario de la economía (incluidas la administración y las comunicaciones) los exige en cantidades mucho mayores que antes. Están proletarizados, en la medida en que la mayoría de ellos no son ya "profesionales libres" o empresarios privados, sino empleados asalariados; aunque esto se pueda aplicar también a la mayor parte de las restantes clases medias. Son identificables por unas actitudes y unas demandas de consumo específicas, unos intereses específicos, a los que los vendedores apelan como tales; por ejemplo, la preferencia del *Guardian* sobre el *Daily Telegraph*, o la relativa impermeabilidad a la atracción comercial de símbolos de nivel social, frente a criterios indi-

vidualizados. Políticamente, la masa de este estrato social (o por lo menos de ciertos tipos de ocupaciones que pertenecen a él) se sitúa hoy probablemente al centro-izquierda en los países occidentales, aunque quizás no más que esto. En Gran Bretaña, el tipo *Guardian-Observer* de profesionales está en uno de los bandos de la contienda política, mientras que el tipo *Telegraph* de clases medias se sitúa en el otro. En Francia, durante el movimiento de mayo de 1968, el frente divisorio de la lucha de clases pasaba a través de las clases medias. Durante la huelga general, los técnicos de investigación y desarrollo, los de los laboratorios y de diseño y los trabajadores de comunicaciones tendían a manifestarse con los obreros, mientras que los administrativos, ejecutivos, empleados de los departamentos de venta, etc., se quedaban del lado de la patronal.

Se ha sostenido, por todas estas razones, que los intelectuales son hoy parte de una "nueva" clase obrera y, en cierto sentido, el equivalente moderno de aquella aristocracia obrera de "artesanos inteligentes", cualificados, seguros de sí mismos y –sobre todo– técnicamente indispensables, que fueron tan importantes en la Gran Bretaña del siglo XIX. Se ha dicho además que, por ser esencialmente expertos asalariados, sus destinos económicos como individuos o como estrato no están ligados con ninguna economía de empresa privada, cuyos defectos, en cualquier caso, están en buenas condiciones de juzgar. De hecho se ha sostenido que, dado que por lo menos son tan inteligentes y están tan bien educados como los que toman las decisiones en los negocios, y su trabajo les da por lo menos una amplia perspectiva sobre la política de la empresa y la economía, es menos probable que limiten sus actividades a estrechas cuestiones de salarios y condiciones de trabajo y es más probable, en cambio, que propugnen cambios en la gestión y en la política.

Estos razonamientos, formulados principalmente por sociólogos franceses como Alain Touraine y Serge Mallet,

tienen una fuerza considerable. Sin embargo, no son argumentos para considerar la nueva "aristocracia obrera" como una fuerza revolucionaria, ni más ni menos que la vieja "aristocracia obrera". Más bien sugieren que se trata de una fuerza reformista muy efectiva, que es revolucionaria en la medida en que se contemple una transformación gradual y pacífica, aunque fundamental, de la sociedad. Ahora bien, hay una cuestión crucial: la de si es posible una tal transformación o, en caso de serlo, si puede ser considerada como una revolución. A esta cuestión, el razonamiento de la "nueva clase obrera" apunta a lo que es, en realidad, una respuesta neo-fabiana disfrazada de marxista que no será en modo alguno aceptable universalmente en la izquierda. A corto plazo, lo mejor es considerarlos reformistas moderados, al igual que a sus antecesores en la aristocracia obrera. Sus intereses profesionales pueden quizás inclinarlos ligeramente más hacia un socialismo democrático que hacia el capitalismo mientras que este socialismo no amenace su posición relativamente favorable, y es posible que su corazón esté a menudo bastante más desplazado hacia la izquierda que sus intereses profesionales, porque la mayoría de ellos habrán probablemente pasado una etapa de estudiantes. Pero su actitud básica hacia el cambio social consiste, y tal vez debe ser forzosamente así, en que puede hacerse mucho más dentro de los marcos del sistema existente de lo que se imaginan los revolucionarios, incluyendo a sus hijos. Y, en la medida en que a ellos mismos les afecta, es, sin duda, verdad.

Aparte de ciertos grupos marginales como los equivalentes, al nivel de la clase media, de los antiguos tejedores a mano, cuyo oficio está periclitando en virtud del progreso tecnológico –artistas creadores al viejo estilo, escritores, etc.–, el grupo más numeroso de intelectuales que rechaza globalmente el *status quo* es el de los jóvenes. Se trata de aquellos que han sido preparados para tareas intelectuales, aunque no es nada clara la relación entre su rebeldía y el

sistema educativo.

Los jóvenes de las capas medias tienen una experiencia bastante limitada de la sociedad, aunque probablemente hoy la suya sea bastante más amplia que la de sus padres. La mayor parte de esa experiencia —y cuanto más jóvenes tanto más ocurre así— se encuentra mediatizada por la experiencia de la familia, la escuela o universidad y los grupos de compañeros procedentes de un medio similar. (El concepto de "cultura de la juventud", que englobaría, en general, a todo un grupo de edades sin tener en cuenta las distinciones de clase, es un concepto superficial, comercial o ambas cosas. La semejanza de atuendos, peinados, distracciones y hábitos sociales no implica la semejanza de comportamiento político, como a menudo han comprobado los estudiantes militantes que han intentado movilizar a jóvenes obreros. ¿Hasta qué punto hay en realidad una *sola* forma de "cultura de la juventud" en vez de un complejo de culturas juveniles? He aquí un interrogante que aún sigue abierto.) Esto no implica que las críticas de los jóvenes de clase media reflejen tan sólo un "hiato generacional", viejo o nuevo, una rebelión contra sus mayores o un descontento, justificado o no, debido a sus instituciones educativas. Puede reflejar, como ha ocurrido frecuentemente en el pasado, una crítica genuina de la sociedad que debe ser tomada en serio, por muy incoherentemente que sea formulada.

La forma más seria del revolucionarismo juvenil es la de los estudiantes (que en algunos países abarca a los alumnos de las escuelas secundarias). Es por consiguiente importante evaluar el carácter y las posibilidades de este revolucionarismo estudiantil. Sus funciones políticas son, naturalmente, dobles. Por una parte, constituye un movimiento específico, formado por personas unidas por su edad y por su asistencia a determinadas instituciones educativas, y, por otra, es una base de reclutamiento de activistas y dirigentes para el mundo político de los adultos. La

primera función es actualmente la más obvia, pero la segunda ha sido históricamente la más significativa. La significación política de la École Normale Supérieure de la Rue d'Ulm en el París de finales del siglo XIX no reside tanto en las simpatías socialistas y en las actividades pro-Dreyfus de sus estudiantes en aquella época, sino en la subsiguiente carrera de *algunos* de éstos, como, por ejemplo, Jaurès, Léon Blum y Edouard Herriot.[9]

Es útil hacer un par de observaciones generales sobre los movimientos juveniles/estudiantiles. La primera es la observación trivial, y sin embargo significativa, de que tales movimientos son por naturaleza no permanentes y discontinuos. La juventud y la condición de estudiante son el preludio de la edad adulta y de la necesidad de ganarse el propio sustento: no se trata en sí de ninguna carrera. A diferencia del celibato, ni siquiera es un programa que pueda llevarse a la práctica con el esfuerzo personal. Puede prolongarse algo, aunque la actual moda que considera que pasados los veintitantos primeros años se empieza a ser adulto tiende a truncar este intento; pero tarde o temprano debe terminar. Por consiguiente, los movimientos políticos juveniles o estudiantiles no son comparables a aquellos cuyos miembros pueden formar parte de los mismos durante toda su vida, como los de la clase obrera (la mayoría de cuyos miembros siguen siendo obreros hasta su jubilación), de mujeres o de negros, cuyos componentes pertenecen a su respectiva categoría desde su nacimiento hasta su muerte. Como siempre hay jóvenes y estudiantes, siempre hay posibilidades para movimientos que se basen en la condición de éstos. Puesto que la proporción de unos y otros en la población es actualmente elevada, es fácil que

9. Esto es mucho más evidente en muchos países subdesarrollados, donde unos pocos grupos, numéricamente muy débiles, de estudiantes tanto de universidades del país como extranjeras han proporcionado al mundo adulto de la política una gran cantidad de dirigentes políticos entre los que se cuentan también líderes revolucionarios.

sean, por lo menos potencialmente, movimientos de masas. Pero la rotación de sus miembros es *necesariamente* del 100 por ciento al cabo de un número de años, y cuanto más exclusivamente tales movimientos se definan a sí mismos por criterios no permanentes, a saber, por lo que los separa de los adultos, tanto más difícil es que mantengan la continuidad de la actividad, de la organización y tal vez incluso del programa y de la ideología, a diferencia de lo que ocurre con el talante o con la semejanza de los problemas a los que debe hacer frente cada generación nueva. En el pasado esto raramente ha tenido significación alguna para la juventud revolucionaria, sobre todo porque sus movimientos normalmente se han considerado a sí mismos iguales a los de los adultos, a menudo negándose a ser clasificados como movimientos juveniles y apuntando siempre a un *status* de adulto.[10] La actual moda de "culturas juveniles" diferenciadas puede haberles conferido potencialmente mayor amplitud, pero también las ha hecho más fluctuantes.

La segunda observación es el fenómeno histórico específico de los últimos quince años aproximadamente, durante los que se ha producido una expansión sin precedentes en la enseñanza superior de todos los países con tres consecuencias: tensiones más agudas en las instituciones que acogen a los nuevos matriculados y que no están preparadas para esta afluencia; multiplicación de los estudiantes de primera generación; es decir, de jóvenes que adoptan un tipo de vida enteramente nuevo, sin estar preparados para él por formación ni tradición familiares; y, por último, una sobreproducción potencial de intelectuales, por usar un lenguaje económico. Por diversas razones, esta expansión prácticamente incontrolada está siendo frenada, y el esquema de la enseñanza superior reestructurado de manera más o menos radical, entre otras razones como consecuencia de la explosión de malestar estudiantil de finales de los años sesenta. Esto puede provocar también diversas formas de desasosiego y tensión.

10. Las secciones juveniles de los partidos de izquierdas, tal vez por esta razón, han constituido apéndices relativamente reducidos, por lo general, de unos partidos adultos mucho más numerosos.

La existencia de inquietud estudiantil bajo tales circunstancias no tiene nada de sorprendente; lo significativo, por lo menos en los países capitalistas industrializados y en una parte importante del mundo subdesarrollado, es que haya tomado la forma de movimientos sociales revolucionarios izquierdistas (típicamente anarquizantes o marxistizantes) en lugar de inclinarse hacia la extrema derecha, como fue característico de la mayoría de estudiantes politizados en la mayor parte de Europa entre las dos guerras mundiales.[11] El hecho de que la forma característica del activismo estudiantil sea una u otra forma de izquierdismo extremista es sintomático de la crisis tanto de la sociedad burguesa como de sus alternativas tradicionales, que solían atraer a los estratos inferiores de la clase media (de los que proceden y a los que pertenecen tantos de los nuevos estudiantes).

Esto no garantiza, sin embargo, que la agitación estudiantil continúe siendo una fuerza política revolucionaria seria y permanente y, menos aún, eficaz. Si la mayor parte de la nueva masa de estudiantes estuviera destinada a ser absorbida por una economía en expansión y una sociedad estable, probablemente no lo iba a ser. Por tomar un ejemplo extremo, la mayoría de los sesenta mil estudiantes universitarios peruanos (antes de 1945 sólo eran unos cuatro mil) constituye la primera generación que acude a la universidad; por lo general pertenecen a los estratos inferiores

11. Es cierto que algunas consignas en otros tiempos características de movimientos derechistas —como las nacionalistas— han sido asumidas ampliamente por la izquierda revolucionaria marxista, pero la hegemonía de las ideas izquierdistas en los movimientos estudiantiles de los años sesenta es, con todo, muy sorprendente.

de la clase media india o mestiza o al campesinado rico de provincias, y su ultraizquierdismo característico es un medio para asumir una forma de vida nueva y desorientadora. Sin embargo, puesto que la mayor parte de ellos son pronto absorbidos en empleos propios de la clase media, su espíritu revolucionario raramente sobrevive a la obtención del título universitario. Como dice un conocido chiste, "hacen el servicio revolucionario obligatorio" del mismo modo que el servicio militar obligatorio. Es demasiado pronto para juzgar si llegarán a producir un equipo de dirigentes políticos adultos tan numeroso como el del APRA y del partido comunista surgido del pequeño núcleo de los estudiantes de los años veinte, pero parece improbable.[12]

Por otra parte, una masa numerosa de estudiantes enfrentados al paro o a empleos menos satisfactorios que los que puedan esperar en función de su título o certificado es fácil que dé lugar a una muchedumbre permanentemente insatisfecha, dispuesta a apoyar movimientos revolucionarios (o de extrema derecha) y a proporcionarles activistas. El intelectual o pequeño burgués desclasado ha constituido la base de tales movimientos en varios países y en distintos períodos. Los gobiernos son muy conscientes de esta posibilidad, sobre todo en épocas de dificultades o crisis económicas, pero la solución más obvia, la reducción del número de estudiantes, es impracticable, en parte porque la demanda política de expansión de la enseñanza superior es muy potente y en parte porque el gran número de estudiantes no siempre podría ser fácilmente absorbido en una economía estancada. En los Estados Unidos, por ejemplo, su reducción radical podría significar algo así

12. De los ocho secretarios de la federación estudiantil (maoísta) de la principal universidad peruana, la de San Marcos, después de 1960 y cuyas trayectorias posteriores pudieron ser conocidas, ni uno solo seguía militando activamente en la izquierda en 1971.

como la transferencia de algunos centenares de miles, y quizás millones, de jóvenes desde las facultades y escuelas a un mercado de trabajo ya sobrecargado. En cierto sentido, el sistema que mantiene a gran parte de la juventud durante unos cuantos años más de su vida fuera de la vida activa es un equivalente moderno y de clase media de la vieja Ley de Pobres de principios del siglo XIX: un sistema disimulado de beneficencia. Dos soluciones parecen ofrecerse a muchos gobiernos: desviar a la mayoría de los estudiantes "excedentes" hacia el apartadero de varias instituciones educativas donde puedan matar el tiempo de manera más o menos provechosa, reservando la tarea verdaderamente seria de formar los cuadros de la economía que hoy requieren cualificaciones científicas, técnicas, profesionales, etc., más altas, para determinados establecimientos especiales; y aislar a los estudiantes del resto de la población potencialmente disidente. En esta última tarea no encuentran la resistencia de la mayoría de los activistas políticos estudiantiles.

El porvenir del movimiento estudiantil como fuerza revolucionaria depende, pues, en gran medida de las perspectivas de la economía capitalista. Si hubieran de volver la expansión y prosperidad de los años cincuenta y sesenta de este siglo, probablemente no sería más que un fenómeno temporal, o quizás sus manifestaciones intermitentes tarde o temprano se convertirían en componente admitida del escenario social como otras actividades no políticas de diversión juvenil —las noches de regatas, la fiesta de Guy Hawkes, los *rag days*, los *canulars*, etc.— [13] en la época de la

13. Ejemplos varios de tradicionales fiestas juveniles y estudiantiles de carácter intrascendente y jocoso. La fiesta de Guy Fawkes se celebra en Gran Bretaña el 5 de noviembre en memoria de una frustrada conspiración católica contra el rey Jaime I en 1605. Los *rag days* es una fiesta de los estudiantes británicos que se celebra en primavera. Los *canulars* son bromas y novatadas propias de los estudiantes y escolares franceses. [*N. del T.*]

estabilidad burguesa. Si en cambio fuéramos a entrar en un período de dificultades a largo plazo, podría continuar siendo, por lo menos ocasionalmente, una fuerza política explosiva, como han mostrado los últimos años, susceptible de intervenir de vez en cuando decisivamente, aunque de forma momentánea, en la política nacional, como en mayo de 1968. En cualquier caso, si la proporción en el número total de habitantes del grupo de edad que recibe una u otra forma de enseñanza superior va a seguir siendo muy superior a la existente antes de los años sesenta, los estudiantes como grupo seguirán siendo políticamente más significativos y más eficaces (especialmente allí donde el derecho al sufragio se ha extendido a los mayores de 18 años) que en el pasado.

Por consiguiente, no podemos dar por descontado que los intelectuales, viejos o jóvenes, van a ser una fuerza revolucionaria significativa en los países desarrollados, aunque podemos predecir que serán una fuerza política importante y, muy probablemente, situada más o menos a la izquierda. Pero, aunque llegaran a ser revolucionarios en masa, no podrían constituir por sí mismos una fuerza decisiva. De ahí que sea oportuno concluir este ensayo con un breve examen de las relaciones entre los movimientos de intelectuales y los de obreros, campesinos y otras capas perjudicadas.

En la mayoría de países la ortodoxia de izquierdas supone que ambos convergen o incluso se funden, formal o informalmente, en algún tipo de movimiento obrero socialista. En muchos casos así es. El partido laborista británico, el partido demócrata de los Estados Unidos (que es bastante parecido en cuanto a composición social) y muchos partidos socialistas y comunistas de otros países son, efectivamente, alianzas de trabajadores e intelectuales a quienes se añaden grupos especialmente perjudicados, como las minorías nacionales o de otro tipo, que no han desarrollado ningún movimiento separatista propio. Esto

no ha sido siempre así. Además, hoy hay signos de divergencia que no deberían subestimarse. Por una parte, la ultraizquierda, compuesta por numerosos intelectuales, siente la tentación de aislarse de los partidos de masas de la clase obrera de sus respectivos países, a los que acusa de ser demasiado moderados o reformistas. Por otra, el antiintelectualismo de los movimientos de la clase obrera, siempre latente y a veces manifiesto, ha tendido a intensificarse. Recientes estudios sobre la organización local del partido laborista indican que, a medida que los sectores del partido han ido cayendo en manos de militantes abnegados procedentes de capas profesionales, los simpatizantes y militantes obreros de base han ido cayendo en la inactividad política. Tanto si uno de los dos fenómenos es causa del otro como si es consecuencia suya, ambos se refuerzan mutuamente. Análogamente, las relaciones entre estudiantes y obreros son pobres en la mayoría de países industrializados, y parecen estar deteriorándose.

Por consiguiente, no podemos dar por descontado que una radicalización de los obreros y los estudiantes, suponiendo que ocurriera, daría como resultado automático un único movimiento de la izquierda unida. Podría dar lugar a movimientos paralelos, escasamente coordinados o incluso a la greña entre ellos. Porque lo cierto es que la analogía entre los intelectuales y profesionales de hoy y la "aristocracia obrera" del pasado sólo es válida hasta cierto punto. Los antiguos aristócratas obreros eran obreros manuales, mientras que los actuales no lo son. La distancia entre los trabajadores de mono azul y los de cuello blanco es grande y probablemente está creciendo. Los viejos movimientos socialistas y obreros de los países desarrollados se construyeron sobre la base de la hegemonía de los trabajadores manuales. Algunos de sus dirigentes podían ser intelectuales y podían atraer a grandes cantidades de intelectuales, pero, en conjunto, la base sobre la cual se unían era la de su subordinación voluntaria a los obreros. Esta

estabilidad burguesa. Si en cambio fuéramos a entrar en un período de dificultades a largo plazo, podría continuar siendo, por lo menos ocasionalmente, una fuerza política explosiva, como han mostrado los últimos años, susceptible de intervenir de vez en cuando decisivamente, aunque de forma momentánea, en la política nacional, como en mayo de 1968. En cualquier caso, si la proporción en el número total de habitantes del grupo de edad que recibe una u otra forma de enseñanza superior va a seguir siendo muy superior a la existente antes de los años sesenta, los estudiantes como grupo seguirán siendo políticamente más significativos y más eficaces (especialmente allí donde el derecho al sufragio se ha extendido a los mayores de 18 años) que en el pasado.

Por consiguiente, no podemos dar por descontado que los intelectuales, viejos o jóvenes, van a ser una fuerza revolucionaria significativa en los países desarrollados, aunque podemos predecir que serán una fuerza política importante y, muy probablemente, situada más o menos a la izquierda. Pero, aunque llegaran a ser revolucionarios en masa, no podrían constituir por sí mismos una fuerza decisiva. De ahí que sea oportuno concluir este ensayo con un breve examen de las relaciones entre los movimientos de intelectuales y los de obreros, campesinos y otras capas perjudicadas.

En la mayoría de países la ortodoxia de izquierdas supone que ambos convergen o incluso se funden, formal o informalmente, en algún tipo de movimiento obrero socialista. En muchos casos así es. El partido laborista británico, el partido demócrata de los Estados Unidos (que es bastante parecido en cuanto a composición social) y muchos partidos socialistas y comunistas de otros países son, efectivamente, alianzas de trabajadores e intelectuales a quienes se añaden grupos especialmente perjudicados, como las minorías nacionales o de otro tipo, que no han desarrollado ningún movimiento separatista propio. Esto

no ha sido siempre así. Además, hoy hay signos de divergencia que no deberían subestimarse. Por una parte, la ultraizquierda, compuesta por numerosos intelectuales, siente la tentación de aislarse de los partidos de masas de la clase obrera de sus respectivos países, a los que acusa de ser demasiado moderados o reformistas. Por otra, el antiintelectualismo de los movimientos de la clase obrera, siempre latente y a veces manifiesto, ha tendido a intensificarse. Recientes estudios sobre la organización local del partido laborista indican que, a medida que los sectores del partido han ido cayendo en manos de militantes abnegados procedentes de capas profesionales, los simpatizantes y militantes obreros de base han ido cayendo en la inactividad política. Tanto si uno de los dos fenómenos es causa del otro como si es consecuencia suya, ambos se refuerzan mutuamente. Análogamente, las relaciones entre estudiantes y obreros son pobres en la mayoría de países industrializados, y parecen estar deteriorándose.

Por consiguiente, no podemos dar por descontado que una radicalización de los obreros y los estudiantes, suponiendo que ocurriera, daría como resultado automático un único movimiento de la izquierda unida. Podría dar lugar a movimientos paralelos, escasamente coordinados o incluso a la greña entre ellos. Porque lo cierto es que la analogía entre los intelectuales y profesionales de hoy y la "aristocracia obrera" del pasado sólo es válida hasta cierto punto. Los antiguos aristócratas obreros eran obreros manuales, mientras que los actuales no lo son. La distancia entre los trabajadores de mono azul y los de cuello blanco es grande y probablemente está creciendo. Los viejos movimientos socialistas y obreros de los países desarrollados se construyeron sobre la base de la hegemonía de los trabajadores manuales. Algunos de sus dirigentes podían ser intelectuales y podían atraer a grandes cantidades de intelectuales, pero, en conjunto, la base sobre la cual se unían era la de su subordinación voluntaria a los obreros. Esta

base era realista, puesto que globalmente la capa intelectual y profesional no era socialista o era demasiado reducida numéricamente para constituir una parte decisiva del movimiento obrero. Hoy es una capa amplia, económicamente importante, activa y eficaz. De hecho, constituye el sector del movimiento sindical que crece con mayor rapidez, por lo menos en Gran Bretaña. Hay a la vez más tensión y, por parte de los obreros, más resentimiento.

Allí donde las dos alas del movimiento confluyen o se funden, como en la Francia de 1968 o tal vez la Italia de 1969, su potencia es enorme. Pero ya no puede seguirse tomando por descontado que su confluencia será automática ni que va a ocurrir espontáneamente. ¿Bajo qué circunstancias tendrá lugar, suponiendo que ocurra? ¿Es posible predecirla? ¿Es posible provocarla? Estos interrogantes, que aquí sólo pueden ser formulados, son cruciales. Lo que vaya a ser el papel de los intelectuales en la lucha de clases depende en gran medida de las respuestas. Pero, si la confluencia no tiene lugar, el movimiento de los intelectuales puede desembocar en una de las dos cosas siguientes o en ambas: un grupo de presión reformista poderoso y eficaz de los nuevos estratos profesionales y del que son buenos ejemplos las agitaciones en torno al consumo y las campañas ecológicas, o un movimiento juvenil y estudiantil extremista y fluctuante, que oscila entre breves llamaradas y recaídas en la pasividad por parte de la mayoría, mientras que una pequeña minoría de activistas se entrega a frenéticas gesticulaciones ultraizquierdistas. Éste es el modelo seguido por los movimientos estudiantiles desde mediados de los años sesenta.

Por otra parte, es también improbable que los trabajadores hagan una revolución con éxito sin contar con los intelectuales, y menos aún contra ellos. Pueden recaer en un movimiento estrecho y limitado a los que trabajan con sus manos, militante y poderoso dentro de los límites del "economicismo", pero incapaz de ir mucho más allá de los

confines de un activismo de base. O pueden lograr lo que parece ser el punto más alto de los movimientos proletarios "espontáneos": una especie de sindicalismo que sin duda contempla y trata de construir una nueva sociedad, pero que es incapaz de realizar sus fines. No importa demasiado que la impotencia aislada de los obreros o de otras masas de trabajadores sea de distinto género que la de los intelectuales, ya que las masas laboriosas son capaces por sí mismas de derrocar un orden social, mientras que los intelectuales por sí mismos no lo son. Si de lo que se trata es de edificar una sociedad humana digna de este nombre, ambos se necesitan.

(1971)

ÍNDICE ALFABÉTICO

Abisinia, guerra de, 62, 64 y n.
Acerca de la revolución (Arendt), 284-293
África del Sur, 306
Albania, 31
Alemania, 17, 40, 43, 62, 64, 67, 91, 95, 108, 181, 232; República de Weimar, 68, 74, 78, 79n, 81n, 82, 83, 84, 254, 259; relaciones entre el poder civil y los militares en, 252, 254, 256, 257, 258, 259; intelectuales en los años de entreguerras en, 353-357, 362-363, 364
Alemania del Este (República Democrática Alemana), 68, 79n, 81n, 83, 126, 168, 196
Alemania Occidental (República Federal Alemana), 68, 84, 95, 157-158, 196, 219, 325
Alexandre, Philippe, 337
Alicata, Mario (comunista italiano), 63
alienación, 189, 202, 206, 225, 309, 352, 353
Althusser, Louis, 161n, 165, 207-217
Americana, Revolución, 284, 286-288
anarquismo, anarcosindicalismo, 7, 32, 61, 62, 74, 175-176; relaciones entre bolcheviques y, 87-105; en España, 90, 99, 103, 107-120, 218, 223, 227, 329; resurgir actual del interés por el, 121-129; contribución a la teoría socialista, 128-133, y a la estrategia y a la táctica revolucionarias, 130-133; moralidad sexual y, 307-308
Ángeles del infierno, 299-300
Angola, 240
Aragón (España), 112, 113-114, 115, 236
Aragon, Louis, 47, 48, 49, 51
Arendt, Hannah, 283-293
Argelia, 46, 170, 324; papel del ejército en, 264; insurrección de la Casbah, 328
Argelia, guerra de, 50, 193, 232, 242-245

Comte, Auguste, 112
comunismo, comunistas, 7; subordinación a la URRS de partidos extranjeros, 14-17; nacionalismo *v.* internacionalismo, 16-19; en Gran Bretaña, 18-30, 163-164; en Francia, 31-42; intelectuales y, 43-51; en Italia, 52-67; en Alemania, 68-84; relaciones bolchevistas-anarquistas, 87-105; crisis tras la muerte de Stalin del, 124; marxistas no comunistas, 162-165, 166; revitalización de la teoría, 166-168; organización centralizada, 169; *véase también* partidos comunistas individuales
comunismo *libertario*, *véase* anarquismo
Comunismo y los intelectuales franceses, El (Caute), 44-51
Confederación General del Trabajo (CGT francesa), 36, 132, 338
Congreso de Livorno (1921), 53
Congreso de Londres (Segunda Internacional, 1896), 89
Congreso de Tours, 34
Congreso por la Libertad de la Cultura, 187
Consejo General del Nuevo Ejército Modelo, 291
contabilidad nacional, técnica marxista de la, 162
Cook, A.J., 29
Cooper, Thomas, 140
Corea del Norte, 363
Corea, guerra de, 249
corriente marxista centroeuropea, 204-207, 219, 221, 227
Coser, profesor, 193
Costa Rica, 261n
Coup d'État (Luttwack), 272-280
CPSU, *véase* Partido comunista soviético
CPUSA, *véase* Partido comunista de los Estados Unidos
Crisis of Britain (Dutt), 168n
Cuarto Congreso mundial comunista, 22; Sexto, 98n
Cuba, 14, 274, 307, 363; anarquistas en, 98n, 99; independencia, *109*; papel del Partido comunista en, 169-170; crisis bases cohetes, 247-248
"cultura de la juventud", concepto de, 368
Curiel, Eugenio, 65

Checoslovaquia, 126, 168
Chiang Kai-shek, 241
China, 90
Chomsky, Noam, 115

d'Aragona, Ludovico, 99
Darwin, Charles, darwinismo, 200, 206
Davitt, Michael, 239
Debates ingleses en torno a una política obrera liberal (Lenin), 175
Deborin, A.M., 190
Debray, Régis, 127
De Gaulle, general Charles, gaulismo, 254, 255, 256; insurrección de Mayo de 1968 y, 331-342 *passim*
Descartes, René, 200
Detroit, disturbios de 1967 en, 327
Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte, El (Marx), 332
Dienbienphu, batalla de, 234, 242
Diferencias en el movimiento obrero europeo (Lenin), 175
Dimitrov, Georgi, 56
Djilas, Milovan, 191
Dreyfus, 50, 256, 369
Dublín, insurrección de Pascua, 328-329
Duclos, Jacques, 94
Durruti, Buenaventura, 113
Dutt, R. Palme, 167n, 168n
Duvignaud, J., 193

École Normale Supérieure (Francia), 45, 207, 369
economía política, 210, 225
Edinburgh, 316
Egipto, 168, 244, 269
Eichmann, Adolf, 300
Einstein, Albert, 162
Eisenhower, general Dwight, 254
Eisler, Gerhart, 79n
ejército, *véase* fuerzas armadas
Ejército Rojo, 82-83
End of Ideology (Bell), 195
Engels, Friedrich, 72, 139, 140, 142, 143, 145, 146, 155, 162, 200, 206, 224, 307, 319, 364; actitud hacia el anarquismo, 87-89; concepto de la "aristocracia obrera", 174-176
Esbozo de tesis sobre la cuestión agraria (Lenin), 178, 184
España, 46, 67; anarquismo en, 90, 99, 103-104, 106-120, 121, 122, 123-125, 130n, 218, 223, 227; acciones guerrilleras en, 234, 236, 246; papel desempeñado por el ejército, 253, 257
"espontaneidad", revolucionarismo espontáneo, 88, *91, 96-97, 117, 129, 131*-133, 176, 185, 334
Establet, Roger, 208n
estados ibéricos, 253, 261; *véase también* España
estados islámicos, 261
Estados Unidos, 158, 265, 351; anarquistas en, 95-96; y estudiantes revolucionarios, 132, 272-273; superioridad de su poderío industrial, 231-232; guerra de Vietnam, 232, 237-239, 241-242, 243-245, 246; y amenaza de guerra nuclear por, 246-250; crisis bases cubanas de cohetes, 247; relaciones civiles-militares en, 254, 256; política en el

Tercer Mundo de, 268, 271; Revolución en, 284, 286-288; violencia en, 294, 300-301; y el problema de los negros, 312, 327, 350, 351; insurrecciones urbanas, 315, 316; revolución cultural, 345
estructuralismo, 211, 213-214
estudiantes, miembros de partidos comunistas, 44-45; atracción del anarquismo, 124, 128-129, 132-133; insurrección de Mayo de 1968, 128, 132, 133, 309, 328, 329, 331-345, 362; insurrección urbana y los, 312, 326; revolucionarismo de los, 368-375; *véase también* intelectuales
Evergreen Review, 304

fabianos, socialismo fabiano, 39, 141, 149, 154, 176, 188, 191, 220
Fanon, Frantz, 302
fascismo, 41, 42, 58, 55, 56, 57, 59-67, 93, 125, 127, 158, 222, 278
Federación de Mineros del Sur de Gales, 29
Federación Radical Metropolitana, 321
Federico Guillermo I de Prusia, 238
fenianos, 145
fenomenologistas, 207
Ferrer, Francisco, 116
Filipinas, 244, 297
Fischer, Ruth, 76, 79
FLN (Frente Nacional de Liberación Argelino), 50, 244, 245
Fourier, Charles, 130
Francia, 193, 207-208, 240, 266, 357; intelectuales y estudiantes en, 43-51, 206, 369; guerra de Argelia, 50, 193, 242-243, 244-245, 261; anarquistas en, 90, 92-94, 95-96, 97, 101-102, 116, 121; y la guerra civil española, 108; diálogo sobre el marxismo en, 159, 165, 167; nuevo acercamiento de Althusser al marxismo, 207-217; guerra Indochina, 232, 234, 241, 243; relaciones entre el poder civil y los militares en, 251, 253-254, 255-256, 258-259, 261; *véase también* Revolución francesa; París
Franco, Francisco, 67, 111, 276
Frankfurt, grupo de, 189
Frankland, N., 21
frentes populares, 42, 48, 99; fracaso de la insurrección de Mayo de 1968, 336-342
Freud, Sigmund, 150, 199, 201, 211
Friedman, Prof. Milton, 130
Fruehschriften (Landshut y Mayer), 206
fuerzas armadas, ejército (los militares), en España, 108-112, 253, 257; guerra de guerrillas y, 231-250; relaciones entre el poder civil y, 251-271; golpes de estado, 272-280; Francia, 335-336

Galbraith, John Kenneth, 154, 361
Gallacher, William, 29
Galli, Giorgio, 193
Garaudy, Roger, 49, 167, 208, 209, 214
Garibaldi, Brigada, 57
Geist der Utopie (Bloch), 195
Gerlach, Erich, 219, 223
Geschichte und Klassenbewusstsein (Lukács), 218
Ghana, 170
Giap, vo Nguyen, 234
Giuliano (bandido siciliano), 61
Giustizia e Libertà, 57 y n, 61, 63, 65
gobernación civil, los militares *vs.*, 254-271
Godelier, Maurice, 213 y n
Goethe, Johann Wolfgang von, 200
Goldmann, Lucien, 193
Goldwater, Barry, 130, 238
golpes de estado, 7, 265-267, 272-280
Gomulka, Wladislau, 49, 192
gradualismo, *véase* revisionismo
Gramsci, Antonio, 15, 59, 205, 206, 210, 214
Gran Bretaña, 35, 50, 169, 232, 266, 350; estudiantes e intelectuales en, 163, 356, 364, 365; y anarquistas, 91; guerra civil española y, 108; actitud e influencia de Marx sobre el movimiento obrero en, 138-156; diálogo sobre el marxismo en, 159, 163, 168, 172, 173; aristocracia obrera en, 174-185; derrota de guerrillas en Malaya por, 235-237; agitación revolucionaria irlandesa contra, 239, 243, 256; evacuación de Israel por, 243; papel del ejército en, 254, 256, 262; *véase también* Londres
Gran depresión, quiebra (1929-1933), 31, 98, 105, 186, 355, 356, 362
Gran Enciclopedia Soviética, 45
Grecia, 31, 266
Griffith, W., 187
Groot, Paul de (comunista holandés), 94
Grundrisse (Marx), 216
Guatemala, 268
Guerra civil española, 52, 56-58, 63, 99, 103, 105, 108-110, 113, 115-117, 120, 121, 123-124, 144, 257, 276, 329, 341, 362n
guerra convencional, 231, 247; *véase también* guerra de guerrillas
guerra mundial, primera, 34-36, 154, 160, 179, 350, 353, 354
guerra mundial, segunda, 15-18, 21, 65, 362n

guerras napoleónicas, 234
gerrillas, guerra de guerrillas, 61, 118, 128, 347; dinámica de la, 231-250; *véase también* insurrección urbana
guerrillas kurdas, 240
guesdismo, 34
Guevara, "Che", 127, 128, 234, 236, 304

Harry Quelch (Lenin), 178
Hegel, Friedrich, marxistas hegelianos, 162, 188-189, 197-198, 200, 205, 206, 207, 209, 213, 214, 220, 222
Henderson, Arthur, 36
Herder, Johann, 200
Herriot, Edouard, 369
High Tide of Political Messianism (Talmon), 195
Hill, Christopher, 163
Himmler, Heinrich, 300
Historia del anarquismo en Rusia (Yaroslavsky), 102-103
History of the Communist Party of Great Britain: Formation and Early Years (Klugmann), 21n
Hitler, Adolf, 55, 81, 84, 162, 219, 252, 256, 356, 362n
Ho-Chi-Minh, 271
Holanda, 90
Hooch, Pieter de, 199
huelga general (Gran Bretaña, 1926), 29, 152, 366
huelgas, 29, 35, 37, 66, 124, 128, 152, 366, *véase también* Mayo de 1968
Hungría, 22, 168, 187
Husserl, Edmund, 209

iglesia católica romana, 45, 46, 49, 360n
ILP, *véase* Partido independiente laborista británico
Imaz, José Luis, 263n
imperialismo, 16, 159; aristocracia obrera y el, 175-185; *véase también* neocolonialismo
Imperialismo (Lenin), 175, 179, 180
imperialismo y la división, El (Lenin), 179, 182, 183, 184
Imperio otomano, 251
India, 159, 193, 243; Bengala, 356, 358
Indochina, 46, 232, 234, 241-242, 243; *véase también* Vietnam
Industrial Democracy (Webb), 176
Inglaterra, los lamentables resultados del oportunismo (Lenin), 175
Ingrao, Pietro (comunista italiano), 63
Inprecorr, 22
insurrección, 7, 119; ciudades e, 240, 310-330; organizaciones de intelectuales partidarios de la, 347; *véase también* Mayo de 1968
insurrección urbana, 119, 240-242, 310-330; *véase también* Mayo de 1968
intelectuales y artistas, 45, 64, 117, 163; franceses, 43-51, 206-207, 331-334; anarquistas, 90, 122, 124, 128; como depositarios de la revolución, 346-354; años de entre guerras, 353-357, 364; Tercer Mundo, 359; nueva izquierda de Occidente, 359-364; papel de movimientos de grupos revolucionarios, 363-368; y los estudiantes, 368-374; relaciones con obreros y campesinos, 374-377
Internacionales Comunistas, *véase* Komintern (Tercera); Primera Internacional; Segunda Internacional
internacionalismo, *véase* Komintern
Internacional, Primera, 89, 146
Internacional, Segunda (1889-1914), 13, 32-33, 89, 96, 179, 205, 219; Congreso de Stuttgart, 183-184
Internacional Sindical Roja, 97
Introducción a la crítica de la economía política (Marx), 213
Irlanda, opinión de Marx sobre, 145; agitación revolucionaria en, 239-240; alzamiento de Pascua en Dublín, 328-329
Israel, 232, 243; *véase también* judíos
Italia, anarquistas en, 90, 93, 95, 99, 101, 116, 121; y la guerra civil española, 108; localismo en, 112; y la acción guerrillera, 234, 240; papel de los militares, 258; "otoño caliente" de 1969 en, 362, 376; *véase también* fascismo

jacobinos, 34, 108
Japón, 90, 168, 193, 232, 252, 258, 261, 302
Jaurès, Jean, jauresismo, 97, 369
Jogisches, Leo, 70
Johnson, Lyndon B., 244
Joyce, James, 167
Jruschov, Nikita, 13, 49, 247
judíos, 353-357
Jung, Carl Gustav, 199

Kafka, Franz, 167
Kanapa, Jean (comunista francés), 48
Kant, Immanuel, 189
Karl Marx (Korsch), 219, 225
Kautsky, Karl, kautskismo, 127, 163, 205, 206, 219, 221, 222
Kendall, Walter, 26, 27-30
Kenya, derrota de la guerra de guerrillas, 235, 244
Kepler, Johannes, 200
Kerenski, A.F., 99
Keynes, J. M., 150, 186, 356
Kiernan, V.G., 110
Kinsey, 141
Klugmann, James, 21-23
Kolakowski, L., 189
Kominform, 54
Komintern (Tercera Internacional Comunista), 14, 16, 17-19, 29, 32-33, 38, 69,

79n, 81, 166; Partido comunista italiano y la, 54, 55, 56, 57-60, 62, 63; dominación soviética de la, 41, 57-59, 75; "tercer período" de la, 55; Partido comunista alemán y la, 72-73, 77-79; anarquistas y, 89, 95-97, 99-101; política española, 113-115
Korsch, Karl, 218-227
KPD, *véase* Partido comunista alemán
Krause, Karl, 112
Kriegel, Annie, 33-24 *passim*, 92
Kronstadt, alzamiento de, 100-101
Kropotkin, P. A., 122, 130
Kuusinen, Otto, *Fundamentos de marxismo-leninismo*, 168n
Ky, presidente de Vietnam del Sur, 271

Labedz, Leopold, 187n, 193
Labriola, Antoine, 210
Landshut, R., 206
Lange, Oscar, 167
Langkau, Goetz, 219
"Larga Marcha" (de Mao), 237, 240
Latinoamérica, 190, 351n, 359; anarquistas en, 90, 97-98 y n, 121; y movimientos guerrilleros, 128, 240; soldados políticos en, 253, 261-271 *passim*; insurrección urbana en, 312
Lawrence, D. H., 199
Lefèbvre, Henri, 189, 205, 208
Lenin, V. I., 7, 14, 16, 19, 38, 40, 43, 70, 72, 75, 79, 100, 101, 127, 153, 162, 163, 166, 170, 205, 210; actitud hacia el anarquismo, 87-89; concepto de "aristocracia obrera", 174-185; juicio crítico de Korsch sobre, 221-223; su fórmula para el desarrollo ruso, 289; y actitud hacia la violencia, 302n
leninismo, 34, 87, 88, 97, 187, 191, 205, 221-222
Levi, Paul (comunista alemán), 79
Lévi-Strauss, Claude, 214
Lewin, Kurt, 224
libertad, concepto de Slannah Arendt's, 287
Lichtheim, George, 205
Lidice, arrasamiento nazi de, 245
Liebknecht, Karl, 70, 79
Liga Espartaquista, 71, 77, 79, 80
Lima, Turcios, 268n
Lire le Capital (Althusser *et al.*), 208, 210, 213, 216
Locke, John, 200
Londres, insurrección urbana, 313, 316, 318, 320-324
Longo, Luigi, 56, 58, 59, 78
Lozovski, A., 103
Luis Felipe, Rey, 335
Lukács, Georg, 189, 193, 205, 218, 220
Lumumba, Patrice, 271
Lussu, E., 57n
Luttwack, Edward, 272-280
Luxemburg, Rosa, luxemburguismo, 70, 71, 79, 96, 102, 190, 192, 205, 206, 221
Lisenko, T. D., 162
Lloyd George, David "lloyd-georgismo", 183, 285

MacArthur, general Douglas, 256
MacMahon, Marshall, 254
Macherey, Pierre, 208n
Madrid, 115, 117
Majnovshchina (ucraniana), 123
Malatesta, Errico, 99
Malaya, derrota de la guerra de guerrillas, 235, 237, 239
Malefakis, Edwards, 117, 120
Malvy, L. J. (ministro del Interior francés), 92
Mallet, Serge, 193, 366
Manifiesto comunista, 209
Mann, Tom, 151
Manuilsky, D., 102n
Manuscritos de 1844 (Marx), 213, 214, 215
maoísmo, maoístas, 61, 128, 133, 208, 308, 372n
Mao Tse-tung, 234, 237, 274, 331
Marcha sobre Roma (de Mussolini), 56
Marruecos, 46
Martínez Alier, J., 130n
Marx et Engels contra l'anarchisme, 102
Marxismo y revisionismo, 175
Marxismus und Philosophie (Korsch), 219, 225
marxista-sindicalista, *véase* grupo "Avanguardia"
"marxistas legales", 188, 189
marxistas, marxismo, 7, 15, 32, 34, 38, 131; intelectuales, 143, 157, 163; anarquistas *vs.*, 87-105, 122; y el movimiento obrero británico, 138-156; diálogo sobre, 157-173; Lenin y la "aristocracia obrera", 174-185; el revisionismo, 186-193; el principio de esperanza, 194-202; renovado pensamiento post-stalinista, 204; izquierda centroeuropea, 204-207, 219, 221, 227; aproximación de Althusser, 207-217; y Karl Korsch, 218-227; moralidad sexual y, 307
Marx, Karl, 7, 43, 72, 73, 112, 158, 162, 165, 166, 168, 171, 172, 184, 189, 198, 202, 204, 206, 220, 223, 278, 289, 332, 364; su actitud hacia el anarquismo, 87-89; aniversario de la muerte de, 137-139; el movimiento obrero británico y, 138-156; la "aristocracia obrera" y, 175, 176; teoría stalinista del, 207, 208-209; y el análisis de Althusser, 209-217; la economía política como espina dorsal de

su teoría, 225; su definición del proletariado revolucionario, 348-349
Masaryk, T. G., 190
Maslow, A. (comunista alemán), 76, 79
Maspéro, François, 208
Materialismo y empiriocriticismo (Lenin), 221
mau-mau (Kenya), 244
maximalistas (Italia), 62, 114
Mayer, J. P., 206
Mayo de 1968, insurrección de (París), 128, 132, 133, 309, 328, 329, 331-345, 366, 374, 376
Mazzini, Giuseppe, 61
McConville, periodista británico, 333
Mehring, Franz (comunista alemán), 205
mencheviques, 90, 99, 161
México, 98n, 112, 119, 261n, 265 y n
Meyer, Ernst (comunista alemán), 79
Mikoyan, Anastas, 49
miseria de la filosofía, La (Marx), 209
Mobutu, Joseph, 271
modo de producción asiático, de Marx, 168-169
Mommsen, Theodor, 283
Monatte, Pierre, 97, 102n
Monde, Le, 214, 332
Monmousseau, Gaston (comunista francés), 94
monopolios, capitalismo monopolista, teoría de Lenin sobre, 175, 179-180, 182-183
Moor, asesinato de los, 300
mouvement de mai ou le communisme utopique, Le (Touraine), 342n
movimiento obrero británico en 1912, El (Lenin), 175
movimientos comunistas, historia de los, 13-23, 166-168; aproximación de Hannah Arendt a los, 287-293
Musolino (bandido calabrés), 296
Mussolini, Benito, 55, 58, 65, 67

nacionalismo, 17, 35, 36, 40, 64, 170, 235
nacional socialismo, *véase* nazismo, nazis
Nanterre, universidad de (París), 312, 342
Napoleón III, 255
Nápoles, insurrección en, 317-318, 328
Nasser, general Gamal Abdel, nasserismo, 263, 267, 269
naxalitas (India), 347
nazismo, nazis, 17, 31, 59, 62, 67, 81, 83 y n, 245, 254, 256, 299, 300, 354
neocapitalismo, 358, 359; *véase también* capitalismo
neocolonialismo (neoimperialismo), 159-160, 358; *véase también* imperialismo
Nettl, J. P., 206
Newton, Isaac, 200
Newton, Kenneth, 25
Nietzsche, Friedrich, 127, 212
Nueva Delhi, 316
"nueva izquierda", 133, 195, 307, 309, 359
Nueva York, insurrección urbana y, 315

O'Brien, Bronterre, o'brienismo, 145, 149
oportunismo, 89, 175, 179, 181, 182, 208
Oradour, arrasamiento nazi de, 245
orden público, insurrección urbana y, 317-320
organización social, tolerancia sexual y, 304-309
Origines du Communisme Français, 1914-1920, Aux (Kriegel), 33
OTAN, 231
owenismo, 149

pacifismo, 36, 91
Palermo, 311
Paracelso, 300
Paraguay, 98n
París, Comuna de, 116, 119, 289, 319, 342; insurrección de Mayo de 1968, 128, 132, 133, 309, 328, 329, 331-345, 366, 376; insurrección urbana, 240, 311, 312-315, 316, 319, 324, 328, 329; *véase también* Francia, Partido comunista francés, Revolución Francesa
Parnell, Charles Stewar, 239
Partido comunista alemán (KPD), 19, 22, 36, 52, 67, 68-84, 356; fundación y composición del primitivo, 69-71; bolchevización del, 73-77; dirigentes, 76-80; inabilidad para el desarrollo de alternativas políticas, 80-81, 83-84; sofocado por los nazis, 81-83; y su incapacidad de recuperación después de 1945, 81-83; creación de la Alemania del Este y el, 82-83; Korsch expulsado del, 222
Partido comunista austríaco, 41, 82
Partido comunista brasileño, 98 y n
Partido comunista británico, 41, 55, 75-76, 151; lealtad a la Unión Soviética del, 17, 18-19, 77; problemas de afrontamiento para el historiador del, 18-23; composición social del, 25; y elemento revolucionario en el, 27-30; Juventudes Comunistas, dirigentes, 78; después de 1956 abandono de intelectuales marxistas del 163-164
Partido comunista chino, 118, 169
Partido comunista de los Estados Unidos, 96, 193
Partido comunista español, 52,

Partido comunista finlandés, 53, 82
Partido comunista francés (PCF), comunistas, 22, 31-51, 53, 167, 208, 214; la Komintern fortalecida por el, 16-17; como partido de masa de trabajadores, 33, 83; evolución del movimiento obrero, 33-35; bolchevización del, 38, 80, 94; y el problema de ambiente no revolucionario, 39-40; los intelectuales y el, 43-51; equipos dirigentes, 78 y n, 79; acción política no revolucionaria, 80-81; tendencias ideológicas dentro del, 97; falta de acción en la insurrección de Mayo de 1968, 335-342
Partido comunista holandés, 94
Partido comunista italiano (PCI), 15, 21, 33, 44, 48, 50, 52-67, 75, 83, 99, 278; "promoción" del, 52-56; política de la Komintern hacia el, 55, 57-60, 62; actividades antifascistas, 56-57, 59-63; y la guerra civil española, 56-58, 63-64; apoyado por la juventud, 63, 78; y la segunda guerra mundial, 65-67; diálogo marxista en el, 167, 170
Partido comunista soviérico (CPSU), 14, 15, 39n, 41, 76, 161, 164, 169; XX Congreso, 158
Partido comunista vietnamita, 118
Partido comunista yugoslavo, 50-51, 118
Partido Demócrata de los Estados Unidos, 374
Partido independiente laborista británico (ILP), 95, 151
Partido laborista británico, 19, 20, 26, 28, 152; izquierda parlamentaria, 151; falta de actividad del, 278; relaciones entre intelectuales y obreros en el, 374-376
Partido laborista socialista británico (SLP), 151, 153
Partido radical francés, 39
Partido socialdemócrata alemán (SPD), 77, 80, 81 y n, 83, 187, 219-220
Partido socialista británico, 28
Partido socialista francés, 36, 39
Partido socialista italiano, 56, 62, 65
Pavlov, Iván, 162
PCF, *véase* Partido comunista francés
PCI, *véae* Partido comunista italiano
Pentágono, 234
Perú, 117, 159, 233, 269, 347, 371-372 y n
Pestaña, Ángel, 101
Pétain, mariscal Marshall, 255
Petrovsky-Bennet, D., 22
Piana degli Albanesi, 61
Pigliaru, A., 297n
planificación urbana, insurrección urbana y, 314-315, 318-319, 320-324
Plejánov, G. V., 163, 190, 210
Polonia, 190, 192, 240, 266, 356
Pollitt, Harry, 77
Po Prostu, polacos del círculo, 192
Pour Marx (Althusser), 161n, 207, 208, 215, 216
Praga, 316
Primo de Rivera, general, 111
principio de esperanza de Bloch, 194-202
Prinzip Hoffnung, Das (Bloch), 195-202
"pronunciamiento", 110, *véase también* golpes de estado
protestantismo no conformista, 149
Proudhon, P.-J., proudhonianos, 34, 38, 87, 89, 102n
Prusia, 252, 262
psicoanálisis, psicología, 199, 206, 211, 224
psicología de masas del fascismo, La (Reich), 307-308

¿Qué hacer? (Lenin) 176-177, 184

Radek, Karl, 72
radicales (en Gran Bretaña), 24-30, 318, 321-322
Rancière, Jacques, 208n
RDA, *véase* Alemania del Este
"realismo socialista", 162, 167
Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX (Malefakis), 117n
reformismo, 14, 39, 89, 91, 119, 138, 153, 184, 367-368; *véase también* revisionismo; socialdemocracia
Reich, Vilhelm, 307
Remmele, Hermann (comunista alemán), 78n
República Democrática Alemana, *véase* Alemania del Este
República Federal Alemana, *véase* Alemania Occidental
República popular china, 192, 163; revolución, 32n; marxismo en la, 167, 168, 169; mano de obra de la, 231; guerra de Vietnam y la, 233, 247-248; y la guerra de guerrillas, 237, 240, 241; amenaza de Estados Unidos de guerra nuclear contra, 248-249; papel subordinado del ejército en, 253
revisionismo, 141, 154, 175-176, 186-193, 205, 206, 226, 227
Revisionismo (Congreso por la Libertad de la Cultura), 187, 191-193
Revolución Cultural, en China, 253; en Francia y Estados Unidos, 345

Revolución de Octubre, *véase* Revolución rusa
Revolución francesa (1789), 118-119, 144, 251, 253-254, 283-284, 286, 290-291, 315, 318, 352
Revolución francesa (1848), 118, 319, 335, 364-365
Revolución rusa (1905), 365
Revolución rusa (Octubre de 1917), 13-14, 33, 34, 35, 39, 40, 72, 87, 97, 100-101, 104, 118, 125, 137, 145, 153, 169, 171, 205, 219, 283, 286, 309, 329, 353, 355-356, 368, 365
Revolutionary Movement in Britain, 1900-1921, The (Kendall), 27n
Revolution of 1854 in Spanish History (Kiernan), 110
Rigault, Raoul, 330
Robespierre, Maximilien de, 38
Rochet, Waldeck, 208
rosacruces, 201
Rosmer, A., 97, 102n
Rostovzeff, M., 283
Rostow, W. W., 154
Royal Air Force (británica), 299n
Rusia, 251, 347n, 351-352
Rust, William (comunista británico), 78

San Petersburgo (Petrogrado), 316, 329
Santo Domingo, 328
Sartre, Jean-Paul, 46, 207, 208, 214, 333-334
Schelling, Friedrich, 196, 200
Schönberg, Arnold, 199
Schulze-Gaevernitz, G.v., 175
Schumpeter, Josef, 354
SDF, *véase* socialdemócratas británicos
Seale, periodista británico, 333
Secchia, P. (comunista italiano), 78
SED (*Sozialistische Einheibpartei Deutschlands* alemán), 68
Semaine Sainte, La (Aragon), 51
Sémard, Pierre (comunista francés), 79n
sesión del Buró de la Internacional Socialista, 1908, La (Lenin), 178
Sevilla, 313
sexo, revolución y, 304-309
Shaw, George Bernard, "Imposibilidades del anarquismo", 130
Shelley, Percy Bysshe, 121
sindicalismo, 14, 33, 35-36, 37, 38, 79, 89-90, 91, 92, 93, 154, 205, 220, 227; *véase también* anarquismo; sindicatos
sindicatos, 292; en Gran Bretaña, 28-29, 139, 147, 153, 155, 174-185; alemanes, 76-77; anarquistas en los, 94-96, 98-99; en España, 110, 113; *véase también* sindicalismo
sionistas, 355
Siria, 46
Sismondi, Jean Charles Simonde de, 184
sistema de consejos (soviéticos) 289-293
SLP, *véase* Partido laborista socialista británico
Smith, Adam, 210
Snowden, Philip, 150
socialchovinismo, 179
socialdemocracia, socialdemócratas, 14, 16-17, 33, 34, 40-42, 44, 55, 70, 71, 89, 92, 97, 99, 101, 103, 127, 152, 154, 160-161, 172, 173, 176, 191, 206
socialdemócratas británicos, 152, 154
socialistas independientes alemanes, 70, 71, 79
Sociology of British Communism, The (Newton), 25
Sorel, Georges, 127
Sources françaises du socialisme scientifique (Garandy), 209
soviéticos, *véase* sistema de consejos
SPD, *véase* Partido socialdemócrata alemán
Spain 1808-1939 (Carr), 107n
Spinoza, Baruch, 201
Spriano, Paolo, 21, 54, 57, 65n, 78n
Stalin, Josef, 13, 14, 15, 16, 55n, 76, 102, 103, 104, 116n, 124, 162, 165, 172, 213
stalinismo, stalinización, 39n, 41, 47, 49, 75, 83n, 125, 160, 166, 189, 192, 203, 207, 208, 209, 218, 308
Steffens, Lincoln, 356
Stil, André, 48
Stirner, Max, 127
Storia del Partido Comunista Italiano (Spriano), 21n, 54, 57, 78n
Strachey, John, 168n, 356
Suiza, 169

Talmon, profesor Jacob, 195
Teoría general (Keynes), 186
teoría marxista del desarrollo histórico, determinismo, 213-214, 220-221, 226
Tercer Mundo, 313; política militar en el, 261-271; revolucionarios intelectuales en el, 358-359, 364-365
Thaelmann, Ernst (comunista alemán), 78n, 79 y n, 81
Thalheimer, August (comunista alemán), 79
Théorie (ed. Althusser), 207
Thieu, presidente de Vietnam del Sur, 271
Thomas Münzer als Theologe der Revolution (Bloch), 195
Thorez, Maurice, 81
Three Internationals (Dutt), 167n
Tito, Josip Broz, 16, 49, 190, 237
titulados, su papel en el movimiento obrero revolucionario, 343-344, 364-367, 374-376

Togliatti, Palmiro, 15, 49, 56, 58, 75, 78, 170
Touraine, Alain, 334, 340, 342-345, 366-367
transporte público, insurrección urbana y, 311, 325
Treint, Albert (comunista francés), 96
Trilisser-Moskvin, M. A., 58
trotskismo, 15, 96, 97, 102 y n, 128, 133, 187, 192, 206, 308
Trotsky, Leon, 60, 73, 76, 162, 190, 354
Truman, Harry S., 256
TUC (británica), 19, 278
Túnez, 244
Turquía, 269; *véase también* Imperio otomano

UGT (Unión general de Trabajadores española), 112, 113
Unión Nacional de Estudiantes (británica), 278
Unión Soviética, 27, 31, 39, 40, 58, 82, 166, 203, 206, 231, 232, 355; relaciones con China, 18, 169; lealtad de revolucionarios de otros países a la, 14-19; purgas, 46, 58, 83n; KPD alemana y, 72-79; anarquistas en la, 90, 99-101; Guerra civil española, 107-108; crisis del movimiento comunista tras la muerte de Stalin, 124-126; diálogo sobre el marxismo en la, 160, 161, 162, 163, 170-172; teoría económica soviética, 167; deslizamiento de Karl Korsch de la, 221-223; guerra de Vietnam y la, 232-233; y la crisis de los misiles de Cuba, 247-248; papel del ejército en la, 253; consejos obreros, 290-293; lealtad de los revolucionarios de los años de entre guerras a la, 363; *véase también* Revolución rusa
unitarios (Italia) 62
universidades, *véase* estudiantes
Universidad Libre (Berlín Oeste), 325
Uruguay, 265n
USPD (Alemania), 77
utopismo, comunismo utópico, 130, 196-202, 206, 209, 292, 344, 349, 363

Valor, precio y ganancia (Marx), 150
Varga, Eugen, 356n
Varsovia, Pacto de, 231
Venezuela, 268
Vidali, Vittorio, 56
Viena, 312, 314 y n, 316-317, 319, 354; *véase también* Austria
Vietcong, 247-250
Vietnam del Norte, 14, 108, 232, 246, 248
Vietnam del Sur, 232, 237, 241, 242, 243, 246, 247

Vietnam, guerra de guerrillas en, 231-250 *passim*
Vilar, Pierre, 109
violencia, reglas de la, 294-303
Vogue, 304
Volpe, Galvano della, 210
voluntarismo, 127, 128, 206, 220

Wandlung des deutschen Kommunismus, Die (Weber), 68-69, 72-73
Washington, 316
Webb, Sidney y Beatrice, 176-177, 182, 214
Weber, Dr. Hermann, 68-69, 72-73, 75, 77-78, 84
Webster, sir C., 21
Wellington, duque de, 254
Wesley, John, 149
Why you should be a Socialist (Strachey), 168n
Wurmser, André, 48

Yaroslavski, E., 103
Yezhov, N., 58
Yugoslavia, 31, 106, 112, 190, 232, 237, 364

Zhukov, Marshal, 254
"Zimmerwald", corriente de (1915-1917), 36
Zinoviev, G. Y., 22-23, 73, 76, 99, 102

ÍNDICE

PREFACIO 7

I

COMUNISTAS

1. Problemas de la historia comunista 13
2. Radicalismo y revolución en Gran Bretaña ... 24
3. El comunismo francés 31
4. Intelectuales y comunismo 43
5. Los oscuros años del comunismo italiano 52
6. Confrontación con la derrota: El partido comunista aleman 68

II

ANARQUISTAS

7. El bolchevismo y los anarquistas 87
8. Los antecedentes españoles 106
9. Reflexiones sobre el anarquismo 121

III

MARXISMO

10. Karl Marx y el movimiento obrero británico . 137
11. El diálogo sobre el marxismo 157
12. Lenin y la aristocracia obrera 174
13. El revisionismo 186
14. El principio esperanza 194
15. La estructura del capital 203
16. Karl Korsch 218

IV

SOLDADOS Y GUERRILLAS

17. Vietnam y la dinámica de la guerra de guerrillas 231
18. Civiles contra militares en la política del siglo xx 251
19. Golpes de estado 272

V

REBELDES Y REVOLUCIONES

20. Hannah Arendt acerca de la revolución 283
21. Las reglas de la violencia 294
22. Revolución y sexo 304
23. Ciudades e insurrecciones 310
24. Mayo de 1968 331
25. Los intelectuales y la lucha de clases 346

ÍNDICE ONOMÁSTICO 379